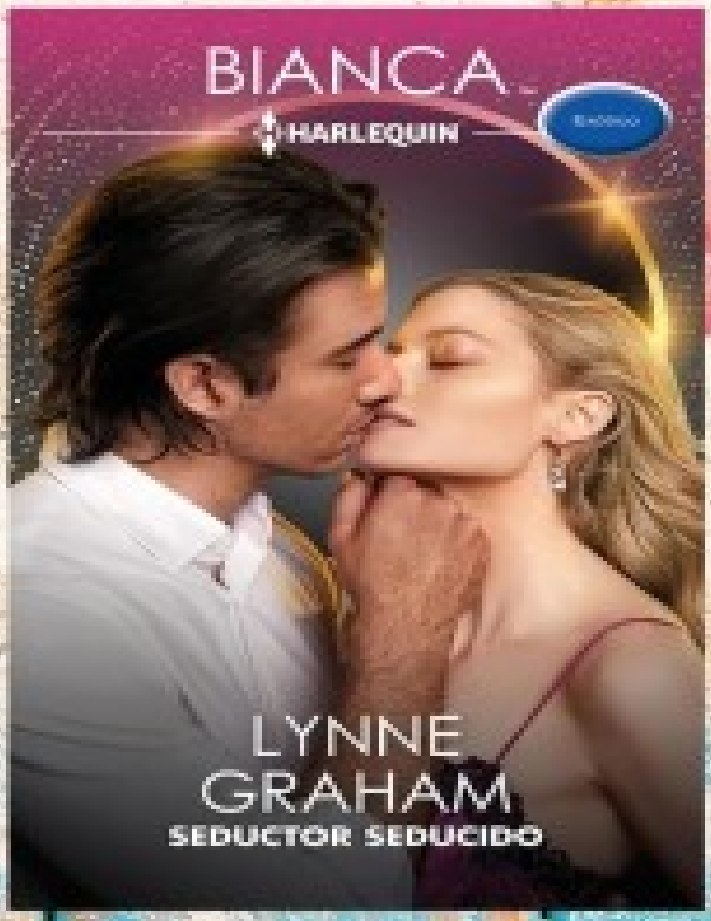
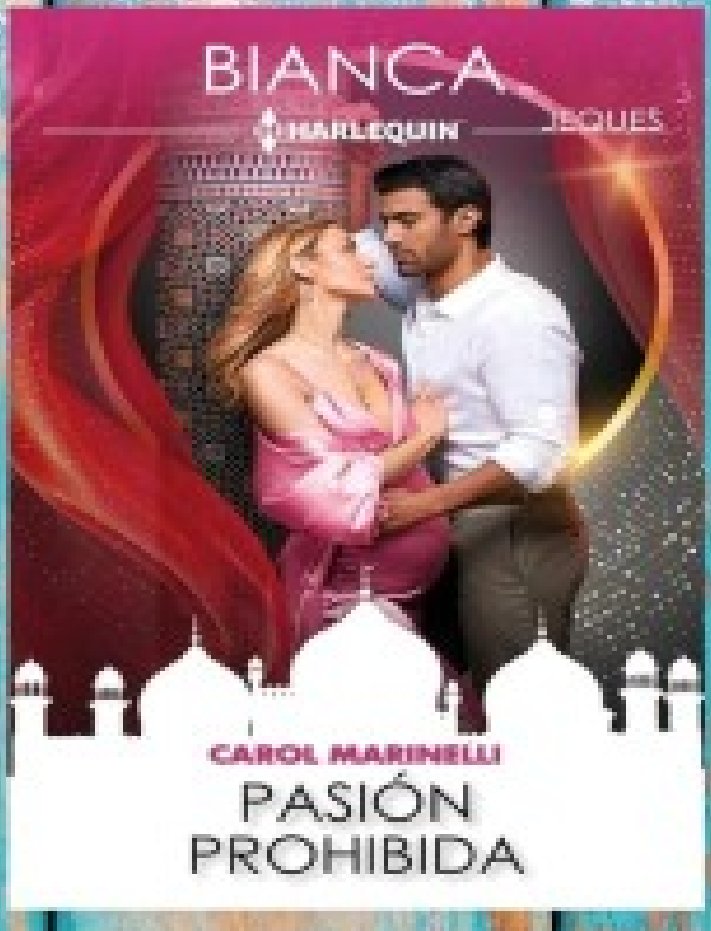
¡Consigue ya este apasionante pack!







Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transfor-mación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
E-pack Bianca, n.º 444 - agosto 2026

I.S.B.N.: 979-13-7017-677-8

Índice

Créditos
Seductor seducido
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Epílogo
- Si te ha gustado este libro…

Pasión y mentiras en la Toscana
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Si te ha gustado este libro…

Pasión prohibida
- Prólogo

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Si te ha gustado este libro…


BIANCA
HARLEQUIN
Exótico
LYNNE
GRAHAM
SEDUCTOR SEDUCIDO

Portadilla

BIANCA™

LYNNE GRAHAM

SEDUCTOR SEDUCIDO

HARLEQUIN™

Capítulo 1

Sebastian Pagonis, multimillonario del sector tecnológico, saltó de su helicóptero en la isla indonesia. Alto y fornido, vestido con pantalones chinos y una camisa caqui, empequeñecía a todos gracias a su metro noventa y cinco de estatura. Su abundante pelo negro estaba recogido en un desaliñado moño masculino, finos aros de acero brillaban en ambos lóbulos de las orejas, y atraía todas las miradas allá donde iba porque parecía un hombre peligroso.

Unos ojos oscuros y brillantes, que relucían como espadas pulidas a la luz del sol, escudriñaban su entorno con atención. En el hangar fue recibido por un antiguo compañero del colegio, Andreas Zervas, que dirigía la división de fabricación asiática de su empresa. De baja estatura y algo corpulento, con un ligero traje de verano, el hombre le sonrió con calidez.

–Tenía la intención de recibirte cuando llegaste a Bali, pero nuestro recién nacido llegó antes de tiempo y de improviso. –Andreas torció el gesto–. ¿Por qué pareces estar esperando a un sicario escondido entre las sombras?

–Esa sería la única opción que mis parientes aún no han intentado –replicó Sebastian, con evidente exasperación.

Andreas frunció el ceño porque sabía perfectamente a qué se refería su amigo.

La abuela paterna de Sebastian, Loukia Pagonis, había fallecido semanas antes y su testamento había causado una conmoción. Sin previo aviso, Loukia había nombrado a Sebastian, el marginado de la tribu Pagonis y un hombre ya de por sí millonario, heredero de su vasto imperio internacional. Desde entonces, Sebastian había tenido que lidiar con demandas legales y amargas acusaciones de su familia. La familia que durante tanto tiempo lo había tratado como si

fuera una maldición o un bochorno intolerable, ahora cosechaba las consecuencias de haberlo tratado como a un leproso durante su infancia.

–No bromees con eso –lo reprendió Andreas–. Cosas más raras han pasado y se me hiela la sangre al pensar que vas a estar una semana aislado y sin equipo de seguridad.

–Es una semana libre y… la necesito –admitió Sebastian a regañadientes, la intensa fatiga haciendo que inclinase un poco los anchos hombros–. ¿Ya has hecho todos los preparativos?

Andreas suspiró mientras lo acompañaba hacia un todoterreno de alta gama.

–Sí, pero sigo pensando que es una locura. No puedes volver atrás. Crees que sí, pero no puedes. Ya no eres aquel chico de diecisiete años que iba de una casa a otra y no estás acostumbrado a vivir a la intemperie. Esta experiencia será una penitencia para ti, por eso voy a saltarme tus reglas y te voy a dar un teléfono desechable para que te lo lleves, por si acaso. En cuarenta y ocho horas estarás suplicando que alguien te saque de allí. No es fácil pasar del carril rápido a la tranquilidad de la navegación a vela.

–Tendré que adaptarme por mi salud mental –gruñó Sebastian, irritado por ese pronóstico negativo de alguien que lo conocía tan bien–. Pero aceptaré el teléfono si eso te tranquiliza.

Andreas se puso al volante para salir del aeródromo privado y condujo por un camino rural bordeado de arrozales. Atravesaron un pueblecito, abriéndose paso por calles estrechas y concurridas, con el polvo empañando el parabrisas. Desde allí, se dirigieron a un pequeño y destartalado puerto.

–Saluda a Zoe y a los niños de mi parte. ¿Qué ha sido, un niño o una niña? Todavía no me lo has dicho.

–Una niña después de tres chicos. Estamos eufóricos –respondió Andreas, esbozando una sonrisa.

–Pasaré la noche aquí la semana que viene, cuando vuelva –le prometió Sebastian mientras sacaba sus cosas del coche.

–Cuídate. Y trata de ser buen perdedor cuando le supliques al capitán que te lleve de vuelta a tierra mañana –bromeó Andreas.

–Eso no va a pasar –afirmó Sebastian, burlón.

–Entonces, ¿quién es ese tipo, Sebastian… como se llame? –preguntó Bunny al capitán del catamarán *Merry Days*.

Durante el último mes había estado trabajando como tripulante para Reggie, llevando a grupos de turistas a navegar por las islas, sirviendo bebidas y almuerzos.

Por desgracia, Indonesia era la última parada de su viaje alrededor del mundo. No tenía ni tiempo ni dinero para explorar más. Le gustase o no, tenía que volver a casa. En dos semanas empezaría a trabajar en Reino Unido como bibliotecaria, y esa era la señal para sentar la cabeza y centrarse en su carrera.

Reggie Davis sonrió por encima de su imponente barba blanca, con sus brillantes ojos azules centelleando de satisfacción.

–Es griego. Según mis fuentes, también es riquísimo, pero prefiere que lo traten como a una persona normal. Voy a cederle mi camarote porque es más grande y no creo que quiera comer con nosotros, así que me temo que tendrás que servirle la comida.

–Eso no es «tratarlo como a una persona normal».

–Debe ser uno de esos millonarios raros. Porque ¿quién alquilaría un barco entero antes que compartirlo con otros turistas? –Reggie se encogió de hombros–. En fin, da igual. Lo llevaremos a navegar, a bucear, a pescar, lo que quiera… que disfrute de un poco de libertad.

–Será mejor que limpie el camarote –dijo Bunny–. Y quizá debería ir al mercado.

–No, si quiere ser normal, que coma lo mismo que nosotros, aunque decida comer solo –decretó Reggie–. Nada sofisticado, lo habitual. No se quejará cuando tenga delante uno de tus curris.

–Esperemos que no –murmuró Bunny.

Era una rubia menuda y delgada, de luminosos ojos verdes en un rostro con forma de corazón y un bronceado intenso fruto de sus viajes durante el último año, aunque aquel sería el último.

¿Y por qué la entristecía eso?

Bunny se dirigió al camarote de Reggie, detrás del puente de mando, regañándose a sí misma. Al fin y al cabo, por fin había

disfrutado del año de viajes que tanto había anhelado desde los dieciocho años y que hasta entonces se le había negado.

Su familia era sobreprotectora. Era la menor de seis hermanos y la única chica, por eso la habían mimado en exceso. Su deseo de viajar sola durante un año entre el instituto y la universidad había horrorizado a su familia. Sus sermones, sus regañinas y su genuina preocupación por fin la convencieron para que desistiera de sus planes y había terminado la carrera antes de tomarse un año sabático.

En realidad, había sido lo mejor porque había pasado esos cuatro años ahorrando todo lo que ganaba en trabajos a tiempo parcial para financiar el viaje. También había aceptado trabajos ocasionales en todos los países donde se lo permitían para tener algo ahorrado por si lo necesitaba.

Al día siguiente, Bunny estaba fregando la cubierta del catamarán cuando llegó su pasajero.

Atónita ante la visión que tenía delante, se quedó mirando al hombre que había subido a bordo. Era tan increíblemente atractivo que parecía sacado de una película de fantasía vikinga. Increíblemente alto y corpulento, era sencillamente… deslumbrante. Una sola mirada bastó para que se le secara la boca y se le quedase la mente en blanco.

–¿Podrías darme dos minutos mientras termino la cubierta? –le preguntó, sin aliento.

–No –respondió Sebastian secamente, como si aún estuviera en su oficina–. Trabajas en el sector de servicios y deberías saber que los clientes esperan atención inmediata.

Bunny esbozó una sonrisa cansada. Así que era uno de esos, ¿eh? ¡Qué alegría!, pensó irónica.

–Gracias por el recordatorio. Por favor, ven por aquí…

–¿Dónde está el capitán?

Sebastian la observó con detenimiento. Había reconocido en su mirada la expresión de admiración femenina y eso le había molestado. No esperaba que hubiese una mujer a bordo y no quería

que coquetease con él o intentase impresionarlo. Ya tenía suficiente de esas tonterías todos los días de la semana y no iba a tolerarlas en un barco diminuto donde no podría escapar de una atención no deseada. Cuanto antes cortase de raíz cualquier idea de ese tipo, mejor.

Por otro lado, la chica era sorprendentemente atractiva, con un aire de «vecina de al lado», aunque no fuera su tipo. ¿Acaso tenía un tipo? En fin, era rubia natural, con una cara bonita, unos enormes ojos del color de las hojas frescas de primavera, pecas en la nariz y una boca generosa de labios rosados.

Ridículamente guapa, pero más bien menuda y delgada, con unas curvas discretas. Y descarada, aunque intentase disimularlo. ¿Acaso no sabía que sus ojos ardían con un fuego verde cuando se enfadaba?

–El capitán Reggie se echa una siesta a media tarde, pero yo estoy de servicio. Te acompañaré a tu camarote.

Después de secarse las manos en los vaqueros cortos, Bunny se ofreció a llevarle la maleta, pero él frunció el ceño.

–No hace falta –dijo con sequedad.

Encantador, pensó Bunny mientras lo acompañaba a su camarote. Era el más grande a bordo y contaba con un baño privado, pero aun así era bastante pequeño y él era altísimo. Tendría suerte si pudiera mantenerse erguido en algún sitio que no fuera la cubierta. Un rico insufrible, pensó, rebosante de condescendencia y expectativas desmesuradas que difícilmente se cumplirían en un catamarán de doce metros con una tripulación de dos personas.

–Normalmente cenamos a las siete. ¿Quieres beber algo ahora?

–Agua, por favor –respondió él–. Y, por favor, no te dirijas a mí a menos que sea necesario.

Poniendo los ojos en blanco, Bunny giró sobre sus talones. Menuda semanita le esperaba, pensó.

Poco después volvió con una botella de agua fría y él abrió la puerta del camarote con una toalla alrededor de la cintura. Bunny dio un paso atrás al ver el impresionante torso masculino, que parecía sacado de la página central de una revista de moda.

Incómoda, le ofreció la botella en silencio y se dio la vuelta para bajar a la cocina.

Mientras preparaba la cena oyó voces masculinas y se dio cuenta de que Reggie había despertado de su siesta y estaba conversando con el pasajero. Unos minutos después, Reggie bajó para sacar un par de cervezas de la nevera.

–Sebastian es agradable –dijo alegremente.

–¿Ah, sí?

–Es una persona sencilla y auténtica. Nos entendemos a las mil maravillas. Ah, recuérdame que publique el cambio de ruta. Te va a encantar. Nos dirigimos a un lugar bastante remoto al que hace años que no voy. Es un sitio estupendo para pescar.

Bunny sonrió, aunque dudaba mucho que Sebastian fuese «una persona sencilla y auténtica».

Unos minutos después llevó una bandeja a cubierta y los dejó allí cenando, ignorando la sugerencia de Reggie de que se uniera a ellos. Mientras cenaba, sola, escuchó la conversación y las risas, pensando que tal vez a Sebastian no le gustaban las mujeres. O quizá era solo ella, su cara, su personalidad, lo que fuera, pensó, irritada consigo misma. La vida era demasiado corta como para ser tan sensible. ¿Qué importaba lo que pensara de ella un tipo al que nunca volvería a ver?

Como de costumbre, a la mañana siguiente se levantó al amanecer e hizo todas sus tareas antes de preparar el desayuno. A las siete, llamó a la puerta del camarote de Sebastian con una bandeja en las manos.

–¡Entra! –gritó él.

Sosteniendo la bandeja con una mano, Bunny abrió la puerta con dificultad. Él estaba sentado en la cama, con el torso desnudo. Acalorada por la desnudez masculina, le ofreció la bandeja sin mirarlo.

–¿Qué es esa masa amarilla? –preguntó Sebastian, con el ceño fruncido.

–Una tortilla española –respondió ella–. La favorita de Reggie. Si prefieres los huevos de otra manera, dímelo.

–Revueltos –dijo él.

Bunny asintió, haciendo un esfuerzo para no mirarlo, algo de lo que Sebastian se percató con creciente diversión.

–¿Cómo te pusieron el apodo de Bunny? –preguntó.

–Es mi nombre, no un apodo. A mi familia le pareció muy tierno y es el nombre que aparece en mi partida de nacimiento –admitió ella a regañadientes antes de retirarse.

Sebastian sonrió. Ella lo odiaba y no podía ocultarlo. Misión cumplida. Se mantendría alejada de él durante toda la semana. Aquel no era el momento adecuado para reconocer que tenía unas piernas fabulosas y una boca hecha para… bueno, para lo que un hombre solía desear que una mujer hiciera con la boca. Había algo sorprendentemente *sexy* en sus discretas curvas. Esa debía ser la razón por la que se había puesto duro.

Decidido a no pensar en ese extraño fallo en su libido, se lanzó a probar su primera tortilla española y le sorprendió lo rica que estaba. Posiblemente le debía una disculpa.

¿Lo admitiría? Probablemente no. Bunny no era el tipo de mujer que él se llevaba a la cama. Demasiado joven e ingenua, demasiado… blanda. Y él nunca había sido blando.

Como había aprendido por las malas, reflexionó con amargura, las intenciones decentes y honestas no siempre daban los mejores resultados. Lo había pasado suficientemente mal con Ariana como para no volver a acercarse a ese tipo de mujer. Si creyera en el amor tal vez pensaría de otro modo, pero él nunca había creído en el amor fuera de la familia. Un padre podía querer a un hijo y un hijo podía querer a un padre. Si bien esa no había sido su experiencia, había vivido lo suficiente como para aceptar que le habían tocado unos padres biológicos infernales.

Pero ¿amor entre un hombre y una mujer? Ni hablar.

Casi se estremeció al pensar en verse envuelto en semejante mentira, en semejante invención cruel, creada para encubrir la avaricia, la lujuria, la infidelidad y la ambición, de las cuales había sido testigo en su propio círculo social. Jamás se dejaría llevar por esa fantasía amorosa. Estaría solo en su lecho de muerte. Solo era más feliz, de ahí su actual viaje en solitario. Cuando una mujer le preguntó si tenía fobia al compromiso, simplemente se rio porque

era algo peor. Nunca había necesitado a nadie en toda su vida, ni siquiera de niño, y no podía imaginarse deseando a una mujer para algo que no fuera el sexo ocasional.

Tras desayunar y ordenar sus ideas, Sebastian saltó de la cama y se metió en la ducha. Sí, el barco era pequeño, había una mujer a bordo y no paraba de golpearse la cabeza contra el techo y el dintel de las puertas, que no eran aptos para alguien de su estatura, pero Reggie había prometido compartir su lugar de pesca favorito con él y Sebastian ansiaba relajarse con una cerveza, una caña y buena compañía. Algo que le recordaba a un pasado lejano, algo tan alejado de su rutina diaria que lo atraía como un sueño idílico…

Bunny limpiaba la cocina, preguntándose cómo aquel cretino podía imaginar que ella pudiera preparar comidas más elaboradas o con más opciones en un espacio tan minúsculo. Cuando llevaban a un grupo de turistas solo hacía un almuerzo básico y punto. De todas formas, ella no era una cocinera profesional. ¿Y suponer que Bunny era un apodo en lugar de un nombre? Qué hombre tan irritante.

Sí, Bunny era un nombre ridículo y siempre lo había sabido, aunque a su familia le gustaba tanto que no merecía la pena el engorro de cambiárselo, como había pensado en algún momento. ¿Cómo iba a llevar a casa amigos que la conociesen por otro nombre? Y, por supuesto, había llevado amigos a casa, aunque no quería, aunque le hubiera encantado mantener su nueva vida de estudiante separada de su familia. Por fin un poco de privacidad, había querido creer.

Pero sus padres y hermanos mayores, que la querían mucho, se entrometían en su vida constantemente. Necesitaban comprobar que estaba a salvo, y ese era el precio que tenía que pagar por tanto cariño. Su familia siempre iba a ser así, metiéndose en sus asuntos a todas horas. En la universidad, sin embargo, había conocido a mucha gente con familias menos estables y cariñosas. Al final, tuvo que reconocer que ella había tenido suerte.

Quienes provenían de entornos disfuncionales podían desahogar su dolor contigo si no tenías cuidado de evitarlos. Y estaba segura de que había un montón de cosas malas detrás del atractivo y arrogante vikingo. Eran polos opuestos. A ella le caía bien todo el mundo hasta que le daban motivos para dudar de ellos. Sebastian, al parecer, rechazaba a todos de primera mano.

Salvo a Reggie, pensó más tarde ese día, mientras los dos hombres reían y charlaban, con las cañas de pescar colgando perezosamente. No esperaba que su pasajero estuviera tan relajado con Reggie. Al fin y al cabo, el capitán del catamarán no tenía nada de refinado. Era un marinero a punto de jubilarse y le doblaba la edad. ¿Se habría equivocado al juzgarlo? ¿Estaba siendo demasiado dura con él?

¿Y por qué seguía dándole vueltas? Era un extranjero rico al que nunca volvería a ver después de esa semana.

Sebastian miraba a Bunny, que intentaba organizar una barbacoa en cubierta. Cada fibra de su ser le impulsaba a levantarse y ayudar, pero apretó los puños para contener la tentación de portarse como el caballero que le habían enseñado a ser, pero que no era en absoluto. Cualquier atención, por mínima que fuera, animaba a las mujeres. Claro que Bunny ni siquiera lo había mirado de reojo desde que le pidió que no se dirigiese a él y no entendía por qué eso lo ponía nervioso. Bunny no lo miraba, no hablaba, ni siquiera se quedaba cerca cuando su jefe se dirigía a ella.

–Te gritaría si intentases ayudar –le dijo Reggie.

–¿Perdona?

–Te he visto mirar a Bunny peleándose con la barbacoa, pero no sientas pena por ella. Te daría un puñetazo si la tratases como si fuera inferior a un hombre. Bunny es fuerte e independiente. Claro que con cinco hermanos y una familia que la adora siempre pendiente de ella no me sorprende –reflexionó Reggie distraídamente–. Su madre le sigue enviando paquetes de comida cada semana, aunque esté al otro lado del mundo. Me da miedo decirle que su padre o uno de sus hermanos me llaman todas las

semanas para comprobar si está bien. La están asfixiando, en mi opinión. Bunny es una buena chica, trabajadora, simpática, inteligente… es una pena.

Sebastian no respondió porque era un blanco fácil para la compasión, sin ninguna experiencia de una familia que se preocupase por él. Ni siquiera Loukia, a quien había querido. Su abuela había tardado mucho en entender cómo había sido su infancia y solo podía suponer que el sentimiento de culpa había influido en su decisión de no cuestionar el fideicomiso establecido por su abuelo. Sentimiento de culpa por no haberlo acogido en su casa en lugar de dejarlo en manos de otros familiares. Por eso ahora era incluso más rico de lo que jamás había deseado.

Sin embargo, el pequeño discurso de Reggie solo sirvió para advertirle que Bunny era una niña mimada y probablemente malcriada. Porque solo una mocosa sería grosera con los clientes. Pero mientras pensaba eso observaba atentamente cada uno de sus movimientos. Bunny se había agachado para intentar nivelar las patas de la barbacoa, exponiendo sin querer sus firmes nalgas, sus pechos saltando bajo la camiseta…

No tenía ni una pizca de grasa, salvo donde un hombre quería que la tuviese, notó, con la cremallera del pantalón clavándose de nuevo en su ingle.

Esa reacción lo enfureció. Había algo en ella que lo atraía, aunque no pensaba hacer nada al respecto. Ni siquiera al ver cómo la luz del sol iluminaba su pelo rubio con mechones dorados, o la delicadeza de su perfil, las orejitas casi de cuento de hadas. Esos estiramientos y contorsiones para encender la barbacoa ya no le parecían nada inocentes. Una simple exhibición de la mercancía, pensó con impaciencia.

–¿Cómo reaccionan tus clientes al verla? –preguntó Sebastian–. Me refiero a los hombres.

Reggie lo miró, sorprendido.

–Ella no fomenta ese tipo de cosas. Es cinturón negro de judo, como descubrió uno de mis clientes el mes pasado. Estaba tumbado en el suelo, balbuceando una disculpa, cuando me di cuenta de lo que había pasado. ¡Estúpido borracho! –exclamó el capitán–. Creo

que es demasiado difícil para la mayoría de los jóvenes… y encima tienes que lidiar con su familia.

Reggie se levantó para ayudarla a nivelar la barbacoa y Bunny se cruzó de brazos, mirándolo con expresión irritada.

¿Demasiado difícil? Sebastian disimuló una sonrisa, pensando que solo tendría que chasquear los dedos y ella caería en sus brazos como un melocotón maduro. Pero no pensaba hacer eso, ¿verdad? De ninguna manera iba a arruinar su semana de vacaciones con semejantes tonterías. El sexo siempre estaba disponible para él, en cualquier parte del mundo.

En cualquier caso, Bunny lo detestaba y recuperarla requeriría esfuerzo, y él nunca, jamás, se esforzaba con las mujeres. No, él tenía métodos probados y fiables para tratar con las mujeres y no pensaba cambiar de táctica por el momento.

¿Por qué demonios la miraba? El idiota no dejaba de mirarla.

Bunny frunció el ceño mientras el pescado chisporroteaba en la parrilla. Tenía calor y estaba cansada porque había sido un día muy largo. Se sirvió su comida en un plato antes de llevar los de los hombres a la mesa, en la que ya había un tazón de ensalada, quinua sazonada con especias indonesias y el pan recién horneado que ella misma preparaba a diario.

–¿No quieres cenar con nosotros? –preguntó Reggie.

–No. Tengo un libro esperándome y quizá un baño caliente después –respondió ella.

Sebastian, el hipócrita, apartó la tercera silla de la mesa como si quisiera darle la bienvenida, pero Bunny no hizo ni caso.

Bajó a la cocina, en la que hacía un calor sofocante, y comió con más prisa que placer. Entonces recordó que no había cambiado las toallas del idiota y corrió al camarote para ocuparse de ello.

Había un montón de ropa tirada en el suelo. ¿Tenía criados que solían ir limpiando detrás de él? Bunny tomó del suelo un jersey increíblemente suave de color *beige*, con una etiqueta de Dior, y, sin pensar, se lo llevó a la nariz. Olía de maravilla. Probablemente era de cachemir y costaba más de lo que ella había ganado en un año. El

evocador aroma de su piel, cítrico, terroso, sensual, la envolvió por completo.

Avergonzada, dobló la prenda y la dejó sobre la cama. Cambió las toallas y limpió el pequeño baño con rapidez, ansiosa por escapar de allí, aunque se preguntaba por qué había olido su jersey como una adicta. Aún se lo preguntaba cuando salió del camarote y se topó de frente con su ocupante.

–Bunny… ¿qué estabas…?

–Limpiando y cambiando las toallas. Es mi trabajo –lo interrumpió ella con una sonrisa forzada.

–No necesito lujos en este viaje.

Un oscuro rubor cubrió sus pómulos al encontrarse con unos ojos verdes fríos como el hielo, y tuvo que admitir que tal vez se había excedido un poco en su empeño por mantenerla a distancia.

–Cambiamos las toallas y limpiamos todos los días. Normalmente hay entre seis y ocho pasajeros a los que atender, así que uno solo no es nada.

–Pero si ya te encargas de cocinar y de otras cosas –razonó Sebastian, preguntándose por qué sonaba como si intentara disculparse cuando era un hombre al que tendrían que torturar para que admitiese un error.

De niño se había disculpado demasiado, esforzándose por cumplir las expectativas de los demás. Entonces era demasiado ingenuo como para darse cuenta de que la combinación de su riqueza y su altísimo coeficiente intelectual simplemente irritaba a la gente. Esas personas esperaban que fuese un perdedor, un quejica y un inútil, y lo detestaban por haberse convertido en un triunfador.

–Ese es mi trabajo –repitió Bunny.

Sebastian se cruzó de brazos.

–Creo que hemos empezado con mal pie. Cuando te pedí que no te dirigieses a mí no quería que te aislases.

–Me pediste que no te hablase y eso es lo que hago –replicó Bunny, odiándolo con tal intensidad que era un milagro que no estallase en llamas frente a ella.

No sabía qué quería de ella, pero se había apresurado a desterrar cualquier atisbo de normalidad desde el principio.

–No seas tan susceptible –dijo Sebastian–. Lo que intento decir es que no tienes que alejarte de mí. Ese día estaba de mal humor.

–Quizá prefiero mantenerme alejada de ti.

–No es verdad –replicó él, con tono cortante–. Si no hubieras dejado tan claro que te atraía cuando llegué, yo no habría reaccionado como lo hice. La culpa es tuya, no mía.

Capítulo 2

Bunny lo miró boquiabierta. No podía creer que hubiera dicho eso, ni que pudiera estar tan ridículamente seguro de su espectacular atractivo.

–No eres una persona muy agradable –le espetó.

–No, no lo soy –asintió Sebastián, tenso.

No entendía por qué había perdido los estribos hasta el punto de decirle eso a la cara cuando en realidad solo quería hacer las paces.

Bunny apretó los dientes porque mentir no le resultaba fácil.

–No me siento atraída por ti… bueno, eres físicamente atractivo, pero tu personalidad deja mucho que desear –declaró con vehemencia–. No me interesas en absoluto.

Sebastian se enfureció. Ninguna mujer le había hablado así jamás. Era grosera, ofensiva y… y él deseaba abalanzarse sobre ella y tirarla sin miramientos en la cama para demostrarle que la personalidad no tenía absolutamente nada que ver con la química sexual. De eso tenían de sobra, admitió, escudriñando el rostro sonrojado y furioso.

–Mentirosa –la reprendió suavemente con esa sonrisa que rara vez dejaba ver.

Bunny palideció. Por un instante, esa deslumbrante sonrisa suya le provocó mariposas en el estómago. Quería decirle que era un imbécil, pero era un cliente de Reggie y no podía insultarlo.

¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía estar tan seguro de que lo había mirado como si una famosa estrella de cine hubiera subido a bordo? Claro que estaba seguro, le dijo una vocecita interior. Era guapísimo y lo sabía bien. Arrogante, vanidoso y engreído, todo lo que odiaba del sexo opuesto, ¡y encima tenía que aguantarlo en un estúpido barco!

–Disculpa –dijo con rigidez, agachándose para recoger la enorme pila de ropa–. Quiero nadar un rato antes de que anochezca.

Sebastian reprimió un gemido. Al parecer, no era tan fácil hacer las paces con Bunny.

–Será mejor que comas con nosotros, antes de que tu jefe empiece a sospechar –le dijo, antes de entrar en el camarote.

Tomando aire, Bunny se dirigió al suyo para ponerse el traje de baño. Minutos después, se zambullía en las aguas turquesas y cristalinas, con la luz del sol que se filtraba por la superficie casi cegándola. Pronto se pondría el sol y la oscuridad lo envolvería todo. Quizá al día siguiente comería con ellos, pensó distraídamente, preguntándose por qué iba a hacerlo. Ella conocía bien a Reggie y sabía que jamás cuestionaría cómo trataba a los clientes.

Desde el otro extremo del barco, Sebastian la observaba surcar el agua con la confianza de una sirena, los últimos rayos del sol bañando de plata su elegante figura. Poco después regresó al catamarán y se envolvió en una toalla de colores.

–¿Alguien quiere algo? ¿Bebidas? ¿Algo de comer?

Sebastian le acercó una silla.

–Toma algo con nosotros –la animó.

–Tengo mucho sueño –dijo Bunny, esbozando una sonrisa–. Tal vez mañana.

Y algo dentro de Sebastian se revolvió al ver esos brillantes ojos verdes, una extraña sensación de decepción que lo alarmó profundamente. No sabía qué hacer con ella ni qué era. Bunny era una desconocida. No era el tipo de mujer ostentosamente *sexy* al que estaba acostumbrado. Ella era pobre y él rico, y no le gustaba el cuento de Cenicienta. Tampoco era probable que fuera el príncipe azul de ninguna mujer.

Sebastian se recostó en el asiento mientras Reggie ajustaba las velas del mástil, murmurando que no había pronóstico de tormenta, pero que prefería tomar precauciones porque el viento seguía aumentando.

Poco después se levantó para ayudar, pues de adolescente había pasado dos años navegando en su propio catamarán. Fue entonces cuando se aceptó a sí mismo y comprendió lo que realmente quería.

Se había adaptado al reto de desenvolverse en la vida real, lejos del mundo privilegiado en el que se había criado, donde nadie esperaba nada de él.

Bajo cubierta, Bunny se acomodó en su cama, agotada pero incapaz de dormir. Solo veía el hermoso rostro moreno de Sebastian. Hasta que lo conoció, no sabía que un hombre pudiera ser guapo, ni que ese simple hecho pudiera atraerla de tal modo. Decidió que ese era el único problema. Era solo atracción física, nada de lo que preocuparse. No le gustaba en absoluto y eso no iba a cambiar. Tenía ese aire insoportable de rico arrogante y ella sabía cómo se comportaba la gente así. Tristram tenía el mismo aire y el mismo nombre aristocrático, solo que ella era una adolescente ingenua cuando lo conoció en su primer año de universidad. Sacudiéndose esos molestos recuerdos, Bunny se quedó dormida.

Bunny despertó sobresaltada. Aún estaba oscuro, pero el barco se mecía violentamente y el viento rugía al otro lado del ojo de buey. Una tormenta, pensó, saltando de la cama para ponerse el chaleco salvavidas, calzarse los zapatos y subir a cubierta para ver si podía ayudar.

La recibió una escena extraña. Las olas eran altísimas y el catamarán se sacudía de un lado a otro, pero Sebastian permanecía inmóvil mientras Reggie luchaba frenéticamente por amarrar el mástil, que se había partido y desprendido por la parte inferior, cayendo con las velas ondeando furiosamente.

Asombrada de que algo así pudiera haber sucedido, corrió hacia Reggie y puso una mano en su espalda para hacerle saber de su presencia, ya que el ruido del viento dificultaba la comunicación. ¿Por qué no estaba ayudando Sebastian?, quería preguntarle. Como no podía, lo señaló con la mano.

Reggie le gritó una respuesta, pero ella no entendió casi nada salvo:

–¡Está atontado!

–¿Qué?

–Es una tormenta de locos. Mételo en el bote salvavidas contigo. Tenéis que iros ahora mismo. El barco se dirige hacia el arrecife y podría volcar.

–Pero ¿tú qué? –gritó ella, consternada.

–Me quedo en mi barco. ¡Sube al bote! –replicó Reggie bruscamente.

Esa actitud disipó sus ansiedades y la sumió de inmediato en un estado de crisis.

Reggie le había enseñado qué hacer en caso de emergencia y Bunny siguió con cuidado cada paso, tal como él le había indicado, mientras el catamarán se balanceaba violentamente en el agua como un barco de juguete. Era la experiencia más aterradora que había vivido jamás y no entendía por qué Sebastian no hacía nada.

Reggie la ayudó a subir al bote, pero tropezó y perdió un zapato en el agua. Luego, desafiando al viento, Reggie se acercó a Sebastian y lo llevó al bote del brazo como si fuera un niño que necesitase ayuda. Supuso que algunas personas se quedaban paralizadas ante una situación de emergencia y él debía ser una de ellas. Aparentemente ajeno a la necesidad de protegerse a sí mismo, como si fuera un zombi, Reggie tuvo que empujarlo para que se sentase en el bote.

Luego cortó la cuerda para soltar el bote y ella, asustada, se arrastró bajo la lona. Las olas hacían girar el bote sobre el agua como si fuera de papel y, con un nudo en el estómago, Bunny probó todos los métodos de respiración que conocía para calmarse, luchando por mantener la cabeza fría y no dejarse llevar por el pánico.

Cuando por fin volvió a mirar a Sebastian vio que la lluvia lavaba la sangre que rodaba por su cuello. Estaba herido, pensó. Su extraño comportamiento se debía a que había resultado herido antes de que ella subiera a cubierta.

El sentimiento de culpa la invadió porque lo había juzgado por lo que creía era una actitud cobarde. Sus ojos, oscuros y aturdidos, miraban más allá de ella. ¿Sufría una conmoción cerebral? ¿De dónde salía la sangre?

Apoyándose en un fuerte muslo, intentó examinarlo con la otra mano, pero era demasiado alto y le resultaba imposible en un bote salvavidas que no era ni estable ni seguro. Se quitó el chaleco salvavidas y se lo puso a Sebastian, consciente de que en ese momento él lo necesitaba más que ella. Dejó de lado la necesidad inmediata de localizar la herida y, en cambio, le agarró la mano y tiró de él con fuerza para intentar llevarlo bajo la lona, a resguardo de la lluvia y el viento.

Sebastian estaba aturdido, incapaz de hacer lo que le convenía, de modo que esa responsabilidad recaía sobre ella. Y solo tenía formación en primeros auxilios de emergencia.

–¡Sebastian! –gritó, tirando de su mano una vez más.

Tras una prolongada pausa, él pareció entender y se deslizó con dolorosa lentitud bajo la protección de la lona, pero luego se desplomó y cerró los ojos, así que no importó que Bunny tuviera que vomitar repetidamente por la borda cuando el bote volvió a saltar sobre las olas como si fuera una montaña rusa. Tampoco importó que tuviese que ir al baño porque una vez que Sebastian se desmayó no había nadie que pudiese verla.

Amanecía y el mar ya no estaba tan agitado cuando Bunny por fin logró levantar la cabeza y examinar lo que pudo con los dedos. Sebastian tenía un chichón enorme. Estaba herido y Reggie lo sabía.

«Está atontado», le había parecido que decía Reggie. Pero podría haber dicho «atolondrado», que significaba algo completamente distinto.

Suspirando, Bunny apartó el pelo de su frente porque su moño habitual se había deshecho en algún momento durante la travesía.

Buscó a tientas las raciones de emergencia y sacó el agua con alivio. Agradecida de que estuviera allí, no le importó el sabor salobre y rancio. Sacudió el hombro de Sebastian, pero no hubo manera de despertarlo. Asustada, apoyó una mano sobre su pecho y respiró de nuevo solo al sentir un latido fuerte y constante.

De alguna forma, tenía que darle agua también a él. Miró a su alrededor. No había tierra a la vista y, considerando que Indonesia contaba con casi dieciocho mil islas, eso era más que preocupante.

¿Dónde estaban? Reggie se había desviado de su ruta habitual, de probada eficacia, probablemente a instancias de Sebastian, así que cuando volviera en sí tendrían una mejor idea de dónde estaban. O eso esperaba.

Las horas pasaban lentamente. Había raciones para treinta días en el bote y comió una barrita de muesli. ¿Qué le habría pasado a Reggie? Su esposa daría la alarma, pero no hasta que la semana de viaje hubiera terminado oficialmente. Tal vez Reggie había logrado comunicarse por radio para pedir ayuda y había sobrevivido. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Le tenía cariño a Reggie, el antiguo compañero de su padre en el ejército.

Los encontrarían pronto, se dijo a sí misma, aunque el bote debía estar a muchos kilómetros de donde el *Merry Days* había perdido su mástil doce horas antes.

Sebastian se movió y Bunny intentó darle agua. Él gruñó algo y abrió mucho los ojos hasta que por fin la miró fijamente. Aun así, no parecía recordar nada.

–Necesitas agua. Te has golpeado la cabeza y creo que tienes una conmoción cerebral.

Sebastian intentó incorporarse, pero no lo logró. Tampoco quiso comer la barrita de muesli que le ofreció. Era tan terco como una mula, lo cual no era de extrañar. Cerró los ojos de nuevo, pero Bunny se animó al ver que estaba más consciente que la noche anterior.

Y entonces, unas horas más tarde, por fin vio lo que había estado anhelando, lo que había esperado ver mucho antes: la costa.

Sacó uno de los pequeños remos, más para dirigir que para avanzar, y antes de que la corriente pudiera controlar el bote de nuevo, remó frenéticamente hacia la playa.

Sintió que el bote se enganchaba en el arrecife. No había muchas opciones, pensó. No tenía pensado aterrizar en un arrecife de coral con puntas afiladas que desgarraban el bote en aguas poco profundas, pero llegar a tierra firme era el objetivo, especialmente con Sebastian casi en coma a su lado.

Tiró del salvavidas para despertarlo y él se incorporó a medias, murmurando algo en un idioma que no entendió. Griego

seguramente.

–¡Sebastian, tenemos que llegar a la playa! –gritó.

–¿Por qué gritas? –preguntó él.

Bunny sonrió, encantada al ver que reaccionaba de modo normal.

–Tenemos que salir del bote y llegar a la playa.

Sebastian se asomó por la borda y, tras calcular la profundidad, saltó al agua, dejándola desconcertada por esa reacción tan repentina. Un segundo después empezó a remar con urgencia hacia la orilla porque quería conservar el bote como refugio, reacia a dejar que se alejase a la deriva sin haberlo aprovechado al máximo.

Cuando por fin llegó a la orilla le dolían los brazos y, para entonces, Sebastian ya había llegado a la playa de arena blanca y estaba sentado a la sombra que ofrecía un saliente rocoso.

Bunny saltó del bote y tiró de él hacia la playa.

«En una emergencia cada uno va a lo suyo, justo lo que me temía».

Aturdida, vio que Sebastian comenzaba a desvestirse y colocaba su elegante jersey, la camiseta y unos pantalones chinos sobre las rocas para que se secaran al sol.

Qué suerte llevar ropa interior, pensó, atrapada en su pijama empapado. Pero Sebastian llevaba calzoncillos y, aunque eran perfectamente decentes, dejaban al descubierto una enorme cantidad de su cuerpo.

Le temblaron un poco las piernas al ver a semejante hombre semidesnudo. La extensión de ese torso bronceado, los marcados bíceps y abdominales y la esquiva línea en forma de V que se perdía en los calzoncillos, junto con los muslos largos, fuertes y cubiertos de vello, formaban una imagen capaz de parar el tráfico.

«Si no tuvieras límites, Sebastian sería el tipo de hombre con el que querrías estar atrapada en una isla desierta».

Y si tuviera valor se desnudaría también, preocupándose exclusivamente de su ropa mojada.

¿Quién demonios era esa chica?, se preguntaba Sebastian. ¿Era su novia o una desconocida? Sabía su nombre, así que tenía que

conocerlo, pero ¿de qué lo conocía? Él no la conocía y no sabía por qué había estado en un bote salvavidas. Tampoco sabía qué día era y mucho menos dónde estaba y qué hacía allí.

Se tocó el pelo largo y eso tampoco le pareció normal. ¿Cuándo se había dejado crecer tanto el pelo?

Recorrió con los dedos la hinchazón en la parte posterior de su cabeza y supo en ese momento que tenía formación médica, porque una serie de diagnósticos intuitivos aparecieron en su mente. Sufría una conmoción cerebral, probablemente grave, una lesión postraumática que incluía cierto grado de amnesia. Por eso no recordaba qué había estado haciendo antes de resultar herido. ¿Y por qué no se lo confesaba de inmediato a su compañera? ¿Por qué tenía la instintiva convicción de que no podía confiar en nadie?

–¿Por qué no llevas chaleco salvavidas? –le preguntó.

–Tú llevas el mío, te lo puse yo –respondió ella–. ¿Cómo te encuentras?

Qué mala suerte la suya, naufragar con una santa, pensó. Y luego se sintió consternado por ese pensamiento tan cínico. Ella había hecho algo generoso, sin importarle su propia seguridad. ¿Por qué estaba criticándola?

No era él mismo, el que había sido la última vez que estuvo en Indonesia. Y sí, seguro que estaba allí. El olor del aire, el increíble arrecife de coral bajo el agua cristalina, el paisaje selvático a sus espaldas. Todo le resultaba dolorosamente familiar, pero también sabía que no era el adolescente desgarbado que había sido la última vez que estuvo allí. No, era un hombre adulto hecho y derecho con un gran vacío en la cabeza.

–Me duele –admitió.

–Tienes que descansar –dijo ella–. Te has dado un golpe en la cabeza y no debes hacer esfuerzos.

Sebastian la examinó con detenimiento. Llevaba lo que supuso era un pijama con ponis de colores por todas partes. Y era insoportablemente adorable: menuda, delicada, con el pelo rubio y despeinado que le llegaba casi hasta la cintura, unos ojos verdes luminosos y pecas en la nariz.

–Tienes razón, pero antes quiero explorar este sitio.

Bunny se puso rígida.

–¿Qué quieres decir?

–¿Es una isla o un islote? Necesitamos averiguar dónde estamos, a menos que tú lo sepas…

–No, no lo sé –admitió Bunny, sorprendida de encontrarse de nuevo con un Sebastian en plena forma tras haber sido un zombi sin voluntad propia–. Nos desviamos de la ruta y la tormenta nos arrastró durante horas.

–¿Dónde estábamos antes de la tormenta?

–No lo sé. Reggie no me lo dijo. Que yo sepa, íbamos en la dirección que tú querías y era un sitio más bien remoto.

–¿Y Reggie? –preguntó él.

–Optó por quedarse en el catamarán porque el mástil se había roto y creía que estaba a punto de encallar en el arrecife –le explicó ella.

–¿Así que tú eres parte de la tripulación y yo un pasajero?

Bunny lo miró, sorprendida. ¿Había perdido la memoria por completo?

–Mientras estemos aquí no –respondió, con un arrebato de ira–. Aquí, donde sea que estemos, los dos somos iguales.

Él la miró con el ceño fruncido.

–No podría ser de otra manera. Como he dicho, voy a explorar este sitio.

–¿No estás mareado? –insistió Bunny.

–No, estoy bien –mintió él, girando sobre sus talones.

–¿Y tu cabeza?

–Un chichón, seguramente. Se me pasará en unos días.

Bunny contempló su espalda bronceada con creciente frustración. ¿Cómo iba a dejar que se fuera solo? ¿Y si se desmayaba o se caía? ¿No sería ella responsable por no haberlo cuidado mejor?

¿Y cómo iba a controlar a un hombre con un carácter tan dominante y enérgico? ¿Con un látigo y una silla?

Tomando una botella de agua y un par de barritas energéticas, Bunny corrió tras él.

–Dos cabezas piensan mejor que una.

–Esa no es mi experiencia –dijo Sebastian, recordando su época escolar, cuando gente estúpida había intentado desviarlo de sus proyectos y hacerlo fracasar–. Esto nos será útil –dijo luego, sacando un cuchillo del bote.

–Deberíamos quedarnos en la playa y buscar un refugio para pasar la noche.

–Podemos hacerlo cuando volvamos.

–¡Pero para entonces habrá anochecido y no veremos nada!

–Me las arreglaré –le aseguró él con total confianza.

Capítulo 3

Siguieron la línea de la costa, esquivando los afloramientos rocosos. Desde allí no se divisaba ningún indicio de otra isla, aunque había una bruma en la distancia que podía estar impidiendo una visión clara. Le dolían las piernas y seguir el ritmo de Sebastian no era tarea fácil, pero se negaba a pedirle que redujera la marcha. Suponía que tenía razón sobre la necesidad de explorar los alrededores, pero…

–¿En qué año estamos? –le preguntó bruscamente.

Desconcertada, Bunny se lo dijo y él se detuvo para tomar un trago de agua antes de dejarse caer sobre la arena.

–¿Por qué me preguntas en qué año estamos? ¿Es que no lo sabes?

–El golpe en la cabeza –le recordó él–. El concepto del tiempo es un poco confuso para mí ahora mismo. ¿Cómo te llamas?

–Bunny… sin comentarios, por favor. Ya los hiciste una vez. ¿Recuerdas el catamarán? ¿A Reggie?

–Todavía no –admitió Sebastian.

Su último recuerdo era estar comiendo en un bar en un puerto con sus amigos, que se habían unido a él en diferentes momentos de aquel verano. Andreas estaba allí, su hermana, Ariana, y un par de amigos más.

–Reggie es el capitán del barco que alquilaste por una semana. Me temo que ni siquiera sé cómo te hiciste daño. Estabas aturdido cuando llegué a cubierta –dijo Bunny, entregándole una barrita energética.

Sebastian examinó la barrita y aceptó lo inevitable: por ahora, era todo lo que tenían. No creía haber comido nunca nada que supiera a cartón con arena. Bueno, siempre había una primera vez para todo,

pero sobrevivir en lo que sospechaba era una isla muy pequeña sería un desafío incluso para él, y había aprendido a acampar y sobrevivir en la naturaleza desde pequeño. Vivir sin comodidades no era un problema para él. Los horrores que sus familiares le habían infligido durante su adolescencia podrían ser la clave para sobrevivir en esa isla. Pero ¿y ella?

Delgada, con ojeras, con la ropa mojada y agotada aunque intentaba disimular, ella no contaba ni con su fuerza ni con su excelente condición física. Mantener a Bunny con vida podría ser el mayor desafío. ¡Y ella le había dado su chaleco salvavidas! ¿Cómo podía ser tan generosa?

Rodearon el acantilado y, al llegar al otro lado de la isla, Sebastian lanzó un grito y echó a correr por la playa.

Bunny estaba a punto de desplomarse, pero siguió avanzando lentamente hasta que vio qué lo había emocionado tanto. Era un pequeño muelle de madera que se adentraba en el mar, una señal de presencia humana en la que hasta entonces parecía una isla completamente abandonada a la selva.

Sebastian estaba sorprendiéndola en todos los sentidos. Era sereno, decidido. No se había quejado en absoluto, aunque debía sentirse mal. Y, siendo rico, no podía estar acostumbrado a una situación tan peligrosa. Pero, si acaso, el peligro parecía alimentar su energía, acentuando el brillo de esos astutos ojos oscuros. ¿Y no tenía un aspecto increíble con esos calzoncillos de algodón colgando de las delgadas caderas?

Bunny se sonrojó y se reprendió a sí misma por darse cuenta. Estaba tan decente como lo habría estado en bañador. Aunque, para ser sincera, con su físico tampoco sería muy decente.

Resoplando de cansancio, llegó al muelle y vio un pequeño sendero que se adentraba entre los densos árboles.

–¡Sebastian! –gritó, temiendo que desapareciera y la dejase sola.

–¡Por aquí! –gritó él.

Aunque le pesaban las piernas, Bunny intentó seguir avanzando por el sendero cubierto de maleza hasta que llegó a un claro donde había… una casa. Un edificio contemporáneo con terraza en la que había una variedad de asientos cubiertos de ramas y hojas.

–Ahora puedes descansar y dejar de temblar de miedo –dijo Sebastian.

–¡No estoy temblando de miedo! ¿Qué demonios haces?

Bunny jadeó, incrédula, cuando él la tomó en brazos.

–Cuidando de ti –respondió Sebastian, abriendo una puerta de un codazo.

Al otro lado había un patio interior repleto de plantas selváticas y una piscina de mármol.

Sin dudarlo, Sebastian la acomodó en un sofá modular de terciopelo con estampado de leopardo.

–¿Dónde está el dueño?

–¿Cómo voy a saberlo? Entré a la fuerza. Esto no es un juego, Bunny, es supervivencia. Con suerte, aquí tendremos agua y refugio.

Ella lo miró, boquiabierta.

–¡Pero no puedes entrar a la fuerza en la casa de otra persona!

–Si tengo que elegir entre vivir o morir, claro que puedo.

–¡No seas tonto! –le espetó ella, furiosa–. ¡Nos detendrán y nos meterán en la cárcel!

Sebastian rio entre dientes.

–Para eso tendrían que rescatarnos y prefiero correr ese riesgo antes que morir de sed o de frío. Espera aquí hasta que encuentre algo de ropa para ti. Si no te quitas ese pijama mojado acabaras con una neumonía…

–No podemos quedarnos aquí –protestó Bunny–. Es una residencia privada.

Pero Sebastian ya había desaparecido de nuevo y volvió poco después con una camisa de cuadros en la mano.

–Quítate el pijama y ponte esta camisa –le ordenó, con impaciencia–. Si no lo haces, lo haré yo.

–¡No te atreverías!

–Sí me atrevería –le aseguró Sebastian.

–Vete para que pueda cambiarme.

–El pudor en esta situación es ridículo.

–¡Déjame en paz! –murmuró ella, dándole la espalda.

Se quitó el pijama a toda prisa y se puso la camisa de algodón, temblando mientras se abrochaba torpemente los botones. Hasta

ese momento no se había dado cuenta del frío que tenía.

–Ahora duérmete. Estás agotada y no quiero que enfermes.

Demasiado cansada como para discutir, Bunny se puso un almohadón bajo la cabeza y se acurrucó en el sofá. En realidad, demasiado cansada como para lidiar con nada. La tormenta, la aterradora noche de insomnio en el bote y las largas horas que siguieron eran un revoltijo de imágenes en su cabeza. Algo suave y calentito cayó sobre ella y cerró los ojos.

Sebastian también estaba cansado, pero quería poner en marcha la energía solar y encontrar la llave de paso antes de irse a dormir. Una vez hecho eso, colocó una lámpara junto a Bunny para que no se asustase al despertar y luego se recostó en la parte opuesta del sofá.

Cuanto más la miraba, más guapa le parecía. Había algo en su rostro, en esa particular combinación de rasgos, en el delicado arco de sus cejas, en la claridad de sus ojos, en la suave línea de su nariz y en el rosa natural de sus labios, pensó distraídamente, con una fascinación que le resultaba nueva.

¿Por qué estaba tan ansioso por cuidar de ella? ¿Había olvidado algo crucial? ¿Habían tenido intimidad en el barco? ¿Y qué hacía él en un catamarán que no le pertenecía?

Nada tenía sentido y, frustrado, Sebastian por fin se quedó dormido.

Bunny abrió los ojos al amanecer y escuchó durante un rato el ruidoso parloteo de los pájaros. No había ruido de gente ni de tráfico…

Justo en ese momento recordó que sus días de estudiante habían terminado y abrió los ojos de par en par. Estaba en una habitación desconocida, con cuadros de pájaros en las paredes, estatuas de bronce de aspecto antiguo, máscaras talladas y otros objetos expuestos en una elegante vitrina de cristal. Era una colección de objetos indonesios y un recordatorio de que había pasado la noche en esa casa sin permiso del propietario.

Se incorporó de golpe y se puso de pie. No había rastro de Sebastian.

No había una explicación razonable para sentir pánico. En fin, le daba miedo estar en una isla pequeña con pocos recursos, si es que había alguno, pero el instinto de supervivencia de Sebastian superaba con creces el suyo. La apremiante necesidad de encontrar un cuarto de baño la invadió, de modo que fue a explorar y encontró uno en el vestíbulo. Una chaqueta vieja y desgastada colgaba de la única percha. El propietario de la casa no parecía ser alguien que recibiera muchas visitas, pensó.

Sebastian tenía razón. Debían sacar el mejor partido de lo que el destino les había deparado. Al fin y al cabo, nadie podría criticarlos por buscar refugio.

Bunny salió del baño y se adentró por un pasillo en el que solo había dos puertas. Tras una de ellas había un dormitorio enorme que debía ser el dormitorio principal. El baño tenía ducha y bañera, los acabados tan opulentos como la enorme cama con dosel, adornada con finas cortinas de seda para proteger de los insectos.

Desde los enormes ventanales podía ver toda la isla y uno de ellos se abría a un balcón. La vista de las palmeras y la exótica vegetación era magnífica y, sin embargo, incluso a la luz del sol Bunny se estremeció, dolorosamente consciente de su aislamiento y desconexión del resto del mundo.

Pero el dueño de una casa tan fantástica tendría conexión a internet, pensó entonces. Con el corazón acelerado, abrió la segunda puerta, que daba a un despacho, pero no había ningún aparato electrónico y salió de la habitación haciendo una mueca de disgusto.

Sebastian debía haber encontrado la llave de paso y Bunny no pudo resistir la tentación de ducharse. Se enjabonó rápidamente, sin saber cuánta agua se atrevía a usar, y se secó con una toalla antes de volver a ponerse la camisa, que estaba relativamente limpia aunque hubiese dormido con ella.

Bajó las escaleras avergonzada por haber usado el peine del desconocido propietario para desenredar su larga melena, pero enseguida encontró la cocina, con electrodomésticos de acero inoxidable que parecían sin estrenar. Un delantal de hombre colgaba

de forma incongruente de un gancho en la pared, pero eran los armarios lo que más le interesaba. Por suerte, en la cocina había una despensa repleta de alimentos secos: harina, café, azúcar, sal, arroz, pasta, quinoa y montones de latas.

Un alivio inmenso la invadió, pues con agua corriente, comida y refugio podrían sobrevivir durante semanas. Y seguramente no pasaría tanto tiempo antes de que los encontrasen.

Reggie habría pedido ayuda por radio… pero ¿habría tenido tiempo en medio de aquella terrible tormenta? Y si no hubiera sobrevivido, nadie sabría de su situación. No había nada garantizado en cuanto al rescate, admitió a regañadientes. Estaban atrapados en la isla, en esa casa, por tiempo indefinido y su estómago le recordó que tenía cosas más importantes en las que concentrarse porque estaba muerta de hambre.

Sebastian regresó de una ajetreada mañana en la playa después de recoger la ropa seca por el camino, revisar los restos destrozados del bote salvavidas y encender una hoguera de señalización. Entró en la casa y suspiró, sabiendo que tenía que comer. Se quedó atónito al ver a Bunny moviéndose por la cocina, con un enorme delantal azul marino.

–¿Quién te ha convertido en un ama de casa perfecta? –bromeó.

Bunny se giró con una sonrisa que iluminó su rostro.

–¿Dónde has estado? –preguntó automáticamente–. O sea, ¿qué hay ahí fuera? ¿Dónde has ido?

–¿Esto es como estar casado? –bromeó Sebastian.

Bunny suspiró.

–Solo quería saber dónde has estado.

Sebastian apoyó las manos sobre sus delgados hombros.

–Era una broma. Eres muy susceptible, ¿verdad? –murmuró, mirándola fijamente con esos ojos oscuros con puntitos de color caramelo–. No te enfades conmigo. Yo soy franco, ruidoso, brusco, pero no lo hago con mala intención.

Por un instante, Bunny se sintió perdida en esos ojos tan brillantes y en la bondad que veía en ellos; una bondad que no había

mostrado en el *Merry Days*. Sintió el impulso irresistible de besarlo, un impulso tan potente que la hizo apartarse y volver al arroz que estaba preparando.

–Llegas justo a tiempo para comer –murmuró, sorprendida por la opresión que sentía en el pecho–. Me temo que no es una cena gourmet, solo salchichas de lata y arroz.

–Iré a pescar, así tendremos pescado fresco.

–Hay que lavar ese jersey –lo regañó Bunny–. Aunque dudo que puedas quitar las manchas de sangre.

Sebastian rio.

–No es que me importe mucho, pero hay una lavadora en el cuarto de lavar.

–¿Qué cuarto de lavar?

Sebastian abrió una puerta oculta en la pared forrada de madera y ella asomó la cabeza en la habitación. Un conjunto de palancas, botones y controles cubría casi toda una pared y en la otra había una lavadora.

–¿Podemos usar el agua libremente? –preguntó Bunny.

–Es un sistema muy complejo, pero he logrado ponerlo en marcha.

–¿En serio?

–No había luz cuando llegamos y la bomba de agua estaba apagada.

Bunny asintió mientras se sentaba a la mesa.

–¿Así que sabes cómo funcionan estas cosas?

Sebastian se encogió de hombros en lugar de admitir que le había sorprendido lo rápido que había comprendido cómo funcionaba todo. Evidentemente, entendía mucho sobre tecnología. La noche anterior había soñado con un algoritmo que parecía ser de vital importancia. Se veía a sí mismo frente a un ordenador, sus dedos volando sobre el teclado. Poco a poco, la persona que era en realidad iba emergiendo.

–Yo no hubiera sabido qué hacer. Soy muy buena con los libros, pero no tanto con las cosas prácticas.

–¿Libros?

–Sí, empiezo mi primer trabajo como bibliotecaria cuando vuelva a casa… ¡Madre mía, solo faltan unos días! –exclamó Bunny, consternada–. ¿Crees que me guardarán el puesto si no me presento?

–Por ahora, lo mejor es que te relajes. Dudo que alguien sepa que hemos desaparecido –dijo Sebastian.

Y aunque ella había pensado lo mismo, le entristeció escuchar esa confirmación.

–Mi familia estará preocupada. Están acostumbrados a saber de mí todos los días.

–¿Todos los días? –preguntó Sebastian, asombrado–. Eres británica, ¿verdad?

–Sí.

–¿Y tus padres esperan saber de ti todos los días estando tan lejos? ¿Qué edad tienes?

–Veintitrés años. –Bunny se sonrojó–. Es que somos una familia muy unida.

Sebastian enarcó una ceja.

–¿Me acosté contigo en ese barco? –preguntó, con la mayor naturalidad.

Ella estuvo a punto de atragantarse.

–Eh… no, definitivamente no. De hecho, no nos caímos bien.

Enseguida deseó no haber dicho nada porque Sebastian quiso saber por qué y se vio obligada a contarle la historia.

–Fui grosero contigo… –murmuró Sebastian, algo avergonzado–. ¿Por qué?

Ella hizo una mueca.

–Al parecer, tenías la impresión de que me sentía atraída por ti y eso no te gustó.

Él asintió, disgustado por lo que estaba descubriendo sobre sí mismo. Arrogante, grosero con una empleada… todo lo que se había jurado no ser jamás.

–¿Y tenía razón? –preguntó en voz baja.

Bunny apretó los labios e intentó mostrarse madura y comprensiva.

–Sí, tenías razón, pero no habría pasado nada entre nosotros porque yo no soy ese tipo de persona.

–¿Y qué clase de persona es esa? ¿Quieres decir que no tienes relaciones sexuales?

–Quiero decir que no me acostaría con alguien a quien acabo de conocer y con quien no tengo una relación –replicó Bunny con cierta brusquedad.

Exasperada por su falta de tacto, apiló los platos y se alejó de la mesa.

–¿Por qué?

–No me interesan las aventuras de una noche y Reggie es un buen amigo de mi padre…

–Ah, ya entiendo. No quieres que tus padres se enteren de tu vida sexual. ¿Es Reggie tan indiscreto?

Bunny se giró furiosa.

–¡No! ¡Y deja ya el tema! Tú y yo no compartimos nada en el barco salvo antipatía mutua.

–Entiendo que esta conversación te resulte difícil, pero necesitaba saber cómo interactuábamos antes de venir aquí porque me atraes mucho y quiero saber en qué punto estamos.

Después de decir eso, Sebastian se levantó con una calma exasperante y salió de la cocina.

«Me atraes mucho».

Bunny estaba atónita. No se le había ocurrido esa posibilidad. Por eso le había preguntado si habían tenido relaciones sexuales. No recordaba el barco, no recordaba nada. Pero que su atracción por ella fuera la razón de su grosería no tenía sentido.

Claro que no era probable que pasara nada entre ellos. Sebastian y ella eran como barcos que se cruzaban en medio del mar y a ella no le gustaban las relaciones fortuitas.

¿Y no era eso una lástima? Solo había tenido un novio. Había mantenido la que ella creía una relación monógama con Tristram mientras estaba en la universidad y luego todo se derrumbó cuando descubrió que él había estado engañándola todo el tiempo. Peor aún, se enteró de que la mayoría de sus amigos y todos los de él sabían que la engañaba. Aunque entendía que sus amigos tuvieran

miedo de decirle la verdad, al menos podrían haberle dado a entender que Tristram llevaba una doble vida.

Tal vez por eso, la sinceridad de Sebastian le resultaba extraordinariamente atractiva. Tras lo que su familia llamaba la «traición de Tristram», le habían advertido que no se involucrase con nadie que conociera fugazmente en sus viajes. Y aunque tenía veintitrés años y ya no era una inocente, había seguido esa regla para protegerse.

Sin embargo, no era así como debía portarse una mujer adulta, pensó, insatisfecha con esa nueva perspectiva de sí misma. Tristram había sido un mentiroso y un canalla, pero ella sabía que no todos los hombres eran iguales.

Salió de la cocina y recorrió toda la casa para asegurarse de que Sebastian se había marchado.

Pero no podía ir muy lejos, se recordó a sí misma mientras bajaba a la playa. No había ni rastro de él mientras paseaba por la orilla, hundiendo los pies descalzos en la arena blanca y brillante bajo el sol.

La isla era divina, desde la exuberante vegetación hasta los coloridos pájaros y la playa desierta. Pero, como estaba atrapada allí contra su voluntad, le parecía una prisión. ¿Una prisión con Sebastian?

Esa era otra historia, tuvo que admitir. Pocas mujeres se quejarían de estar varadas en una isla desierta con Sebastian. Ella jamás se hubiera atrevido a entrar a la fuerza en una casa que no era suya, pero él no lo había pensado dos veces. Incluso sin su asombroso parecido con un galán de película, merecería un reconocimiento por haber encontrado ese refugio.

Bunny se sorprendió al verlo alimentando una pequeña hoguera en el extremo sur de la isla, cerca de donde habían llegado el día anterior. Solo había sido el día anterior y ya se sentía tan relajada con él como si fuera un amigo íntimo en lugar de un desconocido.

«En serio, Bunny», se reprendió a sí misma. «¿Así es como reaccionas ante un chico guapo que admite que te encuentra atractiva?».

–Así que esto es lo que has estado haciendo… podrías habérmelo dicho –le espetó, intentando no dejarse afectar por la imagen de Sebastian a la luz del sol–. Podría haberte ayudado a recoger leña.

Allí estaba, tan alto y corpulento, con su abundante cabello negro despeinado, esos ojos oscuros como una tentación dorada a la luz del día, tan guapo que tuvo que apretar los dientes.

–Hay serpientes entre la maleza.

Bunny se estremeció.

–¿Por qué una hoguera? ¿Esperas que algún barco la vea?

–No he visto ni un solo barco desde que llegamos, pero alguien cuida de la casa y supongo que no estará muy lejos.

–¿Cómo sabes que alguien cuida de la casa?

–Porque si no fuera así ya se la habría tragado la selva. No hay polvo, está todo limpio. Debe pasar por aquí al menos una vez al mes y si ve humo, aunque sea a lo lejos, vendrá a ver qué ocurre.

–Podría llamar a la policía.

–Mejor aún –replicó Sebastian con una seguridad desbordante.

–Yo no hablo indonesio más allá de hola, adiós y gracias –admitió Bunny.

–Yo hablo lo suficiente como para defenderme –dijo Sebastian–. Pasé mucho tiempo navegando por aquí y explorando las islas cuando era adolescente.

–¿Con tus padres?

Él apartó la mirada.

–No… ellos murieron hace años.

–Vaya, lo siento. Eso debió ser muy duro para ti.

–En realidad no. Sobre todo cuando veo el nivel de supervisión que aún recibes de los tuyos… –Sebastian frunció el ceño–. Lo siento, no debería haber dicho eso –se disculpó luego, inclinándose para echar leña al fuego.

Había evitado hablar de sus padres, pensó Bunny, preguntándose por qué era un tema tan delicado cuando parecía haber ocurrido años atrás. Era un poco extraño que siguiera afectándolo tanto, ¿no? Pero ¿qué sabía ella de esas emociones si aún no había perdido a nadie a quien quisiera de verdad?

Seguro que sabía lo de sus padres, pensó Sebastian. ¡Todo el mundo conocía esa historia de terror! Él era el superviviente, una víctima, algo que odiaba reconocer, sobre todo cuando sus parientes lo trataban como si fuera mentalmente inestable, como lo había sido su difunto padre.

En fin, no todo el mundo conocía su historia, pero cuando sabían de su fortuna solían buscarlo en internet y entonces se enteraban porque todo seguía ahí, a la vista de cualquiera.

–¿Cuánto sabes de mí? –le espetó Sebastian entonces.

–Nada. Bueno… sé tu nombre, que eres griego y que eres muy rico –respondió Bunny.

–¿No me has buscado en internet?

–No me lo puedo permitir con el presupuesto que tengo para el móvil estando en un barco en el extranjero –admitió Bunny–. Suelo usar el bar del puerto para conectarme a internet y enviar mensajes o llamar a casa. Vivo en el barco desde que llegué. ¿Cuál es tu apellido?

–Pagonis.

–Lo siento, no me suena de nada.

Sebastian se sintió extrañamente aliviado. Por una vez, parecía estar en igualdad de condiciones con una mujer.

–¿Y el tuyo?

–Woods.

Sebastian soltó una carcajada.

–Bunny Woods. Un nombre simpático para una chica muy guapa.

Bunny, ruborizada, se encontró con unos ojos oscuros y penetrantes que la traspasaron como una inyección de adrenalina.

–Estaba pensando que podríamos escribir un enorme SOS en la playa con piedras, caracolas o algo así –sugirió, incierta–. Por si acaso pasara un avión. Sé que aún no hemos oído ninguno, pero deberíamos estar preparados.

–Es buena idea –dijo Sebastian, posando las manos sobre sus hombros–. ¿Te sentirás amenazada si te beso?

–¿Y tú? Quién sabe lo que una mujer con carencias sexuales podría hacerle a un hombre en una isla remota –bromeó ella.

–Quién sabe.

El deleite brillaba en los ojos de Sebastian, donde se arremolinaban tonos de caramelo y *whisky*. Esos ojos que le aceleraban el corazón hasta dejarla sin aire. Sus pies descalzos parecían clavados en la arena, como si no pudiera moverse aunque quisiera hacerlo. Experimentaba una emoción completamente nueva, una que no había sentido ni siquiera en los primeros días embriagadores con Tristram, y esa anticipación era singularmente seductora. Claro que, en el fondo, esperaba sentirse vagamente decepcionada, como siempre.

Sebastian miró fijamente sus intensos ojos verdes; un verde un tanto misterioso, pensó. Le recordaban a una vieja boya de cristal verde que él solía colgar en una ventana cuando era niño, soñando que era una bola mágica a través de la cual podía escapar de su vida.

No sabía qué tenía Bunny, pero lo tranquilizaba. Lo hacía querer ser mejor persona de lo que creía ser. ¿La forma en que le había hablado cuando subió al barco? No, él no quería ser ese hombre.

Recorrió lentamente con los dedos su delicada clavícula, acarició su barbilla y luego se inclinó para tumbarla suavemente sobre la arena.

–Es imposible hacer esto de pie. Tú eres demasiado pequeña y yo demasiado alto –susurró, inclinándose sobre ella.

–¿Vas a sacar una cinta métrica o vas a besarme?

–No quería asustarte.

–Lo sé, pero sigo esperando –replicó ella, con una sonrisa pícara y desafiante.

Y entonces la besó. La besó larga, profunda y lentamente, y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo cobraron vida como si fuera una celebración, no un experimento. Nunca se había sentido así. Nada había sido tan intenso, como si todo su cuerpo gritase pidiendo más.

Al notar el roce de su lengua arqueó la columna, buscando un contacto más cercano. El beso se volvió salvaje, hambriento. Sus pezones se endurecieron y un calor palpitante se acumuló entre sus muslos. Era demasiado pronto para eso, y demasiado peligroso, le

gritaba su cerebro, liberándola del hechizo erótico en el que parecía sumida.

A ella le gustaba pensar bien las cosas, reflexionar antes de actuar. Sebastian la embriagaba y, en cierto modo, eso era tan aterrador como emocionante.

Bunny intentó ponerse de lado, algo imposible bajo su peso, pero él entendió el mensaje y se apartó.

–Para ser un solo beso ha sido increíble.

–¿A quién quieres engañar? Han sido al menos noventa y cinco besos. Quítate la ropa –dijo Bunny, mirando la mancha de sangre en el precioso jersey.

Sebastian se incorporó de un salto para quitarse el jersey y la camiseta y empezó a bajarse los pantalones…

–¡No, los calzoncillos no!

No era tímido en absoluto, pensó Bunny riendo para sí mientras se levantaba, tomaba la ropa y se dirigía hacia la casa.

–¿Dónde vas? –exclamó él, atónito.

Ella lo miró por encima del hombro.

–Quiero probar la lavadora.

Y juró que atesoraría la expresión incrédula en el apuesto rostro de Sebastian hasta el día de su muerte.

Capítulo 4

Eres muy lista –comentó Sebastian durante la cena, que consistía en el pescado a la parrilla que él había preparado y el pan recién horneado que ella había preparado.

–¿Por qué lo dices? –preguntó Bunny, con tono desafiante.

Habían pasado toda la tarde escribiendo un mensaje de socorro en la arena usando hojas de palma lastradas con piedras, pero Sebastián se había mostrado callado y pensativo.

–Me pediste que me desnudara para tomarme el pelo…

–Claro que sí –lo interrumpió ella–. Pero no es tan sencillo, Sebastian. No estoy lista para dar ese paso contigo.

Él apretó los labios.

–Lo entiendo.

–Además, hay otros problemas. ¿Tienes algún preservativo?

–No, claro que no. Pero imagino que tú…

–Lo mío se quedó en el catamarán.

En el tenso silencio, Sebastian respiró hondo y esbozó una sonrisa que la sorprendió.

–Debería haber pensado en eso, pero me temo que no lo hice.

–Y me temo que yo soy sensata y precavida por naturaleza –dijo Bunny en voz baja.

–Por lo general, yo también. Pero, por alguna razón, contigo no lo soy. Y te aseguro que nunca olvidaré el momento en que me pediste que me quitase la ropa… y luego te la llevaste para lavarla.

–No quería discutir contigo. No quería una pelea.

–Escúchame… –Sebastian apretó su mano con total naturalidad–. Una mujer nunca tiene que disculparse por decir que no. Yo no soy de los que discuten por eso, pero te advierto que sí soy de los que piensan en todas las otras cosas que podemos hacer.

–Entendido –dijo ella.

Sebastian rozó su brazo con un dedo.

–Te han picado los mosquitos –murmuró.

–Anoche –dijo Bunny, encogiéndose de hombros.

–Esta noche no te picarán. Dormiremos arriba, a salvo tras las cortinas de la cama. Y estarás perfectamente segura en la cama conmigo –le aseguró él al ver que se ponía colorada.

Bunny no creía que pudiera estar a salvo con Sebastian ni siquiera en el Ártico y mucho menos en una cama grande y cómoda. Además, su pijama aún no estaba seco, de modo que tendría que dormir otra vez solo con la camiseta.

Respiró hondo y se preguntó si de verdad estaba preocupada. En realidad, no lo estaba. Confiaba en Sebastian, no sabía por qué, pero así era. En su opinión, era demasiado sincero como para ser un mentiroso habitual.

–¿Cuánto tiempo crees que tardarán en encontrarnos?

–Podrían pasar un par de semanas. Dudo que nos consideren oficialmente desaparecidos todavía. Por suerte, tenemos conservas y yo me dedicaré a pescar –dijo Sebastian.

Bunny intentó no pensar en el pavor de su familia cuando se enterasen de que había desaparecido en el mar.

–¿Quién será el dueño de esta casa? –preguntó para no pensar en ello.

–Un aficionado a la ornitología con suficiente dinero como para construir un refugio en medio de la nada –opinó Sebastian–. No sé quién será, pero le compensaré por todo lo que hayamos usado, roto o estropeado.

–No podemos hacer otra cosa –murmuró Bunny.

Realmente no había nada más que comer en la isla a menos que cazasen pájaros y Reggie le había dicho a uno de sus clientes, un apasionado de la caza, que estaba prohibido en la mayoría de las islas.

Intentó leer un libro sobre aves y pronto se encontró bostezando. Sebastian había desaparecido otra vez. Era así, inquieto, siempre buscando algo que hacer. Cansada, se dio una ducha rápida y le puso un cabezal nuevo al cepillo de dientes. Luego, agradablemente

soñolienta, descorrió las cortinas de la cama y se tumbó en ella. Se preguntó si debería poner una almohada en medio del colchón, pero pensó que Sebastian se reiría de ella.

Un rato después, se percató vagamente del regreso de Sebastian, de los sonidos de él desvistiéndose, del ruido de la ducha, y se giró hacia él cuando el colchón cedió bajo su peso.

–Duérmete –susurró Sebastian.

–Estaba pensando en la última vez que compartí cama con otra persona… pero es mejor no recordarlo –murmuró Bunny.

–¿Pasó algo malo?

–Mi ex me engañó desde el principio y estuve con él más de dos años antes de descubrirlo. Qué triste, ¿verdad?

–¿Sigues triste por eso?

–¡Para nada! Ya ha pasado más de un año desde que rompimos. Solo me entristece no haberme dado cuenta antes. Perdí mucho tiempo en la universidad con él cuando podría haber estado divirtiéndome.

–Aprende de ello –le aconsejó Sebastian, rodeándola con un brazo–. No deposites todas tus esperanzas y sueños en una sola persona. No funciona. La gente casi siempre te decepciona.

¿Y de dónde había salido esa convicción tan pesimista?, se preguntó Sebastian, sorprendido. Las personas podían convertirse rápidamente en amigos y ser de confianza. Sí, se había topado con mucha gente del otro tipo, pero confiaba plenamente en los pocos amigos íntimos que tenía.

–Dame un beso de buenas noches –dijo bruscamente.

–No se quedará en un beso.

Sebastian rio.

–¿Por mi culpa o por la tuya?

–De los dos –respondió ella, apoyando la mejilla en su hombro–. Seamos sensatos.

–Creo que nunca había escuchado un consejo más triste.

–Tú eres más atrevido que yo.

–Ser atrevido es más divertido –dijo Sebastian, inclinando la cabeza hacia ella a la luz de la luna.

Bunny sabía que le estaba dando tiempo para decir que no, pero no dejaba de preguntarse si se había divertido alguna vez desde la infancia. No lo creía. Salvo alguna que otra salida nocturna con sus amigas, había seguido al pie de la letra las normas que Tristram le había impuesto, como una novia sumisa, y el recuerdo le dolía. A su ex no le gustaba que saliera con sus amigas, probablemente porque tenía miedo de que lo viese con la otra.

Bunny se dio cuenta de que había pasado la mayor parte de su vida haciendo lo que los demás querían que hiciese, primero su familia y luego su ex. Irritada por no haber reclamado la libertad de ser ella misma, echó la cabeza hacia atrás y rozó los labios de Sebastian con los suyos. Y, por suerte, él captó la indirecta como un campeón.

Esa inusual oleada de pura excitación la conmovió. Sebastian besaba de maravilla. Enredando los dedos en su pelo, la acorraló contra la cama y la besó hasta dejarla sin aliento. Bunny era consciente de cada ángulo de su poderoso físico. Un escalofrío la recorrió al notar el roce de su intensa excitación.

Y entonces, antes de que pudiera recuperar el aliento, Sebastian se apartó y la recostó en su lado de la cama.

–Buenas noches, Bunny.

–Buenas noches –susurró ella con voz temblorosa.

Deseaba que no se hubiera detenido porque se moría de ganas de tocarlo y de que él la tocase, pero estaba claro que él había perdido el interés. Bien merecido se lo tenía por poner tantas pegas. Ya no era una adolescente ni una virgen.

Tristram había sido una gran decepción, pero no la había convertido en una mujer tímida, asustada hasta de sus propios deseos.

¿Por qué no era sincera consigo misma? Deseaba a Sebastian más que a ningún otro hombre y tal vez nunca tendría otra oportunidad de explorar esa faceta de sí misma con una pareja tan perfecta. Sebastian era experimentado, sofisticado, guapo… cumplía con todos los requisitos. Además, no lo volvería a ver una vez que salieran de la isla.

¿Y no era eso aún más perfecto? Sebastian como una experiencia única, aislada. ¿No era mucho más seguro que aferrarse a emociones tontas o hacerse ilusiones de amores imposibles?

Y entonces otro pensamiento aterrador la asaltó.

–No estarás casado ni comprometido, ¿verdad?

Sebastian hizo una mueca.

–Si estuviera casado llevaría una alianza. Además, los compromisos no son para mí.

–No lo creía, pero tenía que comprobarlo –murmuró Bunny.

Antes de perder el valor, se deslizó bajo la sábana que los cubría y recorrió su torso con las manos, bajando luego por un muslo largo, fuerte y cubierto de vello… y entre sus piernas.

Sebastian se quedó rígido de sorpresa. De una sorpresa total y absoluta cuando su compañera, algo recatada y dada a sonrojarse, se dispuso a complacerlo con inesperado descaro.

Se relajó a la luz de la luna, cautivado al darse cuenta de que Bunny era imprevisible, al descubrir que podía hacer que anhelara sus caricias como si fueran un narcótico. No era experta ni tenía mucha práctica, pero lo compensaba poniéndole gran entusiasmo.

No pasó mucho tiempo antes de que apartase la sábana cuando ella intentó esconderse debajo. Sebastian hundió sus largos dedos morenos en la sedosa espesura de su cabello para animarla mientras levantaba las caderas. Solo se apartó cuando llegó al clímax, dejando escapar un gemido gutural.

–Ha sido increíble –murmuró después, atrayéndola hacia sí–. Sospecho que ambos estamos estresados por la situación, pero ahora es mi turno.

–¡No hay que esperar turnos! –exclamó Bunny, avergonzada por la intimidad de lo que acababa de hacer.

–Estoy deseando tocarte –dijo Sebastian, inclinándose para besarla con lánguida maestría mientras desabrochaba los botones de su camisa.

Bunny contuvo el aliento, consciente de la tensión en sus pezones y del intenso dolor en lo más profundo de su ser. Sebastian apartó la tela de la camisa y la besó de nuevo, lentamente, saboreando su

respuesta. Y ella pensó: «Esta no soy yo. No soy una chica fácil. Soy una persona seria y no me ando con tonterías».

«¿Pero eso es definitivo?» le preguntó otra vocecita. «¿No puedes descontrolarte de vez en cuando?».

Estaba descontrolándose, pero ¿qué decía de ella que no le importase en absoluto?

Él cubrió sus pechos con sus grandes manos y jugueteó con sus pezones hasta que un gemido escapó de sus labios. Luego se colocó sobre ella y lamió los sensibles y turgentes pezones hasta que Bunny se retorció de gozo, sintiendo que un calor húmedo se acumulaba en su pelvis.

–¿Puedo encender la luz? Quiero verte.

Bunny estaba a punto de negarse rotundamente. Ella estaba acostumbrada a la intimidad de la oscuridad, pero con Sebastian, pensó, debería haber sabido que sería distinto.

–Si quieres…

Sebastian encendió la lámpara y la luz la cegó por un instante.

–No te asustes.

–¡No estoy asustada!

–Se te nota en los ojos, *kounelaki mou* –dijo él–. Pero no te asustaste en el bote salvavidas durante la tormenta, ¿verdad?

–Claro que estaba asustada. ¿Cómo no iba a estarlo?

–Pero lo manejaste bien. ¿Por qué no puedes soportar que haga algo tan normal como admirar estos pechos tan bonitos? –preguntó él en voz baja, acariciando su carne turgente e hinchada.

Bunny se estremeció, atrapada por su mirada hipnótica hasta que él inclinó la cabeza y lamió el prominente pezón con la lengua antes de succionarlo con los labios. Bunny cerró los ojos y se relajó un poco porque él se movía despacio, con delicadeza. Se tensó de nuevo cuando él deslizó la mano por su vientre para explorar los suaves y húmedos rizos de su pubis, separando con delicadeza sus esbeltos muslos. Y volvió a estremecerse cuando la tocó donde tanto anhelaba que la tocase. Las primeras punzadas de placer eran casi insoportables. Sin darse cuenta, levantó las caderas y un gemido escapó de sus labios mientras él acariciaba su sensible entrada.

–Estás tan mojada, tan estrecha –susurró él, desconcertándola un poco al poner la cara entre sus muslos.

–No tienes que hacerlo –murmuró Bunny, avergonzada, pues Tristram se había estremecido ante la sola idea de hacer eso.

–Quiero hacerlo. Quiero que disfrutes.

–¿Ah, sí?

Bunny no sabía qué decir. No sabía que a los hombres les gustara hacer eso, pero no quería que Sebastian se detuviera. De hecho, mientras él acariciaba sus zonas erógenas, estaba ya al borde del orgasmo.

Y ahí terminó la conversación porque, de repente, se quedó sin palabras. Sebastian la devoraba como un hombre que no hubiera comido en varios días, y ella se sintió conmocionada por esa pasión voraz. El placer crecía y crecía como un nudo que se apretaba cada vez más en su interior, hasta que lo único que pudo hacer fue rendirse mientras él la llevaba al clímax. Gritó de gozo cuando un placer explosivo la invadió, sus dedos enterrados en el pelo oscuro mientras arqueaba la espalda y oleadas de éxtasis la invadían. El hecho de haber alcanzado el orgasmo, de no haber tenido que fingirlo, fue lo que más la impactó.

–Vaya –murmuró, temblorosa–. Se te da muy bien.

–Soy un perfeccionista. Si prometo retirarme a tiempo, ¿puedo continuar? –preguntó Sebastian, convencido de que no había muchas posibilidades de un embarazo no deseado.

Bunny se puso rígida.

–Pero eso no es infalible, todo el mundo lo sabe.

–Ninguna precaución es infalible –dijo él, levantando su barbilla con un dedo–. Lo que quiero decir es que si hay consecuencias yo estaré a tu lado.

–Lo dudo –murmuró Bunny–. Cuando salgamos de esta isla cada uno volverá a su vida.

–Eso no significa que yo vaya a portarme como un canalla. Pase lo que pase, puedes contar conmigo –afirmó Sebastian, mirándola fijamente–. Te apoyaré en todo, lo prometo. No soy un irresponsable.

Y Bunny lo creía. La impaciencia y la frustración se apoderaron de ella mientras dudaba, y entonces volvió a dominarla el impulso temerario que la había llevado a los brazos de Sebastian. Iba a enterrar hasta el último recuerdo de Tristram y del daño que le había causado tan profundamente que jamás volvería a pensar en él.

–Sí –susurró, orgullosa de sí misma por querer abrirse a nuevas experiencias con otra persona.

Sebastian volvió a acariciar su sensible clítoris, reavivando el deseo que se había apagado momentáneamente. Su cuerpo volvió a cobrar vida de nuevo, el hambre se reavivó. Bunny le rodeó el cuello con los brazos, sin preocuparse ya por la luz, sino disfrutando plenamente de la gloria de Sebastian sobre ella, con su largo pelo negro revuelto entre sus dedos, la mandíbula oscurecida por la barba incipiente y sus rasgos oscuros y perfectos tensos por el deseo que sentía por ella.

De repente, se sintió la mujer más atractiva del planeta. Él la hacía sentir así, mientras que Tristram la había dejado sintiéndose inadecuada y manipulada, estúpida e ingenua.

Sebastian se colocó sobre ella y le subió las piernas a los hombros.

–Tu cara de susto es deliciosa –bromeó–. Pero no temas, no voy a hacerte daño.

–¡Lo sé! –jadeó ella.

Le ardía la cara porque él había leído su expresión y preferiría que no lo hubiera hecho.

–Si quieres parar, dímelo.

–No seas pesado –lo regañó ella.

Sebastian entró en ella lentamente y Bunny cerró los ojos de nuevo, cautivada por esa invasión. Y entonces él se hundió profundamente y un gemido escapó de sus labios. La sensación era tan placentera que le costaba respirar. Nunca había sido de las que gritaban, pero sospechaba que Sebastian tenía el poder de convertirla en una de ellas.

Las sensaciones se acumulaban y palpitaban en lo más profundo de su ser y se derretía como miel calentada en una parrilla, el latido del deseo ejerciendo una atracción implacable sobre todos sus

sentidos. El aroma de su piel, el satén bronceado de sus hombros y su espalda, el intenso brillo de sus ojos negros como diamantes, todo la tenía cautivada.

Cambió el ritmo, penetrándola, retirándose y volviendo a entrar con un sensual giro de sus ágiles caderas que la encendió. La excitación no hizo más que aumentar cuando aceleró el ritmo, deteniéndose un momento para acariciarla de nuevo y asegurarse de que estuviera tan excitada como él. Era algo que nunca había experimentado y, sin embargo, era todo lo que siempre había soñado encontrar en la intimidad con un hombre.

Bunny abrió los ojos para disfrutarlo al máximo y él le robó un beso profundo e intenso, explorándola con la lengua en una erótica imitación del acto sexual. En ese instante sintió como si él fuera dueño de su alma. Un hambre visceral se apoderó de ella mientras él la llevaba a cotas cada vez más altas.

Con el corazón desbocado, se entregó al placer y se rindió ante él, sin contenerse cuando la recorrió una maravillosa explosión de placer abrasador. Apenas se percató de que Sebastian había alcanzado el clímax con un gruñido masculino o de la humedad que había derramado sobre su vientre mientras se dejaba caer sobre las almohadas, completamente agotada.

Sebastian se levantó de la cama para ir al baño y regresó minutos después para limpiarla.

–Ahora puedes dormir sin miedo a que te ataque el lobo feroz.

–Me gusta que me ataque –murmuró ella, intentando disimular un bostezo.

–Y a mí me gusta que te abalances sobre mí –replicó él.

Y eso fue lo último que Bunny recordó durante un buen rato.

Sebastian la vio acurrucarse bajo su brazo y pasar una pierna por encima de la suya. Nunca le había gustado ese tipo de intimidad con las mujeres y algo en su interior se retraía, pero por alguna razón con ella le gustaba mucho. Sin embargo, se sentía extrañamente culpable, como si la hubiera seducido. Estaba seguro de que Bunny no tenía gran experiencia y que él era su aventura en el lado salvaje. No había nada de malo en eso, ¿verdad? ¿Sería porque ella le hacía

sentir extrañamente protector? Pero ¿cómo iba a protegerla de sí mismo?

Sebastian sabía el efecto que podía tener en ciertas mujeres. Lo sabía por una razón que jamás olvidaría. Habían pasado los años, pero el trauma de lidiar con Ariana lo había marcado profundamente, enseñándole a ser cauteloso. Pero había cuestiones mucho más importantes, más allá de la amnesia temporal que padecía, que lo estaban volviendo loco. ¿Quién era ahora? Diez años después, ¿era diez años más maduro? ¿Se había graduado como médico? ¿Se había especializado en cirugía o se había desviado del camino en algún momento, distraído por alguna otra disciplina, algún otro interés? ¿Por qué anhelaba un teclado? ¿Por qué soñaba con secuencias de código?

¿Y seguía viva su abuela, Loukia, a sus ochenta y tantos años?

Se le revolvía el estómago al pensar que tal vez hubiera muerto, pues era la única pariente a la que había querido. Sabía bien por qué Loukia había decidido no criar a su nieto huérfano, por supuesto que sí. Ella había criado a su padre, Jason Pagonis, y había sido un desastre. Temía que volviera a suceder con él y había dado un paso atrás, dejándolo al cuidado de quienes lo odiaban por su herencia y por la sangre que corría por sus venas. La sangre del hijo mayor y otrora favorito, el heredero de Loukia.

Bunny despertó en una cama vacía y se dirigió directamente a la ducha. Como era de esperar, no dejaba de pensar en Sebastian, pero no se lo reprochó a sí misma, pues sabía que la posibilidad de sobrevivir en la isla dependía de él. Al fin y al cabo, ella casi habría preferido morir de hambre antes que entrar en una casa ajena.

Si hubiera intentado reunir leña para hacer una hoguera probablemente habría salido corriendo al ver una serpiente o, peor aún, la serpiente la habría mordido. Podría haber pescado, pero no al ritmo que lo hacía Sebastian, así que no le sorprendió en absoluto encontrar pescado limpio y listo para cocinar.

Sebastian era muy eficiente, pero no le estaba contando toda la verdad.

«Si estuviera casado, llevaría una alianza».

Una elección de palabras muy reveladora. ¿Significaba eso que no lo sabía con certeza? ¿De verdad no recordaba algo tan importante?

¿Hasta qué punto era grave su pérdida de memoria? ¿Y no era hora de que lo averiguase?

Tenía dos pares de vaqueros viejos y desgastados sobre la mesa cuando Sebastian reapareció, llevando consigo el olor a humo de la hoguera. Solo llevaba los calzoncillos, seguramente por ella, pues sospechaba que si no estuviera allí Sebastian iría desnudo todo el tiempo. Se sentía totalmente cómodo consigo mismo y tenía un aspecto increíble, radiante y vital. Era una tentación andante, bronceada, esbelta y poderosa, de hombros anchos, torso esculpido, caderas delgadas y piernas largas y fuertes.

A pesar de sus buenas intenciones, Bunny sintió un intenso y traicionero calor entre los muslos. Sus impresionantes ojos oscuros brillaban como caramelo derretido bajo el sol.

–¿Qué estás haciendo?

–He pensado cortar estos vaqueros para convertirlos en pantalones cortos. Así al menos tendríamos un cambio de ropa. ¿Podríamos hablar antes de que prepare el desayuno?

La expresión de Sebastian se ensombreció.

–Tienes dudas sobre lo nuestro.

–Sí y no –respondió ella, reacia a entrar en esa conversación tan difícil sin haber ordenado sus ideas–. Pero era sobre tu pérdida de memoria de lo que quería saber más. ¿Cuánto has olvidado?

–Los últimos diez años. Lo último que recuerdo con claridad es que estaba a punto de cumplir veinte años, de vacaciones en un velero… Entonces era estudiante de Medicina.

–¡Ay, Dios mío, anoche me acosté con un hombre que, mentalmente, es un adolescente! –exclamó Bunny, sorprendida por la cantidad de tiempo que había olvidado y por lo cuidadosamente que se había guardado esa información para sí mismo.

Aunque fuera franco, eso no significaba que fuera a ser una fuente inagotable de información, y menos aún si la consideraba información personal.

–Sospecho que, sin darme cuenta, debí recurrir a conocimientos que no tenía a los diecinueve años –dijo Sebastian con tono seco.

Bunny sintió que le ardía la cara.

–Todavía tengo mucha información en la cabeza si algo me refresca la memoria –siguió Sebastian–. Mis sueños están llenos de imágenes fugaces que ahora mismo me resultan desconocidas. Una señal, supongo, de que pronto voy a recuperar la memoria.

–Y, sin embargo, me dijiste con total seguridad que eras soltero –replicó Bunny encendiendo la parrilla para tener las manos ocupadas.

–Estoy seguro de eso. Soy un solitario y no creo en el amor eterno. De hecho, se podría decir que tenía prejuicios contra el matrimonio y no creo que haya podido cambiar tanto.

–Muchas cosas pueden cambiar en diez años. ¡Hace diez años yo estaba loca por un chico que cantaba en un famoso grupo!

Sebastian se encogió de hombros.

–Nunca fui de los que idealizan a nadie. Era un empollón. Me acostaba con chicas, pero no salía con nadie ni tenía relaciones serias.

–Pareces un poco reprimido emocionalmente –comentó Bunny, colocando unos vaqueros contra sus largas piernas y marcando la altura de las rodillas con un bolígrafo para saber dónde usar las tijeras–. Los flechazos son un paso saludable en el camino hacia las relaciones adultas.

Estando tan cerca, el calor entre sus piernas se intensificó, un recordatorio de la intimidad que ella misma había propiciado. Aún no había superado ese hecho impactante: que prácticamente lo había invitado a acostarse con ella.

¡Qué imprudencia! ¿O no había sido una imprudencia? ¿No se trataba más bien de adentrarse en su futuro de libertad, sin verse limitada por las restricciones que imponían los demás?

El pan del día anterior estaba duro, pero lo había tostado porque Sebastian le había prohibido usar la harina para reducir el consumo de comida preparada que había en la despensa.

Puso los condimentos sobre la mesa y preparó café. Solo ella le ponía azúcar, pero se estaba acabando y pronto tendría que tomar el

café amargo. Pero, a pesar de sus protestas, no estaba segura de poder prescindir de Sebastian, que iluminaba la habitación con su energía. Su carisma era tan inquietantemente fuerte como la fascinación que ella sentía por él.

–¿Tienes cinco minutos libres para que te grite? –preguntó Sebastian en voz baja.

–¿Por qué querrías gritarme?

Él la miró con severidad.

–Porque he encontrado las bengalas de auxilio en el bote salvavidas… ¿por qué demonios no las lanzaste durante la tormenta?

Capítulo 5

Bunny torció el gesto. Sebastian la observaba con el ceño fruncido, visiblemente molesto, y ella decidió ser sincera:

–Me olvidé de ellas.

–¿Te olvidaste? –le espetó él, incrédulo.

¿Cómo podía ser tan sincera?

Sebastian tenía poca experiencia con semejante franqueza. Estaba acostumbrado a mentiras y, en el mejor de los casos, a medias verdades. La sinceridad de Bunny había hecho que su ira se volviera contra él. Estaba de mal humor e inquieto porque su memoria regresaba solo a retazos. Recordaba haber estado en una rotación quirúrgica en un hospital, así que debía haber terminado la carrera de Medicina, pero también recordaba haber trabajado sin descanso para resolver un problema de seguridad informática. Claramente, su otrora entrega total a la medicina había flaqueado en algún momento.

Bunny asintió enérgicamente.

–En medio de la tormenta, el bote se balanceaba violentamente y yo intentaba mantener el equilibrio mientras te vigilaba a ti. Además, vomitaba mucho y estaba aterrada. Reggie nunca mencionó las bengalas ni me dijo cómo usarlas.

–Es sencillo. Apuntas y disparas –dijo Sebastian con brusquedad, exasperado porque tal vez habían perdido la oportunidad de un rescate inmediato–. Podría haber habido algún barco cerca.

–Pero también podría no haberlo –señaló ella en su defensa mientras colocaba la comida–. Esta isla fue la primera costa que vi. Reggie solo me enseñó a botar el bote salvavidas, nada más.

–El sentido común debería haberte impulsado a…

–Pero no fue así y no tiene sentido lamentarse –lo interrumpió Bunny, con un tono deliberadamente optimista, decidida a que ese descuido no se convirtiera en el centro de una discusión inútil–. Ahora las tienes para usarlas aquí en el momento justo.

Sebastian la miró airado.

–Creo que…

–No quiero oír nada más sobre las bengalas –volvió a interrumpirlo ella–. Ya he admitido mi error. Ahora siéntate y desayuna.

Sebastian apretó los labios en un gesto de enfado, pero se sentó a la mesa.

–No te gustan las discusiones y eso no funciona conmigo.

–Ambos estamos haciendo lo que podemos para superar esta situación. No hagamos una montaña de un grano de arena.

Sus ojos brillaban como hielo negro.

–Me irritan esos clichés tan manidos.

–Ya te he dicho que lo siento –dijo Bunny.

El repentino escalofrío en el aire la desconcertó y centró su atención en su plato. Le hubiera gustado gritarle por aquella noche horrible y aterradora en el bote durante la tormenta, cuando bien podría haber estado sola. No era perfecta, pero los había mantenido a salvo a los dos el tiempo suficiente para llegar a tierra. Sebastian no tenía ninguna razón para quejarse.

–Yo no soy marinera ni nada parecido. Reggie me dio mi primer trabajo en un barco y esa es mi única experiencia en el mar. ¡Y tendrían que torturarme para que volviera a subirme a un barco!

Sebastian se incorporó de un salto para limpiar la mesa.

–A mí me encanta el mar. Me relaja.

Bunny no dijo nada, aunque sintió la tentación de recordarle que su estado de coma lo había protegido de la terrible experiencia. Suspirando, limpió la mesa antes de poner encima los vaqueros para cortarlos.

Sebastian decidió intervenir porque no le gustaba el ambiente que él mismo había creado. No le gustaba discutir. No le gustaba la distancia que amenazaba con abrirse entre ellos y, como reacción, la

tomó en brazos, la llevó al opulento salón y se dejó caer en el sofá modular, con ella recostada sobre sus muslos.

–¿Qué haces? Estaba a punto de cortar esos vaqueros.

–Los vaqueros pueden esperar, yo no soy tan indulgente –replicó Sebastian–. Vamos a relajarnos un rato. Si hubieras estado en la cama cuando volví me habría acostado contigo. Si hubieras sido un poco más receptiva, te habría desnudado en la cocina.

–Sebastian –dijo ella, mortificada porque podía imaginar perfectamente cualquiera de los dos escenarios.

A diferencia de ella, Sebastian era muy directo en su actitud hacia el sexo.

Sin previo aviso, aplastó su boca en un beso apasionado y ella abrió los labios, permitiéndole el acceso instintivamente.

–¿Quieres que paremos? –murmuró él–. Dímelo ahora.

Unos dedos delgados se alzaron hasta su barbilla sin afeitar y la acariciaron suavemente, los luminosos ojos verdes abiertos de par en par. Quería que se calmara, aunque aún le dolía que hubiera criticado su comportamiento durante la tormenta.

–No sé qué quiero. No me has dado tiempo a pensar.

Sebastian se apartó.

–Es tu decisión. Yo estoy loco por ti, pero no te presionaré para que cambies de opinión.

–Solo he tenido una relación y tú dices que no te gustan las relaciones –admitió ella, algo avergonzada por su falta de experiencia–. Yo no soy así, pero sé que esto es algo temporal, probablemente solo porque estamos atrapados en la isla.

–Por favor, no empieces a imaginar que te estás enamorando de mí.

Bunny abrió los ojos como platos.

–¿Por qué dices eso? ¿Acaso actúo como si estuviese enamorada de ti?

–No. –Sebastian exhaló un suspiro impaciente, recordando su desafortunada experiencia con Ariana–. Pero, una vez, una chica a la que yo consideraba como una hermana decidió que estaba enamorada de mí y se obsesionó con ello.

–¿Quién era?

–Ariana, la hermana pequeña de uno de mis mejores amigos. Yo tenía dieciocho años, ella era un año menor. No había nada entre nosotros, ni lo había habido nunca. Su hermano lo encontraba gracioso… solo era un capricho tonto, decía. Pero insistió en que debía ser sincero con ella y decirle que no estaba interesado. Lo hice y Ariana tomó una sobredosis de pastillas y estuvo a punto de morir.

Los claros ojos verdes de Bunny se clavaron en los suyos con un brillo de compasión.

–Oh, no…

–Se recuperó, pero estaba muy deprimida y su familia la internó en una unidad de cuidados intensivos porque temían que volviese a intentarlo. Me sentí responsable, aunque yo no la había animado. No recuerdo los últimos años, pero sé que siempre pongo límites en mis relaciones con las mujeres. Si alguna vez sientes que no puedes vivir sin mí, aléjate a toda prisa –dijo Sebastian con voz ronca–. Porque soy un solitario nato, Bunny. No me va lo de las parejas.

–De acuerdo.

Bunny no estaba segura de lo que quería. Después de Tristram, había decidido que pasaría mucho tiempo antes de volver a involucrarse seriamente con otro hombre y se había imaginado disfrutando de relaciones divertidas y sin importancia.

Pero el destino le había puesto delante a Sebastian y su personalidad podía ser abrumadora.

–Estoy ardiendo por ti.

La sola idea de ser deseada hasta tal punto por Sebastian hizo que una llama ardiente recorriera sus venas. Pero, al igual que él, Bunny no quería discusiones ni complicaciones. No había una etiqueta clara para la atracción que sentían. ¿Lujuria? Tal vez solo era eso, aunque muchos otros sentimientos la invadían en presencia de Sebastian. Él era tan desconfiado y estaba tan herido. No sería humana si no quisiera saber por qué.

No se trataba únicamente de su experiencia con una chica infeliz que se había obsesionado con él cuando aún era un adolescente, pensó.

–¿Te apetece nadar? –le preguntó Bunny bruscamente.

Esa sugerencia rompió la tensión. En la playa, Sebastian se desnudó y rio a carcajadas cuando ella se metió en el agua con la camiseta puesta y la tela se infló a su alrededor.

–¿Quieres que te preste mis calzoncillos? –bromeó.

Bunny se preguntó qué era lo que realmente deseaba. Pero lo deseaba a él, ni siquiera necesitaba pensarlo. ¿Significaba eso que ya estaba demasiado encandilada? Sebastian no quería saber nada de relaciones…

Pero ¿por qué se preocupaba por el mañana cuando en realidad solo debía concentrarse en el presente? Solo debía pensar en el futuro inmediato, decidió. Si le pedía que se alejara, Sebastian lo haría, pero ¿era eso lo que quería? No, no era eso.

Lo observó en el agua, ágil como una nutria, sorprendentemente elegante para un hombre de su tamaño. Rodeada de exuberante vegetación, la playa bañada por el sol era sublime. A lo lejos, una delgada columna de humo negro se elevaba desde la pequeña hoguera. Aún no había llamado la atención de nadie, ni tampoco los mensajes de socorro que habían escrito con tanto esmero en la playa.

–No has terminado de contarme la historia. ¿Qué le pasó a Ariana después?

–No lo recuerdo bien, pero creo que tuvo otro episodio en la universidad y la abandonó.

Bunny hizo una mueca mientras se apoyaba en el muelle de madera.

–¿Por qué te sientes culpable? No fue culpa tuya. Supongo que ya tenía problemas de antemano, aunque su familia no se diera cuenta. A veces, las familias no se dan cuenta de nada. Si no se hubiera fijado en ti se habría fijado en otro chico.

–Yo me sentí responsable –dijo Sebastian.

Bunny decidió cambiar de tema.

–¿Queda leña para mantener la hoguera encendida?

–No quiero empezar a talar árboles –admitió él–. No quiero causar daños irreparables en la isla. A un amante de la naturaleza como el dueño de esta casa no le gustaría.

–¿Cuándo usaremos las bengalas?

–Espero ver algún avión de búsqueda en unos días. Tenemos que darles tiempo para que empiecen a buscarnos.

Sebastian apoyó sus grandes manos en la barandilla del muelle, a ambos lados de ella.

–Estás recordando cosas –murmuró Bunny–. Ahora eres diferente.

–¿En qué sentido?

–Más impaciente, más mandón… rebosante de energía –respondió ella.

–No me gusta estar en situaciones que no puedo controlar.

–Esta experiencia podría enseñarte a ser paciente.

Sebastian se dio la vuelta.

–Nadaré un rato para liberar esa energía.

¿Qué demonios estaba haciendo?, se preguntó mientras se zambullía en el agua. Bunny era muy joven. Sin embargo, no era frágil ni le faltaba confianza como a Ariana. Era una mujer independiente y no confiaba en él. ¿Y por qué debería? ¿Practicar el coito interrumpido como método anticonceptivo? ¿En serio? Él sabía bien lo poco fiable que era eso.

¿Qué le pasaba? ¿Y por qué se sentía tan atraído por ella? Necesitaba darle espacio y averiguar qué le estaba pasando antes de que todo le explotase en la cara. No era él mismo, sobre todo con Bunny, y eso lo inquietaba. Aun así, no podía alejarse de ella.

Bunny volvió a la casa y, para mantenerse ocupada, decidió cambiar las sábanas. El armario de la ropa blanca estaba lleno, como preparado para recibir invitados. Y, sin embargo, en la casa solo había una cama.

Bunny echaba de menos los libros. Los pocos que había en las estanterías eran de ornitología, poco atractivos para alguien a quien le gustaban la ficción y la historia. Encontró almohadones para los muebles de exterior en un armario y tomó uno para sentarse y contemplar la playa, casi completamente oculta por árboles que necesitaban ser podados.

Por fin, se quedó dormida, pensando que ya echaba de menos a Sebastian y que no había manera de detener lo que fuera que había

entre ellos.

La vida era demasiado corta como para ser tan cautelosa.

–Hora de comer –dijo Sebastian.

–¿Has cocinado tú?

–Sí, y no tienes derecho a criticar –le advirtió él, poniendo un plato de pasta sobre la mesa con un gesto teatral.

Bunny decidió que Sebastian podía ser un poco irritante porque era bueno en muchas cosas. La pasta estaba rica, aunque más picante de lo que ella se habría atrevido a prepararla.

–Voy a ducharme –dijo Sebastian después.

–Yo me voy a la cama.

Sebastian la tomó entre sus brazos.

–Dime que puedo besarte.

–Puedes hacer lo que quieras –murmuró ella, levantando la cabeza, sus claros ojos verdes encontrándose con los de él–. Y no vamos a preocuparnos más por eso.

–¿Te dolió cuando te caíste del cielo? –preguntó él con tono burlón, sus ojos oscuros como la noche brillando como estrellas.

Bunny soltó una carcajada.

–¿Cómo puedes ser tan cursi?

Sebastian rio también. Por un instante, solo quería abrazarla y dar vueltas por la cocina. Era un impulso extraño que lo sorprendió. Quizá estaba más estresado de lo que quería admitir, pero resistirse a la tentación de abrazarla seguía siendo un desafío.

¿Por qué experimentaba esas extrañas emociones? Emociones que no tenían nada que ver con el sexo. ¿Por qué no se enfadaba con ella por su actitud cambiante? ¿Por qué no le ofendía que ella tuviese dudas? ¿Le había pasado algo así antes?

Sin decir nada, se apoderó de sus labios en un beso que era una oscura promesa.

–Luego –susurró, con una sonrisa radiante.

Sí, Sebastian la deseaba con intensidad y ella se permitiría disfrutarlo. Iba a deleitarse siendo deseada, verdaderamente deseada por primera vez. En su relación con Tristram ella había sido

una novia de conveniencia para la vida estudiantil, no la mujer con la que él pensaba tener una relación a largo plazo.

Después de esa experiencia, el deseo de Sebastian, su franqueza sobre lo que quería y lo que no quería, le resultaban excepcionalmente atractivos. No mentía, no fingía nada. No quería amor ni compromiso. Era honesto. No había futuro para ellos. Estaban teniendo una aventura y ella era lo bastante mayorcita como para tener una aventura sin angustiarse ni culparse a sí misma.

Había algo especial en ella, pensaba Sebastian en la ducha. Se preguntó cuánto tardaría en convencerla para que se duchase con él. El simple hecho de dejar la luz encendida ya era un gran logro para ella. Podía ser muy tímida. Tardaba mucho en tomar decisiones importantes y el sexo era claramente una decisión crucial para ella. Sin embargo, también podía ser impulsiva y cuando lo era resultaba increíblemente *sexy*.

Al mismo tiempo, no se amedrentaba cuando él la contradecía o la criticaba, y empezaba a apreciar su actitud tranquila y firme cuando él se ponía difícil. Era su polo opuesto. Entonces, ¿por qué se complementaban tan bien?

Él era temperamental, siempre lo había sido, y propenso a la melancolía. Era un apasionado de la ciencia y, de niño, sus habilidades sociales habían sido pésimas. No le gustaban las fiestas, no consumía drogas ni bebía mucho. Su entorno familiar le había enseñado lo suficiente como para evitar los escollos más evidentes. Le gustaba el sexo, pero no las complicaciones que acarreaba; las mujeres que exigían más de lo que él podía dar, las que no le dejaban ni respirar. De hecho, Bunny era probablemente su primera relación con una mujer.

Apenas había tenido relación con los familiares que lo habían alejado de ellos en lugar de acogerlo en sus hogares. Incluso sus padres eran recuerdos lejanos para él. Nadie se le había acercado de verdad y mucho menos una mujer. Nunca había vivido con una mujer, ni la había visto día tras día, ni la había buscado cuando no estaba, ni había cocinado para ella. Era una intimidad aterradora, reconoció, el tipo de situación que solía evitar a toda costa.

Pero ¿por qué seguía disfrutando de su compañía? ¿Por qué no mantenía las distancias?

Bunny se deslizó en la fresca cama y Sebastian la abrazó. Su calor se infiltró en cada centímetro de su cuerpo y un deseo líquido despertó entre sus muslos. Sus dedos se deslizaron por su cabello húmedo, los rizos negros de su torso rozando sus sensibles pezones mientras su boca se posaba sobre la de ella con un ansia que la estremecía y la excitaba a la vez.

Bunny se juró a sí misma que no iba a enamorarse de él, que no iba a apegarse. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, una vocecita le susurraba que estaba engañándose y que, aunque era fácil decidir vivir de forma libre y desenfrenada, mantener ese objetivo sería todo un reto.

Capítulo 6

Podría hacer galletas –dijo Bunny diez días después.

–Las galletas no son nutritivas –replicó Sebastian, recorriendo con la mirada su esbelta figura, sentada a su lado en el muelle con las piernas colgando. Estaba algo demacrada, pensó. Ambos habían perdido peso y eso le preocupaba–. Ahorremos las provisiones que tenemos.

–Las galletas me reconfortan –argumentó Bunny–. Mi abuela me enseñó a hacerlas.

Y, sin previo aviso, un sonido parecido a un clic resonó en el cerebro de Sebastian. Clic… su abuela Loukia había muerto. Por un instante sintió náuseas al recordarlo. De repente, todo lo que había olvidado parecía chocar y amontonarse en una cacofonía infernal. Loukia, el testamento, el ataque de sus parientes y el estrés del último *software* que estaba perfeccionando para el mercado.

¿Acaso era de extrañar que le fallase la memoria? Tal vez no había querido recordar cómo era su vida.

–Mi abuela falleció y, seis meses después, mi abuelo murió también –estaba diciendo Bunny–. Mi madre no sabe hornear, así que me convertí en la panadera de la casa –siguió ella, suspirando–. Echo de menos a mi familia. No me gusta admitirlo, pero los he echado de menos durante todo el año. No dejé que me pagaran el vuelo a casa por Navidad porque les habría faltado dinero para otras cosas. Ahora estarán preocupados por mí, temiendo que me haya ocurrido algo malo, y yo me siento tan culpable…

Dios santo, ¿qué había hecho?, se preguntó Sebastian. Nunca había sido tan irresponsable con una mujer. Cómo había terminado en la cama con una cría como Bunny era un misterio, a menos que fuera la novedad lo que lo había atraído. La frescura optimista de su

visión de la vida, su perpetua y dolorosa honestidad. El afecto espontáneo que ofrecía, la maravillosa calma que había en su interior y que lo tranquilizaba, el sexo absolutamente increíble. Apretando la caña de pescar, se giró para mirar a su compañera, sabiendo que nunca se lo perdonaría a sí mismo si le hacía daño.

–Ponte a la sombra… te estás quemando otra vez –le dijo, con la brusquedad propia de quien se siente culpable–. Tienes la nariz roja.

–¿Qué te pasa? –preguntó ella, atenta al matiz grave y oscuro de su voz.

–He recuperado la memoria.

–¿Qué?

–Cuando mencionaste a tu abuela, todo encajó a la perfección y es algo que me ha hecho reflexionar –dijo Sebastian con tono áspero.

–No vuelvas a ser el ogro que eras en el barco –le advirtió Bunny.

–Ya es demasiado tarde para eso. Soy el mismo ogro del barco, pero también el hombre con el que has estado aquí estas dos últimas semanas.

Bunny no quería pensar que fuera ambos hombres porque había detestado la primera versión de Sebastian.

–Lanzaste la última bengala anoche –le recordó, de repente ansiosa por cambiar de tema.

–Porque oímos aviones.

–Solo que no se acercaron a la isla.

–¿Qué recuerdas? –preguntó Bunny por fin.

–Todo. Que mi abuela falleció el mes pasado y que hace algunos años dejé de ejercer como médico. Ahora me dedico al desarrollo tecnológico. Creé un programa de seguridad contra el pirateo informático llamado *Pagekey*, que me está reportando una fortuna –explicó Sebastian con una notable falta de entusiasmo.

–Siento mucho lo de tu abuela –dijo Bunny en voz baja–. ¿Por qué dejaste la medicina?

–A diferencia de tu hermano mayor, no era lo suficientemente compasivo. Prefiero las máquinas a las personas, son más fiables. Y sospecho que solo estudié Medicina porque todos mis parientes

decían que nunca lograría el título. –Sebastian hizo una mueca–. ¿No es una tontería? Hablemos de algo más interesante.

–¿Como qué?

–¿Qué planes tenemos si estás embarazada? –preguntó él entonces–. Después de tanto tiempo, es posible que lo estés.

–¿En serio? Cualquiera de los dos podría ser estéril. De todas formas, hasta que nos rescaten eso no importa –razonó ella, incómoda–. Pero creo que no querría abortar. Criaría al bebé… pero supongo que arruinaría mi vida.

–Yo no quiero que un hijo mío arruine la vida de nadie –admitió Sebastian.

–Solo quería decir que arruinaría todos mis planes a corto plazo –le explicó Bunny–. Mi familia se preocuparía y tendría que planear un futuro diferente. No me juzgues por una primera reacción ante una posible crisis.

–No te estoy juzgando.

Bunny observó su hermoso rostro, la reserva en sus rasgos oscuros y perfectos, la ausencia de sonrisa, el ceño fruncido sobre sus impresionantes ojos negros. Y notó el cambio en él desde que recuperó la memoria porque ahora ocultaba sus emociones.

–Me estás juzgando y lo sabes. Te conozco bien.

–No, en realidad no –dijo Sebastian con suavidad–. No estamos viviendo una vida normal aquí.

–Sé que quieres respuestas ahora mismo, en este preciso instante, y soluciones al mismo tiempo –respondió ella secamente–. Y no estamos en posición de hablar de nada de eso, así que esta conversación es inútil.

En realidad, Bunny había resumido prácticamente lo que él quería y no podía tener, y casi rio por lo bien que lo conocía. Pero no lo hizo porque sabía que necesitaba alejarse de la intensidad asfixiante de esa relación.

–No abandonaré a mi hijo, si lo tuviera.

–Voy a dar un paseo –dijo Bunny, incorporándose de golpe–. Ah, espera, ¿tenías novia o alguna relación especial con alguien?

–No. Cuando te conocí, llevaba meses sin estar con una mujer –respondió Sebastian.

–Vaya, pues me alegro mucho de haber estado disponible. Esperemos que nos rescaten pronto y así podremos escapar el uno del otro –le espetó Bunny antes de alejarse rápidamente.

A Sebastian le gustaba estar solo y le molestaría especialmente que empezase a bombardearlo con preguntas sobre sus recuerdos. Pero no debería haber sido tan sarcástica, se reprendió a sí misma. Si él acababa de recordar la muerte de su abuela estaría reviviendo ese dolor. Estaba siendo egoísta e insensible, pensando solo en lo que significaría para ella que hubiera recuperado la memoria.

–Haces bien –dijo Sebastian entonces.

¿Qué se suponía que debía responder a eso? ¿Podría dejar más claro que nunca habría nada entre ellos?

Había cambiado. En cuanto recordó quién era, cambió tan rápido que Bunny estaba aturdida. Sebastian Pagonis, un multimillonario magnate de la tecnología. Aunque no era un mujeriego. Eso, al menos, era un consuelo.

Aun así, su primer impulso había sido alejarse de ella, minimizar lo que habían compartido y dejar claro que lo que había entre ellos terminaría en cuanto los rescatasen. Tuvo que parpadear con fuerza porque le escocían los ojos y esa reacción dejaba claro que, en el fondo, había albergado la esperanza de que aquello fuera algo más que una aventura pasajera.

Bunny estaba disgustada. Bueno, eso era de esperar, pensó Sebastian con amargura. Si no estaba dispuesto a ofrecerle el anillo y la casa con jardín, Bunny se disgustaría y no había nada que él pudiese hacer al respecto. Bunny era muy convencional y lo había reconocido desde el principio, así que ¿por qué no se había echado atrás?

¿Un hijo? Sebastian gimió, avergonzado de su reacción. ¿Qué sabía él de ser padre? ¿Qué sabía siquiera de tener una familia? Sin embargo, había corrido un riesgo tras otro con Bunny. Había olvidado tener cuidado en más de una ocasión, de modo que las probabilidades de que Bunny estuviese embarazada eran bastante altas.

Bunny se secó las lágrimas de un manotazo, diciéndose a sí misma que necesitaba reescribir las últimas dos semanas en su

mente. Olvidar esa aventura, bajar el tono de las emociones, empezar a tratar a Sebastian como un simple amigo, dejar de compartir la misma cama y olvidarse de las pequeñas muestras de intimidad que habían empezado a parecer tan naturales entre ellos.

¿Por qué? Porque, como él le había recordado, nada de lo que compartían mientras estaban en la isla era normal.

El lejano zumbido de un motor bastó para disipar tan perturbadores pensamientos. ¿Era posible que fueran a rescatarlos?

Bunny miró hacia atrás y vio a Sebastian corriendo por la playa. Más allá, divisó una lancha que rebotaba sobre las olas en dirección a la isla.

¡Por fin!

Alguien se había percatado de su presencia en la isla.

Incapaz de creerlo del todo, echó a correr en dirección a la playa.

Cuando llegó, Sebastian ya estaba enfrascado en una animada conversación con un hombre que amarraba al muelle la lancha motora. Él le presentó a Dwi, el guardés de la «casa francesa», como la llamaba el hombre, y Bunny se dio cuenta de que Sebastian hablaba indonesio.

El dueño de la casa era un tal Louis Bernard, ornitólogo y figura destacada en documentales de televisión, les contó Dwi, ofreciéndoles un móvil desechable.

–Dwi dice que nos han dado por desaparecidos y que sale en todos los periódicos. Voy a llamar a mi amigo Andreas para que cancelen la búsqueda. Y luego llamaré al señor Bernard para explicarle que entramos en su casa para refugiarnos. Por cierto, recogieron a Reggie la semana pasada, pero está en el hospital con una pierna rota y tienen que operarle.

El teléfono pasó de mano en mano para que Dwi diese la ubicación exacta de la isla. Sebastian habló con alguien en griego, riendo, y Bunny supuso que el tal Andreas era un amigo íntimo.

Sebastian llamó al dueño de la casa para agradecerle que se la hubiera prestado y asegurarle que le sería devuelta en su estado original.

–Nos recogerán esta noche en helicóptero –le informó después–. Tu familia ya te está esperando. Mi yate llegó a Bali la semana

pasada y le he dicho a Andreas que invite a tu familia a usarlo.

–¿Mi familia está aquí? –preguntó Bunny–. ¿Cuántos han venido?

–Tus padres y un par de hermanos, creo –respondió Sebastian.

–No podremos quedarnos en tu yate –dijo ella, incómoda.

–¿Por qué no? –preguntó Sebastian, con el ceño fruncido–. ¿Quieres que vayan a un hotel?

Ella negó con la cabeza. Sus padres estaban jubilados y habrían gastado una buena suma de dinero para viajar a Indonesia. Cualquier cosa que pudiera reducir el coste de su inesperada estancia en Asia sería bienvenida.

–¿Tienes un yate? –preguntó.

De vuelta a la realidad, las diferencias entre Sebastian y ella eran evidentes. ¡Tenía un yate! Hablaba suficiente indonesio como para tranquilizar al ansioso Dwi y dominaba el francés, mientras que su dominio del idioma no había avanzado más allá del examen que aprobó a los dieciséis años.

–No quiero subirme a otro barco –le confesó.

–No vamos a navegar y mi yate es del tamaño de un pequeño crucero.

Bunny tragó saliva. Tendría que superar su reciente aversión a los barcos para que su familia disfrutase de la hospitalidad de Sebastian.

Pero no quería que le recordasen que Sebastian era tan rico e importante que su desaparición había aparecido en todos los periódicos. O que, a pesar de su dinero e influencia, aún podía ser inesperadamente amable.

Mientras los dos hombres hablaban, Bunny recordó que Sebastian había estado observándola cuando despertó esa mañana y le había dicho que el sol había creado una quinta peca en su nariz.

–Admítelo, me fijo en todo lo tuyo –había susurrado, moviéndose sobre ella, ya duro y urgente–. Ahora tienes que darme los buenos días a mi manera…

–No hasta que me haya refrescado.

–Hueles a mí y eso me parece tremendamente *sexy* –había susurrado Sebastian.

–Todo en mí te parece *sexy*.

–Así es. Déjame aprovecharme de ti otra vez…

Y, sin dudarlo, se habían aprovechado el uno del otro, admitió ella, sintiendo un cosquilleo en su interior al recordar esa pasión. Aunque entonces no lo sabía, aquella había sido la última vez. Todo se había acabado. Asunto zanjado, pronto lo olvidarían, se dijo. No iba a sufrir por una aventura estúpida y sin importancia. No era tan tonta.

¿Por qué estaba soñando despierta cuando pronto se irían de la isla? Necesitaba ordenar la casa, cambiar las sábanas y recoger sus pocas pertenencias. Pero, cuando iba a entrar en la casa, Sebastian la tomó del brazo.

–Comeremos en el yate.

–Por favor, dime que habrá verduras. ¡No te imaginas cuánto las echo de menos! –dijo Bunny, con fingida alegría.

–Hay un chef en el yate, así que puedes elegir tu plato favorito. ¿Verduras asadas con queso? ¿Y un postre?

–¡Estoy deseando! –exclamó ella.

Sebastian se había recogido el pelo con una rama de vid y, milagrosamente, ya se parecía mucho más al Sebastian que había conocido en el barco de Reggie. Reservado, algo distante, los brillantes ojos oscuros velados a pesar de su tono ligero e informal.

–Se ha abierto una investigación oficial sobre el naufragio –le advirtió él entonces–. Tendremos que declarar ante la policía y las autoridades marítimas. Debes tener cuidado con lo que dices o podrías meter a Reggie en un lío porque ese mástil no debería haberse caído. Podrían intentar culparlo por hundir un barco que no era apto para navegar.

Bunny torció el gesto.

–Él no habría hecho eso.

–No, y por suerte ambos estamos sanos y salvos, lo cual ayudará mucho.

–Pero tú recibiste un golpe en la cabeza y perdiste la memoria.

–El mástil me golpeó en la nuca, pero tuve suerte de que no fuera más grave. –Sebastian hizo una pausa y la observó–. Aunque me gustaría que mi amnesia temporal fuera un secreto. Ya no es relevante, nadie más necesita saberlo.

Su amnesia no era relevante y Bunny sospechaba que eso abarcaba también a su relación.

–Entendido. No hablare de ti con nadie –dijo con cierta rigidez.

–Te ofrecerán dinero para que les cuentes tu experiencia conmigo en la isla –le advirtió él–. Si eso pudiera tentarte, con gusto te daré el dinero por adelantado a cambio de tu silencio.

El color desapareció por completo del rostro de Bunny.

–No tengo intención de traicionarte, Sebastian. Pero es curioso lo desconfiado que te has vuelto desde que recuperaste la memoria –le espetó, airada–. Puede que no sea rica, pero estoy contenta con lo que tengo y da igual lo que me ofrezcan, no me veré tentada a revelar ningún secreto que pueda avergonzarte.

Después de eso subió a recoger sus pocas pertenencias y a hacer la cama.

–No te preocupes –dijo Sebastian, desde la puerta del dormitorio–. Dwi dice que el dueño quiere poner la casa en venta. Al parecer, este era el refugio de sus sueños, pero se casó y a su esposa no le gusta estar tan lejos de la civilización.

–Pondré las sábanas a lavar –murmuró ella.

Se mantenía ocupada para no pensar que Sebastian acababa de ofrecerle dinero. Había querido sobornarla para que no contase sus experiencias en la isla. Bueno, eso le decía todo lo que necesitaba saber.

¿Había pensado tan mal de ella antes de recuperar la memoria? ¿Siempre había sido tan cínico y desconfiado? Se le ocurrió que tal vez había tenido suerte de encontrarse con un Sebastian que apenas sabía quién era. Por decirlo suavemente, la versión restaurada de Sebastian habitaba un mundo del que ella, debido a su situación económica, estaba excluida. Sebastian ya no confiaba en ella, pero quizá nunca había confiado.

Hacía fresco cuando oyó el helicóptero sobre su cabeza. Estaban a finales del verano y, aunque los días seguían siendo calurosos, las noches se habían vuelto más frescas.

Al llegar a la playa, Bunny le tiró el jersey a Sebastian.

–¡Lo habías olvidado! –gritó, para hacerse oir por encima del ruido del helicóptero.

–Póntelo tú, hace frío.

–Estoy bien.

Sonriendo, él le puso el jersey a pesar de sus protestas y luego la tomó en brazos.

–¿Qué haces? –exclamó Bunny.

–¡No llevas zapatos! –respondió Sebastian.

El helicóptero aterrizó a su lado y dos hombres saltaron de la cabina. Uno de ellos era su hermano mayor, John.

–Yo me encargo –dijo John, alargando los brazos.

Pero Sebastian se limitó a enarcar una ceja.

–¿Quién eres tú?

–Es mi hermano John –respondió Bunny.

Por fin, Sebastian se la entregó como si fuera un paquete.

–Sebastian Pagonis.

–John Woods.

–¿Dónde están mamá y papá? –preguntó ella mientras John la subía al helicóptero.

–No había suficiente espacio para todos. Están un poco abrumados por todo esto y mamá no quería llorar delante de la gente.

–Ah, claro.

El otro hombre se presentó como Andreas Zervas, amigo de Sebastian. Una vez en el interior del helicóptero, todos se pusieron auriculares para ahogar el ruido y no hubo más oportunidad de conversar. Bunny miraba aturdida por la ventanilla mientras el aparato giraba sobre la isla. Desde allí, parecía diminuta y el tejado de la casa apenas se veía entre los árboles.

John apretó su mano y se le hizo un nudo en la garganta. ¡Menudo drama había creado para su familia! John habría ido sin su esposa y probablemente habría viajado a Indonesia con su hermano mediano, Luke, abogado corporativo y el miembro de la familia que más dinero ganaba.

Cuando por fin aterrizaron y se quitó los auriculares, John le dijo al oído:

–Espera a ver el yate…

¿Habían aterrizado en el yate? Bunny sintió un enorme alivio al saber que no tenían que viajar más para llegar a su destino. ¿Estarían sus padres allí? Estaba deseando verlos.

Bajó detrás de Sebastian, quien volvió a tomarla en brazos cuando se golpeó el dedo gordo del pie con la escalerilla.

–Necesitas zapatos –la reprendió.

–Si no hubiera tenido que ayudarte a subir al bote no los habría perdido –replicó ella, sonrojándose al notar la mirada sorprendida de su hermano.

Sebastian entró en una enorme sala de recepción y la dejó sobre una alfombra. Allí estaban sus padres y su hermano Luke, tensos. Parecían tan pequeños frente a los imponentes ventanales del opulento yate.

Bunny corrió para echarse en sus brazos. Hubo muchas lágrimas, preguntas sin respuesta y algunas respuestas apresuradas que no eran del todo ciertas. En medio de todo, Sebastian se acercó para unirse a ellos.

–Ella me salvó la vida –les dijo–. Me subió al bote salvavidas y me cuidó hasta que recuperé el conocimiento.

–Y luego él me cuidó a mí. Pescaba, hacía hogueras y lidiaba con las serpientes de la isla –dijo Bunny, sintiendo un escalofrío.

Su madre abrazó a Sebastian efusivamente, apartándose solo cuando el padre de Bunny insistió en estrechar su mano.

–Deja que te acompañe a tu camarote –dijo Sebastian después–. Imagino que querrás cambiarte de ropa y ponerte al día con tus padres. Le pedí a Andreas que trajese algo de ropa para ti.

–Ah, gracias.

Recorrieron un largo pasillo hasta un camarote casi tan grande como la sala de recepción, donde Sebastian la dejó con su familia. Había una amplia cama sobre una tarima, un elegante cuarto de estar con terraza y un lujoso cuarto de baño con bañera de cobre, toallas suaves y magníficos azulejos de mármol.

–¡Vaya! –exclamó Bunny, impresionada.

–Los demás estamos en la cubierta de abajo –dijo Luke, con el ceño fruncido–. Te ha puesto al lado de su camarote.

Bunny rebuscó en un armario repleto de vaporosa ropa de verano y lencería de seda.

Aquello era más que «algo de ropa», pero hablaría de eso con Sebastian más tarde, en privado.

–No me voy a quejar de que me mimen un poco después de estas dos semanas –bromeó.

–Claro que no –intervino su madre, lanzando una mirada de reproche sobre Luke–. Tu hermana lo ha pasado muy mal.

–¿Qué clase de relación tienes con nuestro generoso anfitrión? –preguntó John en voz baja.

Bunny se encogió de hombros.

–Tan amistosa como cabría esperar después de dos semanas temiendo que no nos encontrase nadie.

–Eso no explica nada –intervino Luke.

–No te debo ninguna explicación –replicó Bunny bruscamente.

Su madre echó a los hombres del camarote, diciendo que Bunny estaba muy alterada y que no era momento para hacer preguntas.

–¿Te importa si me ducho y me cambio de ropa, mamá? –murmuró mientras sacaba un conjunto de ropa interior, una falda larga de seda y una blusa ligera–. Necesito refrescarme.

–Has cambiado –comentó su madre, mirándola con el ceño fruncido–. No te estoy criticando, al contrario. Tienes más confianza en ti misma. Es natural que la experiencia en la isla y el año fuera de casa te hayan cambiado.

Bunny se duchó a toda prisa, disfrutando de los caros productos de baño, y se secó el pelo con el secador. Por fin, se vistió y se calzó unas sandalias de cuero que debían costar una fortuna. La ropa era elegante y sofisticada, sedosa al tacto, con la etiqueta de un famoso diseñador.

Cuando salió del baño sus padres estaban charlando en el cuarto de estar y, unos minutos después, una empleada llamó a la puerta para anunciar que la cena estaba a punto de servirse.

–Bunny va a comer verduras asadas porque las ha echado de menos –anunció Sebastian cuando llegaron al comedor, dedicándole una sonrisa.

Se había puesto unos vaqueros desgastados que le quedaban como un guante y una camisa blanca de lino que hacía destacar su piel bronceada. Estaba afeitado y la barba incipiente a la que Bunny se había acostumbrado había desaparecido. Su increíble atractivo

nunca había sido tan evidente. Sus brillantes ojos oscuros resplandecían mientras la miraban con satisfacción.

–Parece que te has hecho muy amiga de nuestro anfitrión –comentó Luke.

Bunny no se molestó en responder. Tenía hambre y comió con apetito, saboreando el queso fundido y una especie de *chutney* delicioso.

La mayor parte de la conversación giró en torno al naufragio y la estancia en la isla.

–Al parecer, el guardés de la casa solo pasa por allí una vez al mes, pero alguien le comentó que había visto humo en la isla.

El catamarán de Reggie se había salvado de la tormenta, pero ahora era una prueba oficial de la investigación y, dado que tenían que operarle, probablemente pasarían semanas si no meses antes de que lo recuperase. Su padre ya había visitado a su viejo amigo en el hospital y le contó que la esposa de Reggie, Eka, estaba con él.

–Estás agotada –dijo Sebastian al ver que intentaba disimular un bostezo.

–Sí, pero estoy demasiado nerviosa como para dormir –le confesó Bunny.

–¿Prefieres tomar un café conmigo?

–Muy bien.

–Tomaremos el café en cubierta –anunció Sebastian.

Y, por un instante, era como si fueran las únicas personas en el mundo. Sus espectaculares ojos oscuros brillaban como estrellas.

–¿Y galletas? –preguntó ella, esperanzada.

–Si juegas bien tus cartas, puede que incluso haya galletas. Le dije a mi chef que te encantan los dulces.

Aun sabiendo que su familia la vigilaba atentamente, Bunny dejó que Sebastian la guiase hacia las puertas de la terraza.

–Ahora mismo estás abrumada –murmuró él–. Hay demasiada gente a tu alrededor, demasiadas preguntas a la vez. Vivíamos en una isla muy tranquila y necesitaremos tiempo para adaptarnos a tantos cambios.

A veces acertaba en todo, admitió Bunny, pero otras veces se equivocaba estrepitosamente. Como cuando le ofreció dinero para

que no hablase de él con la prensa. ¡Como si ella hubiera hecho algo así!

Se dejó caer en un mullido sofá frente a una mesa con forma de S, que estaba muy de moda, y respiró la deliciosa brisa marina, viendo a lo lejos las luces de la vida nocturna de Bali, tranquila al saber que el yate no se movería mientras ella estuviera a bordo.

–¿Cómo conseguiste esta ropa tan bonita?

–Le dije a Andreas que no tenías nada más que un pijama y le indiqué tu talla. Supongo que su mujer le ayudó –respondió él, haciéndole un gesto a la empleada que acababa de aparecer con la bandeja del café–. Todo lo que no quieras o no te guste será devuelto. Mañana tendrás que hablar con la policía y con los investigadores y dudaba que quisieras hacerlo descalza y en pijama.

–Pero el gasto… –protestó ella, un poco más tranquila al saber que algunas prendas podían devolverse.

–No te preocupes por eso, no tiene importancia.

–No eres responsable de mí –dijo Bunny mientras le ponía azúcar al café.

–Lo seré si estás embarazada.

–No, serás corresponsable del bebé una vez que nazca… si es que hay un bebé. No eres responsable de mí de ninguna otra manera.

Sebastian se sentó a su lado y estiró sus largas piernas, enfundadas en ajustados vaqueros.

–Tienes que relajarte o estaremos discutiendo constantemente. Te he programado un análisis de sangre para mañana por la mañana. Tenemos que saber si vamos a ser padres o no…

–De eso nada –replicó Bunny–. Cuando me haga la prueba de embarazo, yo elegiré el momento y el lugar, y aún no estoy lista para eso. De todos modos, es demasiado pronto.

–No lo es y cuanto antes lo sepamos, mejor. –Sebastian tomó su mano–. Deja de esconder la cabeza en la arena.

–No vas a obligarme a hacer algo que no quiero. –Bunny terminó la galleta, que le sabía a serrín, y se puso de pie–. No voy a dejar que te encargues de cosas que, estrictamente hablando, no te incumben. En lo que a ti respecta, si estoy embarazada, el bebé no

existirá hasta que nazca. Todo lo anterior es exclusivamente asunto mío.

Sebastian tiró de ella para sentarla en su regazo.

–¿Qué haces? –exclamó ella, intentando levantarse.

Sebastian levantó su barbilla con un dedo para mirar los furiosos ojos verdes.

–¿No es evidente?

Sus ojos oscuros brillaban con intensidad y, sin embargo, cuando sus labios se posaron sobre los de ella, el beso fue tentadoramente dulce y sensualmente tierno. Su cuerpo se encendió, programado, al parecer, para seguir respondiendo a sus caricias. Sus pezones estaban tensos, sus pechos hinchados, su respiración era entrecortada y le dolía ese espacio entre los muslos. Pero levantó las manos y lo empujó con fuerza para liberarse.

–¡No! –exclamó, incorporándose torpemente y agarrándose al borde de la mesa para mantener el equilibrio.

–¿No? –preguntó Sebastian con aparente sorpresa.

–Eso es el pasado, esto es el presente. Tuvimos una aventura, pero se acabó. Nadie dejó más claro que tú que lo nuestro terminó en cuanto salimos de la isla –le recordó ella–. Dijiste que desaparecerías… pues bien, yo voy a hacer lo mismo. Y después de que me ofrecieras un soborno para que no hablase de ti con la prensa, no solo me fui mentalmente. ¡Salí corriendo en dirección contraria!

Un leve rubor oscureció sus afilados pómulos, pero los brillantes ojos oscuros destellaban como láseres contra el cielo nocturno.

–¿Cómo vamos a separarnos si estás embarazada…?

–Puedo ser la madre de tu hijo sin que eso implique ninguna intimidad –lo interrumpió ella–. ¿Sabes cuál es el verdadero problema? Eres tú, Sebastian, tan retorcido y tan desconfiado. Si me hubiera aferrado a ti, ahora mismo estarías en el otro extremo de tu estúpido y pretencioso yate, evitándome como la peste. Pero he decidido seguir adelante y ahora estás ofendido.

–No estoy ofendido –dijo Sebastian.

Bunny puso los ojos en blanco. Pues claro que estaba ofendido por su rechazo.

–Me voy a dormir, porque si me quedo acabaremos peleándonos.

–Te echarías atrás antes de que llegase a tanto.

Bunny lo miró, en jarras.

–No, no lo haría. Dijiste que te irías… ¿por qué no lo haces?

Sebastian se encogió de hombros. No podía responder a esa pregunta. Aún la deseaba, igual que el día anterior y el anterior a ese. Su necesidad de tenerla cerca se intensificaba en presencia de otras personas y eso lo desconcertaba. Había creído que podría alejarse, que querría hacerlo, pero había descubierto que no era así. Incluso la idea de perderla de vista lo ponía nervioso. No era lógico y lo perturbaba, pero no podía escapar de esos sentimientos, de esos impulsos.

Además, le asombraba haberla considerado simplemente guapa porque, sin hacer el menor esfuerzo, era absolutamente preciosa. Su pelo dorado, brillante bajo las luces de la bahía, su delicado rostro sonrojado, sus ardientes ojos verdes, sus labios rosados y sensuales, ese cuerpo tan esbelto…

Era tan adictiva como una droga. Se acercaba a menos de un metro de ella y lo único que quería era tocarla, abrazarla, besarla. Esa necesidad era completamente nueva para él. Ninguna otra mujer lo había afectado de ese modo.

–No puedo alejarme si estás embarazada –le recordó, preguntándose por qué se había vuelto tan importante para él tenerla cerca.

¿Una costumbre de la isla? ¿Se había encariñado con ella? Él no se encariñaba con las mujeres, pero la idea de acostarse sin Bunny era un desafío.

–No, pero puedes alejarte hasta que nazca el bebé… si es que nace –dijo ella con sequedad.

–¿Eso es lo que quieres?

–Dadas las circunstancias, sería lo más sensato –respondió Bunny–. Ambos debemos seguir adelante. Te avisaré si tengo alguna noticia.

–De acuerdo.

Sebastian se oyó a sí mismo aceptar algo que no quería y se sintió perturbado por ello. Ser razonable le parecía una tontería. Sin

embargo, él era un hombre lógico, sensato, y no podía comprender su propio comportamiento. Por alguna razón, no era lógico cuando se trataba de Bunny. No quería ponerle nombre a lo que quería, a lo que sentía.

Sus hermanos la acompañaron de vuelta al camarote y entraron sin invitación.

–¿Te ha pedido que firmes un acuerdo de confidencialidad? –preguntó Luke–. Nos lo ha pedido a nosotros y hemos aceptado porque nos alojamos en su yate.

–No me lo ha pedido, pero si lo hace le diré que no –respondió Bunny–. No pienso hablar de él con nadie, pero también fue mi experiencia y conservaré mi versión de los hechos.

John hizo una mueca.

–Es muy posesivo contigo. ¿Tenéis una relación?

Bunny suspiró.

–Algo así, pero ya se acabó.

No tenía ninguna intención de hablar sobre la posibilidad de estar embarazada, por supuesto.

Su hermano mayor pareció aliviado.

–Probablemente sea lo mejor. No soy psicólogo, pero, con su historial, Sebastian debe estar un poco trastornado.

Bunny contuvo la respiración, esperando que John se explicara, pero no lo hizo y ella no quiso preguntar. Cuando sus hermanos se marcharon, paseó de un lado a otro, preguntándose qué sentía por Sebastian. Y necesitaba saber por qué podría estar trastornado como decía su hermano. Pero no quería la opinión de otra persona sobre sus secretos y tampoco quería buscarlo en internet porque la idea de husmear en su vida le parecía una falta de respeto.

Se acercó de puntillas al camarote de Sebastian y llamó suavemente a la puerta. Él abrió bruscamente, con el torso desnudo, descalzo y vestido solo con unos vaqueros.

–¿Sí?

–Perdona que te interrumpa, pero quería saber por qué tu pasado podría haberte afectado…

Sebastian parpadeó, sorprendido.

–Alguien ha estado hablando.

–Deberías haberlo hecho tú –dijo ella, con tono de reproche.

Sebastian abrió la puerta de par en par y dio un paso atrás.

–Es muy descarado que esperes respuestas después de lo que me has dicho antes, ¿no?

Bunny hizo una mueca.

–No quiero buscar en internet para saber de ti.

Una risa amarga brotó de los labios masculinos.

–¿Aunque eso sea lo que hacen todos los demás?

Bunny entró en el camarote y cerró la puerta.

Capítulo 7

Ya era hora de que le contara su historia, pensó Sebastian, con cierto pesar. Prefería contársela con sus propias palabras en lugar de dejar que leyera esos horrores en internet.

–Es algo malo –le advirtió.

–Sé escuchar –dijo Bunny.

–Mi abuela consentía a su hijo mayor, Jason, en todo –empezó a decir Sebastian–. Era el niño de sus ojos, hiciera lo que hiciera, y cuando conoció a mi madre, ella era igual de mimada y caprichosa. Juntos eran un desastre, pero se casaron y me tuvieron a mí. La gente pensaba que hacían buena pareja porque los dos eran ricos, pero mi padre era un drogadicto empedernido y, al final, mi madre empezó a salir con otros hombres.

–Dios mío… –murmuró Bunny.

–¿Quieres tomar algo? –preguntó Sebastian mientras se servía una copa.

–Agua –respondió ella, sintiéndose culpable por haberlo acorralado para que le contase lo que obviamente no quería contar–. Lo siento, no debí haberte presionado sobre algo tan personal.

Sebastian le entregó el vaso de agua y Bunny se dejó caer sobre el borde de la cama.

–Más vale que sepas la verdad –dijo él–. A su manera retorcida y obsesiva, mi padre adoraba a mi madre, pero ella había conocido a otro hombre e insistía en el divorcio. Los abogados que los representaban pronto se enzarzaron en una pelea.

–¿Qué edad tenías tú entonces?

–Seis años. La batalla por el divorcio duró meses, hasta que un día mi padre simplemente se derrumbó. Ya se había mudado de casa, pero apareció una noche y mi niñera lo dejó entrar. Mi madre llamó a

la policía. Empezaron a discutir y yo me escondí detrás del sofá. Y entonces, de repente, mi padre sacó una pistola y le disparó…

Bunny lo miraba con los ojos muy abiertos.

–Dios mío, qué horror.

–Estaba fuera de sí. Disparaba a diestro y siniestro, se detenía para recargar, y luego hubo un largo silencio. Yo tenía demasiado miedo como para salir de mi escondite. –Sebastian estaba muy pálido, sus perfectos rasgos tensos como la cuerda de un arco a la luz de la lámpara–. Escuché un disparo más… mi padre se había suicidado. Cuando la policía me encontró estaba conmocionado.

Bunny se levantó de la cama y se acercó a él para abrazarlo.

–Siento mucho haberte hecho revivir eso.

Sebastian la miró, desconcertado por su deseo de consolarlo. Sentía una opresión en el pecho y la apartó de él con una cautela recién aprendida.

–Será mejor que te vayas a la cama antes de que tu familia descubra que has desaparecido. Nos vemos mañana.

Bunny nunca había deseado tanto quedarse con él, pero Sebastian había vivido más de veinte años con esa tragedia, ¿y qué consuelo podía ofrecerle ella?

Pálida y tensa, regresó a su camarote, conmocionada por lo que había descubierto. Sebastian debía estar traumatizado por semejante horror. ¿Lo habría criado su abuela Loukia, a quien él había mencionado alguna vez con cariño?

Qué pasado tan terrible, pensó, más conmocionada por la historia de lo que había dejado entrever.

Se metió en la cama, recordándose a sí misma que Sebastian y ella ya no estaban juntos y, por lo tanto, su perturbador pasado ya no era asunto suyo.

Entonces, ¿por qué sentía tanta angustia? ¿Por qué, más que nada en el mundo, deseaba volver a su camarote y seguir abrazándolo? El momento de expresar compasión ya había pasado, pero su corazón aún lo anhelaba, como anhelaba la intimidad que habían disfrutado en la isla, sin nadie que los juzgase.

Pero ¿por qué estaba pensando como una adolescente enamorada? Dos semanas no eran suficientes para enamorarse de

nadie, se dijo a sí misma. Desde luego, no había sido amor a primera vista. Lujuria y repulsión a primera vista más bien.

Y luego, desde aquella primera noche en la que, en verdad, se le había tirado encima, se habían formado otros lazos entre ellos de forma natural. Se había sentido segura con él, había confiado en él, lo cual era irónico, ya que Sebastian no confiaba en nadie a menos que firmase un acuerdo de confidencialidad.

Jamás había sentido por Tristram lo que sentía por Sebastian. Ni ese deseo instantáneo e irracional ni las profundas emociones que la atormentaban constantemente. Enamorarse de Tristram había sido un proceso lento y gradual, acorde con su naturaleza cautelosa y sensata. Enamorarse de Sebastian había sido como caer en el ojo de un huracán.

No era ni cautelosa ni sensata con él. Se había echado en sus brazos sin pensar en el futuro, convencida de que una aventura pasajera no tendría gran importancia. No estaba llevando bien el final de su relación, al contrario. Pero tenía que reprimir sus sentimientos y afrontar el futuro, sobre todo si estaba embarazada.

Sebastian había dejado bien claro que no había futuro para ellos. Él prefería la soledad y no tenía relaciones serias con mujeres. Tampoco creía en los matrimonios felices, y en ese momento podía comprender que estaba marcado por el matrimonio infeliz de sus padres y su traumático final. Pero tenía que aceptar todo eso, y la imposibilidad de volver a estar con Sebastian, al mismo tiempo que abrazaba su propio futuro, probablemente muy diferente. Y si estaba embarazada, ¿lograrían convertirse en padres que se llevaran bien?

Pero ¿cómo se sentiría Sebastian al ser padre después de una experiencia como la suya? Claramente, el problemático matrimonio de sus padres lo había afectado y no le sorprendería saber que nunca había planeado tener hijos.

–Estás preciosa –dijo Sebastian con inesperada calidez en la mesa del desayuno.

Desconcertada por el inesperado cumplido sobre el sencillo vestido verde de verano y las zapatillas de lona, Bunny esbozó una sonrisa

mientras todas las miradas se dirigían hacia ellos.

–Gracias –dijo simplemente.

–Nos iremos a la comisaría en media hora.

–Me gustaría visitar a Reggie en el hospital, si es posible. Al fin y al cabo, no lo volveré a ver cuando regrese a casa y fue encantador conmigo. Solo fueron unas semanas, pero es un buen jefe.

–¿Te ha contado tu madre que Tristram apareció en casa? –preguntó su padre.

Bunny se quedó paralizada.

–¿Tristram? ¿Por qué fue a casa?

–Leyó en el periódico que habías desaparecido y fue a preguntar si había alguna noticia o si podía ayudar en algo –le explicó su madre–. No lo invitamos a entrar. Dejó su número de teléfono, pero no creo que ninguno de nosotros vaya a usarlo.

–¡Qué descaro! No es como si hubiéramos terminado siendo amigos –exclamó Bunny, con una mezcla de fastidio y resentimiento.

Por decirlo suavemente, su ruptura había sido un desastre.

–Pero tiene derecho a preocuparse de si estás viva o muerta –dijo John, siempre tan sensato.

Sebastian sospechaba que el exnovio estaba al acecho, esperando el regreso de Bunny. Le molestaba que ella se hubiera negado a hacerse el análisis de sangre que les habría dicho si iban a tener un hijo. Pero, le gustase o no, era su cuerpo y su decisión.

Tenía que dejar de intentar intervenir porque a ella no le gustaba. Ella no era impaciente como él ni necesitaba planificar cada paso con antelación para saber siempre exactamente a dónde iba.

Bunny había matado esos objetivos en el instante que entró en su vida, pensó. No sabía qué estaba haciendo o qué pensaba hacer a continuación. Solo sabía que la deseaba.

Le había dicho que se iría. Había creído que se iría, pero se había equivocado. Seguía deseándola. Era casi una obsesión y lo inquietaba. La moderación siempre había sido su regla con las mujeres, pero no había nada moderado en lo que sentía. Desde aquella primera noche en la isla, había sentido que era suya de una forma primitiva, totalmente inexplicable y absurda. Y se había aferrado a esa sensación como si una parte vital de él hubiera

despertado, lo hubiera transformado, sometiéndolo a impulsos irracionales extremos.

Era muy inquietante y tenía que controlarlo. Tenía que dejarla ir… al menos por un tiempo. Tenía que darle espacio para recuperar el aliento antes de presionarla.

Bunny se sentía incómoda porque Sebastian era perfectamente educado y agradable, pero mentalmente estaba ausente. Subieron al helicóptero, solo ellos dos, ya que eran los únicos que debían hacer declaraciones. Desde el momento en que desembarcaron en el aeropuerto para viajar en coche a la ciudad, estuvieron rodeados por un equipo de seguridad que impidió que los reporteros los incomodasen con preguntas.

–No me imaginaba que sería así –admitió Bunny, conmocionada por la desesperación de la prensa por acercarse a ellos.

–Habrá una declaración oficial sobre nuestro rescate, pero quieren la historia completa y no la van a conseguir –respondió él.

En menos de una hora ya estaban en la comisaría prestando declaración, con un abogado indonesio que, al parecer, trabajaba para Sebastian supervisando cada paso. Resultaba chocante ver la atención y el trato de favor que recibía simplemente por ser un magnate rico y poderoso.

Al otro lado de la ciudad, respondieron a las preguntas de los investigadores sobre la noche de la tormenta, las acciones de Reggie y lo que ambos habían visto y hecho.

Poco después, visitaron a Reggie en el hospital, donde estaba recuperándose de su operación. Él les explicó que se había encontrado una pequeña fractura en el mástil, consecuencia de una colisión con otro barco meses antes. En ese momento, las autoridades consideraron que el catamarán no había sufrido daños, por eso había seguido navegando.

Después de charlar un rato le desearon lo mejor y regresaron al yate, donde Bunny encontró a su familia haciendo las maletas.

–Suponemos que tendrás que quedarte unos días más para lidiar con las autoridades –le dijo su padre, con pesar–. Pero, por muy bonito que sea este lugar, nosotros tenemos que volver a casa y tus hermanos tienen que volver al trabajo.

–No tienes que quedarte en Indonesia, Bunny –dijo Sebastian, luchando contra el impulso de retenerla hasta el último momento–. Cualquier otra pregunta nos la harán llegar o la gestionarán mis abogados desde aquí. Puedes irte a casa con tu familia hoy mismo.

Ella palideció.

–Pero aún no he recuperado todas mis cosas –murmuró–. Las que se quedaron en el barco.

–Te las enviaré en cuanto estén disponibles. Me he tomado la libertad de comprarte esto –dijo Sebastian, entregándole un móvil de última generación–. He grabado mi número para que podamos mantener el contacto.

–Gracias –murmuró ella con los labios apretados ante la perspectiva de dejarlo, de posiblemente no volver a verlo jamás–. Espero que me hayan guardado mi puesto de trabajo, pero ¿quién sabe?

Su madre la rodeó con un brazo.

–Me alegra mucho que vuelvas con nosotros. Cuanto antes retomes la rutina, mejor te sentirás.

Bunny no recordaba la rutina de su casa. Apenas había regresado de la universidad después de terminar sus estudios cuando decidió emprender el viaje por Asia. Todo había cambiado, nada seguía igual, y miró a Sebastian como pidiendo ayuda.

–Será un respiro –dijo él en voz baja.

Bunny recorrió con la mirada esos rasgos oscuros, tentadoramente hermosos, y se regañó a sí misma mentalmente.

Sin duda, él necesitaba un respiro y no había ningún motivo para que ella se quedara. Necesitaba seguir con su vida y dejarlo disfrutar de la suya a solas, como a él le gustaba. Sin aferrarse, sin suspiros, sin lágrimas, sin excusas. Regresó a su camarote y guardó solo lo que se había puesto. En el último momento, tomó el jersey de Dior, que Sebastian había descartado, enterró la nariz en él, aspiró el tenue aroma que aún perduraba y lo guardó en la bolsa de viaje.

Ahí estaba: el resultado de la tercera prueba de embarazo, y era otro positivo.

Aturdida, Bunny salió del baño y volvió a cargar la furgoneta de la biblioteca con libros nuevos y peticiones especiales. Por un lado, le molestaba que Sebastian tuviera razón al creer que estaría embarazada. Había pensado que su pesimismo era innecesario porque algunas mujeres tardaban una eternidad en concebir y la probabilidad de que estuviera embarazada después de solo dos semanas era mínima.

Pero ahora, lo único que recordaba era la cantidad de sexo que habían tenido, las barreras que se habían derrumbado tan rápido cuando estaban juntos todo el día, a solas. Lo recordaba todo: los encuentros apasionados en la cocina, las sesiones de natación, los momentos contra las paredes, contra las puertas.

Sebastian bien podría haber estado intentando batir un récord olímpico y sería injusto culparlo cuando ella había sido una pareja más que dispuesta. La libertad salvaje de esa intimidad había sido nueva y tremendamente seductora para ella, y la falta de inhibiciones de Sebastian había derribado sus barreras una por una.

Y ahora iban a tener un hijo.

Bunny sonrió de oreja a oreja porque, aunque no tuviera a Sebastian, tendría a su hijo. Pero ¿cómo se sentiría él ante esa realidad? Su sonrisa se apagó, la breve y burbujeante felicidad que había florecido en su interior se desvaneció. Él no quería una familia, de modo que sería la peor noticia posible.

–¿Todavía no te has ido, Bunny? ¿Has estado soñando despierta otra vez? –le preguntó su jefa, una mujer de mediana edad, asomando la cabeza en la furgoneta–. Si no tienes cuidado, llegarás tarde a la parada en Little Moseby y luego irás con retraso todo el día.

–Me voy ahora mismo –afirmó Bunny.

Enviaría un mensaje a Sebastian en su primera parada, decidió.

Trabajaba con dos mujeres muy amables, pero las veía poco porque siempre estaba fuera de la biblioteca, recorriendo zonas rurales, un servicio que las personas sin acceso al transporte agradecían enormemente. Le habían guardado el puesto a pesar de su tardía llegada porque a nadie le apetecía volver a poner el anuncio, aunque sus compañeras pensaban que un hombre habría

encajado mejor. No porque fueran sexistas, simplemente daban por hecho que un hombre estaría más seguro en esas carreteras solitarias y sería más capaz de manejar la furgoneta en caso de avería. Al parecer, no conocían a sus hermanos, a quienes les costaba incluso cambiar una rueda.

Una vez que el aluvión de clientes disminuyó en Little Moseby, Bunny sacó el móvil. Habían pasado seis semanas desde la última vez que vio a Sebastian.

Él había conseguido hacerle llegar su mochila y ella le había enviado un mensaje dándole las gracias, pero poco más. Sebastian le había preguntado cómo estaba, por cortesía, y, por supuesto, ella no le había dicho la verdad porque él no querría saberlo.

Estaba triste, pero no podía decírselo. No podía decirle que el trabajo que tanto anhelaba no era para nada lo que había imaginado y que vivir de nuevo en casa la asfixiaba. Sebastian le enviaba flores todas las semanas y eso le había hecho concebir falsas esperanzas, pues ni la había llamado para hablar con ella ni le había propuesto que se vieran.

–Te enamoraste de él –suspiró su madre durante aquel larguísimo vuelo de regreso a casa–. Y lo entiendo. Es muy guapo, exitoso y todo eso, pero supongo que no irá más allá con él viviendo en un mundo tan diferente.

Bunny le envió un mensaje y decidió ser directa y sincera.

Estoy embarazada.

Cuando recibió respuesta, ya estaba en su tercera parada del día.

¿Qué te ha dicho el médico?

No he visto a ningún médico. Me he hecho tres pruebas de embarazo y todas han dado positivo.

Mordiéndose los labios, escribió que tardaría unos días en conseguir cita con el médico, que uno de sus hermanos trabajaba en

la consulta y que eso pondría a todos en una situación incómoda y embarazosa.

Sebastian se preguntó si no había ido al médico porque prefería ocultar el embarazo y su relación con él.

¿Te avergüenza tu estado?

Se notaba que esa sospecha lo enfurecía y Bunny no respondió.

De hecho, estuvo a punto de tirar el móvil por la ventanilla de la furgoneta. El teléfono no dejaba de sonar con mensajes entrantes, pero no hizo caso. Sebastian la exasperaba y no quería lidiar con eso cuando se suponía que debía estar trabajando. Pero no le avergonzaba su estado, sencillamente no quería que su familia supiera que estaba embarazada antes de haber hablado con él.

Como si no supiera que estaba embarazada incluso antes de hacerse las pruebas, pensó mientras volvía a casa. No había tenido la regla, le dolían los pechos, estaba muy cansada y tenía náuseas. Y su cuñada, Betsy, la esposa de John, había experimentado todos esos síntomas solo unos meses antes. Desafortunadamente, el tan esperado nacimiento del primer nieto de los Woods se había esfumado cuando Betsy sufrió un aborto espontáneo. Por eso el embarazo era un tema que su familia prefería evitar.

Mientras aparcaba, revisó los mensajes. La frustración de Sebastian iba en aumento hasta el último mensaje, en el que anunciaba que iría a verla al día siguiente.

Bunny se apresuró a llamarlo.

–No puedes venir. ¿Para qué? Yo trabajo todo el día.

–Ah, muy bien. Entonces localizaré la furgoneta y te tenderé una emboscada –replicó Sebastian, de sorprendente buen humor.

–¿No estás enfadado? –preguntó ella.

–No. Ya me lo esperaba.

Bunny apoyó la mano sobre su vientre, plano todavía, y experimentó una sensación de calidez.

–Reservaré mesa en algún sitio –dijo Sebastian.

–No tengo mucho tiempo… ah, mañana es viernes. Los viernes tengo más tiempo para comer porque encaja mejor en el itinerario.

–Estupendo. Nos vemos mañana a mediodía.

Bueno, pues ya se lo había dicho a Sebastian. Bunny disimuló un bostezo en el pasillo de la cómoda y desordenada casita en la que vivían sus padres. Mientras se dirigía a la cocina para ayudar a su madre a preparar la cena, se preguntaba qué se pondría al día siguiente. Su última oportunidad de impresionar a Sebastian antes de perder la figura, se dijo.

–Sebastian viene mañana a comer –le dijo a su madre.

Después de eso tendría que hacer una revelación aún más impactante: que estaba embarazada de un hombre que no tenía la menor intención de pedirle matrimonio.

–¿Ha pasado algo? –preguntó su madre–. Creí que no pensabas volver a verlo.

–Tenemos cosas de las que hablar.

–No te envía esas flores tan extravagantes cada semana por nada –comentó su padre–. Evidentemente, todavía está interesado en ti.

Bunny se puso tensa.

–Sí, supongo que sí.

–Tiene un pasado trágico, pero yo no se lo reprocharía –dijo su padre, un policía jubilado, pensativo.

–Yo no quiero que te haga daño –intervino su madre.

Después de cenar, incapaz de tranquilizarse, Bunny se dijo a sí misma que no le haría daño, aunque ya contaba las horas para volver a verlo. ¿Qué sentiría Sebastian? ¿Sentiría algo?

Bunny nunca se había sentido tan triste como en las últimas seis semanas, extrañando a Sebastian cada día. Cada día era igual que el anterior por el inmenso abismo de infelicidad que llevaba dentro. Se había dicho a sí misma que no estaba enamorada, que no lo conocía lo suficiente como para amarlo, pero, en el fondo, sabía que era mentira. Por alguna razón, se había enamorado perdidamente de Sebastian Pagonis y tener que seguir adelante sin él le pesaba muchísimo.

Sebastian apareció poco después de que llegase a su última parada de la mañana. Bunny estaba ocupada ordenando los estantes

y revisando las devoluciones cuando oyó pasos. Supuso que era otro cliente, pero al darse la vuelta se encontró con Sebastian, increíblemente alto y fornido, vestido con un elegante traje oscuro.

Bunny contuvo el aliento, con el corazón acelerado.

–Llego un poco temprano.

–No pasa nada –dijo ella, sin aliento–. Solo tengo que dejar la furgoneta en el aparcamiento del *pub* y listo. Hoy estás muy… elegante.

Sebastian le dedicó una sonrisa.

–Pensé que debía arreglarme un poco. Normalmente visto de forma informal.

–¿Debería sentirme halagada o intimidada? –preguntó ella con tono burlón.

–Espero que lo primero –respondió él, con su suave y refinado acento–. Pero no lo esperes todo el tiempo.

Una sonrisa iluminó el rostro de Bunny, pues le pareció prometedor que él ya diese por hecho que volverían a verse. Tenía un aspecto impresionante, con su pelo negro sujeto en el habitual moño masculino. Realmente se había esmerado con su aspecto, pues había combinado el traje con una camisa gris plateada y una corbata de seda roja.

Deslumbrante, pero nunca sería suyo.

«Vive el momento», se dijo a sí misma. «Disfrútalo por lo que es, un lujo y un placer».

Pero, en definitiva, demasiado caro para ella.

–¿Nos vamos? –preguntó él, sumamente orgulloso de sí mismo por no haber comentado que Bunny parecía haber adelgazado y estaba demacrada.

De hecho, tenía un aspecto frágil con su delicado rostro, sus suaves labios y su glorioso pelo dorado cayendo sobre sus estrechos hombros.

–Aparcaré la furgoneta…

Nerviosa, se alisó el sencillo vestido verde y se atusó el pelo, haciendo una mueca porque no tenía ni una sola prenda lo suficientemente elegante como para impresionar a nadie. Hacía falta tiempo y dinero para reunir un guardarropa decente.

Sebastian estaba junto a un Lamborghini plateado y había otros dos coches aparcados detrás, de los que ya habían bajado sus ocupantes, dos hombres de traje negro y gafas oscuras.

–¿Viajando con estilo? –se burló ella.

Sebastian se encogió de hombros.

–No, esto es lo normal para mí. La semana en Indonesia fue una escapada de estas ataduras y se convirtió en dos semanas de libertad, así que no me quejo.

–¿Siempre has vivido así? –preguntó Bunny, mientras se dejaba caer en el asiento del fabuloso deportivo.

Sebastian se sentó a su lado y encendió el motor.

–Durante los últimos diez años.

–Podríamos comer algo rápido en el *pub* –sugirió ella.

–Me gustaría algo más especial.

–¿Ah, sí?

Pero Sebastian no le explicó por qué prefería lo especial a lo conveniente.

Una mano fuerte y morena se posó brevemente sobre su muslo y Bunny sintió la tentación de poner su mano sobre la de él, ansiosa por esa conexión.

–Te he echado de menos –dijo él–. ¿Qué tal es estar de vuelta con tu familia?

Sebastian apartó la mano de su muslo y Bunny tuvo que disimular un suspiro de decepción.

–Tiene ventajas y desventajas. Me gustaría mudarme, pero no tengo coche propio y… –Bunny no terminó la frase, consciente de que estaba lamentándose de su situación económica ante un multimillonario–. Bueno, hay buenas razones para vivir en casa por el momento.

–Tengo la sensación de que eso cambiará.

–¿Por el embarazo? –Bunny negó con la cabeza–. Mi familia no va a echarme de casa. Quizá me regañen, probablemente se decepcionen, pero nada más.

–No me refería a eso –dijo él evasivamente mientras aparcaba frente a una tradicional casa de campo–. Este es un restaurante muy exclusivo. Espero que esté a la altura de su reputación.

–Después de la isla puedo comer de todo, salvo pescado… por favor, nada de pescado durante al menos seis meses –bromeó Bunny.

–Espera, no salgas del coche.

–¿Qué haces?

Sebastian bajó del deportivo y le abrió la portezuela.

–Portarme como un caballero. Estás embarazada –respondió, tomando su mano para ayudarla a salir del coche–. No deberías hacer ningún esfuerzo ahora mismo.

–Me dijiste que te educaron para ser un caballero, pero que no te portas como tal –le recordó Bunny.

–Me adapto a todo. Toda mi vida he tenido que hacerlo.

La llevó entre los coches aparcados, pero no hacia la entrada principal, sino hacia una puertecita lateral. Bunny oyó un murmullo de voces y el tintineo de vajilla y cubiertos. Un hombre mayor les dio la bienvenida y los condujo por un pasillo revestido de madera hasta una sala muy confortable en la que había una mesa hermosamente decorada, dos sillas y un sofá acolchado junto a la ventana. El fuego de la chimenea estaba encendido para combatir el frío otoñal y decorado con luces de calabaza.

–Esto es encantador, muy de temporada –dijo Bunny mientras les presentaban la carta.

Ambos eligieron aperitivos en lugar del menú completo. Una cita para almorzar en la que disponían de su propio comedor era algo inesperado, pero Bunny supuso que, una vez más, Sebastian estaba protegiendo su intimidad.

Sebastian jugueteó con la cajita que llevaba en el bolsillo y respiró hondo cuando el camarero salió del comedor y los dejó solos. Observando con satisfacción la expresión sonriente de Bunny, Sebastian se levantó de la silla y se arrodilló ante ella. Estaba cumpliendo con la tradición y decidió ir a por todas. Abrió la cajita y dijo con toda la solemnidad de la que era capaz:

–¿Quieres casarte conmigo?

Capítulo 8

Bunny nunca se había sentido tan sorprendida ni tan desprevenida ante una sorpresa. Se incorporó de un salto, mirándolo con los ojos como platos.

–¡No, no! –exclamó consternada–. ¡Por favor, no digas nada más!

Sebastian se puso de pie y la miró con incredulidad.

–No esperaba que dijeras que sí de inmediato, pero pensé que te alegrarías. ¡En cambio, me miras como si te hubiera pedido algo imposible!

–Por favor, siéntate –dijo ella, temblorosa–. ¿Puedo ver el anillo? Solo por curiosidad.

Sebastian dejó la cajita sobre la mesa. A Bunny le escocían los ojos. El dolor, el sentimiento de culpa y un sinfín de otras emociones la abrumaban. No necesitaba que un médico le dijera que sus hormonas estaban desbocadas por el embarazo.

El anillo era un diamante resplandeciente y magnífico rodeado de esmeraldas en una forma geométrica de estilo *art déco*.

–Es precioso –susurró, con admiración.

–¿He dicho algo malo? –preguntó Sebastian, nervioso.

–Siéntate, por favor. Me mareo cuando te pones de pie delante de mí.

Sebastian volvió a sentarse y Bunny tomó sus manos.

–Tú sabes que, en realidad, no quieres casarte conmigo.

–¿Perdona? –replicó Sebastian–. Claro que quiero.

–Sé lo que piensas del matrimonio. No crees en él, ni en las relaciones, ni en las parejas, ni en el amor. Me pides matrimonio porque crees que es tu obligación, ya que estoy embarazada, o porque crees que es lo que yo espero.

–Gracias por aclarármelo –dijo él, sarcástico.

–Nunca pensé que serías tan impulsivo.

–Te echo de menos –dijo Sebastian entonces–. Han pasado seis malditas semanas. No estoy siendo impulsivo, estoy siendo práctico.

–Ser práctico no es proponerle matrimonio a una mujer con la que solo has estado dos semanas.

–Dos semanas, veinticuatro horas al día, siete días a la semana –le recordó él.

–Casarte conmigo sería un error. Tú no quieres verte atrapado en ese tipo de matrimonio –razonó ella, emocionada a su pesar al oír que la había extrañado, que había contado las semanas que estaban separados–. Podríamos terminar odiándonos para cuando nazca nuestro hijo…

–Eso no va a pasar.

–Las separaciones siempre generan resentimiento y criar juntos al bebé sería más difícil después de un divorcio.

–Y pensar que yo te creía la personificación del optimismo cuando solo haces suposiciones negativas sobre mí y lo que yo puedo ofrecerte.

–Dices que me has echado de menos… –Bunny se armó de valor para arriesgarse y decirlo claramente–. ¿Estás diciendo que sientes algo por mí?

Estaba literalmente aferrada a la esperanza de una respuesta alentadora porque eso lo habría cambiado todo.

En cambio, dejando escapar un suspiro de frustración, Sebastian soltó bruscamente sus manos.

–No estoy enamorado de ti. Nunca he estado enamorado y no quiero estarlo. El amor puede ser algo desagradable y retorcido, y no quiero tener nada que ver con él. Pero sí creo que puedo querer a mi hijo y que mi hijo puede quererme a mí.

–Sebastian…

–Pero si no estamos juntos apenas veré a mi hijo y eso me preocupa. También me preocupa estar separado de ti. Yo creo que deberíamos estar juntos en este momento.

Por un instante, Bunny se permitió imaginar cómo se habría sentido si Sebastian hubiera respondido de otra manera, si le hubiera dicho mentiras halagadoras. Entonces seguramente habría

aceptado su proposición, pero Sebastian no era así; él prefería la honestidad, por brutal que fuera. No hacía promesas falsas ni contaba medias verdades para lugar clavar el cuchillo, como había hecho Tristram cuando insistió en decir que la quería incluso después de que lo encontrase con otra chica.

–No quieres casarte conmigo y darme una oportunidad, ¿verdad? –le espetó Sebastian, enfadado.

–Ahora mismo no. Es demasiado pronto y no estoy convencida de que lo hayas pensado bien. No puedo imaginar nada peor que convertirme en tu mujer y que luego cambies de opinión sobre el matrimonio.

Bueno, en realidad sí podía, reflexionó ella. Que Sebastian la dejase para siempre sería el peor escenario posible. Probablemente nunca volvería a pedirle matrimonio y eso la hacía sentir un poco desesperada.

–Podríamos comprometernos –sugirió de repente–. Podríamos ser novios durante un tiempo.

Inquieto, Sebastian caminaba de un lado a otro de la pequeña habitación, pero se giró bruscamente para preguntarle:

–¿Aceptarías eso?

–¿Por qué no?

–Tendríamos que vivir juntos porque te quiero a mi lado –dijo Sebastian, sin dudarlo–. Todo esto es nuevo para mí, pero convertirme en padre empieza por cuidar de ti.

Desconcertada por la insistencia con la que recalcaba esa realidad, Bunny se sintió aliviada cuando el camarero entró con los platos. Si vivían juntos, pronto descubriría si quería ese tipo de relación o si prefería su vida solitaria. Si se marchaba, ella sufriría. Si lo tenía y luego lo perdía de nuevo, sufriría también. En realidad, las dos opciones eran difíciles.

–Ya puedes ponerme el anillo –dijo alargando la mano.

Sebastian dejó escapar un gemido.

–Al estilo clásico, ¿no?

–Eres tú quien ha aparecido con un anillo de compromiso –lo desafió ella.

–Solo porque es la única manera de tenerte a ti y al bebé. Yo soy muy básico, no necesito escenitas.

–A mí sí me gustan… en el lugar y el momento adecuados –replicó ella mientras Sebastian le ponía el anillo en el dedo anular. Le quedaba perfecto, lo cual ella interpretó como una buena señal–. Es antiguo, ¿verdad?

–Pertenecía a mi abuela, Loukia.

–¿La mujer que te crio?

–No, Loukia no me crio. Fui pasando de mano en mano como un paquete que nadie quería. De seis meses a un año con cada familia. Pero mejor no hablemos de eso ahora.

Bunny palideció, consternada por esa explicación, pero intentó esbozar una sonrisa.

–Tendremos que buscar un lugar donde vivir. Supongo que preferirás estar cerca de tu familia, ¿no?

–Si fuera posible, sí –asintió ella.

–Y tu trabajo actual no es muy adecuado ahora que estás embarazada –señaló Sebastian–. No quiero que estés sola en una furgoneta en medio del campo tratando con desconocidos.

–El presupuesto no alcanza para un ayudante. No es lo que imaginaba que haría, pero hay que empezar desde abajo e ir ascendiendo.

–A menos que seas una Pagonis o estés vinculada a la familia –dijo Sebastian–. Creo que puedo prepararte una biblioteca para que trabajes. *Thee mou*… tengo muchas propiedades y en todas hay biblioteca.

–Qué suerte.

–Supongo que querrás volver a casa con tu familia esta noche.

Bunny miró el anillo, poniéndose colorada.

–Sí.

–Lo único que yo quiero es una cama y a ti, sin interrupciones.

Era una frase hecha para Sebastian, algo que solía decir en la isla. Todo estaba ya organizado, todo lo que le permitiría ser el padre decente que él mismo nunca había tenido.

Bunny se apartó el pelo de la cara y enderezó la espalda, esbozando una sonrisa tímida.

–Bueno, me has advertido que eras muy básico.

Sebastian sonrió también y esa sonrisa disipó los últimos vestigios de tensión. Había conseguido más o menos lo que quería y la cuestión era que la quería a ella. Comprometidos, casados, ¿qué más daba? Mientras estuviera con él, nada de eso importaba. Y tal vez tenía razón. Quizá despertaría en unas semanas y querría recuperar su libertad. Tenía tanto miedo de decepcionarla como de enamorarse de ella. No quería saber nada de los sentimientos posesivos que su padre había experimentado por su madre.

–Esperaremos hasta que vivamos juntos –decretó Sebastian, eufórico ahora que había logrado su objetivo–. Quiero tomarme mi tiempo. Cuando volvamos a estar juntos no será algo pasajero que me recuerde a una aventura de una noche.

–Yo también quiero tomarme mi tiempo –dijo Bunny.

Nada de momentos de pasión apresurados. Sebastian lo quería todo y ella también.

–Tendrás que renunciar a tu trabajo –señaló él media hora después, mientras la acompañaba al coche.

–¿Inmediatamente? –Bunny frunció el ceño y se detuvo en seco–. Tengo que avisar con un mes de antelación. No quiero dejarlos colgados.

–Cuanto más tardes en dejarlo, más tardaremos en vivir juntos.

–¡Eres un chantajista descarado! –le espetó Bunny, ignorando las miradas de su equipo de seguridad–. Pero eso no significa que yo vaya a abandonar mis principios.

–Los principios tienen un precio –dijo Sebastian, sin dudarlo–. Yo tengo que estar en Alemania para una conferencia internacional la semana que viene y luego me espera un largo viaje a Suiza.

–Perfecto, ¿no?

Bunny le dedicó una enorme sonrisa, aunque en realidad querría abofetearlo. Sebastian esperaba que se sometiera a todos sus deseos, pero ella no tenía la menor intención de hacerlo.

–¿Por qué lo dices?

–Tú estarás ocupado durante estas semanas y yo podré cumplir con mi trabajo aquí.

–No es lo ideal –dijo él, sarcástico.

–Mudarme de casa, renunciar a mi trabajo, estar contigo… yo no me esperaba nada de eso. Hace seis semanas ni siquiera insinuaste que querías verme de nuevo. Es demasiado para mí.

–¿Qué quieres decir?

–Que yo no voy a estar siempre a la altura de tus expectativas y será mejor que empieces a aceptarlo. Por otro lado, si admites que solo quieres a la persona desordenada, normal y corriente que soy, ¡el cielo es el límite! –anunció Bunny, decidida a sacarlo del estado de melancolía que lo había invadido cuando rechazó su proposición de matrimonio.

No debería ser así. Al menos, no debería ser así el mismo día que le había pedido matrimonio y puesto un anillo de compromiso en el dedo; todo tan tradicional y tan ajeno a él. Sebastian se había puesto un traje de chaqueta, había clavado una rodilla en el suelo y ella lo había rechazado. Y eso la hacía sentir tremendamente culpable y triste por él.

–¿Sebastian…?

–Será mejor que te lleve de vuelta a la furgoneta.

Antes de que pudiese arrancar, Bunny se quitó el cinturón de seguridad y lo agarró con fuerza, enterrando los dedos en su espeso pelo negro y tirando de su cabeza para poder besarlo. Lo besó durante unos segundos y luego él tomó el control, echando el asiento hacia atrás y sentándola en su regazo para besarla con una pasión salvaje. La tensión anterior se evaporó, dando paso a otro tipo de tensión. Era como si una presa se hubiera roto y ambos se desearan con tanta intensidad que ninguno de los dos tenía el menor control sobre sí mismo. Su lengua se adentró profundamente entre sus labios y un gruñido resonó en su pecho mientras la saboreaba, acariciándola por todas partes. Bunny jadeó, se retorció e intentó frenéticamente acercarse más.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Sebastian la tomó por la cintura y la dejó de nuevo en el asiento del copiloto.

–Te llevaré a la casa en la que vamos a vivir.

–¿Ya has elegido una casa? –preguntó Bunny, asombrada.

–Ya sabes que lo planeo todo al detalle –admitió él a regañadientes–. Y me diste seis semanas para hacerlo.

–No te di seis semanas… tú mantuviste las distancias.

–No mantendré las distancias después de esta noche –le advirtió él, inclinándose para acariciar su espeso y sedoso pelo–. Iré a buscarte después del trabajo y les diremos a tus padres que estamos comprometidos y vamos a vivir juntos. Pero no veremos la casa hasta mañana porque quiero que la veas primero a la luz del día. ¿Vamos a decirles que esperamos un hijo?

–No, todavía no –murmuró Bunny.

Le daba vueltas la cabeza al darse cuenta de que Sebastian estaba a punto de poner su vida patas arriba. Pero estarían juntos. Esa era la clave, se recordó a sí misma, y realmente eso era lo único que importaba.

Estuvo eufórica toda la tarde. Presentó su renuncia en la biblioteca, pero no veía razón para no seguir trabajando durante ese mes si Sebastian iba a estar de viaje. No sabía cuánto tardaría en ir de la nueva casa al trabajo, pero seguramente habría algún tren de cercanías y solo sería durante un mes.

Sebastian la siguió hasta su casa. Había olvidado que era viernes y que toda la familia estaría allí para cenar. Su madre lloró al ver el anillo y Sebastian aguantó valientemente un abrazo que duró casi cinco minutos, aunque por suerte su padre se limitó a estrecharle la mano. Le presentó a sus otros hermanos y, como era de esperar, su hermano menor, Noah, un maniático de la tecnología, lo acorraló, ansioso por saberlo todo sobre la época de Sebastian en el MIT.

Bunny cambió su copa de vino habitual por un refresco, sonrojándose al ver que su hermano, John, se daba cuenta. Cuando salió del baño, John estaba esperándola en el pasillo.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Porque no necesitaba que me dieras consejos sobre las opciones que tengo. Sé lo que quiero, John –le explicó Bunny, con calma–. Me ha pedido que me case con él, pero es demasiado pronto y hemos decidido vivir un tiempo juntos antes de dar ese paso.

John frunció el ceño, sorprendido.

–Teniendo en cuenta que lo has echado de menos desde que volviste, me sorprende que no hayas dicho que sí. Eres muy sensata.

–No sé si lo soy. Mañana me voy a vivir con él, ya veremos qué tal va.

–¿Por qué eres tan pesimista?

–En el fondo, no estoy segura de que Sebastian esté preparado para una relación seria.

–El tiempo lo dirá.

Sus padres le pidieron que se quedara y Sebastian les dio las gracias, pero insistió en que se verían por la mañana, cuando fuese a buscar a Bunny.

–Por nada del mundo disfrutaría de nuestro reencuentro durmiendo al lado de tus padres –le dijo al oído, burlón–. Haces mucho ruido.

–¿En serio? –preguntó Bunny, abochornada.

–Y me encanta –confesó él, besando sus labios entreabiertos con apasionada impaciencia–. Tu entusiasmo solo es comparable al mío.

–¿Tristram?

Bunny, que había abierto la puerta pensando que era Sebastian, se quedó paralizada al ver a su exnovio.

Tristram era un joven corpulento de metro ochenta, con el pelo rubio y los ojos azules. En un principio lo había encontrado atractivo y su aparente sencillez la había cautivado, pero ahora veía su aire de superioridad y su arrogancia. No se había molestado en llamar por teléfono, seguramente dando por sentado que estaría encantada de volver a verlo.

–Me he enterado de tu emocionante aventura en Asia y he leído que ya estabas de vuelta en casa. ¿No me invitas a entrar? –preguntó Tristram.

–Lo siento, pero no tendría sentido porque estoy a punto de salir –respondió Bunny–. Además, no veo de qué tenemos que hablar.

–Estás guapísima –dijo Tristram.

Bunny se había maquillado esa mañana y la ajustada falda color uva con blusa de seda a juego realzaban sus delicadas curvas y su estrecha cintura.

–Gracias.

Se había esforzado con su aspecto esa mañana por Sebastian. Había estado esperando en la puerta de la *boutique* más cercana a primera hora y se había gastado todo su dinero en ese conjunto.

–Nunca te esforzaste tanto por mí –se quejó Tristram, haciendo una mueca de enfado.

–Según me han contado, tú no te esforzaste mucho por ella –intervino Sebastian, a su espalda.

Tristram lo miró, airado.

–Sebastian Pagonis, Tristram Elsworthy –los presentó Bunny, nerviosa.

Sebastian, indignado por encontrar a su ex en la puerta de su casa, le pasó un brazo por los hombros en un gesto protector y posesivo a la vez.

–Tenemos que irnos –anunció.

Tristram dio un paso atrás, esbozando una sonrisa comprensiva.

–No os entretengo. Te llamaré otro día, Bunny.

–Me temo que ya no estaré aquí. Voy a mudarme.

Mientras Tristram subía a su coche, Sebastian se volvió hacia ella.

–Deberías haberle dicho que estabas embarazada y comprometida.

–No tengo por qué contarle algo tan privado –protestó ella.

Pero ya era demasiado tarde para guardar secretos porque Sebastian los había revelado todos.

Bunny se giró al oír un gemido en el pasillo y vio a su madre llevándose una mano al corazón.

–¿Es verdad eso?

Bunny fulminó a Sebastian con la mirada y él hizo un gesto de disculpa mientras entraban en la casa para hablar del asunto. Su madre les dijo que la esposa de John, Betsy, estaba embarazada de nuevo, pero aún no se lo había contado a nadie… una restricción importante que parecía haber escapado a la comprensión de su suegra.

–Bueno, pues todo ha ido bien –comentó Sebastian, burlón, mientras iban hacia el coche para guardar el equipaje–. Pero tu madre no sabe guardar secretos.

–Yo tampoco, ni muy bien ni por mucho tiempo –le confesó Bunny–. ¿Por qué te enfadaste tanto al ver a Tristram?

Sebastian apretó la mandíbula. En realidad, no sabía por qué se había enfadado tanto. Simplemente no quería que su exnovio estuviera cerca de Bunny. Era algo normal no querer verla con un ex, se decía a sí mismo. No significaba que fuera fanáticamente posesivo ni obsesivamente celoso. Y sería totalmente normal que investigase a Tristram Elsworthy y averiguase quién era.

–¿Qué quería?

–No tengo ni idea. Se enteró de que había estado perdida en una isla y supongo que quería saber si me encontraba bien –dijo ella–. Pero tú parecías tan enfadado al ver quién era…

–No me gusta que ande cerca de ti –le confesó Sebastian.

–No voy a animarlo, no lo soporto –replicó Bunny alegremente.

Sebastian seguía pensativo y molesto por haberse enfadado por algo tan trivial. Aun así, Tristram, con su pelo rubio y su sonrisa encantadora, había sido su primer amor y se decía que las mujeres eran románticas y nostálgicas con su primer amor.

–¿Por qué no me cuentas algo sobre la casa? –sugirió Bunny mientras Sebastian tomaba la autopista.

–No es moderna, pero a ti te gustan la historia y los edificios antiguos, ¿verdad?

–¿Cómo lo sabes?

–No parabas de hablar de lo mucho que te gustaba Hampton Court cuando estábamos en la isla. Y de lo mucho que te gustaba visitar casas antiguas e imaginar a la gente que había vivido allí. Según tú, la mayoría de los muebles contemporáneos carecen de personalidad.

Sebastian parecía conocer bien sus gustos y disgustos. En fin, habían tenido tanto tiempo para hablar en la isla.

–La ubicación de la casa tenía que estar a una distancia razonable de tu familia y también cerca de Londres porque eso es lo que me conviene a mí –añadió Sebastian–. Elegí en consecuencia y acerté de pleno.

–¿De verdad? ¿Y tus preferencias?

–Si encontrase una cueva con todas las comodidades modernas, viviría en ella. Elegí esa casa basándome en tus preferencias porque a mí no me importa mucho el entorno doméstico.

–¿Compraste esa propiedad especialmente para mí? –preguntó ella, haciendo una mueca.

–*Thee mou*… lo último que el imperio Pagonis necesita es comprar más propiedades. No la he comprado, Bunny, es heredada. Nunca la había visto hasta que la visité hace unas semanas. Perteneció a la primera mujer de mi abuelo, Rosalie. Era huérfana e hija única y murió en el parto.

–No sabía que tu abuelo se hubiera casado más de una vez.

–Yo tampoco hasta que fui mayor. Mi abuela nunca mencionó a su predecesora ni, que yo sepa, visitó jamás la casa. Estuvo alquilada durante décadas y he tenido que contratar a un ejército de empleados para ponerla en orden.

Un edificio de estilo Tudor, con torres y murallas, los recibió al pie del camino rural por el que viajaban.

–¿Dónde estamos? –preguntó Bunny, suponiendo que se trataba de un desvío.

–Esta es la casa de vigilancia. Espera un poco, ya casi hemos llegado –dijo Sebastian, tomando un camino de hierba entre lo que parecían árboles centenarios.

Altas y elaboradas chimeneas perforaban el horizonte… y entonces Bunny vio el edificio.

–¿Qué es esto?

–Nuestro futuro hogar… Knightsmead Court.

Bunny se quedó sin palabras ante el enorme edificio de ladrillo rojo con hileras de ventanas con parteluces.

–Es maravillosa –susurró, pellizcándose el antebrazo para comprobar que no estaba soñando. Porque Sebastian la había llevado a la casa de sus sueños–. Pero parece enormemente grande y no es para nada tu estilo.

–Pero es muy tuyo –dijo él mientras detenía el Lamborghini frente a la puerta–. Salgamos y exploremos.

Cruzaron una puerta sobre la cual estaba tallada una fecha del siglo xvi. Una anciana les dio la bienvenida y Sebastian los presentó.

Maybelle era el ama de llaves. Bunny intentó concentrarse en la conversación mientras contemplaba una chimenea con una opulenta repisa, sintiendo el calor que emanaba de las llamas. La luz del sol hacía dibujos sobre los muebles de roble pulido y el aroma de las flores colocadas en un jarrón perfumaba el aire. Al fondo, una espectacular escalera tallada serpenteaba hasta el piso superior, con asombrosas piñas esculpidas adornando los postes. Era preciosa, a la vez que inesperadamente acogedora y cálida.

–Deja que te enseñe tu nuevo hogar –dijo Sebastian, tomando su mano y conduciéndola hacia la parte trasera de la enorme casa–. Tras la muerte de la primera esposa de mi abuelo, la casa se alquiló, pero solo después de que los muebles, cuadros y libros más valiosos fueran guardados en un lugar seguro. Ya se ha recuperado todo y aquí tenemos la biblioteca.

Sebastian abrió una pesada puerta que daba a una habitación grande y desordenada, repleta de cajas especializadas para guardar libros.

–¡Dios mío! –exclamó Bunny, recorriendo con la mirada la habitación de dos alturas, con su galería y su sólida escalera de madera en una esquina, por no mencionar la gran cantidad de estantes vacíos esperando a ser llenados–. Pero esta habitación no es de la época Tudor.

–Por supuesto que no, y podemos estar agradecidos de que los victorianos construyeran una ampliación de la casa para albergar la biblioteca y otras habitaciones que se consideraban necesarias en su época.

–¿Agradecidos? –repitió ella, sorprendida.

–La ampliación estaba desmoronándose y amenazaba la integridad de la casa original, pero no se podía demoler porque es un edificio protegido. La contrapartida de restaurarla a un coste increíble fue que se nos permitió añadir baños en la ampliación victoriana para que la casa fuera un poco más habitable.

–Esta biblioteca va a ser un trabajo enorme –murmuró ella distraídamente–. Y una auténtica maravilla. Ahora entiendo por qué dijiste que tenías trabajo para mí.

–Siempre y cuando entiendas que ese trabajo solo empezará cuando volvamos de Suiza –dijo Sebastian.

–¿Volvamos? Pero yo no iré a Suiza contigo.

Bunny lo miró, absorbiendo la perfección irresistible de su cuerpo enfundado en unos vaqueros y una camisa negra que se pegaba a su poderoso torso.

–Claro que sí… y a Alemania.

Ella parpadeó, desconcertada.

–No puedo. Estaré trabajando en la biblioteca durante el próximo mes, durante el período de preaviso.

–No tienes por qué hacerlo. No necesitas trabajar y sabes que me preocupa.

–Solo serán unas semanas y así podré entrenar a mi sustituto. De esa forma, los lectores de esa zona rural no se quedarán sin el servicio –razonó Bunny.

Sabía que era una decepción para Sebastian, pero su convicción de que hacía lo correcto era inquebrantable.

–¿Y yo qué? –le espetó Sebastian con amargura–. ¿No has pensado en mí en absoluto?

Bunny suspiró al darse cuenta de que habían llegado a un punto muerto, uno de esos escollos ocultos que enfrentan a las parejas cuando no se conocen lo suficiente como para saber lo que quiere el otro.

Y la terrible verdad era que Sebastian no había influido en su decisión porque no le había dicho que quería que lo acompañase en esos viajes al extranjero.

Capítulo 9

Bueno, en realidad tú no has tenido nada que ver en la decisión, porque es mi vida y mi reputación lo que está en juego, no la tuya –dijo Bunny, a la defensiva–. ¡Y solo es por un mes! Por tu reacción, cualquiera diría que he decidido trabajar a miles de kilómetros de distancia durante un año. No sabía que esperabas que viajase contigo, no me lo habías dicho.

–No –admitió él, entre dientes.

Lo tenía todo planeado, pero Bunny no era de las que daban su brazo a torcer. Había rechazado el matrimonio y eso lo había puesto a la defensiva. Sin embargo, había superado ese revés y había aceptado que, como futuro marido, estaba prácticamente a prueba. Por eso, se había esforzado para que todo lo demás fuese perfecto para ella. Por primera vez, realmente estaba esforzándose por una mujer, pero ella no había cedido ni un ápice.

¿Estaba siendo irracional? Estaba dispuesto a admitir que era exigente, pero nada había sido tan importante para él como Bunny.

–Siento haberte decepcionado –murmuró ella con tristeza en el largo y tenso silencio–. Supuse que estarías ocupado con tus cosas y no te importaría que yo trabajase o no.

–Tendrás que ir acompañada en la furgoneta –dijo Sebastian–. No quiero que estés sola en el campo, expuesta a cualquier pervertido o psicópata.

Bunny puso los ojos en blanco.

–Por favor…

–Esas cosas pasan y no permitiré que te pasen a ti ni a nuestro hijo.

–Prefiero cumplir con el período de preaviso porque ¿quién sabe qué me deparará el futuro? No quiero una mancha en mi currículum

si vuelvo a buscar trabajo en el sector bibliotecario.

–¿De verdad merezco otro pronóstico pesimista por tu parte? –Sebastian exhaló un suspiro–. Incluso si nos separamos, tendrás una generosa compensación. Lo más probable es que nunca tengas que trabajar para ganarte la vida, a menos que tú decidas hacerlo.

Esa información no la tranquilizó. Al contrario, aumentó su inseguridad sobre su futuro como pareja.

–¿Qué habría hecho yo mientras tú estabas de viaje de negocios? ¿Has pensado en eso?

–No –admitió Sebastian–. Simplemente quería que estuvieras conmigo.

–Bueno, pues ahora me tienes todo el fin de semana –le recordó Bunny.

–Ah, qué suerte que no trabajes los sábados –replicó él, sarcástico.

Bunny hizo una mueca. En el fondo, Sebastian solo quería que estuviera con él y eso era un halago, una expresión de deseo y afecto. Cuando sus ojos se llenaron de lágrimas Bunny maldijo las hormonas del embarazo, que la convertían en un grifo que goteaba.

–Yo también hubiera preferido ir contigo –murmuró, acercándose–. Nada me habría hecho más feliz, pero no quiero defraudar a las personas que me han contratado.

Lo abrazó con fuerza, absorbiendo su intenso aroma como la adicta que era. Hombre y almizcle, un toque de colonia y ese increíble aroma familiar que la invadía de la manera más estimulante y placentera.

Recorrió su fuerte espalda con las manos, tocando sus músculos, percibiendo la oleada instintiva de su propia reacción: los pezones endurecidos, los latidos acelerados de su corazón, el ardiente deseo entre sus piernas, el ansia física que nunca cesaba.

–*Thee mou*, te deseo tanto… –dijo él con voz ronca, enterrando la cara en su pelo–. Te deseo cada noche, cada mañana…

–Pues haz algo al respecto –susurró Bunny en un intento de animarlo.

Sebastian no dijo nada. Simplemente la tomó en brazos como un cavernícola y la besó con una pasión desenfrenada y voraz. Bunny

clavó las uñas en sus anchos hombros, sintiendo la misma urgencia recorrerla como un misil. Él la sacó de la biblioteca y subió las escaleras hablando sin parar.

–Anoche tuve una fantasía mientras te comportabas tan correctamente delante de tu familia –le confesó–. Llevabas un corsé y medias negras. Normalmente no es lo mío, pero ese tipo de cosas te quedarían bien… tengo que comprártelas.

–Tú tienes mucha más experiencia que yo –suspiró ella–. Nunca he hecho un desfile de lencería para un hombre.

–Lo disfrutaría de vez en cuando, pero conmigo puedes ser quien quieras. No hay restricciones.

–Siempre me sorprendes –dijo Bunny.

–Tú me sorprendiste la primera noche. No tenías reparos en buscar lo que deseabas… y me deseabas a mí. Eso me hizo sentir de maravilla –admitió Sebastian, con voz ronca–. No era el dinero ni el apellido Pagonis, era yo tal como soy y eso me gustó.

–¿De verdad?

Sebastian entró en una habitación con las paredes forradas de madera, donde la luz de unas lámparas rompía la penumbra otoñal y un fuego crepitaba en algún lugar fuera de su vista. Él la apoyó contra la puerta y comenzó a subirle la falda lentamente.

–Es demasiado ajustada para eso –le advirtió Bunny–. Tira de la cremallera.

–Debería haberme dado cuenta –refunfuñó él, tirando de la cremallera hasta que la falda cayó a sus pies.

Unos segundos después se deshizo de la camisa y empezó a acariciarla con las yemas de los dedos, rozando los pezones hinchados que se adivinaban a través del encaje del sujetador. Le bajó los tirantes de los hombros, apartó las copas e inclinó su cabeza morena. Bunny echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido cuando él azotó sus sensibles pezones con la lengua, el deseo arañando su esencia femenina con garras de terciopelo.

Sebastian cayó de rodillas y tiró de las bragas con sus largos dedos, apartándolas de su camino. La encontró hinchada, húmeda y palpitante. Mientras la devoraba, ella jadeó, cerrando los ojos, el placer atrapándola con ferocidad durante minutos que parecían

eternos hasta que el éxtasis definitivo estalló en todo su cuerpo y gritó de placer. Cuando sus piernas flaquearon, Sebastian la tomó en brazos para dejarla sobre una cama suave y cómoda. Le desabrochó el sujetador, lo apartó a un lado y acarició su piel turgente con ambas manos hasta que ella arqueó la espalda.

Una sensación electrizante recorrió a Bunny. Su cuerpo se tensó, el intenso deseo volvió a apretarse como un nudo en su interior, haciendo que arquease la espalda y se retorciese de gozo.

Lo había echado de menos, lo había extrañado muchísimo. Y no solo el sexo, sino la intimidad de estar con él, de despertar a su lado por la mañana, de quedarse dormida en sus brazos. Mientras se retorcía, sacudiendo la cabeza contra la almohada, jadeaba su nombre como un mantra, y entonces la intensidad de la experiencia la elevó hacia las estrellas en un clímax impresionante.

–¿Sigues conmigo? –ronroneó Sebastian con una sonrisa irreverente.

–¡Todavía llevas toda la ropa puesta! –se quejó ella.

Sus ojos se oscurecieron.

–No por mucho tiempo –le aseguró mientras empezaba a desvestirse.

Ella observó cómo se quitaba la camisa, apartaba los zapatos de una patada, tiraba los pantalones a un lado. Era una de sus actividades favoritas: mirar el hermoso cuerpo desnudo de Sebastian. Su corazón latía un poco más rápido y sus músculos internos se tensaban de anticipación cuando se acercó a ella.

–¿Ya me has perdonado?

Sebastian frunció el ceño.

–Ya estás aquí. Solo los tontos se preocupan por pequeñeces.

Bunny acarició su largo y despeinado pelo negro y rozó su amplia y sensual boca con las yemas de los dedos.

–Siento haber arruinado tus planes, pero ¿podrías dejar de hablar del dinero que piensas darme si rompemos?

–Si tú prometes no decir nada más sobre un futuro que no me incluya a mí –dijo él.

–De acuerdo.

Mientras Bunny reía, Sebastian se colocó sobre ella y se deslizó en su cálido y estrecho canal con una intensidad apremiante, gimiendo sin inhibiciones.

–Qué alivio no tener que preocuparse por la falta de anticonceptivos.

–Sí, no se te da muy bien eso de esperar. La paciencia no es lo tuyo.

Sebastian movió sus esbeltas caderas, provocando en ella nuevas oleadas de deseo, y Bunny gimió, sin avergonzarse de mostrar placer.

–¿Puedo admitir que disfruté fracasando? –confesó Sebastian.

Él había reavivado su deseo y, cuando empezó a moverse con más fuerza, Bunny se entregó de nuevo a esa oleada de pasión desenfrenada, aunque la frustró momentáneamente al detenerse para ponerla en otra postura. Y luego, cuando ese cambio intensificó el placer, se sintió emocionada por aquella salvaje y estimulante aventura. Su corazón latía con fuerza, el sudor empapaba su piel, la excitación recorría sus venas hasta que una explosión de placer la hizo perder el control y se desplomó, completamente exhausta.

–Ha sido espectacular –musitó Sebastian, satisfecho, liberándola de su peso y estrechándola contra sí.

Bunny parpadeó, soñolienta, mientras se acurrucaba contra él.

–Te quiero –murmuró.

Y luego, consternada, abrió los ojos de par en par, enfadada consigo misma por haberse dejado llevar por el momento.

–No, no me quieres –replicó Sebastian, con brusquedad–. Es costumbre, familiaridad, afecto, pero no es amor. Nadie me ha querido nunca.

Desconcertada, Bunny parpadeó.

–Tu madre…

–El único recuerdo que tengo de mi madre es de ella despidiéndose al salir de casa. Era una trotamundos con una vida social muy activa. Recuerdo mejor a mi niñera que a ella.

–¿Y tu abuela?

Sebastian torció el gesto.

–Yo le recordaba a su hijo fallecido, del que no podía hablar. Me alojaba en su casa dos veces al año, en Navidad y en verano.

–¿Por qué? –preguntó Bunny con el ceño fruncido.

–Todos le decían que había consentido demasiado a mi padre y ella se sentía culpable por lo que hizo. Eso la llevó a distanciarse de mí.

–¿Tenía razón al sentirse culpable?

–No lo sé –reflexionó Sebastian–. Mi abuelo murió, dejándola con cinco hijos pequeños. Además, tenía un enorme imperio inmobiliario que administrar. Dudo que un hombre fuera juzgado con tanta dureza por sus errores como padre.

–Pero tú sigues pensando que eres… ¿qué? ¿Indigno de ser amado?

–No, no es eso –respondió Sebastian–. Creo que los sentimientos de la gente cambian de repente.

–Yo tengo padres y abuelos cuyos matrimonios duraderos lo desmienten –protestó Bunny–. Hay que esforzarse y ceder para mantener una relación, pero creo que es posible. Y no me digas lo que siento, eso es asunto mío –añadió molesta–. Solo yo sé cómo me siento, pero me lo guardaré para mí misma en el futuro. Si sigues por aquí cuando tenga setenta años, te recordaré esta conversación a diario.

Una involuntaria sonrisa de alivio suavizó los rasgos morenos de Sebastian.

–Me lo imagino.

Claro que no lo amaba, razonó. ¿Por qué iba a hacerlo? En ese momento tenía un subidón de felicidad, de sexo, cariño y alegría porque estaban juntos y le gustaba la casa. Y tal vez incluso había una hormona de la felicidad propia del embarazo. ¿O no?

Pero tenía que ser sincero con ella sobre su situación. Era mejor que ella lo entendiese desde el principio y no alimentase esperanzas que él no podía cumplir. Al mismo tiempo, se preguntaba si Bunny de verdad creía que estaba enamorada de él. Y si lo creía, ¿cómo era eso? ¿Y no era extraño, en esas circunstancias, preguntarse qué se sentía al enamorarse?

Bunny pensó que nunca volvería a decirle que lo amaba. Él no quería su amor porque, sencillamente, no creía en él. No había mucho que ella pudiera hacer al respecto. Sin embargo, sentía una punzada de dolor en el corazón, pues, por supuesto, deseaba que él la quisiera también. Pero ¿era tan importante el amor si él la deseaba, la necesitaba y la trataba bien?

Pero ¿qué lo mantendría a su lado en un momento de crisis? ¿Su hijo, a quien sin duda querría?

Esa sospecha le oprimía el corazón, pues, naturalmente, necesitaba ser amada por sí misma y no solo por el pequeño que llevaba en su vientre.

Tras ese intercambio, Bunny sabía que no podría dormir. Sebastian la condujo a un enorme baño moderno y, a través de una puerta comunicante, a un vestidor repleto de ropa de diseño.

–Necesitabas ropa. No he pedido prendas ropa de maternidad porque no tenía ni idea de lo que te gustaría, pero debería haber suficiente para la mayoría de los compromisos sociales más recientes.

Sorprendida por otra muestra más de generosidad, Bunny hizo una mueca.

–Yo no tengo compromisos sociales.

–El primero es dentro de una semana, el próximo sábado. Voy a organizar una fiesta aquí para que conozcas a mis amigos y la semana siguiente iremos a Grecia para que conozcas a mi familia… aunque eso no será muy divertido.

–¿Qué quieres decir?

–La mitad de ellos están intentando demandarme por una parte de la fortuna de mi abuela.

–¿Tu familia te está haciendo eso?

–En la tribu Pagonis, el dinero tiene más peso que la sangre –respondió Sebastian–. Pero lo mejor de todo es que ahora mis tíos y primos trabajan para mí.

Bunny reconoció el sarcasmo al instante y también su amargura. Le gustaría hacerle muchas preguntas, pero decidió esperar.

–¿Cuándo vas a enseñarme el resto de la casa? –preguntó.

–En cuanto te vistas y hayamos comido algo.

Bunny se apresuró a ducharse, preguntándose qué encontraría en el vestidor. Nunca había tenido dinero para comprar ropa elegante, pero le encantaba la moda. No tenía intención de abochornar a Sebastian con un aspecto desaliñado y era un alivio que él se hubiera encargado del problema.

Cuarenta minutos después, con un pantalón de lana ligera, una blusa azul y un cárdigan de cachemir combinado con botas de piel, recorrían las habitaciones de Knightsmead Court, que tenía todos los inconvenientes de una propiedad histórica catalogada. Lejos de las chimeneas y los radiadores instalados cincuenta años antes, hacía frío.

Deteniéndose para admirar una magnífica cama con dosel, adornada con preciosas cortinas de brocado, Bunny sonrió.

–Me encantan las camas con dosel.

–Lo sé.

–¿Cómo lo sabes?

–He investigado en internet. Tienes mucha presencia en el mundo de las camas con dosel –respondió Sebastian.

–Es verdad –dijo Bunny, riendo.

–Esta es nueva y hecha por encargo. Yo soy demasiado grande para una cama antigua y necesito un buen colchón.

Bunny sonrió para sí misma al pensar que Sebastian se había tomado tantas molestias para averiguar sus gustos y disgustos. ¿Le molestaba que admitiera haber investigado? No, claro que no. Ella no tenía nada que ocultar y decía mucho de él que hubiera antepuesto sus preferencias a las suyas.

Había tanto que admirar en aquella gran casa: la espaciosa galería donde las señoras solían pasear cuando hacía mal tiempo, las chimeneas talladas y las paredes revestidas de madera, el gran salón con su tribuna para músicos y las paredes adornadas con escudos, armas medievales y banderas descoloridas.

–El escenario perfecto para una fiesta… o un banquete de boda –comentó Sebastian–. Eso suponiendo que la lista de invitados sea discreta.

–Aún no hemos hablado de boda –le recordó ella–. Yo solo invitaría a amigos y familiares, pero imagino que tu lista incluirá

cientos de socios y conocidos del mundo de los negocios, ¿no?

–Mi boda no será un evento de negocios –dijo él.

Sebastian la llevó a uno de los comedores, este de tamaño razonable, con una pulida mesa de madera, fina porcelana, candelabros y otra chimenea encendida.

–¿Quién mantiene todos estas chimeneas encendidas? –exclamó Bunny, asombrada.

–Tenemos un gran equipo.

–¿La finca es muy grande?

–Hay una granja, un bosque y suficiente terreno como para que nadie nos moleste, pero la mayor parte de la finca original se vendió mucho antes de que mi abuelo conociera a su primera mujer.

–Qué tragedia que muriese de parto.

–Desde luego, pero a ti no te va a pasar. Tendrás acceso a los mejores médicos y, por cierto –dijo Sebastian–, tienes cita el lunes con una ginecóloga para empezar con los controles habituales. Te acompañaré antes de irme a Alemania.

–Pensaba hacerlo más adelante, pero ahora que tú lo haces todo por mí puedo relajarme –dijo ella, burlona.

–Perdona… siempre intento ir un paso por delante y a veces eso molesta a la gente.

Un anciano de porte distinguido entró en el comedor con una bandeja.

–Este es Parker, nuestro mayordomo, que siempre ha trabajado aquí y lo sabe todo sobre la casa –lo presentó Sebastian.

–Señora… señor. –Parker hizo una leve reverencia–. Me alegra seguir trabajando aquí.

–Yo también me alegro –susurró Bunny cuando el mayordomo los dejó solos–. Pero debe tener al menos…

–Setenta y ocho años, pero no quiere jubilarse. Es el padre de Maybelle –le explicó Sebastian mientras ella, acalorada por la chimenea, se quitaba el cárdigan–. Y, en lo que él llama el ocaso de su vida, le encanta dirigir una gran plantilla con un buen sueldo y un presupuesto doméstico considerable. Lleva aquí toda la vida y no tiene intención de irse.

Bunny asintió mirándolo con expresión seria.

–Es hora de que me cuentes qué pasó después de la muerte de tus padres.

Sebastian dio un respingo.

–La familia Pagonis quedó desolada por el escándalo y la vergüenza. Como superviviente, yo era un gran bochorno y una decepción. Difundieron la historia de que mi padre tenía problemas de salud mental, lo cual era falso. Se negaban a admitir sus adicciones y me obligaron a ver a un psiquiatra todas las semanas durante años. Y luego me enviaron a un internado en Inglaterra donde podían olvidarse de mí.

Sebastian se recostó en el asiento, con expresión tensa.

–¿Y durante las vacaciones? –preguntó Bunny.

–Me enviaban a campamentos de supervivencia y a lugares para adolescentes problemáticos porque nadie me quería cerca.

–Pero ¿por qué? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Si yo hubiera muerto esa noche, la fortuna familiar habría ido a parar a mis cuatro tíos, que estaban resentidos con mi padre. Mi abuelo lo dejó todo en un fideicomiso para el hijo primogénito y Loukia no cuestionó ese arreglo porque era la tradición. Mis tíos pensaron que heredarían su imperio inmobiliario, pero originalmente pertenecía a mi abuelo, así que también lo he heredado yo. El testamento de mi abuela fue la gota que colmó el vaso, por eso me han llevado a los tribunales. Aunque no tienen nada que hacer. El fideicomiso, tal como está ahora, es prácticamente inquebrantable.

–¿Y qué piensas hacer?

–Por justicia, ofrecerles un acuerdo justo, seguir dándoles trabajo y revisar el fideicomiso por el bien de mi hijo o mi hija. No quiero resentimientos en la próxima generación si tenemos más de un hijo –respondió Sebastian con calma.

Bunny asintió, pensativa.

–Es lo más sensato.

Pero no pensaba en el dinero, sino en un niño pequeño enviado al extranjero para estudiar porque era multimillonario y quienes deberían haberle mostrado amor y comprensión estaban resentidos con él.

En ese momento comprendió mucho mejor a Sebastian. Se había visto obligado a vivir en soledad, forzado a adoptar una actitud de desconfianza hacia el resto del mundo porque su familia le había fallado. Si su familia no lo había ayudado ni cuidado, ¿por qué iba a esperar que otra persona lo hiciera? No creía en el amor porque no lo había experimentado, pero quizá esa perspectiva cambiaría con el tiempo.

¿Estaba ella dispuesta a dárselo? Cuanto más tiempo permaneciera con él, más difícil sería marcharse.

Y Sebastian lo había planeado así deliberadamente, lo supiera o no. Estaba reformando la casa de sus sueños y la biblioteca de sus sueños. Le daría todo, desde una cama con dosel hasta un vestidor lleno de ropa de diseño, pero no le daría amor.

Sebastian era lo suficientemente astuto como para ser también sumamente manipulador. La hacía sentir segura, pero ¿era esa seguridad una ilusión?

Capítulo 10

Bunny bajaba la escalera de estilo Tudor enfundada en un vestido rojo de diseño con cuello *halter* que se ajustaba sutilmente a la nueva curva de su vientre.

Había sido una semana ajetreada, que había comenzado con su primera cita con la ginecóloga, una mujer encantadora de unos treinta años que había trabajado en su día con Sebastián. El análisis de sangre había revelado que el bebé que esperaban era un niño y, con esa noticia tan importante, Bunny había empezado a cumplir el período de preaviso en la biblioteca, aunque no duró mucho, ya que la segunda candidata para el puesto estaba disponible y deseando empezar cuanto antes. Naturalmente, había dimitido antes de tiempo para facilitar un traspaso que beneficiaría a todos. Ir a trabajar acompañada de un equipo de seguridad suponía dar constantes explicaciones y se había vuelto embarazoso.

–No culpes a Sebastian por tenerte tan protegida como a las joyas de la corona –había dicho su madre cuando se atrevió a expresar su irritación–. Él lo perdió todo cuando perdió a sus padres. Naturalmente, le aterra que vuelva a suceder.

Como no se le había ocurrido verlo de ese modo, Bunny se guardó su irritación y aceptó el séquito de seguridad, a quienes sus padres agasajaban con pasteles y café cada vez que iban a visitarlos.

Sebastian había estado en Alemania durante tres días y cuando volvió le colgó al cuello un fabuloso collar de diamantes a juego con unos pendientes. La llevó a la espaciosa ducha, vestida únicamente con los diamantes, le hizo el amor con toda la pasión de la que era capaz y se quejó amargamente de lo mucho que la había echado de menos. Después de solo tres días separados, Bunny pensó que eso

era bastante prometedor. Y empezaba a pensar que debía prestar menos atención a sus palabras que a sus actos.

Sebastian salió del gran salón, del que llegaban el tintineo de las copas y un murmullo de conversaciones, para recibirla. Estaba increíblemente atractivo con un elegante esmoquin negro hecho a medida, tras haber explicado que se vestía así porque a sus amigos les gustaban «ese tipo de cosas».

Incluso si no fuera así, le sentaba de maravilla aquel atuendo tan sofisticado. Seguramente habría tenido que vestir así en muchas ocasiones simplemente para encajar. Nerviosa, entró en una sala abarrotada de mujeres vestidas de gala, luciendo joyas resplandecientes, y hombres impecablemente arreglados.

–Esta es Bunny, mi prometida –anunció Sebastian con tono satisfecho, poniendo una mano en su espalda.

Lanzando un grito de alegría, una morena se apresuró a mirar el precioso anillo de compromiso antes de darle un abrazo a Sebastian. Enseguida se desató un torbellino de conjeturas. Sebastian les habló sobre el naufragio, mostrándose mucho más abierto y relajado que de costumbre, y eso la tranquilizó. Eran personas en las que confiaba.

–Soy Zoe, la esposa de Andreas –dijo la morena–. Tenía que conocerte. Es un viaje largo solo para una fiesta, pero conocemos a Sebastian desde hace muchos años y tenía que ver a la mujer que por fin ha roto su corazón de hielo.

–Ojalá no se haya roto ningún corazón, a menos que sea el mío. Y el mío, desde luego, no es de hielo.

–No me entiendes –se apresuró a aclarar Zoe–. Sé que eres muy especial porque conocí a Sebastian cuando tenía diecisiete años y hasta ahora nunca nos había presentado a ninguna mujer. Pensé que estaría soltero hasta el día de su muerte.

–Me gusta saber eso –dijo Bunny en voz baja, haciéndole un guiño–. ¿Hablamos más tarde?

–Desde luego que sí –respondió Zoe.

–¿Lo estás pasando bien? –le preguntó Sebastian más tarde, mientras la llevaba a la pista de baile improvisada en el gran salón.

–Sí, claro. Tienes unos amigos encantadores, pero me sorprende que tantos sean médicos.

–Cuando te formas y trabajas en medicina, llegas a conocer muy bien a la gente. Gente auténtica, a la que no le importan ni mi dinero ni mi turbio pasado.

–Tu pasado no es turbio. ¡Por Dios, esa tragedia no fue culpa tuya! –exclamó Bunny. Sebastian intentaba guiar sus pasos, pero ella nunca había aprendido a bailar y lo pisó varias veces antes de rendirse con una risita–. Tendrás que darme clases si quieres que aprenda a bailar el vals –le advirtió.

–Tengo unas joyas familiares que me gustaría que te pusieras la semana que viene, en Grecia.

–¿De tu abuela?

–Sí, las piezas que tuvo que legar. Su colección personal fue para sus hijos, excepto el anillo de compromiso que llevas puesto, que me lo dejó a mí. Y pensé que era una broma de mal gusto porque no pensaba casarme nunca –dijo Sebastian–. Y entonces, solo unas semanas después, te conocí…

Bunny sonrió.

–¿Ves? Ser solitario no es tan divertido como creías.

Sebastian apoyó las manos en sus delicados hombros y la miró con sus penetrantes ojos oscuros. Luego dijo algo en griego y se inclinó para robarle un beso apasionado. Una llama se encendió entre sus muslos, haciéndola palpitar, y Bunny tuvo que apretar las piernas para contener la oleada de deseo.

Cuando salía del baño unos minutos después, Zoe apareció a su lado.

–Está loco por ti –dijo la griega alegremente–. ¿Ya tenéis fecha para la boda?

–No, todavía no. Sebastian no cree en el amor.

–Eso es lo que dice, pero se le nota en la cara cada vez que te mira. Además, yo creo en el destino.

Bunny sonrió.

–Cuando tengamos fecha para la boda, tú serás la primera en saberlo.

Una semana después estaban en Grecia, pero con una compañía mucho menos relajante. Bunny llevaba un vestido de noche digno de la alfombra roja. Predominantemente negro, brillaba con cristales iridiscentes que reflejaban la luz en un suave arcoíris de colores. En el cuello lucía el magnífico collar de esmeraldas y los pendientes a juego. Con la mano de Sebastian apoyada posesivamente en la curva de su espalda, caminaba como una reina, decidida a no sentirse inferior ante los parientes que maltrataron a Sebastian de niño.

Todos se comportaban con gélida cortesía. Se sentaron a cenar en una enorme mansión de Atenas, en una mesa con capacidad para cuarenta comensales, y todas las miradas estaban clavadas en ella.

Bunny comprendió que su existencia, el hecho de que algún día Sebastian se casaría y tendría hijos, no era buena noticia para ellos. Se angustió al pensar en lo que Sebastian debió haber sufrido de niño en un ambiente tan hostil y los maldijo a todos por su avaricia y su resentimiento.

Cuando terminó la noche, Bunny suspiró aliviada.

–¡Uf, qué gente tan horrible! –exclamó cuando Sebastian cerró la puerta del dormitorio–. Lo siento, no debería decir eso de tu familia, pero cuando pienso en la suerte que he tenido con la mía y en la mala suerte que has tenido tú… me da muchísima rabia –exclamó furiosa.

–No tienes por qué enfadarte. La época en la que me dolía que me trataran así quedó muy atrás y, si te sirve de consuelo, solo nos vemos un par de veces al año. Ahora soy el cabeza de familia, me guste o no, y siempre podemos esperar que la generación más joven sea más tolerante.

–¿Qué tienen que tolerar? –protestó Bunny–. ¿El hecho de que naciste rico? ¿Que tengas un éxito rotundo en los negocios? No hay nada inaceptable en ti, Sebastian. ¡Ellos son los que tienen el problema, no tú!

Sebastian, que estaba quitándose la chaqueta y la pajarita, se detuvo para mirarla con una sonrisa en los labios. Su expresión se relajó, liberándose de la tensión que la cena había despertado en él.

Entonces comenzó a desabrochar su elaborado vestido, acariciándola a medida que la desnudaba, lo que provocó un escalofrío.

–Me gusta cuando me defiendes con tanta vehemencia. Es estupendo tener a alguien de mi lado por una vez.

Bunny se giró en el círculo de sus brazos y se puso de puntillas para besarlo, pero era demasiado alto y, riendo, Sebastian la tomó en brazos.

–¿Quieres algo, pequeña?

–No soy pequeña, soy de estatura media. Tú eres demasiado alto –respondió ella con tono burlón.

–¿Ah, sí?

El vestido, que dejaba sus hombros al descubierto, cayó al suelo en una nube de sedosa tela, dejándola solo con el conjunto de ropa interior.

–Me gusta mucho ese conjunto.

–Déjame en el suelo.

Él la sentó al borde de la cama y la observó atentamente.

–Quiero que fijemos una fecha para la boda. Y me gustaría casarme antes de que nazca el bebé.

Bunny, nerviosa, se pasó una mano por el pelo ahora revuelto, girando la cabeza para evitar su mirada penetrante y oscura.

–Yo…

–Y si tu respuesta sigue siendo no, quiero saber por qué. Llevamos juntos casi un mes y pareces feliz…

–¡Estoy feliz! –lo interrumpió ella, pensando que nunca había sido tan feliz en toda su vida–. Pero sigo pensando que es demasiado pronto.

–Para mí no es demasiado pronto –replicó Sebastian con voz grave–. ¿Por qué es demasiado pronto para ti?

Bunny se levantó de la cama.

–¡Porque lo es!

Desapareció en el baño para desmaquillarse, pero Sebastian la siguió.

–Explícamelo, Bunny. No anticipaste este problema cuando sugeriste que nos comprometiéramos en lugar de casarnos,

¿verdad?

–No –admitió ella–. Y fue una torpeza por mi parte. Simplemente, no quería arriesgarme a que cambiaras de opinión. Quería darte más tiempo para que estuvieras seguro.

–¿Cuánto tiempo más? –preguntó Sebastian con brusquedad–. Me siento como si estuviera en un juicio, Bunny. Te pedí que te casaras conmigo y eso es muy importante para mí.

–Lo sé… lo sé –dijo ella.

–Estoy totalmente comprometido contigo. No es descabellado pedirte una fecha –insistió él, con voz ronca.

Había un ligero temblor en su voz y Bunny sabía que estaba furioso, esforzándose por controlar su ira. Se sentía fatal por hacerlo sentir tan frustrado y estaba decidida a darle una explicación, pero la situación se le había escapado de las manos porque Sebastian simplemente dio media vuelta.

–¿A dónde vas? –le gritó, siguiéndolo.

–No puedo quedarme contigo esta noche –respondió él mientras abría la puerta del dormitorio–. Se me ha acabado la paciencia. Parece que quiero mucho más de lo que tú estás dispuesta a darme y me estoy dando de bruces contra un muro.

El portazo resonó al marcharse y, aturdida, se preparó para ir a la cama. ¿Por qué no aceptaba casarse con él?, se preguntó. ¿Sería por culpa de Tristram, que le había dicho que quería casarse con ella, aunque nunca hubo anillo de compromiso y ni siquiera le había presentado a su familia? Había estado engañándola durante meses, insistiendo en decir que la quería cuando era mentira.

¿De verdad se negaba a casarse porque Sebastian no podía ofrecerle amor? Al fin y al cabo, le había ofrecido tantas otras cosas importantes. Por ejemplo, la hermosa casa de Knightsmead Court, amueblada según sus preferencias. Sebastian se había emocionado sin pudor al ver el pequeño vestigio de su bebé en la ecografía. La cuidaba en todos los sentidos y era todo lo que siempre había anhelado en un hombre. ¿Era ella la que tenía el problema? ¿Y por qué?

Pasó la noche en vela dándole vueltas al asunto. No creía estar a la altura de Sebastian Pagonis y esa cruda realidad la golpeó con

fuerza. Ella era una chica común y corriente, sin linaje distinguido. ¿Por qué la querría Sebastian? Después de todo, Tristram no la había querido. ¿Estaba intentando asegurarse de que Sebastian la quisiera lo suficiente como para quedarse con ella para siempre? Pero ¿cómo podía alguien demostrar eso de antemano?

Lo único que había conseguido era que Sebastian sintiera que estaba siendo juzgado. Otra vez. Bunny se estremeció al pensar eso. Por supuesto, no había sido su intención.

Tenía frío con la luz de la mañana que se filtraba por las ventanas porque no había cerrado las cortinas; frío por dentro y por fuera porque Sebastian no estaba con ella.

¿Y no había dado por sentado que él seguiría intentándolo? ¿Que seguiría intentando demostrar que merecía su amor?

Se le encogió el corazón. Se suponía que el amor era amable, cariñoso y generoso, pero ¿qué le había dado ella? Tomando una decisión repentina, Bunny saltó de la cama, decidida a fijar una fecha para la boda y a disculparse por las inseguridades que la habían atrapado inconscientemente.

Después de ponerse una bata salió de la habitación y fue a buscarlo. Aunque, en una casa desconocida, eso no era tarea fácil. Revisó varias habitaciones vacías, maravillada de que Sebastian mantuviera una propiedad tan grande solo para las dos reuniones familiares anuales que toleraba por cortesía. Si alguna vez la perdonaba por hacerlo dudar de su propia valía, sugeriría que buscase otro lugar para esas reuniones, ya que no usaba la casa de Atenas en ninguna otra ocasión.

Por desgracia, no lo encontró en ninguna de las habitaciones, de modo que regresó a su cuarto, se duchó y se vistió, preocupada porque no sabía dónde estaba Sebastian. Fue uno de sus guardaespaldas quien desveló el secreto al preguntarle cuándo quería ir al aeropuerto para su vuelo de regreso al Reino Unido.

–¿Qué quiere hacer Sebastian?

–El señor Pagonis voló a Suiza a las seis de la mañana.

Entonces recordó que él había mencionado algo sobre ese viaje a Suiza mientras se vestía para la horrible cena de la noche anterior. La tristeza la invadió durante su solitario desayuno. Intentó llamarlo,

pero Sebastian no respondió. Convencida de que seguía enfadado, desistió de enviarle un mensaje, aunque fue un desafío cuando supo que pasaría una semana antes de volver a verlo.

Regresó a Knightsmead sintiéndose como si cargara con su propia nube negra. Había sido egoísta, irracional y miope, y no estaba acostumbrada a ver esos rasgos en sí misma, así que eso no la animó en absoluto.

Pasó mucho tiempo con su familia esa semana, hasta que las miradas se volvieron sospechosas y fingir que todo estaba bien se hizo demasiado difícil. Sentía náuseas por las mañanas, pero pensó que eran solo nervios. Su hermano John la visitó mientras trabajaba en la biblioteca.

–No intentes levantar eso –le advirtió al encontrarla agachada sobre una caja de libros.

–No te preocupes, solo estoy rebuscando. Hay libros que necesitan restauración y los estoy apartando… encuadernaciones nuevas, páginas rotas. Algunos son muy antiguos y necesitan cuidados especiales.

–Parker dijo que nos traería té y algo de comer, pero solo tengo una hora antes de mi próxima cita. ¿Te importa si te dejo trabajando y voy a curiosear un poco por tu fabulosa casa? –preguntó su hermano.

–Para nada, adelante –lo animó ella.

A diferencia del resto de la familia, John había estado demasiado ocupado como para asistir a la visita guiada que les había ofrecido, pero también a él le gustaba la historia y disfrutaría más curioseando solo.

Bunny, que iba descalza, se incorporó. También Sebastian le había advertido que no debía levantar peso. Pero adiós a su lado cariñoso, pensó con tristeza. Sus frías llamadas telefónicas no habían servido para remediar la brecha entre ellos. ¿Cómo podía seguir tan enfurruñado? Ahí era donde uno descubría que Don Perfecto no era tan perfecto después de todo, reflexionó con pesar. Claro que ella tampoco había abordado el controvertido tema de la boda.

Bunny levantó la pesada Biblia familiar que quería colocar en la galería superior donde, según Parker, siempre había estado. Siendo

casi tan viejo como la biblioteca, Parker era una fuente inagotable de conocimiento sobre esos temas.

Bunny tomó el enorme libro con sus manos enguantadas y, con cuidado, empezó a ascender por la escalera de madera. Volvió a colocar la vieja Biblia familiar en el sitio que le correspondía y, radiante de alegría, bajó por la escalera a toda velocidad…

Y, ya fuera por los calcetines o por los guantes que se ponía para manipular libros antiguos, Bunny resbaló como un trineo en la cima de una montaña. Intentó recuperar el equilibrio, pero ya era demasiado tarde. Dejando escapar un grito de alarma, bajó por la escalera dando tumbos y aterrizó torpemente con un tobillo torcido.

Parker irrumpió en la biblioteca con la urgencia de una ambulancia y se arrodilló a su lado, retorciéndose las arrugadas manos en un gesto de consternación.

–Señorita Woods… ¿está bien? ¿Qué hago?

–Yo me encargo… –John apareció en ese momento y la miró como solo podía hacerlo un hermano mayor–. Subiste por la escalera sin zapatos, ¿verdad? ¿Y esos estúpidos guantes? ¿Quieres matarte? –le espetó mientras Parker salía corriendo de la habitación, completamente alterado por el accidente.

Bunny decidió no discutir porque John, siempre tan práctico y sensato, tenía razón.

–Me he torcido el tobillo y probablemente también tendré algunos moretones en el trasero –gimió mientras él la ayudaba a levantarse y sentarse en el sillón más cercano.

Mientras soportaba la reprimenda de su hermano, Bunny bajó la cabeza, ahogándose de tristeza. Sabía que no le había hecho daño a su bebé, solo a su tobillo y a su trasero, pensó con amargura mientras su hermano le vendaba el tobillo. John se ofreció a llevarla al hospital y pareció aliviado cuando ella le dijo que no era necesario.

Parker llevó la bandeja del té con aire de satisfacción.

–El señor Pagonis viene de camino –anunció.

–¡Pero se supone que no regresa hasta dentro de un par de días! –exclamó Bunny sorprendida y aliviada a la vez.

Cuanto antes lo viera, antes podría superar el abismo de tristeza que la separación había provocado. Bunny se miró a sí misma, con los viejos y cómodos vaqueros y el jersey informal, el tipo de ropa que se ponía cuando estaba de mal humor. No era así como quería recibir a Sebastian.

Tras compartir una taza de té con su hermano, subió cojeando las escaleras para ducharse y cambiarse de ropa.

Como estaba limitada, tardó más tiempo de lo habitual y le dolía mantenerse en equilibrio sobre una pierna para secarse el pelo y maquillarse. Sin embargo, el resultado compensó con creces la incomodidad.

Entró cojeando en el vestidor para ponerse un conjunto de encaje de un verde pastel antes de buscar un vestido apropiado. Hacía un poco de frío para llevar vestido, pero no quería pensar en esas cosas prácticas. Eligió un vestido verde oscuro de diseño que le sentaba como un guante y se preguntó si ir descalza sería más *sexy* que llevar un solo zapato.

Sebastian, que subía corriendo las escaleras como un hombre con una misión, tenía preocupaciones más apremiantes. Parker lo había llamado mientras estaba en una reunión en Ginebra y se le había quedado la mente en blanco al saber que Bunny estaba herida. Solo recordaba fragmentos de la conversación: un accidente, una caída, su hermano…

La perspectiva de perder a Bunny y a su hijo, la sola idea de que se los arrebataran, lo había dejado traumatizado. Poco a poco, en el vuelo de regreso a casa, se calmó un poco y una conversación telefónica con John lo tranquilizó del todo. No había ocurrido nada grave, pero el pobre Parker se había dejado llevar por el pánico.

Estaban bien, estaban bien, se repetía Sebastian, pero nada podía apagar la urgente necesidad de ver a Bunny en persona. Se quedó paralizado al verla haciendo equilibrios sobre una pierna, agarrándose a uno de los postes de la cama para ponerse un zapato de tacón.

–¿Qué estás haciendo? –exclamó Sebastian, cruzando la habitación a toda velocidad para sentarla en la cama–. John dijo que

tenías que descansar y con la cantidad de vendas que te ha puesto en el pie no podrías ponerte un zapato.

–Ah, siempre tan práctico –murmuró Bunny, algo irritada.

Sebastian debería haber notado lo arreglada que estaba y expresar su admiración. Por desgracia, estaba más interesado en examinarle el tobillo y ajustar la venda.

–Tendremos que alfombrar esa escalera para que no resbale tanto. No sé por qué siempre tienes que ir descalza –protestó Sebastian.

Bunny se deleitaba mirando su cabeza morena, el brillo del arito de acero en una oreja, la línea de su firme mandíbula, la perfección de su nariz clásica y su boca ancha y sensual. Un cosquilleo revoloteó en su estómago y su pulso se aceleró.

–Te he echado tanto de menos. Me casaré contigo mañana si quieres.

–¿Qué? –Sebastian la miró desconcertado–. ¿Mañana?

Bunny hizo una mueca.

–Bueno, era una forma de hablar. Solo quería decir que me casaré contigo cuando quieras. Creo que antes te estaba poniendo a prueba.

Sebastian frunció el ceño.

–¿A prueba?

–Quería que me quisieras antes de casarnos, pero me he dado cuenta de que eso no importa tanto como pensaba. Lo que cuenta es cómo me tratas, y me tratas como si fuera algo precioso para ti.

–¡Porque lo eres! –recalcó Sebastian, remangándose la camisa, extrañamente tímido ahora que había llegado el momento de decir esas palabras que siempre había jurado que nunca diría–. Yo creo que es evidente que estoy enamorado de ti.

Los hermosos ojos verdes de Bunny se abrieron de par en par, pero ella interpretó esas palabras como un gesto de cortesía más que como una muestra de sinceridad, posiblemente incluso un intento de aliviar la tensión que había existido entre ellos desde su partida.

–No me di cuenta de lo que sentía hasta que Parker llamó para decirme que habías tenido un accidente.

–¡Dios mío! ¿Por qué hizo eso? No fue una caída grave. No debería haberte molestado.

–¿Molestarme? –repitió Sebastian, incrédulo–. Espero enterarme de cualquier accidente que tengas, por pequeño que sea. Eres mi mundo entero, Bunny. Si algo te pasara a ti y a nuestro hijo, perdería todo aquello por lo que merece la pena vivir.

–Yo… no me había dado cuenta de lo importante que era para ti –tartamudeó Bunny.

–Y lo peor es que yo tampoco me di cuenta hasta que me dijeron que habías tenido un accidente. La sola idea de perderte me resulta insoportable. No puedo ni imaginarlo. Creo que no pronuncié una palabra coherente hasta que tu hermano me tranquilizó.

–¿Hablaste con John?

–Parker me dijo que estaba contigo cuando pasó, así que, naturalmente, lo llamé por teléfono. Supuse que estarías en el hospital y fue un gran alivio saber que no había sido nada realmente grave. Pero no podía quedarme tranquilo del todo hasta que te viera con mis propios ojos –confesó Sebastian, sentándose a su lado para abrazarla–. No sabes cuánto me alegro de que no estés gravemente herida.

–Yo también –bromeó Bunny.

–No creí que pudiese amar a nadie, y entonces apareciste tú.

Bunny, convencida por fin de que hablaba en serio, se relajó por primera vez en varios días.

–Y te irrité a primera vista.

–No, me gustaba tu carácter, la forma en que me plantabas cara. Muy poca gente se atreve a desafiarme, pero tú lo hiciste. Si no, te habría arrollado porque así es como reacciono ante los desafíos, así que eso es muy positivo para nosotros como pareja.

–Me quieres –dijo Bunny en voz baja–. Y sabes que yo te quiero.

–Sí, y estaba encantado de que me quisieras, incluso cuando te decía que no creía en el amor. –Sebastian hizo una mueca–. He sido muy egoísta.

–Yo también he sido egoísta. Anhelaba que me quisieras, aunque dijeras que no podías hacerlo. Estaba empeñada en conseguir lo único que no podías ofrecerme.

–Porque eres testaruda, pero me estabas empujando hacia un precipicio del que necesitaba caer para encontrar la verdadera felicidad. –Sebastian respiró con dificultad–. Y he caído hoy mismo, cuando tuve que enfrentarme a la idea de una vida sin ti. Pero ahora que ambos sabemos dónde estamos… ¿aceptarías casarte conmigo mañana? ¿De verdad?

Bunny se sintió un poco avergonzada, incluso en medio de esa enorme felicidad, al admitir que temía haber estado haciéndole pasar por un calvario por la forma en que Tristram la había engañado.

–Ese mocoso no te llega a la suela de los zapatos –dijo Sebastian, recostándose sobre las almohadas para abrazarla.

El familiar aroma masculino la inundó mientras enterraba la nariz en su camisa, pero Sebastian levantó su cara con un dedo para darle un beso descaradamente hambriento. Su elegante vestido quedó tirado en el suelo. Sebastian estaba demasiado ocupado diciéndole lo guapa que era y acariciando la leve curva de su vientre con posesivo entusiasmo como para fijarse en lo que llevaba puesto. Un minuto después, ambos se desnudaron y se entregaron a una ardorosa pasión. Bunny se liberó gritando su nombre y él rugió de éxtasis, acunándola contra sí cuando se quedó adormilada.

–Es una pena que mañana sea demasiado pronto para tu familia –dijo Sebastian.

–¿De qué hablas?

–De nuestra boda. ¿Crees que podrás organizarla en dos semanas?

–Eres tan impaciente –se quejó ella mientras lo abrazaba alegremente.

–Tenía miedo de enamorarme –admitió Sebastian–. Mi padre era obsesivamente celoso y posesivo con mi madre y cuando empecé a sentir algo por ti temí que sus celos también estuvieran en mi ADN.

–No debes tener miedo.

–Pero soy muy posesivo y no me gusta estar sin ti, por eso creí que, después del rescate, deberíamos pasar un tiempo separados.

–Pero tú ocupaste ese tiempo arreglando esta casa para mí –le recordó Bunny–. ¿Cómo es posible?

–Me hacía sentir bien hacer planes para nosotros. Estaba muy triste sin ti –le confesó Sebastian, a regañadientes.

–Yo también –susurró ella–. Y tú no eres exageradamente posesivo. A mí también me gusta estar contigo, es normal cuando uno está enamorado.

–Siempre dices lo que yo espero escuchar –murmuró Sebastian, rebosante de satisfacción.

En realidad, tardó un mes entero en llevar a Bunny al altar de la capilla familiar. Su vestido de novia, recién salido de la pasarela de un famoso diseñador, apareció en la portada de muchas revistas de moda. El vestido era de seda, salpicado de lo que se rumoreaba eran diamantes auténticos. El corpiño de encaje, bordado a mano, abrazaba sus esbeltas curvas y caía luego hasta el suelo como un vestido de princesa medieval.

Toda su familia estaba allí y fue el día más feliz de su vida. Y de la de él.

Epílogo

Cinco años después

–No, tres hijos son suficientes –le dijo Bunny a su marido, mirando a Argo, de cuatro años, a Sofía, de dos, y al pequeño Will, llamado así en honor a su padre.

Argo y Sofía se peleaban por un juguete y Will gateaba bajo la mesa del salón mientras Bunny terminaba de decorar la casa para el día de Navidad.

–Mi madre tuvo cinco hijos solo porque deseaba con todo su corazón tener una niña, pero yo no soy una máquina de hacer bebés.

–No volveré a mencionarlo –dijo Sebastian alegremente.

Bunny era la más maternal de los dos y estaba convencido de que en cuanto Will empezara a corretear querría tener otro bebé.

Bunny sonrió porque sabía algo que él aún no sabía. Y Sebastian estaría encantado porque a nadie le gustaban tanto los niños como a su marido. Sentirse embriagada de felicidad con Sebastian no era nada nuevo para ella. Se sentía así todos los días, escudriñando su hermoso rostro y su magnífico físico, sin poder creer que fuera suyo.

Todo suyo, en cuerpo y alma, pensó con ternura, sintiendo un leve cosquilleo entre los muslos.

¿De verdad habían pasado cinco años desde su boda? Tantas cosas habían cambiado desde entonces, aunque no lo esencial. Seguían viviendo en Knightsmead Court, aunque hacían frecuentes viajes a otras propiedades en el extranjero. La biblioteca de la casa se había hecho discretamente famosa entre los académicos, quienes llamaban con frecuencia para solicitar acceso a los libros y manuscritos antiguos que componían la colección original; una colección que se ampliaba con regularidad, ya que Sebastian

entendía cuánto disfrutaba su esposa dirigiendo su pequeña biblioteca privada.

El año anterior, habían viajado en yate hasta Indonesia y habían disfrutado de unas vacaciones fabulosas. Andreas y Zoe, sus hijos y la familia de Bunny se habían unido a ellos.

Ahora que la pareja griega vivía de nuevo en el Reino Unido, Zoe se había convertido en su mejor amiga. Andreas y Zoe también los acompañaban a las frías reuniones con la familia Pagonis, que Sebastian insistía en que continuaran, y Bunny empezaba a notar un claro cambio de actitud por parte de la generación más joven. Los viejos escándalos y rencores no les afectaban tanto como a los contemporáneos de su padre.

Su propia familia los visitaba con frecuencia. De hecho, Bunny había amado aún más a su marido cuando comenzó a tratar a su familia como si fuera la suya, encontrando en ellos la calidez, el afecto y el interés que los hijos menores de Loukia Pagonis le habían negado durante mucho tiempo.

Cuando la niñera apareció para llevarse a los pequeños a la cama Sebastian acorraló a su mujer contra la mesa.

–¿Qué esconde esa sonrisa misteriosa? –preguntó, rodeándola con los brazos.

Bunny le acarició el espléndido torso con las manos y subió lentamente hasta los hombros, intentando no sonreír al notar cómo se estremecía.

Sebastian siempre estaba listo para «relajarse» de la forma más natural.

–Tus nadadores han vuelto a hacerlo. La ducha del mes pasado… en fin, me temo que hemos vuelto a hacerlo. Mi sueño de adelgazar tendrá que esperar.

–¿Adelgazar para qué? –preguntó Sebastian.

Porque él solo veía a una mujer perfecta a quien adoraba. Para él, Bunny no tenía imperfecciones. Era la mujer que lo había devuelto a la vida, que le había enseñado a sentir de nuevo y le había dado tanto en el proceso: un verdadero hogar, tres hijos maravillosos, lealtad y amor infinitos.

–Te quiero –le confesó ella, besándole el cuello mientras se empapaba del aroma de su piel y del ardor de su propia excitación.

–Yo te quiero aún más. Eres el sol alrededor del cual giro cada día –susurró Sebastian apasionadamente mientras la sentaba sobre la mesa, levantando su falda con dedos expertos.

Jadeos y gemidos rompieron el silencio hasta que, por fin, recuperaron la compostura y Sebastian la llevó a un sillón para acunarla con ternura.

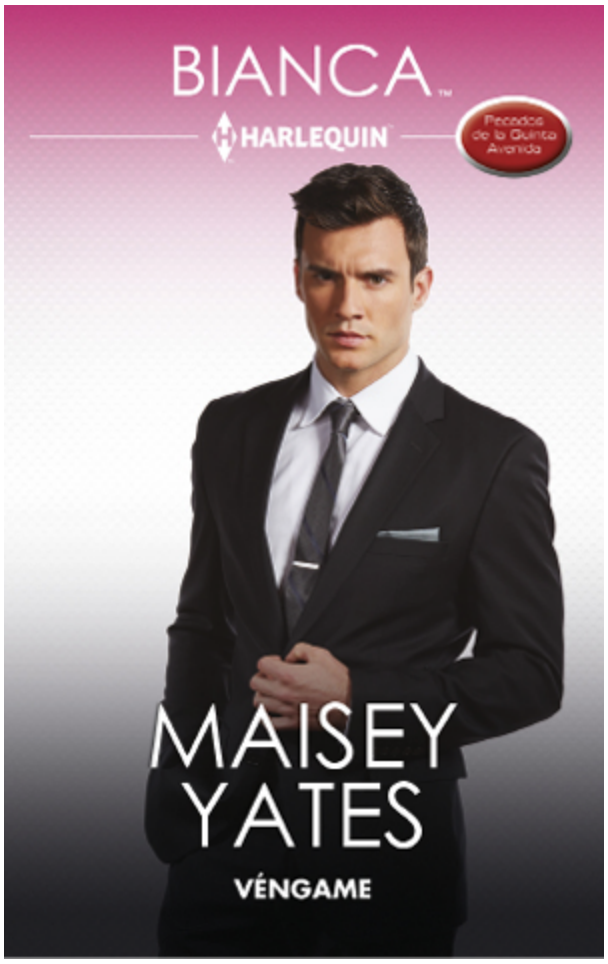
–Seguro que la próxima vez tendremos una niña.

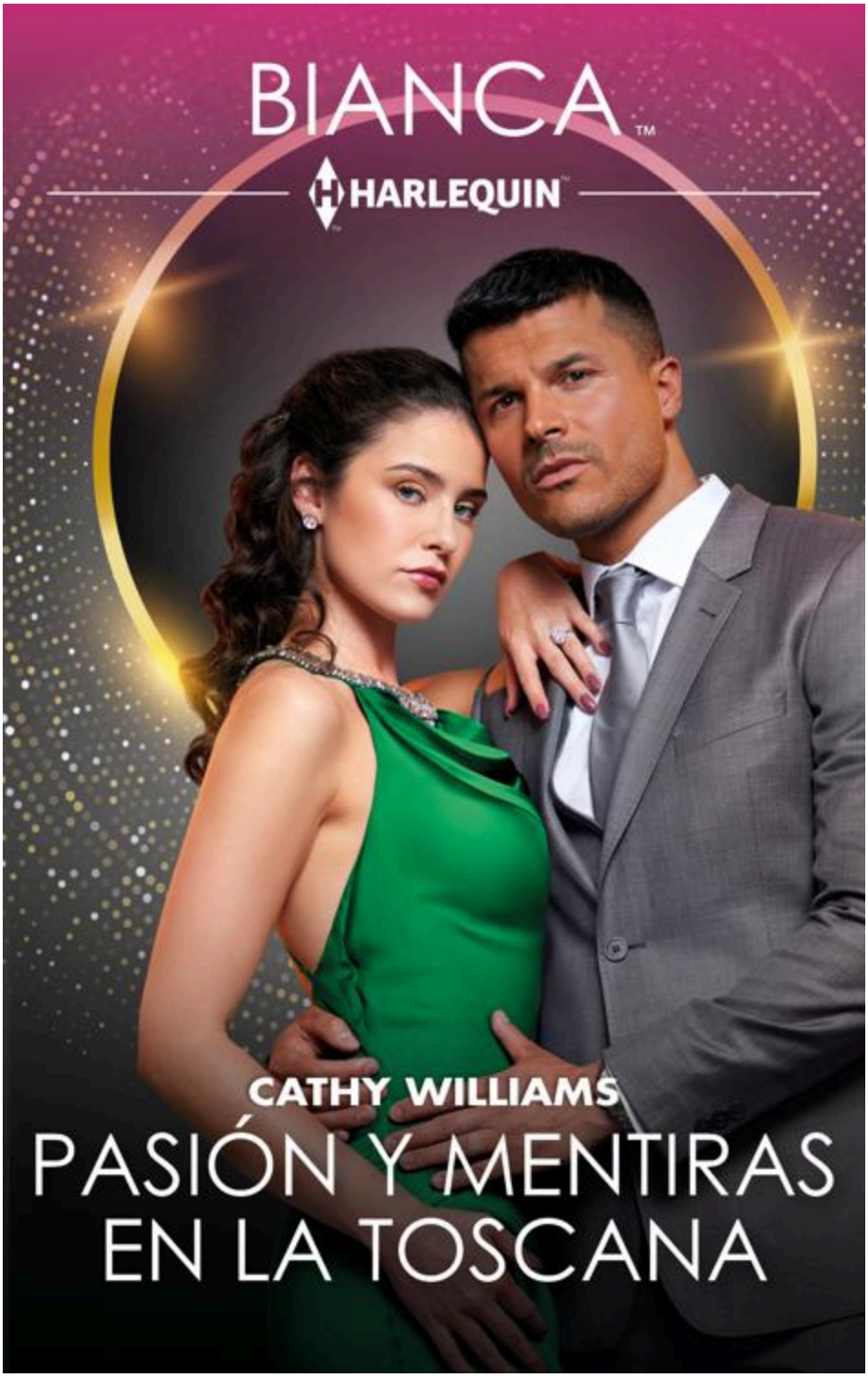
Tenía razón, pero también se equivocaba. El cuarto embarazo les llevó mellizos: un niño llamado Christos y una niña llamada Annette, en honor a su abuela materna.

Y vivieron felices para siempre, enamorados y orgullosos de su buena fortuna.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




BIANCA™
HARLEQUIN
CATHY WILLIAMS
PASIÓN Y MENTIRAS EN LA TOSCANA

Portadilla

BIANCA™

CATHY WILLIAMS

PASIÓN Y MENTIRAS
EN LA TOSCANA

HARLEQUIN™

Capítulo 1

Gabriel se detuvo un instante para contemplar agobiado el abarrotado restaurante. Si es que se le podía llamar restaurante.

El *Chick'n Rib Shack.* El Chiringuito del Pollo y las Costillas. «Chiringuito» le iba mejor que «restaurante».

Delante de la puerta había aparcado un variado e impresionante surtido de motos, y varios moteros se habían quedado fumando y bebiendo apoyados en sus motos. Un par de mujeres, digamos, interesantes, enfundadas en reveladores trajes de cuero estaban sentadas en la acera, cada una con una botella de cerveza en la mano, charlando.

Las puertas del restaurante estaban abiertas de par en par, y la luz y la música salían a raudales para alegrar la tarde de verano. Lo flanqueaban varias tiendas, dos de las cuales estaban tapadas con tablones y otras tres, cerradas, lo que no aportaba demasiado al espíritu de la calle. El sol seguía alto en el cielo y todavía hacía calor, aunque eran más de las ocho, pero el ambiente parecía bastante festivo. O por lo menos no parecía avecinarse ninguna pelea. Eso era lo bueno, pero lo malo… ¿qué narices hacía ella allí?

Gabriel se apartó del Land Rover negro que le había servido de apoyo y caminó despacio hacia el restaurante, llevándose varias miradas pegadas a la piel. Llamaba la atención. Dondequiera que fuese, Gabriel García despertaba curiosidad, y no solo porque fuera muy atractivo –el exotismo de su piel bronceada y lo absurdamente guapo que era pesaban–, sino porque tenía un aura de poder, serenidad y fuerza que te empujaba a contemplarlo durante un rato.

Pocas veces era consciente de que lo miraban y, si lo era, lo ignoraba. A él, pocas veces le llamaba tanto la atención otra persona como para quedarse mirándola, pero en aquel momento se había

detenido en la puerta del restaurante y miraba con deliberada lentitud a su alrededor, intentando encontrarla.

Se diría que había un millón de personas atestando el lugar. Unas mesas de madera se distribuían aleatoriamente por la pequeña sala, y al fondo había un escenario en el que un DJ disfrutaba de la selección de clásicos del *rock* que estaba pinchando. Los ladrillos de las paredes estaban cubiertos casi en su totalidad con pósteres de leyendas del *rock* tocando la guitarra o a lomos de motos gigantes y con cara de pocos amigos. Algunas mujeres que parecían estar un poco achispadas bailaban, se servía comida en las mesas y la gente se esforzaba por hacerse oír por encima de la música, las risas y la charla.

Entonces fue cuando la vio. Estaba sentada de espaldas a él, la melena oscura y ondulada cayéndole suelta a la espalda, charlando animadamente con el motero que tenía enfrente. La habría reconocido aunque la tuviera a un kilómetro de distancia. Había algo inconfundible en su postura erguida, en el modo en que colocaba los hombros y cruzaba las piernas, moviendo un pie en el aire, como si esperase con impaciencia a que ocurriera algo.

No dudó. Se acercó con paso decidido y le tocó el hombro sin pararse a pensar si la alegraría verlo o no. Aunque lo lógico sería que sí. Eran amigos. Incluso los amigos más íntimos. En un mundo lleno de gente queriendo impresionarlo o dispuesto a hacer lo que él le pidiera, ella había sido siempre una constante. La mujer a la que no le impresionaba su dinero, su estatus o ninguna otra cosa, la verdad.

Hacía mucho que se conocían. Eran dos personas que provenían de mundos muy distintos, pero cuyos orígenes nunca se habían interpuesto en su amistad.

Se enderezó y esperó a que se diera la vuelta. ¿Quién demonios era el tipo con el que estaba? Un tío corpulento, barbudo, con varias cadenas colgando, una fascinante colección de tatuajes en ambos brazos, chaleco negro…

Jennifer sintió que le tocaban el hombro y no supo si sentirse molesta porque alguien estuviera interrumpiendo su cita o aliviada porque, en realidad, no le apetecía seguir allí con aquel tío sobre cuya foto había clicado sin saber por qué. Quizás se sentía particularmente aventurera en aquel momento, o quería sin saberlo un cambio en el tipo de tío con el que solía salir: profesores y contables aburridos que siempre parecían estar muy ocupados ahorrando para comprarse una casa mientras que la vida y todas sus excitantes posibilidades les pasaban al lado sin que ellos se dieran cuenta.

No es que encadenase citas en serie, pero quizás había quedado con Hal el motero por pura frustración con su vida amorosa. ¿Tan difícil podía ser encontrar a su alma gemela? De hecho, no era de las que andaban a la caza de don Perfecto. No tenía listas donde ir tachando lo conseguido ni contrastaba cualidades contra defectos para tomar una decisión informada. Le bastaba con dejarse llevar e ir viendo dónde la llevaba la vida. Ella no era perfecta y no podía pretender que ellos lo fueran, pero el amor consistía en alzarse por encima de las imperfecciones y buscar la paz y la armonía, la diversión y la aceptación dentro de un marco imperfecto. ¿Dónde estaban todos esos hombres perfectamente imperfectos? Porque todos los que salían con ella solo conseguían hacerla bostezar, incluido el que tenía delante en aquel momento, a pesar de lo que pudieran sugerir las apariencias.

Al volverse los ojos se le abrieron de par en par: ¡Gabriel! Camisa polo negra, vaqueros negros… un uniforme negro que no tenía nada que ver con las prendas también negras que Hal, su acompañante aquella noche, llevaba. Como siempre, Gabriel resultaba elegante sin esforzarse, y arrebatadoramente atractivo.

Durante apenas un segundo, la intensidad de su atractivo sexual la golpeó como el puño de un boxeador antes de que su sentido común acudiera en su auxilio. Aquel hombre era Gabriel, el amigo que tan imbricado estaba en el tapiz de su vida. Sí, era *sexy*, pero también una fruta prohibida, aunque su corazón perdiera de vez en cuando algún latido cuando lo veía o escuchaba su voz.

–¡Gabriel! –exclamó por encima del ruido ambiental.

–Siento interrumpir tu cita, Jen, pero es que tengo que hablar contigo.

–¿Y eso? ¿Tiene que ser ahora mismo?

La última persona a la que esperaba ver al volverse era a él.

Nunca habían dejado de estar en contacto, pero en los últimos meses Gabriel solo había pasado de tarde en tarde por Sussex, y ella no había podido estar en sus últimas y breves visitas.

–Ya no tienes tiempo para salir a tomar algo –le había dicho varias veces por teléfono.

–Trabajo –se había quejado él–. Me paso más tiempo fuera del país que dentro.

–¡Siéntate con nosotros! –lo invitó a gritos, a pesar de que, por el rabillo del ojo, vio que a su cita no le hacía la más mínima gracia la interrupción. Todo lo contrario que a ella. Menudo alivio…

¿Qué demonios haría Gabriel allí? El miedo se le hizo de pronto una bola en el estómago y se levantó de golpe. Gabriel medía cerca de metro noventa, y ella casi metro ochenta, con lo que resultaba alta para ser mujer. Tenía un seno generoso, el cabello largo y oscuro y los ojos azules herencia irlandesa de su madre. Su estatura era un regalo de su padre, que había pasado del metro noventa.

–¿Es por tu madre? –le preguntó, tirando de él para que se acercara.

–Podría decirse que sí.

–Ay, Dios, ¿qué ha pasado? Espera, que recojo el bolso.

–Mejor. Es imposible hablar en este sitio.

Se volvió hacia Hal, que también se había puesto en pie y le dedicó una sonrisa a modo de disculpa.

–Lo siento, Hal. Es una urgencia.

Resultó raro tener que inventar unas excusas y gritarlas por encima del ruido, además teniendo a Gabriel observándola atentamente.

Sonrojada y ansiosa por escuchar lo que Gabriel tuviera que decirle, fue un verdadero alivio salir de aquel sitio.

–A ver, ¿qué haces aquí? ¿Y cómo me has encontrado? ¿Tu madre está bien? Tenía el timbre del teléfono al máximo por si necesitaba

ponerse en contacto conmigo, pero me temo que no lo habría oído si me hubiera llamado.

–No tenía ni idea de que te fuera el rollo roquero, Jen. Mi coche está ahí. Vámonos a algún sitio donde podamos hablar con un poco más de calma.

–Dime qué está pasando. No puedo soportar tanto suspense.

–¿Cuánto hace que sales con el troglodita ese?

–Qué feo es eso que has dicho, Gabriel.

–Depende de si te interesa salir con alguien que tenga que cazar lo que se va a comer. Los cavernícolas pueden resultar muy útiles.

Dudó entre decirle que se metiera en sus cosas y la certeza de que daría igual, porque él siempre diría lo que le viniera en gana. Había sido así desde que se conocieron, ella con nueve años y él, con doce. Se había tenido que ir con su madre cada día durante las largas vacaciones de verano porque la cuidadora que solía contratar su madre había decidido irse a Europa con su novio, y era demasiado pequeña para quedarse sola en casa. Lizzie Carlton limpiaba una vez a la semana en casa de Gabriel, que vivía en una enorme mansión familiar a las afueras de Arundel. La madre de Gabriel pagaba estupendamente, a su madre le encantaba la casa, adoraba a Francesca García y se habría dejado arrancar un brazo antes que dejarla colgada.

Jennifer estaba en el jardín con su cuaderno de dibujo escogiendo qué flores iba a dibujar para el trabajo de verano del colegio cuando Gabriel se le acercó por la espalda y le tiró del pelo. Ella se giró y le atizó con el cuaderno y toda su fuerza. Gabriel aún se lo recordaba de vez en cuando.

Abrió su coche con el mando a distancia y Jennifer subió.

–¿Cómo has sabido dónde estaba? –preguntó nada más cerrar la puerta.

–He llamado a tu amiga.

–¿A qué amiga? Tengo muchas.

–A la de los gatos.

–Caroline. Sabes perfectamente cómo se llama. Has ido muchas veces a su casa.

Su amiga se habría deshecho al oír la voz de Gabriel al teléfono. Le gustaba, a pesar de que tenía novio, y no era la única de sus amigas que se ponía tontorrona cuando aparecía él. Era comprensible: un tipo rico y guapo, pero también un tipo que no había tenido una relación seria en su vida y que pasaba de una chica a la siguiente con tanta rapidez que la cabeza le daba vueltas.

A veces pensaba que ser inmune a su encanto, a su dinero y a su belleza era lo que había permitido que su amistad fuese tan fuerte y firme. Gabriel era tentador como el más fino de los chocolates a nivel físico, pero no en todo lo demás. Él era quien apuraba el juego al máximo con alegre abandono, quien no creía en el amor, mientras que ella era la chica que había visto el amor de sus padres, el modo en que su madre había sabido mantener ardiendo esa llama incluso tras la muerte de su padre tanto tiempo atrás. Y ella era la que quería tener lo que sus padres habían tenido. En las cosas que eran importantes en la vida distaban mucho el uno del otro.

–Aún no me has dicho qué es lo que pasa.

–Se trata de mi madre, pero no empieces a preocuparte, que está bien.

–Lo sé. Le va muy bien desde que la operaron del corazón, pero sigo estando bastante preocupada, la verdad. Mi madre pasa a verla a diario, y ha empezado a pensar si no debería quedarse por las noches con ella.

–Yo creo que no es necesario.

–No sé… me parece que lo dices de un modo raro.

–Son cosas tuyas. ¿Has cenado?

¿Comer en el *Chick'n Rib Shack*? Ni se le pasaría por la cabeza.

–Me lo imaginaba –adivinó Gabriel–. Vamos a picar algo y te cuento por qué he aparecido de repente.

–Igual, después de haber tenido cáncer hace tantos años –explicó, mientras iban saliendo de la ciudad–, volver a encontrarse mal de salud la ha deprimido un poco. Pero el médico ha dicho que va realmente bien.

–Seguramente tengas razón, pero mejor no perderse en especulaciones –dijo, y la miró por el rabillo del ojo–. Hace semanas que no nos vemos. Cuéntame qué has andado haciendo.

–Lo sabes de sobra. Me has llamado dos veces por semana para que te informara de cómo iba tu madre.

–Has sido tú la que me ha llamado a mí para contarme. Pero, en cualquier caso, han sido llamadas breves. El trabajo, ya sabes. Estoy desbordado. Volviendo a mi madre, ya sabes que tiene la manía de adornármelo todo un poco cuando me habla de cómo le va. Necesito información de otras fuentes para contrastar. Y, cambiando de tercio, no tenía ni idea de que salieras con un Ángel del Infierno.

–No estoy saliendo con Hal. Y no es de los Ángeles del Infierno. ¡Ni siquiera estoy segura de que esa banda siga existiendo!

–¿No sales con él? Pues me he equivocado. Como os he visto tan acaramelados tomando copas… de todos modos, menuda cita sería si ni si quiera es capaz de invitarte a cenar.

–¡Eres imposible!

–¿Me has echado de menos? –sonrió.

–Ni una pizca.

Su sonrisa brilló más.

–Lo tomaré como un sí.

A aquella hora de la noche no había mucho tráfico, de modo que tardaron poco en llegar al restaurante italiano al que se dirigían.

Gabriel paró el motor, pero, en lugar de bajarse del coche, se giró para apoyarse contra su puerta y mirarla. La atmósfera se cargó de inmediato. O quizás fuera la imaginación de Jennifer, que le estaba jugando una mala pasada por el vacío que tenía en el estómago y porque su cita con Hal hubiera sido una desilusión rotunda.

–Me estás mirando –le dijo–. Me sorprende que no sepas que es de mala educación.

–Lo que más echo de menos de ti es tu encantador sentido del humor –sonrió–. No me puedo imaginar qué te pasó en la cabeza para quedar con ese cavernícola.

–¡No lo llames así!

–¿Vas a volver a verlo?

–No lo tengo claro aún.

–No me digas más.

–Es un tío agradable.

–Pero no es tu tipo.

–Tú no tienes ni idea de cuál es mi tipo –espetó. Ni ella misma lo sabía. ¿Cómo si no iba a seguir estando en el patio de juego con veintinueve años?

En realidad, no tener un tipo definido era una ventaja. Tenerlo era muy restrictivo. Él siempre había tenido un tipo de mujer: guapa, pequeñita y rubia.

–¿Ah, no? Podría ser, pero seguro que te gustaría que fuera inteligente.

–Hal es un tío muy inteligente. Es mecánico de coches, pero que no gane millones como tú no significa que no sea listo.

–Si quieres, podría presentarte a unos cuantos amigos míos.

Jennifer se echó a reír y puso la mano en la manilla de la puerta.

–Ya he conocido a unos cuantos amigos tuyos, Gabriel, y siempre llevan muñequitas rubias colgando del brazo. Poco más o menos como tú. Y eso no es para mí.

Le hizo muchísima gracia ver que Gabriel se sonrojaba. No solía dejar que le afectase nada ni nadie, pero estaba claro que su comentario le había llegado. Solía guardarse sus opiniones, excepto cuando no podía contenerse y se le escapaba algún comentario sarcástico, pero de vez en cuando no estaba mal meterle el dedo en el ojo.

–Las muñequitas rubias suelen ser divertidas –señaló, recuperándose rápidamente del puyazo. Se inclinó hacia delante para abrirle a ella la puerta y Jennifer sintió un escalofrío al notar el roce de su brazo en el pecho. La excitación fue inmediata, y se enfadó por sentirse así.

–Seguro que sí –contestó–. Qué, ¿cenamos o vamos a quedarnos aquí sin que me expliques por qué has interrumpido mi cita, en este coche que está cada vez más caliente?

Gabriel rompió a reír con todas sus ganas y Jennifer se puso roja como un tomate. Estaba claro que había malinterpretado sus palabras.

–¡Sabes perfectamente bien que no quería decir lo que estás pensando!

Seguía riéndose cuando entraron en el restaurante, un sitio al que habían ido muchas veces a lo largo del tiempo. Ella había estado

muchas más veces que él, porque, a pesar de que se marchó para ir a la universidad tres años más tarde que Gabriel, luego había vuelto a Sussex, mientras que él había desplegado sus alas y se había marchado a vivir a Londres, antes de ir añadiendo residencias en Nueva York, Hong Kong y Dubai como si fueran propiedades del Monopoly.

No es que necesitara irse lejos para ganarse la vida porque provenía de una familia adinerada. Su madre había vivido toda su vida en la misma casa, una mansión ancestral gigante rodeada por hectáreas de terreno. Podría haber vuelto al acabar los estudios para dirigir la propiedad, pero había contratado a quien lo hiciera por él y se había dedicado a lo suyo: ganar miles de millones en el mercado de la construcción, principalmente en propiedades comerciales, especializándose en espacios de almacenamiento y zonas industriales. Ese fue su comienzo. Después, pasó a localizar *startups* lucrativas, comprarlas, invertir en ellas y venderlas a precio de oro. Sin tener la necesidad de financiación inicial, había tenido la libertad para hacer lo que quisiera, explorar el campo que más dinero le generara, contando con la seguridad de que, si algo le salía mal, no acabaría viviendo bajo un montón de periódicos en el umbral de una tienda. Había explorado el mundo, y no había vuelto a ser la presencia en su vida a la que Jennifer estaba acostumbrada.

En su defensa podía decir que volvía con regularidad para ver a su madre. Era un hijo devoto.

Sabía que las últimas semanas habían sido duras para él porque no había podido venir a verla tanto como le gustaba, sobre todo después de la operación, pero sabía que se había mantenido en contacto. ¿Qué razón misteriosa le habría empujado a aparecer de pronto y sin avisar?

Sintió su mano en la espalda para conducirla a la mesa que los esperaba, e inesperadamente se imaginó a los dos como pareja: él, tan alto, guapo a rabiar, vestido con esas prendas sin etiqueta a la vista que rezumaban sofisticación, poder y riqueza, mientras que ella era todo lo contrario, con sus cositas de Polly Pocket, arreglada para una cita con un motero: vaqueros desgastados, botas planas y camiseta color vino que se ceñía a su busto generoso. Tenía la clase

de figura que corría el riesgo de parecer de embarazada si se vestía con prendas demasiado holgadas, de modo que se ponía partes de arriba más ajustadas y al diablo con las consecuencias.

Alguna vez se había preguntado qué pensaría Gabriel de ella cuando estaban juntos y si la compararía con esas rubias tipo muñeca con las que solía salir, pero era un pensamiento que no le duraba mucho y al que no daba muchas vueltas, simplemente porque se sentían maravillosamente cómodos el uno con el otro.

–Dale.

–Dale –repitió Gabriel, ya los dos sentados a la mesa desde la que se tenía una preciosa vista de los jardines de atrás–. ¿Significa que los preliminares se han terminado? ¿O es que te ha molestado que haya interrumpido tu prometedora velada?

Jennifer suspiró exageradamente.

–Podría ser educada y preguntarte cómo te ha ido, pero, si me contestas que todo lo que has hecho ha sido trabajar, voy a empezar a bostezar.

–¿Y cómo se supone que se puede dirigir un imperio y ganar pasta gansa si te dedicas a dar paseos por el campo y contemplar el fuego de la chimenea?

–No tienes por qué trabajar tanto, Gabriel. De hecho, ni siquiera tendrías que trabajar, y lo sabes.

Gabriel, aparentemente, no reaccionó. Estaba acostumbrado a sus puyas sobre la presión que se metía trabajando, pero, por primera vez, pensó de verdad en lo que acababa de decirle.

Jen veía muchas cosas de él y sabía muchas cosas. Su amistad era ya de mucho tiempo, pero había cosas que ni siquiera ella sabía, y así iba a continuar. Eran cosas que se guardaba para sí. Secretos a los que solo su madre tenía acceso. Sí, estaba la mansión, la tierra y la fortuna de la familia, pero nadie sabía que su fortuna había sido esquilmada implacablemente por su padre, un hombre que se había olvidado de los de su propia sangre hacía tres décadas, cuando él era casi un bebé.

Para el resto del mundo, la separación de sus padres había sido amistosa. Era la historia que su madre, una mujer de corazón tierno, le había contado a todo el mundo, incluido él, pero cuando cumplió trece años descubrió la verdad sobre el hombre que era su padre. Aun así, hubo de esperar a graduarse en la universidad para revisar a fondo los informes económicos de años atrás y descubrir el alcance de lo que había hecho. Su madre había acabado refiriéndole, aunque a regañadientes, los detalles del divorcio, y la imagen resultó ser la de un bastardo que había manipulado a su esposa para que le cediera una parte mucho mayor de su fortuna de lo que era legalmente obligatorio. Ella había heredado la fortuna de sus padres, que habían fallecido mucho tiempo atrás, e inocentemente la había puesto en manos de su esposo. Y él había ido escamoteando el dinero; cuando por fin cortó amarras con ellos, tenía grandes sumas en cuentas de paraísos fiscales. Por supuesto no lo había admitido y había desafiado a los abogados a encontrarlo. Obviamente, no lo habían conseguido.

Había nacido con dinero, sí, pero de ningún modo habría podido permitirse sentarse tranquilamente y disfrutar del *dolce far niente*. Había tenido que luchar para que su madre no perdiera su casa, ya que lo que había sido una fortuna había quedado reducido prácticamente a la nada.

–¿Hay alguien ahí?

Gabriel volvió al presente y se encontró con que Jen señalaba al camarero, que aguardaba junto a la mesa.

–¿Desde cuándo tú sueñas despierto? –le pinchó–. No puede ser… ¿te estás convirtiendo en un hombre normal?

–Define «hombre normal».

Gabriel pidió una elaborada ensalada y una botella de vino tinto.

–Pues lo normal, no sé: una persona en contacto con sus sentimientos, expresivo, que sabe hablar de sus emociones, que no le da vergüenza llorar con una comedia romántica…

–Ah, ya. Exactamente la clase de hombre en que me estoy convirtiendo. Qué bien me conoces.

Se recostó en su silla mientras le servían el vino y la miró como si la viera por primera vez.

Jennifer no era la clase de mujer con la que salía normalmente, porque le gustaban las rubas menudas y felinas que se complacían complaciéndolo, pero había una inteligencia y un… atractivo fuerte y descarado en ella. De hecho, era bastante guapa, con aquella melena oscura y unas cejas igualmente oscuras que resaltaban sus ojos azules.

–¿Siempre has tenido los ojos tan azules? –preguntó de golpe.

–¿Cómo?

–Creo que no me había dado cuenta del azul tan poco corriente de tus ojos.

Ella enrojeció.

–Pues, lo creas o no, siempre los he tenido del mismo color. Puede que no te dieras cuenta antes porque llevaba gafas.

–¡Claro!

–Hace seis meses que me operaron con láser y adiós a las gafas.

–Eso lo explica todo.

–Aún tenemos que hablar de por qué te has presentado de improviso –presionó.

–He decidido invertir en un viñedo.

–¿Qué?

–Todos mis otros negocios van como la seda, y soy lo bastante joven como para correr algunos riesgos.

Desde luego no esperaba algo así. Se miraron de frente y sintió que el estómago se le encogía al saber que había reparado en sus ojos. Tal y como lo había dicho no era un cumplido ni una broma, sino una observación sorprendida, como si la viera por primera vez.

–Entiendo. Ahí es donde entra tu madre. Has venido a contarle de primera mano tus planes, y has decidido hacerme una visita. Pero no es tan urgente como para interrumpir mi cita.

–Pero no te molesta que lo haya hecho.

–Supongo que no –admitió–. Hal no iba a pasar de la primera ronda.

–Me lo imagino. Te lo habrías comido crudo.

–Qué bestia eres.

–Era un cumplido, Jen, y en realidad es en parte la razón por la que estoy aquí.

Hizo una pausa y, por primera vez, parecía incómodo. Jennifer conectó la alerta roja. Gabriel no era de la clase de hombre que se siente incómodo. Ni siquiera de niño lo había sido. Siempre daba la impresión de que, si se lo pedían, podría dirigir el país entero.

Gabriel la miró fijamente y ella sintió que el corazón se le aceleraba, al tiempo que mil escenarios horribles le pasaban por la cabeza. ¿Le ocurriría algo malo? ¿Por qué un viñedo? ¿Y si decidía irse a vivir de manera permanente al lugar en que estuviera el susodicho viñedo? ¿Y si desaparecía por completo de su órbita y vendía la casa de su madre para llevársela con él?

–¿Ya has invertido algo en ese viñedo? –quiso saber, y tomó un trago de vino con el que estuvo a punto de atragantarse–. ¿No es un poco precipitado? Tú no eres así. De hecho, ¿cuántas veces te he dicho que tienes que soltarte y ser más espontáneo? Por cierto, ¿dónde está ese sitio?

–En Italia. La Toscana, para ser más exactos. Colinas suaves, cipreses, cálido sol, pueblecitos rústicos… ¿Has estado en La Toscana?

–No.

–¿Y alguna vez has querido ir?

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque me voy en dos días, y quiero pedirte que te vengas conmigo.

–¿Cómo dices?

–Mi madre también vendrá. Creo que le sentará bien.

–Gabriel, no voy a seguirte –sentenció.

Se sentía muy perdida. Ni siquiera recordaba lo que había pedido de la carta hasta que lo tuvo delante: calamares. Delante de Gabriel dejaron una ensalada, pero no le prestó atención y se inclinó hacia ella mirándola con una intensidad que la hizo desconfiar, sobre todo porque tenía la sensación de que le faltaba una parte fundamental de aquella conversación.

Su mirada era intensa y seria. Así de cerca estaba viendo las chispas doradas de las profundidades de sus ojos oscuros. Su padre

era un italiano guapísimo, según le dijo una vez su madre, y era evidente que Gabriel tenía sus mismos ojos.

–¿Me estás pidiendo que vaya contigo a ver el viñedo? –preguntó, el ceño fruncido.

–Me vendría bien contar con otra opinión, aunque, ahora que lo dices, tengo que admitir que no es la única razón por la que te lo he pedido.

–Gabriel, me gustaría que me dijeras de una vez por todas qué está pasando. Te presentas sin avisar, me dices que no tengo de qué preocuparme, y que no estás aquí por tu madre, aunque puede también que sí, y ahora de pronto me dices que quieres que te acompañe a ver un viñedo en la Toscana dentro de un par de días sin razón aparente. ¿Te parece razón suficiente para estar aturdida?

Gabriel asintió.

Lo comprendía. Rara vez se quedaba sin palaras, pero es lo que le ocurrió en aquel momento porque estaba a punto de entrar en territorio desconocido. Jennifer y él tenían una relación que había crecido con los años y que hundía sus raíces en el respeto mutuo y en la sinceridad. Desde la infancia, pasando por la adolescencia hasta llegar a la edad adulta, con intervalos cuando no se encontraban en el mismo lugar, habían adoptado un ritmo que funcionaba de maravilla para ambos y que hacía de su relación no se pareciera lo más mínimo a cualquier otra que hubiera mantenido con cualquier otra mujer. Pero ahora estaba a punto de introducir un cambio, aunque se tratase de algo que, en realidad, no iba a alterar nada.

Suspiró y se pasó las manos por el pelo. Apartó el plato y la miró de frente.

–Mi madre está deprimida –explicó–. Ella no me ha dicho nada en las veces que hemos hablado por teléfono las últimas semanas, y la he llamado a diario, pero en la última llamada no fue capaz de mantener la fachada. Es lo que tú has dicho antes: la combinación del cáncer de hace años con el problema de corazón actual…

–Dios mío…

–Me ha dicho que está mirando a la muerte a la cara, y que está asustada.

–¡Pero si los médicos han dicho que todo está perfecto!

–Tú y yo sabemos que es así, pero la cabeza… la cabeza puede volverse irracional una vez el miedo ha echado raíz, y parece que ese es el caso ahora. Empieza a perderse en las cosas que lamenta de su pasado, y sobre todo en las cosas que piensa que va a morir sin haber logrado.

–¿Como qué?

–Como verme a mí sentando la cabeza con una buena mujer al lado.

Jennifer no dijo nada, pero pensó que su madre tenía razón. ¿Sería capaz Gabriel de encontrar una buena mujer con la que sentar cabeza? Desde luego no daba la impresión de que fuera a ser así. De hecho, daba la impresión precisamente de lo contrario. Nunca habían hablado del problema que parecía tener con el compromiso.

–Pues entonces lo mejor que puedes hacer es empezar a buscar –le aconsejó–. Estoy segura de que el elenco de candidatas es extenso. Puede que te lleve unos años reducir el número a unas pocas.

–No tengo intención de hacer tal cosa. Pero es muy importante que la preocupación por este tema no le quite el sueño a mi madre. Con lo del corazón, lo último que necesita es estrés. Y ahí es donde entras tú.

Jennifer intentó imaginarse cuál de aquellas rubias pequeñas pero matonas sería la candidata perfecta, y descubrió que la idea no le hacía ninguna gracia. ¿Tan mal le sentaría que hubiera un cambio en su *statu quo*? Qué ridiculez. Todo en la vida experimentaba cambios, y su relación cambiaría cuando ella encontrase al compañero adecuado. Él tendría alergia al compromiso, pero ella no sentía esa aversión. Si aún no había encontrado al hombre adecuado, se debería a que no había buscado en el sitio correcto.

Volvió a la realidad para escuchar solo las últimas palabras de su frase:

–… solo hasta que mi madre se recupere.

–Perdona, ¿qué?

–Necesita algo que le levante la moral.

–Me has perdido.

–¿Cómo he podido perderte? ¿Es que no has escuchado ni una palabra de lo que te he estado diciendo?

–Estaba ausente.

–Es un misterio que puedas ser una profesora tan buena cuando pierdes la concentración cada cinco segundos. –La miró con cariño, pero enseguida la sonrisa se borró y quedó muy serio–. Mi madre necesita algo que le haga mirar hacia el futuro, Jen, y tú y yo… tú y yo podríamos dárselo. Juntos los dos en la clase de relación que ella quiere para mí. Los dos dispuestos a sentar la cabeza.

Capítulo 2

Jennifer lo miró boquiabierta. Tenía en el tenedor un pedazo de calamar, y con él en el aire lo miró incrédula.

Gabriel le quitó con suavidad el tenedor y lo devolvió al plato.

–Me parece que necesitas un par de minutos para digerir lo que te he dicho. No pasa nada. Yo voy a seguir con el alimento este para conejos que tengo en el plato hasta que recuperes el habla. Entiendo que puedas estar un poco sorprendida por la solución que te propongo.

Jennier recuperó por fin el habla, pero la cabeza le daba vueltas. Sí, había oído lo que acababa de decir, y sí, por la expresión de su cara sabía que no estaba de broma, pero tenía la sensación de haberse perdido algo.

–Estás de coña, ¿no?

–Sabes que no.

–¿Cómo has podido pensar que es buena idea mentir a tu madre en algo tan gordo?

–«Mentir» es una palabra muy fea.

–Mentir es exactamente no decir la verdad, ¡y quieres que esté de acuerdo en mentirle a tu madre, que es una persona a la que quiero!

–Míralo de este modo: sería por un bien mayor.

Jennifer volvió a sus calamares, pero había perdido el apetito. De pronto la facilidad con la que discurría su relación hasta entonces parecía haberse lanzado a territorio desconocido. Comparándose con él, era consciente de que ella era muy franca. No tenía una familia rota en su pasado, aunque millones de niños pasaban por un divorcio. Hasta que falleció su padre, sus padres eran una pareja feliz, y ella quería cosas sencillas en su vida: un hombre al que amar

y que la amase, un matrimonio e hijos. Nada de dramas ni de caos, nada de altibajos. Aún no había encontrado al hombre adecuado, pero lo encontraría. No le comían las dudas sobre lo que buscaba ni la preocupación por si lo lograría porque sabía que lo conseguiría.

Gabriel, con su fragosa vida amorosa, su desinterés por sentar la cabeza, su enfermiza dedicación al trabajo, representaba un estilo de vida que se oponía a todo lo que era querido para ella, pero lo quería como amigo. Lo conocía y nunca lo juzgaría porque sus elecciones no la habían afectado de un modo personal, pero ¿y en aquel momento? Todo aquello olía a peligro, a líneas que nunca deberían cruzarse. ¿Fingir una relación inexistente? La idea le repelía porque era el polo opuesto a la clase de relación que ella tanto deseaba. Sería como travestirse. Algo que de ningún modo quería hacer.

–¿Un bien mayor? Qué tontería. Digas lo que digas, no pienso mentirle a tu madre fingiendo que somos algo que no somos –respondió antes de volver a sus calamares.

Gabriel le quitó uno del plato y siguió mirándola en silencio.

–Mi madre no está bien, Jen.

–Sé lo que intentas hacer, Gabriel: intentas embarcarme en una especie viaje de culpa para que me lance a esa locura que no funcionaría ni en un millón de años.

–Por supuesto que funcionaría.

–Mira, entiendo que estés preocupado por tu madre. ¡Todos lo estamos! Y también entiendo su ansiedad, su deseo de verte feliz con alguien antes de… antes de irse, lo que no va a ocurrir ahora mismo, por cierto. Pero tu idea es absurda.

–¿Tú crees?

–Si tan desesperado estás por convencer a tu madre de que de pronto te has convertido en un tío decidido a sentar cabeza, te deseo toda la suerte del mundo. No tienes más que abrir tu agenda de tapas negras y buscarte una de las muchas mujeres que conoces que pueda interpretar el papel.

–Eso no va a funcionar.

–¿Por qué no?

–Porque no tengo intención de acomodarme con nadie, y si me pongo en contacto con alguna de esas mujeres, corro el peligro de…

Dejó en el aire el final de la frase.

–¡No digas más! Me imagino lo que estás pensando.

Gabriel se pasó las manos por el pelo.

–Te voy a liberar de esa incomodidad –continuó ella, viendo que su amigo hasta enrojecía–. Corres el peligro de que quienquiera que sea la elegida piense que vas en serio y que terminarás poniéndole un anillo en el dedo, y que empiece a planear una boda de blanco y por todo lo alto. Ya siento lástima por la pobre desgraciada.

–Las bodas de blanco y por todo lo alto no son lo mío, ya lo sabes. Ni las de otro color tampoco. Soy alérgico a cualquier clase de boda.

Jennifer lo miró muy seria y siguió con los calamares, pero se habían quedado fríos y empujó a un lado el plato.

–¿Has pensado que podrías aprovechar esta oportunidad para pensar en serio sobre sentar la cabeza? –le preguntó, cruzando las manos sobre la mesa–. Estoy segura de que tu madre no esperaría que aparecieras con una prometida de la noche a la mañana, como si sacaras un conejo de una chistera, pero la haría muy feliz que le dijeras, simplemente, que has empezado a plantearte crear tu propia familia.

Un silencio ensordecedor fue la respuesta inicial a sus palabras.

–Entonces no tendrías que mentir.

Gabriel clavó la mirada en los ojos azules de Jennifer. Ella era la única mujer en el mundo a la que le permitiría hacerle esa pregunta sin correr el riesgo de que no volviera a dirigirle la palabra en toda su vida.

Él era tremendamente protector de su intimidad, y su pregunta le hizo pensar por un instante en el pasado del que no había logrado escapar y el modo en que había dictado el curso de su vida. Que su padre lo hubiera abandonado y que su madre hubiera iniciado, a resultas de ese abandono, el largo viaje hacia la desilusión que había clausurado la posibilidad de que él se arriesgase alguna vez con el amor. Su madre amaba a su padre. La pequeña y preciosa rosa

inglesa de cabellos rubios se había enamorado del italiano moreno, alto y guapo, y ese amor había permanecido a lo largo de los años, brillando en sus ojos cada vez que se pronunciaba su nombre. Su madre había perdido el corazón por un hombre que había resultado ser un bastardo, y nunca se había recuperado. Por eso, y porque jamás le había hablado mal de él, tomó la decisión, contando solo trece años, de tomar un tren e ir a ver a su padre. La necesidad de saber por qué había sido arrolladora.

Averiguar dónde vivía Vincenzo García fue fácil: forzó la cerradura de uno de los cajones del estudio de su madre y en el fondo, bajo un montón de papeles, encontró los documentos del divorcio y la dirección de su padre. ¿Seguiría estando allí?

Ni siquiera se lo planteó, y un día, cuando debería estar en el colegio, se plantó ante la puerta de su padre. Allí se encontró con un hermanastro un par de años mayor que él que estaba estudiando para los exámenes y que apenas apartó la mirada de los libros, y un padre que lo recibió con una frialdad sobrecogedora:

–¿No te lo ha dicho tu madre? –le preguntó con malicia–. Sigue haciéndose la santa, ¿no? Seca y estirada, como sois los ingleses, ¿eh? ¿Cómo iba a poder estar yo con una mujer fría como el hielo?

Y la conversación terminó así.

¿Por qué habría ido a verlo?, era la pregunta que se había hecho mil veces a lo largo de los años. Quizás porque cargaba con el peso de la culpa que podía suponer que él, siendo poco más que un bebé, fuera el responsable de su separación. O porque quería averiguar si, después de todos aquellos años, seguía habiendo un lazo paternofilial que se pudiera explorar.

Cuando volvió a su casa, se encontró con su angustiada madre, pero no le reveló lo que había hecho. Unos años más tarde, emergió la verdad de la economía de su familia de dos. Su padre se había casado por dinero y habría traicionado a su esposa del peor modo posible, con lo que para Gabriel el amor quedó reducido para siempre al dolor. El amor, el matrimonio y los cuentos de final feliz eran para otros, no para él, que jamás se permitiría ser tan vulnerable como para que otra persona pudiera hacerle daño.

Jennifer quedó atrapada en aquel silencio mientras le veía desaparecer en un lugar al que ella no podía seguirle.

–Vale –dijo cuando el silencio le puso la carne de gallina–. Está bien. Nada de sentar la cabeza –se encogió de hombros–, pero yo no pienso participar en el engaño, Gabriel. Siento no serte de ayuda, pero no sería capaz de hacerle eso a tu madre.

No añadió que, en cierto modo, sería como estar traicionando sus propios principios, sus propios sueños, fingiendo vivir un amor que no sería real.

Por un momento se preguntó si la estaba escuchando o si seguía en aquel lugar al que parecía haberse retirado, un lugar cuya existencia ella desconocía por completo y que la intrigó sobremanera por el hecho de que a ella no le permitía entrar. Lo sabía todo de él. Ella era la mujer más especial de su vida precisamente porque lo conocía más profundamente que cualquier otra mujer con la que hubiera salido y que apenas dejaba rastro en su vida. En sentido platónico, era su alma gemela. ¿O no lo era?

–Debería volver –dijo de pronto.

–¿Por qué?

–Porque tengo un montón de cosas que hacer.

–Interesante. ¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, recuperarme de mi cita con Hal –dijo con una sonrisa destinada a alejarse de aquel lugar extraño en el que se encontraba, un lugar en el que su relación con Gabriel había adquirido una dimensión confusa.

–Sí, entiendo que ha debido ser una experiencia inquietante, pero ¿no me dijiste que era uno de los tíos más listos que has conocido?

Jennifer se rio con una sonora carcajada y ambos se levantaron de la mesa. Gabriel hizo un gesto a un camarero que pasaba y pagó la cuenta con el móvil sin molestarse en mirar el importe.

Desde luego, era un hombre absurdamente *sexy*, pensó. Alto, moreno y guapo a rabiar. No le extrañaba que las mujeres se le echaran encima. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que su madre se iba a tragar el cuento de que estaban juntos?

–Por eso no habría podido funcionar –murmuró cuando iban de camino al coche.

–¿Seguimos hablando del cavernícola?

Jennifer esperó a que ambos estuvieran sentados en el coche para contestar.

–Fíjate en la clase de mujeres con las que sueles salir, Gabriel.

–Buena cintura la tuya, sí, señor. A ver a dónde quieres ir a parar con esto.

–Lo que quiero decir es que tú sales siempre con rubias pequeñitas que te miran obnubiladas como si fueras el mejor invento después de la barra de pan.

–Ahora sí que me ha dolido –repuso arrancando el coche–. ¿Es que tú no piensas que yo sea el mejor invento después de la barra de pan?

–Y tu madre no se habría tragado ni en un millón de años que de pronto nosotros dos… ¿qué? ¿Que hemos descubierto de repente que estamos hechos el uno para el otro? –continuó como si no hubiera dicho nada.

–¿Y por qué no? La gente cree lo que quiere creer. Y, sinceramente, en muchos aspectos, estamos hechos el uno para el otro.

«Excepto en esos pequeños detalles tuyos que desconozco por completo y que acabo de intuir. Y excepto por el hecho de que yo creo en el amor y el matrimonio, y tú no».

–No puedo decir que a mi madre le hayan gustado mis novias –continuó.

–Eso es porque no les dedicas más de cinco minutos antes de aburrirte y pasar al siguiente modelo, así que la pobre no ha tenido ocasión de conocer a fondo a ninguna de ellas. Por cierto, ¿dónde vamos? ¿Me llevas a casa?

–Vamos a la mía. Te he comprado un regalo.

–¿Estará levantada tu madre?

–No lo creo.

–¿Qué regalo? Ya me lo darás en otro momento. ¿Cuántos días te vas a quedar?

–Lo suficiente. Podría dártelo en otro momento, sí, pero quiero tener más tiempo para intentar convencerte de mi punto de vista y que te sumes al plan.

–Eso nunca va a pasar, Gabriel.

–Odio la palabra «nunca». Y hablando de tipos, ¿por qué piensas que solo puede gustarme un tipo específico de mujer?

–No recuerdo haberte visto con ninguna mujer que no haya sido menuda, rubia y adorable.

Jennifer se dio cuenta de que, a pesar de su larga amistad, una amistad tan intensa, llena de risas, acalorados debates y discusiones a cara de perro, a pesar de todo ello, aquella era la primera vez que abordaban un tema del que ambos se habían mantenido alejados. Nunca habían hablado en profundidad de su respectiva vida amorosa.

–Me gustan las mujeres que añadan calma a mi vida –explicó Gabriel–. En ese sentido no soy diferente a muchos otros que tienen trabajos en los que soportan mucha presión y no pueden enfrentarse a más tensiones en el ámbito doméstico.

–No entiendo por qué tienes que adoptar un punto de vista tan polarizado. ¿Por qué lo opuesto a una muñeca de plástico sin pretensiones tiene que ser una bruja montada en una escoba? Me desilusionas. ¿Y qué hay de alguien que te desafíe intelectualmente?

–Ya me enfrento a desafíos intelectuales a diario. Además, para una mujer que me desafíe intelectualmente, ya te tengo a ti.

–Esa es otra razón más por la que tu madre se partiría de risa si nos sacáramos de la manga la ficción que me has propuesto. Ella sabe de sobra que te gustan las mujeres dóciles, y tú y yo discutimos todo el tiempo.

–No todo el tiempo, y yo no lo llamaría discutir.

–Tú siempre tienes algo que decir sobre los hombres con los que salgo, y no suele ser halagador.

Pero tenía que reconocer que no eran discusiones. En realidad, él le tomaba el pelo lo mismo que ella a él, y siempre de un modo superficial. Hasta aquel momento.

Estaban llegando a casa de Gabriel, que era un caserón enorme entre hectáreas de colinas desde la que había una vista espectacular

del Paque Nacional de South Downs, cuya elegancia y tamaño nunca dejaban de sorprenderla cada vez que se acercaban por aquel camino bordeado de robles gigantes.

A la luz menguante de la tarde de verano, la mansión georgiana resultaba impresionante con su piedra color miel y sus muchas ventanas de guillotina. Los muros orientados al sur servían de celosía para que trepase la hiedra, y se accedía al interior por debajo de unos arcos porticados donde podías dejar las botas de agua y los paraguas en los días de lluvia y frío. A espaldas de la casa se extendía el jardín formal, un huerto y varios establos que en la actualidad estaban sin uso.

Tomó la curva que daba acceso a la puerta principal y detuvo el coche justo al lado de la fuente.

–Gabriel, ¿cómo voy a volver a mi casa? Podría ir andando, claro, pero…

Jennifer compartía un pequeño chalé de tres dormitorios a las afueras. Era su casa familiar, y aún vivía allí con su madre mientras ahorraba para dar la entrada a una casa propia.

–No entiendo por qué no me dejas comprarte una casa, Jen.

Aquel tema era la manzana de la discordia entre ellos.

–Ya sabes por qué.

–Y tú conoces el dicho de que el orgullo precede a la caída, ¿no? –respondió, y antes de que ella llegara a moverse, ya había bajado del coche y le estaba abriendo la puerta–. Hay otro modo de enfocar lo que hemos hablado en el restaurante –dijo en voz baja y tan cerca de ella que tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

Olía bien, y su casa familiar, dibujada contra el paisaje abierto como una impresionante matriarca, le hacía de telón de fondo, haciéndole parecer el señor del castillo. Tuvo que parpadear varias veces para deshacerse de la sensación de que lo estaba viendo por primera vez.

–¿Ah, sí?

–Sí. –Echaron a andar hacia la casa mientras Gabriel rebuscaba la llave en el bolsillo–. Podrías considerarlo un trabajo.

Jennifer se paró en seco.

–¿Un trabajo? ¿Un trabajo para las vacaciones escolares, como si fueras un alumno torpe que necesitara una tutora durante el verano?

–Voy a pasar por alto el sarcasmo. Puedes describirlo como quieras, Jen, pero piénsalo un momento. Por hacer algo durante un par de meses que sé positivamente que ayudaría a mi madre a salir del pozo que la está consumiendo, recibirías una compensación económica. Sería como un trabajo muy bien pagado. Podrías comprarte la casa para la que llevas ahorrando los últimos cincuenta años.

–¡Un enfoque diferente, vive Dios!

–¡Jennifer, ya vale! –estalló, y sus iris negros se enfrentaron a los azules de ella. Jennifer se estremeció. No había nada divertido ni despreocupado o indulgente en la expresión enfadada y frustrada de sus ojos–. No me estás escuchando. Te has empeñado en considerar la moralidad del asunto, pero créeme si te digo que no se me ocurre otra solución para ayudar a mi madre. Cuando el otro día se me echó a llorar por teléfono, era la primera vez que la oía llorar.

–Gabriel…

–¡No! Escúchame callada un momento, por favor, porque esto es más gordo de lo que piensas. –Se pasó las manos por el pelo–. Después de esa llamada de mi madre, llamé a su médico y me dijo que el estrés, en este punto de la recuperación, es el elemento que puede precipitarla en la dirección equivocada.

–¿Precipitarla?

–Otro ataque más fuerte, del que quizás nunca se recupere, de modo que sí, soy consciente de que te he lanzado una bola curva difícil de devolver, pero necesito que de verdad lo pienses.

–Mentir siempre acaba complicándolo todo.

–¿Es que tienes experiencia en esta clase de cosas?

–No, pero…

–Exacto. No la tienes. Tú eres profesora, y para ti la frontera entre lo que consideras que está bien y lo que está mal es muy clara, pero hay veces que las aguas no son tan claras.

Jennifer dio media vuelta y caminó hacia la puerta, pensativa y confusa. ¿Tan inflexible era? Le gustaba pensar que era liberal y abierta, pero Gabriel la hacía parecer rígida e inflexible. En realidad, ¿cómo podía comprender él lo que sentía por dentro, o hasta qué punto estaba enraizada en ella la idea del amor puro? Para él, lo que le proponía era algo que una amiga que, además, quería a su madre, haría sin dudar. ¿De verdad sería ella como él la estaba viendo, incapaz de doblarse con el viento, tan decidida a perseguir su ideal que su visión estaba empañada? ¿Habría sido su amistad de tantos años superficial, o es que aquella nueva dimensión que acababan de introducir los había descolocado? Se trataba de una dimensión personal, no entre amigos, sino entre un hombre y una mujer.

El corazón le latió más deprisa, pero sus pensamientos seguían enfangados.

–A mi madre le encantaría –continuó Gabriel mientras introducía la llave en la cerradura–. La haría muy feliz saber que tú y yo estamos explorando la idea de comprometernos en una relación seria.

Y justo cuando ella iba a hacerle la pregunta más obvia –qué pasaría cuando averiguara que todo era una farsa–, la puerta se abrió y tras ella apareció Francesca Garcia. Sus facciones aristocráticas parecían cansadas y demacradas, pero seguía siendo increíblemente hermosa, y sonreía de oreja a oreja.

–¡Por supuesto que sí!

Jennifer la miró boquiabierta, intentando asimilar lo que Francesca acababa de decir, acongojada por su significado.

Francesca García era una mujer delgada y grácil. Su cabello, antes rubio, ahora tenía hebras de plata y lo llevaba recogido en un moño en la nuca. Sus ojos eran verdes y tenía el acento cortante de las clases altas de Inglaterra. Todo en ella era delicado y elegante, desde la vuelta de perlas que nunca abandonaba su cuello hasta el discreto Cartier que siempre llevaba en la muñeca.

–Queridos, estaba mirando por la ventana cuando habéis llegado con el coche y venía a abriros la puerta. ¡Pasa, pasa, Jennifer, querida!

Sus ojos brillaban de alegría y Jennifer empezó a sentirse cada vez más angustiada. Notaba la presencia de Gabriel a su lado, y tenía fresca la urgencia de su voz al decirle lo feliz que harían a su madre si le decían que iban a sellar un compromiso. Su madre había oído algo distinto: había creído entender que su relación era ya un hecho consumado.

Los apremió para que entrasen y la impresionante puerta de madera se cerró a su espalda.

Como materializándose en el aire del vestíbulo, George, el mayordomo que dirigía al equipo de jardineros y de limpieza, les dedicó una sonrisa.

–¿Puedo ofrecerle algo de beber, señor? ¿Señora Carlton?

Francesca sonrió y puso una mano en su antebrazo.

–George, no es horas para que ande usted levantado ofreciendo bebidas. Váyase a dormir y deje que yo me ocupe de estos dos tesoros.

–Yo… no tenía pensado quedarme, Francesca –dijo Jennifer, que aún no había sido capaz de mirar a Gabriel. Quizás lograse evitar el impacto de la bala yéndose cuanto antes, pero no tuvo tanta fortuna porque Francesca los empujaba hacia el salón pequeño.

–¡Queridos, no me puedo creer que vayáis a comprometeros! ¡Y tú, Gabriel! ¿Cómo has podido ser tan malo guardando una noticia tan maravillosa como esta en secreto? No sé cómo expresaros la alegría que me habéis dado. Jennifer, tesoro, supongo que Gabriel te habrá contado… –Los ojos se le llenaron de lágrimas–. Ha sido muy duro. He pasado mucho miedo. A veces he llegado a preguntarme qué sentido tenía todo, a sentir que mi vida había terminado. He vivido muchas cosas, buenas y malas, tristes y alegres, pero no podía desprenderme de la sensación de que no tenía nada importante que incluir en el resumen. Pero ahora… ¡es que no puedo creérmelo! ¿Cuándo? ¿Cómo? Siempre he sabido que un día acabaríais viendo la luz y terminaríais juntos.

Jennifer miró por fin a Gabriel, que le devolvió la mirada con intensidad y la cabeza ladeada. Sabía lo que estaba pensando. Ella había sido tan vehemente negando su disposición a participar en

una farsa que animase a su madre que, en aquel momento, había decidido dejar que fuera ella quien lo negase todo.

Abrió la boca para hablar justo cuando Francesca tomó sus manos en las suyas.

–Es tarde y estaréis cansados. Ya hablaremos de todo mañana por la mañana. Jennifer, por favor, quédate a dormir aquí. Mañana podemos levantarnos pronto y dar un paseo por la rosaleda. Sé lo mucho que te gustan las rosas. Ay, Dios mío, ¡no puedo ser más feliz!

–Tengo que volver a casa, Francesca. Ya sabes cómo es mi madre, y me está esperando.

–¿Lo sabe ya?

Jennifer miró a Gabriel, que le devolvió la mirada divertido.

–¿El qué?

–¡Que pensáis comprometeros por fin!

–Es que no… no hemos… –Su voz sonó débil–. Hay mucho en lo que pensar. Quiero decir que…

Sintió el brazo de Gabriel sobre los hombros y se quedó muda. Todos sus pensamientos que brincaban como locos se desvanecieron porque el peso de su brazo le resultaba tan íntimo que la estaba llevando a un lugar en el que no había estado antes.

–Es un paso muy grande, mamá –dijo él–, y por supuesto es algo que no hemos hablado con nadie.

Francesca hizo como que corría una cremallera sobre los labios, pero seguía sonriendo como el gato que vio al ratón.

–Entendido. Me voy a la cama, tesoros, pero no os imagináis lo feliz que me habéis hecho –dijo, y los abrazó a los dos al mismo tiempo–. He estado en un lugar oscuro, pero ahora veo la luz. Cuánto os quiero a los dos…

Capítulo 3

Antes de que digas una sola palabra… –fue Gabriel quien rompió el silencio–… quiero decir que la vida está llena de giros inesperados, y este ha sido uno de ellos. No lo he visto venir. ¿Quieres tomar algo? Vamos a la cocina.

–¿Giros inesperados? ¿Tomar algo? ¿La cocina? ¡Gabriel, esto es una pesadilla!

Jennifer lo miró angustiada. En el espacio de media hora, la vida tal y como la conocía se había puesto cabeza abajo. Él, sin embargo, estaba apoyado contra la pared, fresco como una lechuga, y si bien no tarareaba una cancioncilla alegre, tampoco parecía que el cielo se le hubiera caído sobre la cabeza.

Y es que, en realidad, para él el cielo seguía estado en su sitio. Había ido a buscarla con la misión de convencerla para que accediera a su descabellado plan de fingir que tenían una relación, y ahora, a pesar de que ella se había negado en redondo a hacer tal cosa, seguro que pensaba que el destino había intervenido en el momento oportuno para echarle una mano. Al final iba a necesitar esa copa.

–Gabriel, vas a hacer el favor de aclarar este malentendido –le dijo mientras lo seguía a la cocina–. Lo digo en serio. Sé que no ha sido adrede que tu madre nos oyese hablar y sacase sus conclusiones, pero este lío lo has creado tú, y tú lo vas a deshacer.

–Tú también podrías haber dicho algo. ¿Por qué no lo has hecho?

–Esa no es la cuestión.

–No lo has hecho porque te has dado cuenta de lo feliz que estaba mi madre, de hasta qué punto la alegría había vuelto a ella, y no has sido capaz de romperle el corazón. Nadie quiere ser el portador de malas noticias, pero, después de haberte pasado una hora

diciéndome que bajo ningún concepto ibas a decir una mentirijilla por el bienestar mental y físico de mi madre, has tenido la oportunidad perfecta para sacarla de su error y no lo has hecho.

–¿Una mentirijilla, dices?

–¿Qué quieres tomar: café, té, vino, algún licor?

–Es tarde.

–No tanto.

Estaban en la cocina. Era un espacio maravilloso, enorme, con suelos de piedra y una impresionante cocina de hierro fundido con cuatro hornos en color verde trébol. Gabriel se había asegurado de que la mansión fuera actualizándose sin reparar en gastos. La madera en tonos claros y el mármol había ido sustituyendo gradualmente a las baldosas ajadas y a la madera envejecida. El papel pintado añoso de las paredes se había sustituido por una paleta de colores arena y suaves sombras pastel. Los cuadros que llevaban décadas en la familia habían permanecido, pero, junto a ellos, una colección de obras de arte contemporáneas había ido creciendo poco a poco. Solo la cocina seguía como siempre porque Francesca se había negado a que fuera modernizada.

Una isla central dominaba el espacio. En un lado, una sólida mesa de roble ocupaba casi el ancho de la estancia. A ella se había sentado alguna vez de niña a hacer los deberes, con Gabriel a su lado y su madre limpiando en alguna habitación de la mansión. Más allá de la mesa, un invernadero de cristal ofrecía una vista preciosa de las hectáreas de la finca y el castillo que había al fondo.

–Vale. Un vino, por favor.

Fue a sentarse en el sofá a cuadros del invernadero y pensó en lo que Gabriel le había dicho. Sí, podía haberle dicho ella a Francesca que era un malentendido y que no había compromiso ninguno. ¿Gabriel y ella… comprometidos? Podría haberle dado un ataque de risa, pero Gabriel tenía razón. No lo había hecho porque había visto la felicidad que a Francesca le salía por los ojos, y de pronto había recordado lo frágil y triste que había estado durante la recuperación. De hecho, se había convencido de que estaba bien porque era lo que el médico le había dicho sobre su estado de salud, pero no se

había parado a pensar en su estado mental, que, desde luego, no estaba tan bien.

Gabriel se sentó a su lado con dos copas de vino en la mano y le ofreció una.

–Ella intentaba disimular, hasta que no pudo seguir haciéndolo y salió todo en tromba –le explicó–. Ya has visto cómo ha cambiado después de oír nuestra conversación. Ahora es una mujer con un nuevo aliciente en su vida.

–Deberías habérmelo dicho y habríamos hablado de ello como dos amigos adultos, en lugar de saltártelo y buscar esta solución descabellada al problema.

–Siempre he sido de centrarme en las soluciones, porque dime: ¿qué habría salido en claro de tu conversación adulta entre amigos?

–Pues que necesita terapia.

–¿Terapia?

–No seas tan dinosaurio, Gabriel.

–Dime cómo un par de sesiones con un loquero iban a conseguir el objetivo.

–Se habría dado cuenta de que tiene razones objetivas para ser feliz, para sentirse agradecida de estar recuperándose así de bien. Habría visto que no tenía que esperar que el adicto al trabajo de su hijo encontrara a su alma gemela y sentase la cabeza para sentir que tiene un propósito en la vida.

Gabriel la miró pensativo.

–¿Es que no es un deseo natural para una madre que su único hijo tenga su propia familia? Tú también eres hija única. Seguro que tu madre tampoco puede esperar a verte casada con un hombre que no se parezca a los perdedores con los que has estado saliendo y despidiendo después porque no estaban a la altura.

–¡Ni se te ocurra darle la vuelta a la tortilla, Gabriel García, que esto no va sobre mí! ¡Y yo no salgo con perdedores!

De un trago apuró la mitad de la copa y a punto estuvo de ahogarse.

–Funcionará, Jen. Servirá para que mi madre salga de ese estado de melancolía y para que tenga una razón que la ayude a mirar hacia delante. Ningún terapeuta podrá hacer eso por muy buenas

que sean sus intenciones, y si no creer en todas esas tonterías hacen de mí un dinosaurio, que así sea. Mi madre, que yo sepa, es de mi misma opinión. No olvides a qué generación pertenece y la clase de mujer que ha sido siempre, orgullosa y reservada. No la veo yo abriendo el alma y llorando en el diván del terapeuta.

Dicho así, no le quedaba más remedio que estar de acuerdo con él. Francesca era, ciertamente, una mujer orgullosa y reservada.

–¿Y qué pasará cuando tu madre haya salido de la melancolía? ¿Le confesamos que todo ha sido una mentira y bien gorda?

–No me seas tan dramática. Con mucho cuidado le contaremos que hemos descubierto que somos mucho mejores amigos que amantes.

Jennifer sintió que el aire se le quedaba atascado en la garganta. ¿Amantes?

–Así, sin más, ¿no? –preguntó, y la voz le salió rara, entre el salto que acababa de dar su sistema nervioso y la desobediencia peligrosa de sus pensamientos.

–Pues sí, así.

–¿Cómo podéis ser tan simples los hombres?

–Creo que me confundes con el motero de esta noche. Yo te hablo en serio, Jen. A mi madre no le costará comprender que al final no hemos podido llevar nuestra amistad al siguiente nivel. También le hará darse cuenta de que el hecho de que yo considerase sentar la cabeza contigo es una indicación de que estoy en el buen camino y de que por fin me he dado cuenta de que ya es hora de pasar al siguiente capítulo en mi vida.

–Eres muy listo con las palabras, y no te lo digo como un cumplido.

–Pues yo me lo tomo como si lo fuera –sonrió–. Estará en un punto mucho más feliz –continuó, ya serio–. Eso es lo más importante. No quiero pensar que cada día que amanece traiga la posibilidad de que mi madre caiga en una depresión profunda de la que igual no puede volver, y sé que tú la quieres. Sé que tampoco querrías que le ocurriera algo así.

–Siento que me estás arrastrando a hacer algo que va contra todos mis principios –protestó. Su posición parecía muy sencilla,

pero a ella se le había atascado en la garganta porque era ridiculizar la relación real que ella llevaba toda su vida deseando. Cierto era que Francesca había parecido más feliz que nunca. ¿No valía la pena todo el esfuerzo?

–Lo sé –respondió muy serio, y puso su mano sobre la de ella.

Gabriel sabía que la estaba poniendo en una situación muy difícil, pero seguro que Jen podía comprender que había ocasiones en las que era imperativo tener una visión más amplia y examinar la imagen completa. Aquella era una de esas ocasiones, en las que un pequeño sacrificio valía la pena por lo que se iba a conseguir.

–La vida no es blanco o negro, Jen. Confía en mí. Se trata de un pequeño engaño para nosotros que puede suponer una diferencia enorme para mi madre. Y ahora que lo pienso –continuó, frunciendo el ceño–, es posible que de verdad yo esté llegando a un punto en el que puedo considerar la posibilidad de sentar la cabeza. Puede que el deseo de mi madre de verme casado me haya hecho considerar en serio la posibilidad por primera vez.

–No lo entiendo.

–¿Qué no entiendes?

–Tu aversión a tener una relación seria.

–No siento aversión a tener una relación seria, sino a lo que la mayoría de las mujeres esperan cuando inician una relación de ese tipo. Y me refiero a todo eso del amor incondicional y esas tonterías.

Sus conversaciones solían ser ligeras y en tono jocoso, y le sorprendió a sí mismo el tono serio de su propia voz. A pesar de los lazos fuertes de amistad que los unían, había ciertas líneas que nunca habían cruzado. No le gustaba hablar de sí mismo y de sus motivaciones. Llevaba las cicatrices de su infancia en silencio, y nunca las había compartido con nadie. Ni siquiera con Jennifer, porque hacerlo supondría exponer el lado vulnerable de su persona, y ser vulnerable era abrirse a la posibilidad de sentir dolor. Ya había visto lo que abrirse a otra persona y que esa persona abusara de la confianza que se depositaba en ella podía suponer. Conocía el dolor de la esperanza destruida cuando había ido a ver a su padre y se

había encontrado con un desconocido que no quería saber absolutamente nada de él.

Controlar la vida privada lo era todo, porque de ese modo te protegías del dolor.

El silencio se extendió entre ellos y Gabriel frunció el ceño.

–Me miras como si acabara de decirte que me van a salir alas y me voy a ir volando a la luna.

–Lo que pasa es que me sorprende que puedas ser tan cínico.

–¿Por qué?

–Porque…

–Mi padre nos abandonó cuando yo era un bebé –exploto de pronto ante la incredulidad de su expresión–. Dejó a mi madre destrozada por un matrimonio que ella creyó que iba a durar toda la vida. Se casó con ella por su dinero, y no estoy seguro de que se haya recuperado del todo de esa traición. Desde luego, en ningún momento intentó tener otra relación. No es un gran ejemplo del poder del amor. De lo que sí es buena enseñanza es de lo que hay que evitar en cuanto a confiar en otro ser humano.

–Tu padre… nunca te lo he preguntado y tú nunca me lo habías contado. No se mantuvo en contacto con vosotros, ¿verdad? ¿Cómo es que, en todos los años que hace que nos conocemos, nunca me has hablado de él?

–Porque no hay nada de lo que hablar. Desapareció sin mirar atrás.

Tenía razón. Nunca le había hablado de esa parte de su pasado, y hacerlo en aquel momento… negó con la cabeza y contuvo la tentación de seguir hablando.

–Sin embargo –continuó ella con suavidad–, el divorcio es algo que, tristemente, es muy común, pero no por ello hay que perder la fe en el amor y el matrimonio.

–Esta conversación es absurda. Mejor la dejamos.

Sabía que había sido muy cortante en su respuesta y que le había hecho daño, y se pasó las manos por el pelo, incómodo. Se había olvidado de la copa de vino y tomó un sorbo mirándola por encima del borde.

Llevaba la melena castaña e indómita sobre un hombro. Jen era una mujer muy atractiva. Bastaba con mirarla para saber que era inteligente, gentil e ingeniosa. Tenía una personalidad y un físico que podían resultar magnéticos, pero, con amistad o sin ella, no estaba dispuesto a empezar a buscar un hombro sobre el que llorar. Pero lo curioso es que sintió una reacción inesperada a algo que siempre había bloqueado, consciente o inconscientemente: su atractivo físico.

–Despierta tu curiosidad mi falta de fe en el amor –dijo–. Yo podría hacerte a ti la misma pregunta –sonrió para aligerar la atmósfera–. Eres un buen partido. ¿Por qué sigues soltera?

Estaba claro qué pretendía. Su tono se había vuelto más suave mientras intentaba alejarse de aguas turbulentas. Su respuesta le había dolido y mucho, pero también había despertado su curiosidad. En su voz había una especie de oscuridad que había despertado su interés, pero aquella curiosidad le parecía peligrosa. Él le parecía peligroso. Inquietante.

–Vaya, vaya… el Príncipe Encantador se muestra evasivo –respondió, siguiendo su estela relajada–. A lo mejor es que ha perdido a su legendario corcel.

Pero al César lo que es del César: ¿por qué seguía soltera? Era de agradecer que la calificara de buen partido, sabiendo que su definición de buen partido no era precisamente la de una morena muy alta que no tenía pelos en la lengua para discutir con él. Pero sabía que era atractiva. ¿Por qué entonces todos los tíos con los que salía acababan siendo una desilusión?

–Sin embargo –continuó–, eso no significa que sea como tú. Yo sí quiero sentar la cabeza, tener hijos y que mi madre sea abuela.

–Lo cual es perfecto.

–¿Cómo?

–Pues que tú y yo estamos en páginas distintas en cuanto a lo que esperamos de la vida. Sí, puede que exista la posibilidad de que yo siente la cabeza uno de estos días, y puede que más pronto que tarde, viendo lo que está pasando ahora, pero… y es un «pero» muy

gordo, pero si lo hago, será con una mujer que no quiera lo que no soy capaz de dar.

–¿Te refieres a amor y romance?

–Exacto.

–Será una chica con suerte, si es que existe, que yo creo que no. Si preguntas, todas las mujeres queremos el paquete completo: amor, romance y estrellitas en la mirada.

–Si hiciéramos una encuesta, creo que descubrirías que la promesa de dinero sin límites desbancaría todo lo demás.

–Qué cinismo el tuyo.

–Soy cínico, y por eso tú eres la única mujer que puede lograr que esta charada funcione, Jen. Nos entendemos perfectamente. Tú sabes quién soy y conoces mis limitaciones. Podrás fingir que eres mi prometida consciente de que es una ilusión, algo que servirá para levantar el ánimo de mi madre y darle una razón para vivir. Cuando se haya recuperado, estará lo bastante fuerte mentalmente para enfrentarse a nuestra ruptura y, como te he dicho, le bastará para mantener la noción de que estoy en el buen camino.

–Lo dices como si fuera tan fácil.

–Es que lo es.

Gabriel se inclinó hacia ella y Jennifer frunció el ceño, perdida en sus pensamientos. Con un solo dedo lo empujó por el pecho.

–No me estás dando espacio para pensar.

–Bien.

–¿Qué tienes pensado hacer si decidiéramos seguir adelante con esta locura tuya? Espera… ¿dijiste algo de unos viñedos?

–¡Estás abordo! –confirmó Gabriel con alivio y satisfacción.

–Yo…

–Bien. Estás haciendo lo correcto.

–Es que…

–Sí, te hablé de unos viñedos. En la Toscana, que está preciosa en esta época del año. El plan sería irnos allí los tres. Yo puedo echarle un vistazo al viñedo, mi madre disfrutaría de tiempo para relajarse y nosotros fingiríamos ser una pareja enamorada lejos de vecinos chismosos y amigos cotillas.

–Lo tienes todo pensado.

–Soy un defensor de la diligencia.

–¿Y dónde vamos a alojarnos mientras tú conoces el viñedo?

–El viñedo que me interesa está en las últimas, y tiene una casa solariega hecha una ruina que lleva una pareja de señores mayores. A su hijo no le interesa seguir con el negocio, y ellos no disponen de los fondos necesarios para que el negocio prospere. Al parecer tienen buenas uvas, pero la gestión es deficiente. Nos quedaremos allí mismo.

–Allí mismo… ¿por qué tengo la sensación de que esto va cada vez más deprisa?

–Admito que ha sido todo muy precipitado y no sé cómo darte las gracias por acceder a hacerlo conmigo. Significa mucho para mí. Ya hablaremos de cómo te muestro económicamente mi agradecimiento en su momento.

–No tienes por qué mostrarme tu agradecimiento económicamente –contestó, un poco ausente.

Se estaba dejando arrastrar por la lógica de sus argumentos, que, increíblemente, parecía tener sentido. Francesca estaba en el séptimo cielo, y eso era bueno. Sí, en su momento se llevaría una buena desilusión, pero para entonces, como decía Gabriel, ya estaría lo bastante recuperada para enfrentarlo de la mejor manera posible y agarrarse al hecho de que su hijo pareciera decidido a renunciar a su estilo de vida de *playboy*. Nunca sabría que la relación que iba a empezar no sería por amor, pero ¿qué importancia tenía eso? ¿Quién podía decir que una boda acordada como una transacción no fuera a durar más que otra en que él y ella se creyeran enamorados?

¿Y qué pasaría con su amistad? Pues nada. Puede que incluso se volviera más profunda. Tenía razón cuando decía que sus sueños y esperanzas en cuanto a sus aspiraciones personales eran muy muy diferentes. Estaban condenados a ser dos personas cuya relación nunca avanzaría a nada más porque veían la vida de un modo distinto. Algún día los dos estarían felizmente casados con otras personas y se reirían de la aventura. Nada se iba a perder, y lo que iban a hacer sería fantástico para su madre, ya que todo el mundo sabía que el estrés podía dificultar muchísimo la recuperación. ¿Podría perdonarse que la salud de Francesca sufriera otro revés por

haberse negado a participar en el bienintencionado plan de su hijo, enraizado en el amor, el respeto y el deseo de hacerlo lo mejor posible por su madre?

Francesca había sido muy buena con su madre a lo largo de los años. No podía estar completamente segura, pero estaba convencida de que le prestó cierta suma de dinero años atrás con la que pudo mantener a raya a los acreedores que aporreaban la puerta cuando, durante la pandemia, no pudo pagar las letras del crédito de la casa.

¿No sería puro egoísmo negarse a participar en el juego?

–Dime qué estás pensando.

Con un parpadeo, Jennifer volvió al planeta tierra.

–Me estabas hablando de la casa en la que vamos a alojarnos.

–La casa es de una pareja mayor, chapada a la antigua. No podría ser mejor. Tendremos habitaciones separadas porque por nada del mundo querría herir la sensibilidad de nuestros anfitriones, que pensarán que el que una pareja comparta cama sin antes haber pasado por la iglesia es una ofensa punible. Hemos hablado unas cuantas veces y sé cómo funcionan en ese sentido, confía en mí. En cualquier caso, yo voy a pasar la mayor parte del día fuera, inspeccionando los viñedos –sonrió–. Haría lo que fuera por mi madre, pero, por el resto de la humanidad, tengo la cabeza firmemente atornillada sobre los hombros. Si no veo el modo de rentabilizar la compra, el trato se deshace.

–¿Cuánto tiempo llevas dándole vuelta a esto del viñedo?

–Empecé a considerar la posibilidad hace un año –confesó–, pero la idea empezó a echar raíces hace unos ocho meses, cuando localicé un viñedo en la Toscana. Para mi madre va a ser genial apartarla de lo cotidiano y exponerla a algo distinto. Un cambio de escenario.

Se miraron el uno al otro en silencio unos segundos y Jennifer sintió una especie de temblor recorrerle el cuerpo, una mezcla de trepidación y borboteo excitado ante la posibilidad inesperada que se abría ante ella.

–¿Cuándo sería el viaje? Yo no puedo dejarlo todo de pronto.

–¿Por qué no? Estás de vacaciones en el colegio. Tienes dos meses de no hacer nada.

–Está claro que no tienes ni idea de lo que es ser profesora –protestó, y él le dedicó una de esas sonrisas por las que las mujeres debían volverse locas.

–Sé que mañana no te tienes que levantar a las siete y media para irte a trabajar –replicó, casi ronroneando–. Sé que estoy a punto de recibir un sermón sobre todas tus responsabilidades, pero puedes llevarte los libros que necesites para preparar las clases mientras estemos en la Toscana, aunque me apuesto lo que quieras a que no lo vas a hacer. Mi madre y tú querréis ver la zona y explorar los pueblos mientras yo esté ocupado.

–¿Cuánto tiempo tienes pensado que nos quedemos allí?

–¿Cuánto tiempo corre el agua de una fuente?

–Eso no es una respuesta.

Gabriel se echó a reír.

–Me gusta que no te andes de puntillas conmigo –comentó–. Menos mal que mi ego no es frágil, que si no, hace mucho que sería un hombre roto.

–Muy gracioso, Gabriel.

–Si lo piensas –continuó, ladeando la cabeza–, mi madre debería haberse mostrado más escéptica en cuanto a nuestro supuesto amor, teniendo en cuenta la historia de las mujeres con las que he salido en el pasado, pero la verdad es que nunca les ha dedicado mucho tiempo a ninguna de ellas. Reconozco que me pareció ver que ocultaba una risilla cuando la última que traje intentó dar un paseo por los jardines de la casa en invierno y calzada con unas bailarinas de terciopelo, que pueden quedar muy bien en un salón, pero que no son nada prácticas en el barro. Supongo que siempre ha debido pensar que la mujer adecuada para mí debía ser más de tu estilo.

–¿Hay un cumplido escondido en lo que has dicho? –le preguntó con aspereza, y, cuando se miraron, la respiración se le cortó.¡Dios, qué guapo era!

–¡Ya sabes que sí! –sonrió, levantándose–. Bueno, te llevo a casa. Tienes mucho en lo que pensar. Mañana podemos pulir los detalles.

–Aún no has respondido mi pregunta –dijo, levantándose y apartándose la melena de la cara–. ¿Cuánto tiempo vamos a estar

fuera? ¡Y no me hables de fuentes!

–Diez días máximo. Tengo mucho que hacer aquí y no puedo estar fuera ni un momento más. Al final de nuestra estancia, estoy seguro de que mi madre estará sana y feliz para poder volver a ser quien era antes de sus problemas de corazón.

Pero ¿de verdad había estado fuerte y sana antes de los problemas de corazón, o había visto él lo que quería ver porque ahondar en ello sería como abrir una lata de gusanos?

Miró por encima de un hombro a Jennifer, que lo seguía acalorada, y recordó lo que había dicho antes de que su madre habría querido que se casara con una mujer como ella. Desde luego era una mujer atractiva, muy atractiva, y muy inteligente. Sus opiniones eran firmes, y sin embargo tenía un modo de compartirlas que nunca aplastaba las opiniones de los demás. Sabía escuchar. Y era una mujer muy femenina, con esa melena suya rebelde, pecas en la cara y unos ojos muy azules y llenos de vida.

Siguió mirándola un momento más y de pronto apartó la mirada. Entendía por qué su madre quería creer que su mejor amiga podía pasar a ser su pareja, pero le pareció fundamental establecer límites entre ellos. Valoraba lo que tenía con ella y jamás lo pondría en peligro. Ambos sabían que eso no iba a ocurrir porque eran completamente distintos en el plano romántico, pero aun así… él estaba introduciendo un elemento nuevo en su amistad, y por muy de ficción que fuera, podía desdibujar las líneas y no quería correr el riesgo de que Jennifer pudiera empezar a pensar que podía ser otra cosa para él que no fuera su mejor amiga.

No iba a ocurrir, ¿verdad? Por un segundo, solo por uno, la consideró una mujer llena de pasión que lo mirara con deseo con esos ojazos suyos… ¡No! Imposible. Además, para ella el apetito sexual no residía en una caja que se podía abrir y cerrar a conveniencia. El apetito sexual, para ella, iba unido con el amor, el matrimonio y la permanencia.

Se detuvo antes de abrir la puerta que había cerrado poco antes y la miró.

–Me alegro de que hayas decidido hacerlo, Jen –dijo en voz baja–. No podría confiar en otra mujer para hacer algo así. Temería constantemente que, en algún momento, comenzase a tener… ideas, a creer que esto es una relación de verdad en lugar de una farsa por el bien de mi madre. Pero sé que, contigo…

–Ya lo has dicho, Gabriel. No hace falta que lo repitas. Sé por qué has acudido a mí con esto. Soy una apuesta segura. Podemos jugar a esto y después volver a la normalidad porque los dos conocemos las reglas del juego.

–Bien dicho.

–Supongo que tendremos que crear una historia verosímil. ¿Amigos un minuto, y otra cosa al siguiente? ¿Tú crees que cuela?

–Por supuesto. La amistad es una base más que razonable para una relación.

–Sí que lo es –murmuró Jennifer, y lo miró en silencio un instante.

Había puesto mucho cuidado en recordarle que todo aquello era una farsa, un juego en el que solo ella era adecuada para participar porque era la única que, conociendo las reglas, las obedecería. Sin involucrarse personalmente. Sin pensar que aquel engaño podía llegar a ser algo real. Y Gabriel se había sentido obligado a repetirlo una segunda vez por si… ¿por si lo olvidaba? ¿De verdad creía que no existía hembra que pudiera resistirse a él, si pasaba el tiempo suficiente en su presencia? ¿Cómo podía pensar así?

Jennifer se cruzó de brazos y lo miró enfadada.

–De verdad, Gabriel, eres el hombre más egocéntrico que he conocido en mi vida.

Casi le hizo gracia la cara de sorpresa que se le quedó.

–¿Qué? ¿Yo, egocéntrico? Pero si estoy dispuesto a acometer el acto más desprendido que se pueda imaginar solo por hacer feliz a mi madre. ¿Desde cuándo hacer eso es ser egoísta?

–No me refiero a eso.

–¿Entonces a qué?

–Al hecho de que te parezca necesario seguir advirtiéndome que tenga cuidado. ¿De verdad piensas que, después de tantos años de

amistad, voy a ser incapaz de resistirme cuando Gabriel García finja mostrar interés por mí durante cinco minutos? ¡Qué valor! ¿Es que se te ha olvidado que, en el plano romántico, no eres mi tipo?

–¿Es eso lo que he hecho?

–¡Exactamente eso! ¿Qué te hace pensar que soy yo la que necesita tanta advertencia?

–¿Qué quieres decir?

–Que a lo mejor soy yo quien debería advertirte a ti. Vas de tipo duro y desencantado, pero todo el mundo sabe que el amor se presenta por sorpresa. ¡Será mejor que tengas cuidado, Gabriel García *el Grande*, no te vayas a enamorar cuando no esté mirando!

–Eso no va a ocurrir.

–Bien. Entonces no es necesario que vuelvas a advertirme que no me haga ilusiones, y yo me contendré para no hacer lo mismo. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Le ofreció la mano y ella la estrechó.

–Cuando esto termine, todo volverá a ser igual entre nosotros –dijo Gabriel–. Tienes mi palabra.

Capítulo 4

Las lluvias de verano que los hombres del tiempo habían estado anunciando con entusiasmo en la última semana llegaron con fuerza el día que salían para la Toscana.

–Los agricultores rogaban por que cayera agua –anunciaron en televisión–. Pues sus deseos se van a cumplir con creces.

–Tengo demasiadas cosas en la cabeza para preocuparme por un chaparrón –comentó con entusiasmo infantil Francesca, que era una gran aficionada a la jardinería, cuando se sentaron a cenar la noche anterior–. George se ocupará del jardín durante unos días.

Mientras esperaba en el recibidor a que bajasen Gabriel y Francesca, Jennifer contempló con cierto desasosiego los diez días que iban a pasar en un viñedo con unos desconocidos.

A su madre le había dicho que se iba a Italia con Gabriel y Francesca, no de vacaciones como tal, sino porque, estando de vacaciones estivales, Gabriel había pensado que la compañía le iría bien a su madre.

–Él va a estar trabajando –le explicó, intentando ceñirse a la verdad y sortear el campo de minas sin percances–, y yo voy a estar haciéndole compañía a Francesca. Ya sabes que ha andado muy alicaída últimamente, y un cambio de escenario le irá bien.

Como era de esperar, a su madre le había sorprendido un plan tan inesperado, pero no había podido decir una palabra porque Jennifer se había dedicado a glosar las bondades de Gabriel como hijo maravilloso que, sabiendo que su madre siempre había querido ir a Italia, había pensado en llevarla y en pedirle a ella que la acompañara para que no se sintiera sola.

Gabriel y ella habían acordado que Francesca debía guardar el secreto y no decir una palabra a nadie sobre su futuro compromiso.

Ya se ocuparía él de explicarle por qué.

Oyó pisadas en la escalera y los vio bajar, Gabriel delante con las maletas de Francesca. Dos Louis Vuitton, una para trajes y otra maleta con ruedas.

Gabriel se dio cuenta inmediatamente de que Jennifer estaba nerviosa. Demasiados dientes a la vista en su sonrisa. La conocía muy bien.

Llevaba un pantalón largo fino en color caqui y una camiseta azul marino de manga corta que le llegaba hasta la cintura. Se había recogido el pelo en una coleta y si llevaba algo de maquillaje, era mínimo. Parecía mucho más joven de lo que era. Quizás fueran las pecas. No sabría decirlo. Siempre había parecido más joven. Incluso cuando tenía diecisiete años y era toda piernas y ganas de estar al aire libre, siempre con esa melena larga…

Había tenido un día y medio para cambiar de opinión y la, verdad, casi le había sorprendido que no lo hubiera hecho, porque sabía que le estaba pidiendo mucho. Había favores y favores. Pero al menos la había convencido de que admitiera una compensación económica. Por supuesto, había protestado y se había negado en redondo, pero al final había conseguido convencerla de que era lo mejor.

–No es ayudarte por ayudarte, Jen. Ya sabes que te he dicho un montón de veces que estoy dispuesto a darte o a prestarte el dinero que necesites para una casa, pero esto es distinto. Esta vez te estoy pidiendo que hagas algo por mí, y si te pago dejará de ser un favor y pasará a ser una transacción comercial. Mejor así.

Y allí estaban: de camino a Italia. Todo funcionando. Madre feliz, amiga más o menos feliz… y sus niveles de estrés cerca del cero.

Su madre había bajado el tramo final de escalera alegre como un grillo, ahora que ya había dejado de preocuparse por él y por los nietos que creía que no iba a tener.

Para cuando Gabriel llegó al vestíbulo, ya había habido abrazos, alegría y más abrazos, y Jennifer había conseguido sacar a su madre de la casa y ponerla al cuidado del chófer de Gabriel, que la

esperaba con un paraguas para que no se mojase hasta llegar al coche. Iban a viajar en el avión privado de Gabriel.

–¿Ya se lo has dicho? –le preguntó Jennifer en susurros, refugiada de la lluvia en el pórtico de entrada.

–¿Te refieres a que es ultrasecreto, y que no se le puede escapar ni una palabra? ¿Que hasta las paredes tienen oídos?

–No tiene gracia, Gabriel.

–No, no la tiene. Tampoco somos agentes secretos infiltrados intercambiando información. Podemos parecer dos personas normales teniendo una conversación, lo que resultaría muy convincente, en lugar de andarnos con susurros dramáticos. Relájate, que todo va a salir bien.

–Para ti es fácil decirlo –gruñó.

Los dos estaban aún junto a la puerta mientras el chófer ayudaba a Francesca a acomodarse en el coche.

–Te tomas la vida demasiado en serio. Siempre lo has hecho. Mira mi madre: se me ha quejado de que tengo demasiados coches. Hacía meses que no la oía quejarse de nada. Venga, cálmate, que todo va bien. He obedecido tus instrucciones como un buen chico y he obligado a mi madre a que me dé su palabra de honor de que va a guardar el secreto.

–Sé que estás siendo sarcástico, pero bien. No quiero que pueda parecer algo definitivo, sino temporal.

–No tan temporal.

–Lo suficiente para terminar dentro de unas semanas.

–¿Es que tienes dudas?

–No. Te dije que iría con esto hasta el final y no te voy a dejar en la estacada. Además, sería un poco tarde ya para borrarlo todo.

Gabriel asintió. Su madre sonreía feliz en el asiento trasero de su Range Rover, mirándolos tan contenta mientras ellos hablaban. Casi no podía recordar haberla visto tan feliz.

–Mi madre parece una mujer diferente –comentó, y se volvió a mirar a Jennifer. Sin pretenderlo, reparó en todos los detalles de su rostro que se le habían quedado grabados en la cabeza a lo largo de los años: la suave curva de sus labios, el hoyuelo que se le marcaba en la mejilla, esas adorables pecas…

–Es cierto. No la había visto maquillada ni vestida como si de verdad le importase su aspecto desde hace…

–Desde hace mil años.

–Mil años –repitió.

Sus ojos se encontraron, azul brillante contra negro profundo.

–Estoy muy agradecido por que estés haciendo todo esto por mi, Jen. Sé que ya te lo he dicho antes, pero es que no me parece suficiente. Con ver a mi madre hoy me ha bastado para darme cuenta de que…

Se pasó las manos por el pelo y frunció el ceño.

–¿De qué?

–De que he estado pensando en las musarañas, y no solo en las últimas semanas, sino en los últimos años. A mi madre le preocupaba que antepusiera el trabajo a todo lo demás, y que fuera saltando de una mujer a otra, pero nunca lo expresó con vehemencia. Era fácil no hacer caso a los pequeños comentarios que iba dejando aquí y allá.

–No, no lo hagas.

El conductor se les acercó rápidamente con el paraguas, que Gabriel le quitó de la mano, pero no se acercaron al coche. A pesar de la lluvia, la atmósfera era cálida y pegajosa, y no habían terminado la conversación.

–¿Qué es lo que no tengo que hacer?

–Pensar que preocuparse por ti tiene algo que ver con los problemas de salud de tu madre.

Jennifer le había leído el pensamiento. ¿Le gustaba que pudiera hacerlo? La verdad es que le hacía sentirse incómodo…

–Vamos. Echemos una carrera hasta el coche. Parece que la lluvia está aflojando. Menuda precisión los del tiempo.

–Siempre se equivocan. Cuando la previsión es de tormenta, preparo un pícnic.

Gabriel se echó a reír y Jennifer sintió el peso de su brazo sobre los hombros. Qué tensión. No esperaba un contacto físico entre ellos, pero claro, tendría que haberlo.

–¿Es posible que te hayas puesto tensa? –le preguntó en voz baja junto a la puerta del coche–. Deberíamos deshacernos de la tensión. No encaja con una pareja enamorada.

–No estoy tensa. De hecho, no podría estar más relajada –espetó, pero la sensación de tener su brazo sobre los hombros no se borró ni cuando llegaron al aeropuerto.

Nunca había estado en su avión particular. Como con tantas cosas en la vida de Gabriel, era otra muestra de riqueza que conocía, pero que nunca había experimentado en persona. Avión privado, un yate gigante amarrado en algún sitio, una enorme mansión en Chelsea, casas en varios países, coches a mansalva guardados en garajes de medio mundo. Sabía de sus posesiones y a menudo le tomaba el pelo por tanto juguetito como necesitaba, pero nunca había estado cerca de ninguno de sus caprichos de millonario, excepto de la casa de Chelsea, en la que había estado un par de veces con su madre y con la de Gabriel. De todos modos, no le había gustado demasiado. Demasiado grande, demasiado pulida, demasiado blanca, demasiado minimalista.

Cuando el coche los llevó hasta la pista y vio el *jet* negro y dorado que les aguardaba, sintió el golpe de saber quién era Gabriel García, aparte del amigo que conocía hacía años: un tiburón de los negocios, tan temido como respetado. Un millonario que podía cambiar la vida de las personas con tan solo chasquear los dedos. No era de extrañar que esas rubias frívolas se le pegaran como lapas, adorándolo, dispuestas a hacer lo que él quisiera. El dinero impresionaba. Los aviones privados, también. Pero ella no se iba a dejar impresionar.

Francesca había ido hablando de la volatilidad del tiempo inglés, y ella le había respondido mientras su pensamiento saltaba de acá para allá. El coche se detuvo junto al avión y descendieron, y se dio cuenta de que la pobre empezaba a flaquear. Demasiada excitación para un organismo aún en recuperación. Pero menuda diferencia frente a la mujer que era unas semanas antes. Unas semanas, unos meses y unos años antes.

Francesca era una mujer alta y elegante, y la mala salud la había dejado muy delgada. Su cabello, antes rubio, ahora era gris, lo que

le daba más edad, pero lo llevaba recogido en un moño y realzaba sus pómulos altos. Había color en sus mejillas. Llevaba un conjunto de pantalón y camisa de seda color crema que le quedaba fabuloso.

–Veo que estás agotada –comentó en cuanto entraron en el avión–. No sé si esto es demasiado.

–Estoy agotada, sí, pero no podría ser más feliz, querida.

Jennifer sonrió e intentó encontrar el modo de rebajar la felicidad de la mujer un par de puntos, no se fuera a quedar completamente atrapada en *la-la land.* No quería hacer daño a una persona a la que quería, pero una inyección de realidad de vez en cuando no estaría mal, ¿no?

–Bien, bien –dijo, acomodándose en el asiento de cuero–. A lo mejor te vendría bien echar una siesta. Nos espera un día largo.

–Es posible, pero los dos vais a estar ahí, y eso me va a mantener de buen humor.

–No hay que confiar en otras personas para mantenerse de buen humor –respondió sonriendo–. Al final, solo nos tenemos a nosotros mismos. Es la filosofía por la que yo intento vivir.

A Francesca se le cerraban los ojos y Jennifer se levantó para mirar a su alrededor por primera vez. Todo era de cuero, madera pulida y metal bruñido. Las butacas eran grandes, con reposapiés, y había un par de sofás; era un espacio compacto, lo suficiente para una docena de personas, y no se parecía en nada a ninguno de los aviones en los que ella había volado.

–No pretendo interrumpir la inspección –le dijo Gabriel inesperadamente al oído–, pero el piloto está esperando para despegar.

Jennifer se volvió sonrojada. Gabriel sonreía, y le indicó dos asientos detrás del de su madre, que se había quedado dormida.

–¿Quieres beber algo?

Jennifer vio a una chica rubia que les sonreía.

–¿Tienes azafata también?

–¿Quién me iba a servir el champán si no?

–Claro –respondió, acomodándose–. Tener que servirte tu propia bebida sería imperdonable. No me puedo creer que tengas todo esto.

–Ya sabías que tenía un avión privado. De hecho, en muchas conversaciones me has acusado de estar cargándome el planeta mientras yo intentaba convencerte de que, a veces, la rapidez es esencial.

–Sí, pero no me había parado a pensarlo. Era simplemente una más de tus posesiones. Es impresionante.

–¿Significa eso que por fin me encuentras impresionante?

«Yo siempre te he encontrado impresionante», fue el pensamiento que se le pasó por la cabeza.

–Por supuesto que no.

–Lástima. Durante los próximos días, tendrás que fingir que sí. Tengo la sensación de que sentirse impresionado por la persona de la que se supone que estás enamorado, al menos estando en modo luna de miel, es obligatorio. He oído la charleta, por cierto.

–¿Qué charleta?

Los motores se revolucionaron y el avión comenzó a moverse hacia la pista. En el exterior, un cielo oscuro y cargado había reemplazado a la lluvia.

–La que le has dado a mi madre sobre lo de no confiar en otras personas para ser feliz.

–Solo estaba diciendo lo que pienso. Además, es mejor ir dando pasos en la dirección correcta. Ahora que estamos aquí, empiezo a sentirme culpable de verdad por todo esto, así que, cuanto antes le pongamos punto final, mejor.

–Tenemos un acuerdo –dijo Gabriel arrastrando perezosamente las palabras, pero con un tono de acero–. El inevitable final requerirá un preludio. Piénsalo como un drama en tres actos: inicio, desarrollo y desenlace.

Jennifer lo miró con los ojos muy abiertos: volvía a tener delante al tiburón, el hombre que dirigía un imperio y que transitaba por la vida obteniendo siempre lo que quería. El hombre con puño de hierro en guante de terciopelo.

–Está bien –concedió–. Supongo que me pagas por eso.

Era la clase de cosa que nunca debería haber dicho, y menos a Gabriel, así que, roja como un tomate, murmuró una vaga disculpa.

–Ha sonado mucho peor de lo que pretendía –dijo, sonriendo tímidamente–. No sé cómo he podido ser tan mezquina y sarcástica.

–No se puede ser luz y alegría todo el tiempo.

–¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy luz y alegría todo el tiempo?

–No te hagas la ofendida, que no es un delito contra la humanidad.

Por supuesto que no, y estaba claro que no había pretendido ofenderla, pero ¿de verdad la consideraba así, unidimensional? ¿No creía que tuviera rincones ocultos, ni misterios, ni dudas o temores, ni deseos o lamentos? ¿Por qué le parecía que «alegre» era sinónimo de «aburrida»?

–¿Quieres contarme qué es lo que le has dicho exactamente a tu madre sobre nosotros? Supongo que ha tenido que preguntarte cómo ha surgido esta relación íntima, y por qué es tan importante que no trascienda nada. –¿La encontraba aburrida? Se reían mucho juntos, pero ¿lo consideraría una forma de negar la realidad?–. Creo que necesitamos coordinar nuestras historias para que no acabemos contradiciéndonos. Y, por cierto, que no soy luz y alegría todo el tiempo.

El silencio se alargó.

–¿De dónde ha salido eso?

Jennifer se encogió por dentro. ¿Qué le habría impulsado a decir algo así? Gabriel la miraba con los ojos muy abiertos y la cabeza ladeada.

–No importa.

–Pues yo diría que sí.

–¿Por qué?

–Porque, si se supone que vamos a pasar por una pareja enamorada, tendremos que saber más el uno del otro de lo que ya sabemos para que nuestra farsa resulte creíble.

A Gabriel no se le había ocurrido pensar que Jen podría sentirse ofendida por lo que acababa de decir. Le gustaba que fuese tan franca. Que fuese la única mujer en el planeta que nunca intentaba

impresionarlo. También le gustaba que nunca andaba alicaída ni pagaba sus frustraciones con él. A lo largo de los años, rara vez cancelaba sus citas, y cuando él había tenido que hacerlo ella no le daba importancia. De modo que sí, era luz y alegría, pero también mucho más.

–Eres inteligente y divertida, Jen –añadió un poco incómodo–. Y lo sabes. Estoy seguro de que en algún momento también te lo he dicho.

–Cualquiera diría que decirlo ha sido como pisar carbones ardiendo –sonrió–. No quiero que te sientas incómodo, Gabriel.

–¿Y por qué me iba a sentir incómodo?

–Porque nunca sueles hablar de sentimientos.

–¿Y tú cómo lo sabes? No puedes saber qué clase de conversaciones tengo bajo las sábanas con las mujeres a la que hago el amor. Igual se me da de perlas.

Una quemazón se inició en el cuerpo de Jennifer. Una marea ardiente que le corrió por las venas hasta que las sienes empezaron a palpitarle y el pensamiento se le llenó de imágenes prohibidas.

Gabriel era la clase de hombre que nunca debería despertar interés sexual en ella, pero la incómoda verdad era que la respuesta de su cuerpo en aquel instante estada diciendo precisamente lo contrario.

–Tienes razón, no lo sé –respondió, bajando la cabeza para que no pudiera ver que estaba roja como una remolacha–. Tampoco es que me interese.

–¿Quién está incómoda ahora? –bromeó.

–¡Esto no es lo que deberíamos estar haciendo! –protestó. El corazón le iba a mil, y tenía la extraña sensación de ir pisando arenas movedizas en dirección a un territorio inexplorado en su relación de amigos–. Deberíamos estar hablando de qué le vamos a contar a tu madre para que nuestra historia esté sincronizada. ¿Podríamos ceñirnos a eso?

–Claro.

–Mientras tu madre siga dormida y antes de que aterricemos.

–Buena idea.

Pero en realidad él seguía mirándola divertido, y ella continuaba acalorada e incómoda.

–Dime qué le has dicho.

–No he entrado en detalles –admitió Gabriel, cambiando de postura–. Solo que, después de tantos años de amistad, hemos descubierto que teníamos una conexión romántica.

–¿Una conexión romántica? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Debajo de una piedra? ¿Detrás de un árbol?

–Me pareció que lo mejor era no dar detalles.

–Y seguramente lo fuera, pero me sorprende que a tu madre le bastara. ¿Y cuál fue su reacción a ese amor recién descubierto?

–Poca sorpresa y mucha alegría.

–¿Y qué más? ¿Le dijiste cuándo ocurrió el milagro?

–Pues lo mismo que te he dicho antes: me pareció que lo mejor era mantenerlo indefinido, especialmente teniendo en cuenta que la última vez que te vi estabas con un tío –sonrió–. ¿Has sabido algo del cavernícola rechazado?

–Voy a ignorar tu pregunta porque conoces la respuesta. Supongo que podemos decir que nos vimos hace un par de semanas, y que una cosa condujo a la otra.

–Podría valer –respondió, pensativo–. Una amistad profunda y duradera, una botella de vino condujo a otra cosa y… el resto, como dicen, es historia. ¿Dónde sugieres que tuvo lugar el descubrimiento?

–Pues en Londres.

–Una elección sorprendente, teniendo en cuenta que no te gusta perderte por la gran ciudad.

–Creo que esa no es la actitud propia de un hombre enamorado, ¿no te parece?

–Ah, es verdad. Vale.

–Y deja de parecer tan divertido todo el rato –añadió–. ¡Tienes que tomártelo en serio!

–Tienes razón. De acuerdo. Nos encontramos en Londres. Viniste a pasar el día para acompañarme a una función benéfica. Nos

habíamos estado viendo con más frecuencia en los últimos meses, y de pronto me di cuenta de que quería conocerte de otro modo.

–Vale.

–Es una afortunada casualidad que no haya tenido ninguna relación en estos últimos meses –reflexionó.

–Muy afortunada y muy sorprendente –se mofó–. ¿Y a qué se debe el repentino voto de castidad?

–Igual empezaba a cansarme de tanta pareja itinerante –confesó con una mueca.

–¿Me quieres decir que te has saturado de tanta rubia mona colgándose de tu brazo como si fueras su salvavidas?

–Hay hombres que solo encuentran satisfacción con las rubias monas hasta que encuentran a la mujer adecuada –replicó–. ¡Fíjate si no en nosotros! ¿Quién lo iba a decir?

–Quién… y dices que le has advertido a tu madre que no se lo cuente a nadie.

Tan absorta iba en la conversación que no se dio cuenta de que el piloto les advertía que no tardarían en aterrizar y que debían abrocharse el cinturón de seguridad.

–He insistido en ello. Le dije que lo nuestro acababa de empezar y que era importante que no se supiera aún. Que cuantas menos personas estuvieran al tanto, mejor.

–Bien. No me imagino qué diría mi madre si se enterara de esto.

–¿Qué quieres decir?

–Que se quedaría de una pieza.

–¿Por qué? Dime que no tiene mala opinión de mí, al menos comparando con esos…

–¡No lo digas! –le cortó, y él sonrió plácidamente–. Lo que pasa es que yo creo que ella siempre te ha considerado «el chico que vive en la casa grande». Sé que nuestras madres se conocen desde hace mucho, lo mismo que nosotros, pero tienes que admitir que venimos de entornos muy muy diferentes.

–¿Y eso qué tiene que ver?

Su sorpresa era tal que Jennifer se relajó y el torbellino que había llevado por dentro perdió fuelle. Estar de nuevo en el espacio

habitual que ocupaba con él era mucho más cómodo, y mucho más seguro.

–Es la primera vez que vuelo en este avión tuyo –comentó mirando en torno–. Sabía que lo tenías y que lo usabas cuando necesitabas ir rápido a algún sitio… igual que sé que tienes un pedazo de yate y que seguramente impresionarás con él a las mujeres a las que invitas, pero este es tu mundo, y yo solo soy una espectadora ocasional.

–No necesito sacarme un pedazo de yate de la manga para impresionar una mujer. De todos modos, no te sigo: ¿qué tiene que ver aquí el dinero? Además, no es la primera vez que te invito a viajar en mi avión. De hecho, habría sido un modo de transporte mucho más conveniente para las tres la última vez que fuisteis a Londres a ver el ballet.

–*El Cascanueces*. Fue increíble.

–¿Estoy fuera de juego porque tenga dinero? Hay una palabra para eso, ¿lo sabes? Esnobismo invertido. Bueno, son dos.

Jennifer lo miró frunciendo el ceño. El avión había comenzado el descenso. La ventanilla que quedaba a espaldas de Gabriel aún mostraba solo cielo y una extensión de tierra distante.

–No es cuestión de esnobismo. Es simplemente que las cosas son así. Yo soy una persona corriente, que lleva una vida ordinaria y que busca una pareja corriente. Mi madre siempre lo ha sabido, de modo que lo único que digo es que se quedaría de piedra si, de repente, tú y yo anunciásemos que tenemos una relación romántica.

–Mi madre casi ni pestañeó.

–Supongo que tiene que ver con las expectativas de cada cual. Puede que tu madre te haya visto en tantas relaciones inadecuadas que ha sido un alivio para ella pensar que has encontrado a alguien que a ella le gusta como pareja tuya. Tu madre me conoce y le caigo bien. Las expectativas no son las mismas.

–¿Nunca has deseado ser diferente a lo esperado, Jen? ¿Alcanzar algo diferente a lo que siempre se había dado por sentado que te aguardaba en el futuro?

–No –sentenció–. Además, ¿quién dice que alcanzar algo distinto a lo que siempre he dado por hecho significa ponerme como objetivo

un tío rico?

–*Touché*.

Durante apenas un segundo hubo una corriente eléctrica en sus miradas, en el silencio cargado de tensión. Gabriel fue el primero en romperla.

–Estamos aterrizando –dijo apartando la mirada–. No te preocupes, Jen. Todo terminará en un abrir y cerrar de ojos, y todo podrá volver a lo de antes. Simplemente estamos interpretando un papel y, antes de que te des cuenta, el acto primero y el segundo darán paso al acto final, que es el más fácil.

Capítulo 5

Gabriel lo había meditado todo hasta el último detalle. Había sentido miedo cuando tuvo que enfrentarse a la repentina e inesperada muestra de debilidad de su madre en el plano de la salud, siendo que su recuperación después de la intervención iba viento en popa.

Su madre era una mujer estoica por naturaleza, y verla venirse abajo le había afectado enormemente. ¿Desesperaba de él? ¿Temía llegar al final de sus días sin verlo con su propia familia? ¿Había perdido el sentido de la existencia?

Fue como si, de pronto, su mundo cómodo y bien ordenado perdiera el fondo, y la culpa lo atacó con saña. Contempló su forma de vida, su adicción al trabajo, a las relaciones que empezaban y terminaban sin dejar tan siquiera una arruga tras de sí. Cómo el trabajo le había impedido ir a verla con tanta frecuencia como le habría gustado durante su convalecencia. Siempre había pensado que hacía lo correcto: trabajar duro para restablecer y mantener la economía de la familia, asumiendo el papel de hombre responsable de la familia para compensar lo que su padre había perdido. Por lo tanto, saber que su dedicación a la ingente responsabilidad que llevaba sobre los hombros había sido una fuente creciente de estrés para su madre, había supuesto un golpe duro para él que de inmediato le había puesto en modo control de daños, encontrando la solución perfecta al problema.

Tenía que dar una serie de pasos que conducirían al resultado deseado. ¿Su madre quería verlo en una relación seria, lo necesitaba para poder tomar el camino a la recuperación? Sin problema. Él se la inventaría por ella. Ninguna de las personas de su famosa agenda negra serviría, porque significaría abrir la puerta a posibles

problemas. Solo la mujer con la que siempre había podido contar y, más importante aún, la mujer que sabía que encajaría a la perfección en el papel: Jennifer. Jennifer accedería porque se trataba tan solo de una pequeña ficción, y quería a su madre casi tanto como él.

No había salido todo tan bien como esperaba, pero al final se había salido con la suya, y el que hubiera logrado convencerla de que aceptase dinero a cambio de lo que iba a hacer había sido la guinda del pastel que trazaría una línea entre los hechos y la ficción, y haría de aquello un acuerdo comercial. Eso le gustaba. Además, llevaba tiempo queriendo ayudarla económicamente, y nunca había entendido por qué se negaba a aceptarlo. De verdad necesitaba encontrar una casa para ella sola.

El paso dos sería el viñedo. Lejos de miradas indiscretas, Jennifer y él podrían interpretar el papel de enamorados mientras su madre se beneficiaba del cambio de escenario. Comprar el viñedo llevaba tiempo en su punto de mira. Había desarrollado una buena relación con sus propietarios, Luisa y Roberto, una familia italiana tradicional que llevaban tiempo diciéndole que les gustaría conocer a su familia. Para ellos significaba mucho vender a alguien que mereciera su aprobación personal porque el dinero no lo era todo. Y había sido un golpe de suerte que fueran lo bastante tradicionales para que las disposiciones de alojamiento encajasen a la perfección con una relación de pega: habitaciones separadas.

Nada podía salir mal.

–Esto no es lo que yo esperaba –declaró tras recorrer la casita de invitados independiente que les habían destinado. Estaba lo bastante lejos de la casa principal para ofrecer privacidad, era rústica y encantadora, con unas preciosas alfombras antiguas y fotos del viñedo colgando de las paredes. Una vez terminó con la inspección se detuvo frente a Jennifer, que lo miraba acusadora con los brazos en jarras.

–Seguro que no –respondió con sarcasmo.

–La vida puede ser impredecible.

–¿En serio? Creía que precisamente a ti no te gustaba lo impredecible.

–Cómo me conoces. Eso me gusta. Vamos a sentarnos fuera. Podemos disfrutar del paisaje y charlar.

Jennifer respiró hondo, exasperada. Era cierto que Gabriel apenas había alzado una ceja cuando los muy tradicionales Luisa y Roberto les habían informado orgullosos que habían dispuesto una casita de invitados para los dos. Y siendo, según él, un matrimonio que jamás toleraría que una pareja cohabitase a menos que llevara la alianza en el dedo anular. Francesca se quedaría en la casa principal con ellos para que pudieran irse conociendo. Nadie tuvo nada que objetar.

–Creía que conocías lo suficiente a Luisa y a Roberto para estar seguro de que íbamos a disponer de habitaciones separadas. ¿No se suponía que tenían ideas muy estrictas sobre que una pareja no puede compartir cama hasta que no ha pasado por la vicaría?

–Y tenemos habitaciones separadas. De hecho, hay tres dormitorios y un despacho en esta casa. Supongo que debía usarla el director del viñedo hasta que se dejaron de necesitar sus servicios. Pobre hombre. Solo ha quedado el esqueleto de una plantilla reducida al mínimo, aunque estoy decidido a ofrecer los puestos disponibles a quienes los ocupaban antes, tal y como he acordado con Roberto. ¿Qué te apetece tomar? ¿Un té? ¿Un café? ¿Un coñac para el trago?

–Deberías haberlo imaginado.

–Aunque soy infalible, no siempre puedo predecir el futuro.

–Tomaré un café si hay –se rindió. Aquello no les conducía a ninguna parte, y no tenía sentido seguir buscando un culpable cuando la situación no se podía cambiar.

Y tenía razón: la casa tenía tres dormitorios. Sin embargo, había algo en la idea de compartir un espacio privado con él que le ponía los pelos de punta. Ya había empezado a notar cosas en él que le aceleraban un poco el corazón, pero sabía que era imperativo no ahondar en ello porque no significaba nada.

Gabriel empezó a abrir cajones, armarios y la nevera en la pequeña cocina.

–Me alegro de que nos hayan provisto con una buena selección de tintos. Deben de ser de antes de que la bodega viniera a menos. Deben ser buenos. Probé algunos cuando vine hace unos meses para saber dónde me estaba metiendo. ¿Seguro que no quieres una copa?

–Ya he tenido bastante para esta noche. Tenías razón en que son una pareja adorable. Y supongo que han sido… –miró a su alrededor a la casita, pequeña pero muy agradable–… considerados al imaginar que podíamos querer un poco de intimidad.

–Estoy de acuerdo.

–Me ha sorprendido que a tu madre le pareciera bien –admitió–. Me refiero al hecho de quedarse en la casa de unas personas a las que no conoce cuando no estaba en el plan original.

«Dios, qué guapo es», pensó mirándolo sin querer, con aquella ropa de diseñador que le confería una elegancia sencilla. Parecía pertenecer a aquel lugar inundado de sol, en plena naturaleza, y es que en realidad era su lugar, teniendo en cuenta que su padre era italiano. Ella era demasiado pequeña como para recordar qué aspecto tenía, pero, por lo poco que había escuchado a lo largo de los años, era alto, moreno y guapo.

Siguió divagando y no volvió a la tierra hasta que se dio cuenta de que lo tenía delante con una taza de café en la mano.

–Se ha dejado llevar –razonó.

–Sí, pero…

–Salgamos. Hace una noche maravillosa, y las vistas son preciosas. Podemos hablar un poco más sobre los detalles de este acuerdo. Tú puedes seguir planteando dudas y yo puedo seguir derribándolas todas.

No había bebido mucho en la deliciosa cena que Luisa les había preparado, pero llevaba una copa en la mano para salir a un grupo de sillas de madera colocadas para disfrutar de la extraordinaria vista de los viñedos. El cielo estaba ya negro como un terciopelo, las estrellas brillaban con fuerza y el rumor de la brisa entre las cepas resultaba balsámico.

–No estoy dudando –fue lo primero que dijo Jennifer cuando estuvieron acomodados el uno al lado del otro como la pareja que

no eran–. Solo expresaba la sorpresa de que tu madre accediera tan feliz a quedarse en la casa principal estando nosotros en esta.

–Le sentará bien –respondió, pensativo–. Me he dado cuenta de lo mucho que se ha retraído de su círculo social en los últimos meses. Luisa y Roberto son unos anfitriones encantadores, y supongo que mi madre también lo ha percibido así. Imagino que parte de la personalidad que la depresión ha sepultado está empezando a resurgir. Ya sabes que era una mujer muy sociable. –Se volvió a mirar su perfil–. Dime que no lo lamentas.

–Por supuesto que no.

–Bien. Ahora que ya nos hemos ocupado de esa duda, pasemos a la siguiente.

–Deja de decir tonterías, que esto es serio, Gabriel.

Su conversación era relajada y de buen humor, pero, por debajo de ello, Jennifer seguía siendo extrañamente consciente de que su cuerpo se comportaba de un modo distinto, que respondía de un modo distinto, como si cada parte de ella estuviera siendo acariciada por algo suave e invisible.

El codo de Gabriel, apoyado en el brazo de la silla, casi rozaba el suyo. Estaba acostumbrada a su proximidad. ¡Se conocían de toda la vida! Y, sin embargo, aquel era un hombre desconocido, un hombre que estaba descubriendo en aquellos momentos, que despertaba cosas en ella que no debería despertar, y el único modo de combatir esos sentimientos tan peculiares era seguir quitándole hierro al asunto.

–Que compartamos casa es algo que no había previsto, pero creo que va a funcionar en nuestro beneficio.

–¿Ah, sí?

–Sí, Piénsalo. –Tomó un sorbo de vino mirando frente a sí, como ella–. Mientras estemos aquí, no habrá que fingir que somos pareja. Podemos volver a ser los amigos de toda la vida sin tener que andar esquivando la mirada de águila de mi madre.

–Ya…

–Así que hay un pero, ¿no?

–Es que tengo la sensación de que, cuanta más gente haya involucrada en esta charada, más complicada se va a volver.

Gabriel se giró a mirarla justo cuando ella lo miró a él. En la semioscuridad que proporcionaba la luz de la luna y la que provenía del interior de la casa, sus miradas se encontraron y se enredaron.

La boca se le quedó seca y sus pensamientos se embrollaron.

–Y cuanto más complicada se vuelva –continuó con una voz algo corta de aliento–, más difícil va a ser salir de la supuesta relación que tenemos.

–Estás dándole demasiadas vueltas, Jen. En primer lugar, no hay una fila de personas esperando a involucrarse en esto. Ni los amigos ni la familia lo saben, y así se va a quedar. Y también te estás adelantando a los acontecimientos. ¿Qué te hace pensar que va a ser difícil salir de esto?

–¿Y tú por qué piensas que va a ser fácil?

–Es un enfoque muy derrotista el tuyo.

–Para ser tan listo, a veces eres un poco obtuso, Gabriel.

–A veces teñirlo todo de gris confunde las cosas –replicó tan campante–. En este momento, creo que lo ideal es tomarse las cosas día a día. Hoy he visto a mi madre con una sonrisa en la cara y con una actitud positiva que no tenía hace una semana. –Dejó la copa en el suelo junto a la silla y se recostó en el respaldo con las manos entrelazadas bajo la cabeza–. Una vista espectacular, ¿no te parece? Especialmente por la noche. Evocadora.

–¿Lo vas a comprar?

–Eso creo.

–¿Por qué?

–Porque me encanta el vino tinto. ¿Por qué no tener un viñedo? Y porque puedo permitírmelo. Además, con la dirección adecuada y la inversión necesaria, tiene todas las garantías de poder ofrecer un beneficio sustancial.

–¿Nunca te apetece dar un paso atrás y relajarte un poco?

Cambió su silla de posición ligeramente para poder mirarlo de frente. El silencio que recibió su pregunta fue serio y pensativo.

–¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

–Bueno, para empezar, podrías pasar más tiempo con tu madre, y cuando esta situación termine y decidas de verdad tener pareja,

tendrás que acostumbrarte a una vida de menos trabajo y más ponerte el delantal y fregar los platos.

Volvió a poner la silla como la tenía para poder contemplar de nuevo el cielo y la luna, las tierras con la silueta ondulante de las viñas y los árboles que se perdían en horizontes lejanos.

El silencio entre ambos era cómodo, relajado, pero no podía dejar de ser consciente de la proximidad de sus cuerpos, del sonido de su respiración, de lo largas que se veían sus piernas extendidas.

–No necesariamente –murmuró poco después–. Como te he dicho, el matrimonio para mí no tiene nada que ver con lo que tú esperas de él. Yo no ando buscando a mi alma gemela y sí, mi vida cambiará un poco si decido tener pareja estable. –Hizo una pausa–. Cuando decida tenerla. Ya no voy a ser más joven que ahora, y mi madre me ha abierto los ojos a un futuro que creía que me esperaba bastante más adelante, así que, cuando siente la cabeza, no será con alguien que espere que renuncie a mi trabajo para empezar a hacer bricolaje y cuidar del jardín.

Jennifer se rio.

–Siempre existe el término medio, ¿sabes?

–Háblame de eso.

–Sé que no te interesa. ¿Por qué iba a hacerlo?

–Porque no puedes resistirte si te hago una pregunta –se rio–. Demasiado tentador poder decirme lo en desacuerdo que estás conmigo y montar un argumento que darme.

–O soy la alegría de la huerta o alguien que no deja de darle a la cabeza. Pues no puedo ser las dos cosas.

–Conmigo eres ambas. ¿Cómo eras con los hombres con los que has salido? ¿Qué personalidad adoptabas?

Jennifer notó que cambiaba de postura y sintió su mirada como un láser taladrándole el perfil, pero no permitió que su cuerpo desobedeciera el mandato de su cabeza. Iba a ser la amiga de siempre. Iba a ignorar el cambio que misteriosamente se había obrado entre los dos, un cambio que seguramente solo había tenido lugar en su cabeza.

–Yo no adopto personalidades, no soy una psicópata. ¿Y tú? ¿Qué personalidad adoptas tú cuando estás con una de tus chicas?

–Creo que es justo decir que ni tú ni yo somos psicópatas, así que yo tampoco cambio de personalidad. ¿Te has dado cuenta de que, cuando hablas de las mujeres con las que salgo, el tono de tu voz cambia? ¿Por qué? Siempre noto cierto desprecio en tu tono.

Jennifer se sonrojó. Menos mal que estaban a oscuras.

–¿En serio? No me he dado cuenta. Puede que sea porque no termino de entender cómo un hombre inteligente como tú escoge salir con mujeres que no parecen plantearte un desafío en ningún sentido.

–Depende de la definición de la palabra «desafío» –bromeó–. De todos modos, soy siempre la misma persona con todo el mundo. Sincero, directo y encantador.

–Si tú lo dices… ¿saldrás mañana con Roberto a hacer lo que sea que tengas que hacer? ¿Visitaréis los viñedos para que pueda ponerte al día de su situación?

–Ya tengo una idea bastante definida de lo que ha venido pasando aquí en los últimos años, y por qué ha terminado como ha terminado. He hecho un buen trabajo de fondo. El conocimiento es poder, como dicen. Pero, sí, creo que es posible que los días sean como dices. Te quedarás con mi madre y Luisa. Os dejaré un chófer para que podáis moveros por los alrededores.

–Bien. Entonces nuestro juego empezará solo cuando vuelvas de tus aventuras diarias.

–Ese es el plan.

–¿Y a primera hora de la mañana? –Se le acababa de ocurrir que nunca se había despertado en el mismo sitio que él, a pesar de las muchas comidas y cenas con amigos y familia que habían compartido a lo largo de los años, a pesar de los debates y discusiones que habían tenido–. Quiero decir que… solo para conocer la rutina, ¿a qué hora sueles despertarte? ¿Y a qué hora te acuestas? –Se rio un poco nerviosa–. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y, sin embargo, es sorprendente que no sepa esos detalles sobre ti.

–¿Y por qué ibas a saberlos?

–Pues…

–Solo sabrías esos detalles si fueses mi amante y conocieras mis costumbres íntimas. –Se quedó callado unos segundos–. Pero, ahora que lo pienso, muy pocas personas conocen esos hábitos míos –añadió en un tono más ligero–. Mi secretaria, y a la fuerza, porque siempre estoy despierto cuando se comunica conmigo, sea la hora que sea del día o de la noche. Ella sí sabe que me acuesto tarde y me levanto al amanecer.

–¿Y qué hay de tus… amantes?

–No suelo pasar la noche con nadie. Me gusta más la cama despejada.

–¿Y cuando te has ido de vacaciones con alguna de ellas?

–Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me fui de vacaciones con una mujer.

–Pero sé que has estado con algunas mujeres en casa de tu madre.

–Es curioso que estés pendiente de mis idas y venidas.

–¡No es eso! Es que… tu madre siempre me lo cuenta cuando has estado en su casa. Simplemente sale en la conversación… de vez en cuando.

Su comentario había dado en el blanco y se sintió acalorada. La verdad es que parecía saber mucho de su vida en todo momento.

–Siempre he respetado las reglas no escritas de mi madre y, cuando he llevado a alguien a su casa, hemos estado en habitaciones separadas.

–Qué piadoso. No sabía que fueras tan chapado a la antigua.

Gabriel sonrió.

–Aparte de eso, es que dormir en habitaciones separadas es mejor porque mis horarios pueden poner de los nervios a cualquiera. Me acuesto muy muy tarde porque siempre estoy liado con algo, y me levanto muy temprano para continuar donde lo dejé. Suelo hablar con personas de otros continentes mientras camino por la habitación, lo cual es desconcertante si son las cinco de la mañana y quieres dormir. Y en las ocasiones en que comparto cama con una mujer durante la noche, me levanto y me pongo en marcha antes de que ella haya abierto los ojos.

Jennifer se rio y se levantó de su silla.

–Así les dejas claro que no quieres que se hagan una idea equivocada, ¿no? Demasiados cafés en la cama por la mañana y empezarían a querer más de lo que tú estás dispuesto a ofrecer.

–Como ya he dicho antes, hay que ver qué bien me conoces.

Gabriel se quedó en su silla viendo cómo ella se alejaba. Cuando la puerta se cerró a su espalda, permaneció un rato más con la copa de vino hasta darle tiempo a ducharse y a meterse en la cama.

Era lógico que compartir casa la hubiera descentrado. Tenía razón en que no sabían nada de los hábitos personales del otro. ¿Era ella madrugadora? ¿Le gustaba acostarse tarde? A ese pensamiento le siguió otro, y otro más…

Tal y como le había dicho, procuraba no pasar la noche con ninguna mujer, o, al menos, en contadas ocasiones. Le gustaba tener su espacio personal y podía compartimentar sin dificultad su tiempo de soledad, su tiempo de trabajo y su tiempo de juegos. ¿Compartiría ella su espacio con el tío con el que estuviera saliendo en ese momento?

Jennifer era una mujer gregaria y abierta por naturaleza, mientras que él era tremendamente celoso de su intimidad. Y ahora iban a saber un poco más el uno del otro. No es que conocerse fuera una pendiente traicionera, pero, cuando entró en la casa y cerró con cuidado para irse a su dormitorio, no pudo evitar sentir cierta trepidación interior.

Gabriel escuchó un pequeño ruido y se despertó de inmediato. No estaba profundamente dormido, sino pensando en Jennifer, no de un modo analítico y consciente, sino de una forma distraída y vaga, con pensamientos yendo y viniendo. Algo en la atmósfera que los envolvía había cambiado. Se trataba de un cambio sutil, una especie de tensión eléctrica que le hacía sentirse alerta y acelerado. Había visto su expresión de horror cuando Luisa anunció triunfal que Francesca podía quedarse en la casa principal y que ellos tendrían la casita de invitados para los dos. De repente fue como si lo que había preparado a prueba de imprevistos saltara por los aires. ¿Cómo podía haber ocurrido? Estaba tan convencido de que aquello iba a

ser muy sencillo… Se había convencido de que lo de compartir casa era un contratiempo menor. Como le había dicho a Jennifer, lo bueno era que, mientras estuviesen allí, no tendrían por qué seguir actuando.

De nuevo volvió a escuchar el ruido. Se levantó y caminó descalzo a la puerta sin molestarse en encender la luz y con una toalla alrededor de las caderas por todo vestuario. Con cuidado de no hacer ruido, abrió la puerta de su habitación. No sabía qué esperar a las tres de la mañana. ¿Un intruso colándose en una casita de campo en mitad de ninguna parte?

La vio de inmediato. Estaba de espaldas a él, la puerta de la nevera abierta, buscando… ah, una botella de agua. Se había inclinado a cogerla, pero en aquel momento, con la botella en la mano, se irguió, quitó el tapón y bebió, la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

Respiró hondo y la contempló hipnotizado. La melena le caía a la espalda hasta la cintura y su cuerpo… la había visto con un millón de vestimentas, pero nunca con un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes. En el pantalón había personajes de dibujos animados, y la camiseta era fina, blanca y ceñida. Estando de perfil, dibujaba limpiamente… Respiró hondo y siguió mirando.

De pronto notó una erección tan potente que le dolió. Jennifer no llevaba sujetador y sus senos generosos parecían pedir una caricia.

Estaba a punto de retirarse sin hacer ruido, cuando ella se giró, aún bebiendo. Cuando sus miradas se encontraron, bajó despacio la mano y se sonrojó.

–Es que… he oído un ruido –se disculpó. No quería mirarle los pechos, e hizo todo lo posible por no hacerlo, pero fue incapaz de fijar la vista en otro sitio. No pudo evitar reparar en cómo caían, llenos. Casi pudo ver sus pezones.

Jennifer deseó que la tierra se abriera y la tragara.

Cada centímetro de su cuerpo parecía estar expuesto, desde las piernas, de un modo más revelador que si llevara un bañador, a sus pechos, que parecían quererse salir de aquella mínima camiseta.

Incluso el hecho de ir descalza parecía reforzar la idea de que estaba publicitando sus atributos femeninos a modo de invitación.

Gabriel nunca la había visto así, en un entorno como aquel, en una situación tan íntima. Siendo amigos, no deberían estarse viendo así, mortificada y tremendamente consciente de sí misma y de él, de un modo que le hacía querer encoger los pies. Aquel era el tío que la había visto llorar a moco tendido con una película, que la había hecho reír cuando estaba triste y que había escuchado el relato de sus preocupaciones cuando empezaba a dar clases.

Aquel tío era su amigo.

–¿Un ruido?

Fueron las dos únicas palabras que se sintió capaz de pronunciar mientras se lo bebía con la mirada. Solo llevaba una toalla alrededor de las caderas. Qué peligro. ¿Lo era menor o mayor que contemplar su pecho musculado, o sus hombros anchos y definidos?

La humedad entre sus piernas se hizo patente.

–Solo quería beber agua –se disculpó. ¿Por qué narices tenía que disculparse?–. No es un delito.

–Obviamente, no lo es.

–Es que me has mirado como si estuviese haciendo algo malo. Sé que nos hemos visto obligados a compartir esta casa, pero será mejor que me digas si hay ciertas reglas que deba seguir, como no levantarme de puntillas en plena noche para ir a por una botella de agua al frigorífico.

–No seas ridícula –respondió, pasándose la mano por el pelo–. Puedes hacer lo que quieras. ¿De verdad piensas que me importa que te levantes a beber agua? He oído un ruido y he salido a ver si se había colado alguien en la casa.

–¿Y por qué se iba a meter nadie aquí? Siento haberte contestado así, pero es que me has asustado.

–Acepto la disculpa. Me vuelvo a la cama.

–Vale. Yo voy a… a acabar de beberme el agua. Buenas noches. O buenos días. Lo que sea.

Gabriel se quedó anclado en el sitio porque Jennifer se había dado la vuelta y los pantaloncitos que llevaba eran muy muy cortos, y su trasero apenas cubierto por el tejido resultaba espectacular.

Se imaginó recogiendo aquellas nalgas con las manos y tuvo que ahogar un gemido. Enfadado consigo mismo y con aquella falta de control, dio media vuelta y cerró firmemente.

Jennifer oyó el clic de la puerta al cerrarse y por fin pudo respirar con tranquilidad. Despacio se dio la vuelta. Sí, gracias a Dios, la pequeña zona de estar estaba vacía. ¿Qué narices acababa de pasar?

Pues que él se había plantado allí en toda su masculina y gloriosa belleza, y se había sentido atraída por él. Luego ella había vuelto de puntillas a su habitación con la cabeza llena de pensamientos que zumbaban desafiando a que los razonase.

Había cruzado la línea. Él había salido inocentemente al oír un ruido, preocupado por la seguridad, y la había pillado en la cocina, y en lugar de reírse y tomarle el pelo, que era lo que habría hecho cualquier amiga, había sido víctima de un ridículo ataque de pánico mientras lo recorría con la mirada: su pecho desnudo, las piernas largas, la toalla que le abrazaba las caderas. Aunque había apartado inmediatamente la mirada y había hecho todo lo posible por que sus ojos desobedientes se quedaran pegados a su cara, el recuerdo de lo que había visto se le había quedado grabado a fuego en la memoria con la misma fuerza que el hierro caliente marca el ganado.

Disgustada consigo misma, se tumbó en la cama y clavó la mirada en el techo. Aquella situación descabellada le estaba afectando de un modo que no esperaba, pero ya estaba allí y no le iba a quedar otro remedio que lidiar con ella. ¿Desear a Gabriel? Eso era un chiste. Simplemente había respondido a la aparición de un tío *sexy* y medio desnudo.

Su última cita había sido con el motero y, antes de él, con un contable capaz de dejarla dormida en cinco minutos. ¿Y antes? Un profesor que conoció en una convención en Leeds que no dejó de

hablar ni un minuto de su pasión, que resultó ser la bicicleta. Así que no debería sorprenderse de que un tío que estaba como un queso la hubiera descentrado un momento, pero no podía dejar que ese momento lo liara todo. Gabriel, como amigo, era genial, pero Gabriel en cualquier otro sentido no era solo tabú, sino la clase de hombre por la que jamás podría interesarse.

Ella quería una relación comprometida y seria, y aunque los hombres que había elegido en el pasado no habían estado a la altura, eso no significaba que hubiera renunciado a la esperanza de que el siguiente fuera el adecuado, el apropiado para recibir todo el amor que sabía que tenía para dar. Sus padres se habían encontrado el uno al otro y ella había comprobado cómo era el amor verdadero, el que quería para sí, y Gabriel no tenía tiempo para nada de eso. De hecho, para él, algo así no existía. No podían estar más alejados el uno del otro en ese sentido.

¿Y qué iba a pasar al día siguiente? Pues que tendría que seguir los dictados del sentido común y dejar a un lado aquella distracción momentánea. Tendría que seguir siendo la amiga que él siempre había conocido.

Por fin se quedó dormida. Cuando despertó, se encontró con que la casa estaba vacía y que eran más de las diez.

Se vistió rápidamente. Consciente de cómo la había visto la última vez, eligió un holgado vestido de verano que le llegaba hasta los tobillos y que no hacía mal el trabajo de ocultar sus curvas.

Caminó hasta la casa principal, y allí encontró a Luisa y Francesca en la cocina, terminando de desayunar, mientras el personal que Gabriel había contratado limpiaba y recogía. Gabriel no estaba por allí. Se había ido con Roberto.

Un nuevo día comenzaba, y era momento de poner sus pensamientos en orden sin que se desencadenasen más ataques de pánico.

Capítulo 6

A lo largo del día Jennifer consiguió repeler una batería de preguntas casi imposibles de contestar y, a las cinco de la tarde, estaba empezando a pensar que inspeccionar un viñedo y revisar sus cuentas era la pajita más corta, y la que ella había sacado, la más larga de todas.

Después de un increíble desayuno, Francesca y ella se dispusieron a ver parte del entorno y visitar una de las ciudades conocida por haber conservado casi intacta su arquitectura medieval y sus magníficas vistas. Luisa conocía la zona a la perfección, y les había confeccionado una lista de sitios que podían visitar, con cafés y restaurantes donde degustar el mejor café de la Toscana y la mejor pasta del planeta.

–Disfrutad de la visita –les dijo–. Y no dejéis de probar las *crostata* en la pastelería de la *piazza.* –Se besó el dedo índice y el pulgar juntos para expresar lo delicioso que les iba a parecer el dulce–. Decidle a *nonna* Agostini que os envía Luisa. Ya veréis como os invita a una.

Si hubiera podido hacer lo que quisiera, se habría pasado el día hablando de arquitectura, contemplando paisajes y comiendo dulces, lo cual no habría sido el campo de minas que le había puesto por delante la batería de preguntas que había tenido que contestar de la mejor manera posible.

Las preguntas, muy al estilo de Francesca, habían sido planteadas con dulzura y un toque de curiosidad, lo cual casi había sido peor que si la hubiera encadenado a una silla, con un foco de luz en la cara y un detector de mentiras conectado al pecho.

Al final del día, mientras volvían al viñedo en el coche con chófer que Gabriel había puesto a su disposición, se sentía como si la

hubieran pasado por un escurridor de rodillo varios cientos de veces. Luisa las esperaba en la cocina, y mientras Francesca y ella se contaban lo que habían hecho en el día con un vaso de limonada y un trocito de bizcoche casero, por fin pudo sentirse libre para volver a la casita de invitados.

El día había sido caluroso, pero con una agradable brisa que les había permitido pararse a disfrutar del paisaje. Aun así, se sentía cansada y mentalmente agotada, además de nerviosa por tener que volver a ver a Gabriel. Bajo la tensión que le había generado caminar por el campo de minas e intentar no mentir, el recuerdo de Gabriel de pie en la puerta de su habitación, mirándola con esa expresión velada e ilegible, con su belleza física al desnudo… No había conseguido desprenderse de la imagen. Y, para colmo, se recordaba también a sí misma, con aquel pijama que era casi el equivalente a nada, como mostrándose, expuesta…

Haciendo una mueca, abrió la puerta de la casita. Gabriel estaba en el despacho, sentado a la mesa que quedaba de frente al pequeño vestíbulo de entrada, y alzó la mirada al verla entrar. De pronto dejó de estar cansada, pegajosa y mentalmente agotada para sentirse alerta en todos los sentidos y cargada de energía.

Al verla, Gabriel sintió que el latido de su corazón aceleraba y que una erección se gestaba bajo sus pantalones, totalmente contraria a lo que tenía en la cabeza y a todos los sermones que se había estado dando a lo largo del día.

Aquella mujer no estaba disponible, y era una vergüenza que la estuviera calibrando a esa luz, pero es que le era imposible olvidar la impresión que le había causado la noche anterior. Verla como la había visto le había puesto tan caliente como hacía muchísimo tiempo que no lo estaba, lanzándolo casi a la adolescencia, al muchacho que fue con demasiadas hormonas rampando por su cuerpo y sin la madurez suficiente para controlarlas.

No es que fuera en aquel momento prácticamente desnuda como la noche anterior, pero aun así sintió el mismo calor.

–Estoy trabajando –dijo con brusquedad.

–Yo…

Gabriel se sintió de inmediato como un bastardo. ¿Acaso era culpa de Jennifer que su cuerpo estuviese descontrolado? No. Tanto si había intercambio de dinero como si no, ella estaba allí haciéndole un favor. Se levantó de la silla, la apartó y se acercó a ella.

–Perdona, Jen.

Olía a sol. Traía las mejillas sonrosadas y el pelo que seguramente salió de casa perfectamente peinado en una coleta volvía alborotado enmarcando su cara y sintió un deseo loco de apartarle los mechones, sujetarlos detrás de las orejas y abrazarla. Sus ojos parecían más azules que de costumbre, sus pestañas más oscuras y sus labios más carnosos y rosas.

–He vuelto hace poco más de una hora –explicó–, y estoy liado con un par de asuntos espinosos.

–Vale.

–Cuéntame qué tal te ha ido el día. O igual prefieres irte directa a la ducha. Hace calor fuera.

Estaba claro que se sentía incómodo, siendo como era siempre él, inmune al nerviosismo. Pero parecía algo ansioso. Evitaba mirarla directamente y se tocaba el pelo. Solo podía haber una razón para esa forma de actuar, y era que se sentía avergonzado. Apurado por haberla pillado en la nevera casi desnuda. Mortificado por ella. Igual incluso había sentido cierta repulsa, aunque nunca se había mirado a sí misma en ese sentido físico estando con él.

Sintió un escalofrío al imaginar cómo reaccionaría si tuviera la más remota idea de los pensamientos lascivos que la habían asaltado desde que lo había visto con tan solo una toalla. La mejor solución sería volver a la familiaridad que siempre habían tenido y recuperar la normalidad.

–¿Qué intentas decirme? –bromeó–. ¿Que vengo sudada como un pollo? –Se acercó a la nevera, bebió un trago largo de agua y se volvió a mirarlo con una alegre sonrisa–. Ya sabes que las damas tenemos un ego muy frágil. La verdad es que hacía mucho calor,

pero nos hemos sentado muchas veces para que tu madre no se agotara.

–¿Qué tal ha ido? –preguntó, acomodándose en el sofá de la zona de estar y esperando que ella lo siguiera.

Así estaba todo mucho mejor.

–La verdad es que ha sido muy estresante –le confió con un suspiro.

–Cuéntame.

Jennifer se acomodó en el sofá y cruzó las piernas estilo indio.

–Pues te diré que habría preferido irme a trabajar con Roberto, aunque no tengo ni idea de negocios. Me ha hecho un montón de preguntas sobre nosotros. Quería hablar de sentimientos y de amor, y de cuándo nos dimos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro.

–Suena un poco horrible. Me imagino que habrás esquivado las preguntas escondiéndote detrás de vaguedades, ¿no?

–¿Qué otra cosa podía hacer? Está entusiasmada, Gabriel. Casi que ya está planeando la boda. A finales de esta semana, tendrá elegidos los nombres de los nietos.

–¿Le has dejado caer que puede haber un par de escollos en el camino?

–Lo he intentado. He hablado de pasada de tu adicción al trabajo y la clase de vida que llevas, pero no sé si ha querido escuchar porque me ha contestado diciendo que los opuestos se atraen, y que Dios los cría y ellos se juntan. Me extraña que no me haya dicho que la ausencia aviva el cariño.

–No te preocupes. Cuando pase esta semana y la vida recupere su rutina, empezará a ver las grietas.

–Eso espero.

–En cualquier caso, ya es tarde para hacer otra cosa que no sea esperar a ver qué pasa. Lo importante es que su salud mental mejora día a día. Hasta ha empezado a usar el móvil de última generación que le regalé para enviarme fotos de los sitios que habéis visitado hoy. Creía que lo tendría olvidado en el fondo de un cajón.

–Estoy empezando a pensar que tu madre es mucho más lista de lo que nos imaginamos –suspiró–. De alguien habrás heredado tú esa vena calculadora.

–Sí, pero puede que no sea de mi madre. Mi padre era un timador de primera, un bastardo guapo que se arrimaba por dinero, se hacía con tu casa y se largaba con la cubertería de plata.

Se miraron el uno al otro y Jennifer enrojeció. Había una dureza, un filo cortante en sus palabras que no había escuchado nunca antes, pero duró un instante.

–¿Por qué dices eso? Me refiero a lo de que mi madre sea calculadora.

–Puede que «calculadora» no sea la palabra más adecuada. –Lo miró sin pestañear unos segundos. Era un hombre muy complejo, con una profundidad oculta por la que sentía una curiosidad que nunca antes había experimentado–. Puede que sea agudeza mental entrelazada con ternura y afecto, pero es solo una sensación. Por ejemplo, me ha dicho de pronto que todo el mundo experimenta dudas en lo que se refiere a las relaciones, pero que, aunque yo pueda tenerlas, no debo dejarme influir por ellas porque tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Casi como si me estuviera preparando en caso de que encontrara razones para romper.

–¿No crees que es cosa de todas las madres hablar así?

–Solo el día de la boda, cuando te encuentra distraída junto a la ventana preguntándote si puedes saltar por ella en caso de que hayas cometido un error. Es un discurso que no se da cuando una relación acaba de empezar.

–La agudeza de mi madre tiene sus límites –dijo, levantándose y mirándola con una expresión distante–. Por buenas que sean sus intenciones, no creo que pueda ponernos unas esposas y obligarnos a llegar al altar.

–No –corroboró, pero no acertó a continuar. Había algo flotando en el aire, una especie de pulso eléctrico que dificultaba la conversación entre ellos, siempre tan fluida–. Gabriel, ¿va algo mal?

–¿Mal? ¿Qué quieres decir con que si algo va mal?

–¿Lo ves? Precisamente eso.

Lo miró frunciendo el ceño, molesta porque estuviera siendo obtuso, y por no estar segura de si era deliberado o no.

–No te sigo.

–¡A esa actitud tuya me refiero! –exclamó, mirándolo, y no pudo evitar una respuesta física a una masculinidad que nunca antes había penetrado en su conciencia–. Mira –empezó, intentando sonreír–, ¿he hecho algo que te haya molestado? Sé que estamos en una situación inusual, y que… que no estamos acostumbrados a… –señaló a su alrededor, pero sin dejar de mirarlo–… a estar así, pero fuiste tú quien dijo que compartir este espacio tenía algunas ventajas, ¿no? Que podíamos relajarnos lejos de miradas ajenas y ser nosotros mismos, pero es que ¡no estamos siendo nosotros mismos!

Un espeso silencio recibió sus palabras.

–Sí, lo dije –admitió de mala gana, y le dedicó una sonrisa a medias decidiendo pasar por alto lo que le había lanzado sobre el cambio en su trato–. Es verdad que estar aquí apartados tiene cosas buenas, pero igual…

–¿Igual, qué?

Gabriel la miró dubitativo. ¿Debía compartir con ella la preocupación que le rondaba por el hecho de tener un espacio para los dos? Y, en caso de hacerlo, ¿qué preocupación sería esa? ¿Que le preocupaba no ser capaz de apartar los ojos de ella, en particular después del encuentro en la cocina? No. Imposible. No sabía de dónde provenía aquella pérdida repentina de control, pero no se iba a exponer a que se divirtiera a sus expensas.

–Pues que igual deberíamos acortar la estancia aquí. No es necesario que nos quedemos otra semana. Con un par de días más de trabajo, puedo organizar alguna excusa para volver a Inglaterra.

–¿Y tu madre? Sería una pena viendo lo bien que le está sentando estar aquí. Se lleva de maravilla con Luisa y Roberto. Puede que sea porque no conocen su pasado y es como empezar de cero un capítulo nuevo. No sienten lástima por ella como seguramente les pase a sus amigas, y por eso se siente con libertad para ser ella

misma, mostrarse vulnerable después de lo que ha tenido que pasar, pero sin suscitar compasión bienintencionada. Es una mujer muy orgullosa.

–Algún día vas a hacer que un tío sea muy afortunado por tenerte como esposa.

–¿Qué quieres decir?

–Pues lo que he dicho –resumió. Tenía que cortar de raíz la extraña atracción que había empezado a acuciarle. Reestablecer los límites. Ella estaba bien, pero él no, y si verbalizaba el camino que debían tomar sus pensamientos, quizás el cuerpo escuchara–. Mírate –continuó sincerándose–. No querías hacer esto, y estás aquí. Incluso ahora que te he dado la posibilidad de que dure menos, sigues teniendo en mente el bienestar de mi madre. Te lo agradezco, Jen. Eres única.

–Gracias.

–Lo digo en serio, Eres considerada y atenta, y siempre estás dispuesta a anteponer a los demás.

–Gracias, Gabriel. No tenía ni idea de que me creyeras una santa, aunque en realidad no sea esa persona.

–Sí que lo eres. Por eso te digo que estás destinada a casarte con un buen hombre, un tío decente que te aprecie en lo que vales –se rio–. Yo estoy hecho para una mujer dura como el hierro.

–¿Por qué dices eso?

–Lo sabes perfectamente. ¿Después del ejemplo de mi padre? Fue como un curso rápido de por qué el amor y el matrimonio no son para mí. Mucha gente proviene de un hogar roto y sigue creyendo que con desear que el amor funcione es suficiente, pero afortunadamente ese no es mi caso. –Pensó en el dolor de haber encontrado a su padre para que lo rechazase, apartándolo de su lado, mostrándole el rostro cruel de la indiferencia de un progenitor. La esperanza, al igual que el amor, solo acarreaban dolor y pérdida–. Aunque tendrías que darle unos cuantos consejos para que supiera cómo hacer feliz a mi madre.

–O también –respondió poniéndose de pie, dispuesta a poner fin a una conversación que no es que fuera ofensiva, pero lo parecía–, podrías echar la red en un territorio un poquito más amplio e

intentar encontrar alguien que esté menos interesado en recibir y más en dar. Con eso lo conseguirías todo, y no dependerías de que recibiera clases sobre cómo ser un ser humano decente. ¿Cuál es el plan para esta noche? ¿Vamos a ir a algún sitio a cenar? ¿Vendrán Luisa y Roberto o saldremos solos los tres?

La tensión se palpaba en el aire, pero Gabriel la agradeció. Sabía mucho mejor cómo lidiar con un poco de tensión que con lo que fuera que le estaba estrujando la libido y disparando su imaginación.

–Luisa ha ayudado al chef a preparar pasta casera, o mejor dicho, le ha dado órdenes de cómo tenía que hacerla como a ella le gusta. Roberto me ha contado que está convencida de que nadie sabe hacerla como ella, y está decidida a mostrarnos su habilidad. Además, imagino que mi madre estará muy cansada después de las actividades de hoy, ¿no?

Con su díscolo pensamiento ya bajo control y con la perversa satisfacción de haberle tocado la fibra a Jen, Gabriel la observó atentamente. Tenía las mejillas arreboladas y el pelo revuelto. El vestido que llevaba, que era suelto y no revelaba nada, se pegaba igualmente a sus curvas, a sus caderas redondeadas, a sus pechos, a sus piernas largas.

–Creo que voy a seguir un rato más trabajando –dijo, casi entre dientes–. Así puedes tener el baño a tu disposición durante un rato. ¿Te parece bien que nos veamos donde Roberto dentro de un par de horas?

–Perfecto.

–Ah, y otra cosa. Si estamos compartiendo esta casa, ayudaría que también pareciera que compartimos dormitorio. Mi madre se pasará por aquí en un momento u otro, y se quedaría de piedra si viera que cada uno duerme en una habitación.

–No lo había pensado.

Y no lo había hecho. Estaba tan absorta intentando controlarse que los pequeños detalles como ese le habían pasado desapercibidos.

Se imaginó sus cosas más íntimas colocadas junto a las de él y un calor lento se le fue extendiendo por el cuerpo. Él ya había pasado a otra página. Tenía la cabeza puesta en el trabajo.

–¿Y qué sugieres? –le preguntó.

–No tiene que ser nada dramático. Unas cuantas prendas aquí y allá, y por supuesto que tu cama esté siempre hecha a la perfección para fingir que somos lo que se supone que somos: dos personas que comparten cama. Puede que esté chapada a la antigua, pero no pienso que el siglo veintiuno haya pasado sin rozarla. No creo que le dé por buscar pruebas estilo forense de lo que hacemos aquí, pero mejor prevenir que curar.

–Vale. Montaré el escenario antes de salir, ¿te parece?

–Perfecto. Yo estaré en el despacho con la puerta cerrada. Nos vemos en un par de horas.

–Gabriel…

Ya iba hacia el despacho, pero se detuvo para mirarla por encima del hombro.

–¿Sí?

«Es que no eres el mismo de siempre. ¿Qué te pasa? ¿Tan desagradable fue para ti verme en pijama?

–Nada. Nos vemos luego.

Gabriel echó un vistazo rápido a la casa antes de ir en busca de su madre, Jennifer y los anfitriones.

Salió del despacho sabiendo que ella se había ido una media hora antes, y comprobó que había dejado estratégicamente unos zapatos en su dormitorio y un par de camisetas dobladas sobre la cómoda.

Eran poco más de las siete y las sombras comenzaban a crecer. La vasta extensión de viñedos estaba bañada en suaves tonos ocres y la última luz del sol iluminaba los caminos de adoquines que se entrecruzaban en las viñas y acababan desapareciendo tras la silueta imponente de los cipreses. Fuera de la casa había farolillos que iluminaban el patio y que se mecían en la brisa suave del atardecer.

El problema de su libido desobediente seguía presente en su pensamiento y dudó unos segundos al llegar ante la puerta principal,

la mano lista para llamar. ¿Cómo solucionarlo? Racionalizándolo. Siendo consciente de que ella estaba allí por el bien mental y la salud de su madre. Para Jen, era un trabajo. Una transacción comercial por la que le estaba pagando, aunque hubiera tenido que insistir para que aceptara. Entraría allí, comprometido al cien por cien con la farsa de tener una relación, y restablecería el sentido común. Y aquella incómoda e inexplicable atracción quedaría encerrada en su caja para no volver a salir jamás.

Con la determinación por bandera, llamó a la puerta y una de las personas que había contratado para que ayudara durante el tiempo que iban a estar allí le abrió y lo acompañó al salón.

Jennifer oyó acercarse a Gariel antes de que llegase a la puerta, alertada por una especie de sexto sentido que desconocía poseer y que se había activado por cuenta propia. Estaba sentada de espaldas a la puerta con una copa de *chianti* en la mano charlando con Roberto sobre la producción vinícola.

En el sofá que quedaba enfrente, Francesca y Luisa charlaban como si fueran viejas amigas, y viéndola así pudo comprender por qué Gabriel y ella hacían lo que estaban haciendo. Había pasado casi una hora con Francesca antes de unirse a Luisa y Roberto, y la verdad es que estaba feliz. Había recuperado el color en las mejillas y la luz en la mirada. No solo se debía al hecho de que creyera que su hijo iba a sentar la cabeza con alguien a quien ella quería, sino también el hecho de estar allí, lejos de lo que le recordaba la fragilidad de la vida, lejos de una vida social que había abandonado y lejos de sus dudas y sus ansiedades. Estaba segura de que volvería a Inglaterra siendo otra.

Notó la presencia de Gabriel a su espalda antes de sentir el peso de su mano en un hombro a modo de caricia y el roce de su aliento al inclinarse para besarla en el cuello.

–¿Has tenido un buen día, cariño? –se interesó.

Jennifer, sonrojada, se giró para mirarlo mientras él acercaba una silla a su lado. Cuando se sentó, sus rodillas se rozaron y Jen sintió que la boca se le quedaba seca al ver sus piernas bajo el fino tejido

de sus pantalones. Rápidamente subió la mirada, primero a la curva deliciosa de su boca y después a sus ojos oscuros dibujados por aquellas pestañas de un largo imposible.

–Eh… sí, cariño. Ya te he dicho que hemos tenido un día fabuloso, ¿verdad, Francesca?

Necesitó humedecerse los labios cuando Gabriel le puso la mano en la rodilla, taladrándole un agujero en el vestido. Cuando le rozó la piel justo al borde del tejido, creyó que combustionaría.

Francesca se había lanzado a un relato pormenorizado de su día que Jennifer oyó a medias mientras intentaba mirar a cualquier parte menos al hombre que estaba destrozando su sistema nervioso.

Se levantaron poco después con el anuncio de que la cena estaba lista… y entonces su brazo pasó a sus hombros. Se acomodaron a la mesa… y sintió su mirada clavada en su perfil como si fuera la mujer más fascinante del planeta. Se unió a la conversación, y la mano de Gabriel se posó sobre la suya para dejar una leve caricia. Pidió la sal, y él la miró a los ojos antes de acercársela.

¿A qué estaba jugando? Bueno, sí que sabía cuál era su juego: proyectar la imagen de pareja enamorada a la que se habían comprometido. Todo era mentira, irreal, postizo. Ya no eran los amigos de siempre.

Ser consciente de ello le produjo una tristeza que se esforzó por ocultar durante toda la velada detrás de una sonrisa. Se aseguró de charlar y reír en los momentos adecuados, aun cuando sentía un nudo en el estómago. ¿Volverían las cosas a la normalidad cuando todo aquello terminara?

Francesca fue la primera en retirarse, inmediatamente después de los postres, y Gabriel rechazó educadamente la invitación de los anfitriones a tomar una copa.

–Mañana nos espera otro día muy cargado –dijo, dándole la mano a Jennifer para caminar hasta la puerta–. Voy a visitar otros dos viñedos más para ver sus métodos de producción.

–¿Y la competencia está dispuesta a enseñártelo? Muy generoso por su parte –comentó Jennifer.

–Te sorprenderías del poder del encanto y la persuasión –repuso Gabriel con el aplomo al que ella se había acostumbrado a lo largo

de los años–. Ya he comenzado a confeccionar mi lista de contactos y a trabajar en cómo podemos beneficiarnos los unos a los otros, como en una gran familia. Trabajar juntos siempre es mejor que hacerlo solo –concluyó.

Jennifer hizo una mueca y él sonrió. Por un segundo habían vuelto al lugar que ella conocía y amaba, pero, en cuanto salieron, su mano bajó, y la distancia volvió a hacerse palpable.

Una vez de vuelta en la casa de invitados, Gabriel abrió y ella entró, pero no se dirigió de inmediato a su alcoba como quería hacer, sino que se dio la vuelta con los brazos cruzados para enfrentarse a él.

–¡Estás raro! –explotó, furiosa.

–¿Qué? ¿Cómo que estoy raro?

Gabriel la miró replicando su furia, pero consciente de que su enfado no se dirigía a ella, sino a sí mismo. Estaba furioso por haberse pasado la noche interpretando un papel con la esperanza de no olvidar que aquello era precisamente eso, una interpretación. Tocarse. Mirarse. Pero su cuerpo seguía reaccionando, activándose, respondiendo…

Incluso en aquel momento la veía tan hermosa. Nunca la había visto furiosa con él y era algo espectacular. Esa furia. Esa fiereza.

–¿Y bien?

En aquel momento, la tentación fue más fuerte que el sentido común, y se acercó a ella hasta que quedó a centímetros de su cuerpo. Sentía el calor que emanaba de él, el perfume que llevaba, sus ojos azules, la curva de su boca de labios generosos.

–¿Quieres saber qué es lo que me molesta? Tú, Jen. Tú eres lo que me molesta, ¿y quieres saber por qué?

Sí que quería saberlo. Estaba claro. Su respiración se había quedado en suspenso y tenía los ojos muy abiertos. Jen lo deseaba. Lo deseaba tanto como él a ella. No había retrocedido ni un centímetro, sino que se acercaba a él como la mariposa a la llama, tanto si era consciente de estarlo haciendo como si no.

–No tengo ni idea de qué hablas.

–¿Quieres averiguarlo?

La respuesta estaba allí, en el color que había subido a sus mejillas, en sus labios entreabiertos, en la sutil dilatación de sus pupilas.

–Te lo voy a mostrar –masculló.

Y poniendo una mano en su nuca, la acercó a su cuerpo y la besó.

Capítulo 7

El desconcierto se apoderó de ella cuando sintió su boca de labios fríos y firmes. No duró mucho, porque enseguida quedó reemplazado por la certeza de que aquel momento era lo que había estado esperando, aunque no tuviera sentido. Gabriel era la elección equivocada, completamente equivocada, de la que ella debería estar huyendo, interponiendo todo un océano de agua clara entre ellos.

Sin embargo, no fue eso lo que hizo, sino que le rodeó el cuello con los brazos para pegarse a él y devolverle el beso con urgencia. Sus lenguas se enredaron y ella contuvo un gemido de placer. Pero su boca no bastaba. Quería más de él, quería que él reclamase más de ella.

–Jen… –murmuró Gabriel en voz baja, separándose mínimamente de ella, sin dejar de mirarla a los ojos o de acariciar su nuca.

–Lo sé –exhaló ella, conteniéndose para no acariciarle la cara. Lo conocía tan bien y, sin embargo, en aquel momento, sintió que había tanto por descubrir.

–Yo no pretendía que pasara esto. Suelo poder confiar en mi autocontrol.

–Es una mala idea, sí –corroboró ella, pero sin dejar de desear acariciarlo, y dado que Gabriel no se había separado, se imaginó que sentía lo mismo.

A pesar de que, de verdad, era una mala idea. Terrible, de hecho. Eran amigos, y aquel beso no podía estar más lejos de la amistad. No era nada, no significaba nada, y se aseguraría de que así fuera, porque ella quería todo lo que él no podría dar jamás.

–Terrible –añadió.

–Es capital que nos alejemos de lo que narices sea esto y olvidemos que ha ocurrido.

–Por supuesto. Sin embargo…

–Háblame.

–Sé que es lo que debemos hacer, pero…

–Piensa antes de seguir –musitó–. Estoy en una posición en la que jamás esperé encontrarme, y en la que no he estado nunca antes, y, por primera vez en la vida, no… yo no sé…

–¿Qué?

–No sé predecir el resultado.

–¿Y eso es malo?

–Para mí, sí.

–Entiendo.

Jen suspiró. Era obvio que aquella era una situación que había que haber impedido a toda costa, pero sin poder evitarlo le lamió la barbilla, el pliegue de la boca…

Con un gemido de abandono, Gabriel la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio. Abrió con el pie y la dejó sobre la cama.

La ventana estaba abierta, con lo que la luz plateada de la luna iluminaba la estancia y perfiló a Gabriel de pie junto al lecho, quieto durante unos segundos. ¿Estaría pensándoselo mejor?

El corazón se le paró al ver que empezaba a desnudarse, pero a pesar de las dudas, se apoyó en un codo para contemplarlo. Sus movimientos eran lentos y deliberados, y no había dejado de mirarla a los ojos ni un segundo.

–¿Disfrutando con las vistas?

–Solo un poco.

–Vaya por Dios…

Viéndola así, recostada en su cama, con la melena suelta cayendo sobre las sábanas, con aquellas curvas tan sensuales a la vista, Gabriel se sintió en paz, lo que no dejaba de ser curioso.

La relación de toda la vida, la amistad que siempre había valorado, debería hacer que la situación fuese extraña, pero, por algún motivo, resultaba natural. ¿Encajaría en la definición de amigos con derecho a roce? Nunca se había planteado la viabilidad de semejante relación, pero en ello estaban y, sí, le resultaba… natural. Quizás

fuera por la libertad de saber que estaba con una mujer que lo entendía y que sabía perfectamente de dónde venía.

Jennifer no esperaba nada de él. No buscaba amor y compromiso. Sabía lo que pensaba a ese respecto. Podía ofrecerle su cuerpo, pero su corazón estaría a salvo de él. ¿Sería esa la razón de que se sintiera tan liberado, plantado allí, ante su mirada perezosa y llena de curiosidad? Liberado y excitado como no lo había estado nunca antes.

Dejó caer la camisa al suelo, fue hasta la ventana y cerró los postigos, con lo que la luz de la luna quedó fuera y sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la repentina oscuridad.

–Te toca –le dijo, acercándose de nuevo a la cama.

Jennifer se levantó y se acercó a él. Era algo más bajita, pero no mucho.

–Pensándolo mejor –añadió–, prefiero hacer yo los honores.

Tomó sus manos en las suyas y, antes de empezar a desnudarla, la besó de nuevo, larga y dulcemente.

Sintió un suspiró de Jen como una caricia.

–¿Estás segura de esto?

–Nunca he estado antes tan segura de algo.

–¿Aunque no tenga sentido?

–Me estoy dejando llevar por la corriente.

–Por lo menos no te haces ilusiones.

–No me las hago –respondió, besándolo en el cuello, lamiendo su sabor a sal–. Y deja ya de hablar.

–A sus órdenes.

Comenzó a desnudarla muy despacio, y a cada porción de piel que se revelaba, se iba excitando más y más. Cuando quedó ante él en bragas y sujetador, deslizó las manos por sus hombros y sus brazos, como si fuera un ciego que quisiera guardar en la memoria cada centímetro de su cuerpo.

–Eres preciosa, Jennifer –dijo con voz ronca.

–Te agradezco el halago, pero no es necesario, Gabriel, de verdad.

–¿Qué quieres decir?

Llevó las manos a sus costados, a su cintura, saboreando por adelantado el placer de llegar a sus senos, a sus piernas, a lo que le

aguardaba entre ellas.

–No es necesario que pases por ese capítulo.

Gabriel frunció el ceño.

–¿Ese capítulo?

–Sí, la parte de cortejo.

–No es cortejo. Es que de verdad eres preciosa, Jen –dijo, y volvió a besarla, interrumpiéndose brevemente para añadir–: y… –le lamió la boca–… esto no es –su respiración en la oreja acompañada por la humedad de su lengua–… un cortejo –sonrió mirándola–. Haces que parezca superficial.

–Ni se me ocurriría.

–Algo que no hago nunca es mentir. Si te digo que eres preciosa, es que lo eres.

–Que no miente, dice el hombre que me ha convencido para que finja estar saliendo con él por el bien de su madre.

–*Touché*, pero eso es una mentirijilla sin importancia con la mejor de las intenciones. Además, en este momento ya no es tan mentira, ¿no te parece? ¿Y qué has dicho antes sobre que dejase de hablar?

Bajó despacio los tirantes del sujetador y contempló sin apenas respirar cómo sus senos quedaron al descubierto.

Había muerto y estaba en el cielo.

Las manos le temblaban cuando lo desabrochó y lo dejó caer al suelo con el resto de la ropa antes de tomar su seno generoso con las dos manos. Sus manos eran grandes, pero ni aun así podía contenerlo todo. Con los pulgares acarició sus pezones y gimió.

Su erección pugnaba por salir de los calzoncillos como una vara de acero. Sin dejar de besarla tomó su mano y la guio hasta su erección, pero tuvo que apretar los dientes cuando la sintió.

–No sé cuánto más voy a poder aguantar esto –gimió. Se deshizo de los calzoncillos a la velocidad del rayo y la empujó hacia la cama, en la que cayeron los dos en un tumulto de gemidos y risas.

No podía estar más de acuerdo con Gabriel. Estaba tan mojada que los muslos le resbalaban el uno contra el otro, y, Dios, sentir aquella erección gigante palpitándole en la mano… nunca había experimentado un deseo cegador como aquel.

A duras penas consiguió liberarse de las bragas antes de que él se colocase entre sus piernas y de que su pene quedara entre sus muslos, presionando contra ella, frotando su clítoris hasta volverla loca de deseo. Arqueó la espalda y los ojos se le cerraron cuando volvió a besarla, pero no duró mucho. Sabía que iba a explorar su cuerpo y no podía esperar. La cabeza le dejó de funcionar cuando aquellos labios iniciaron un viaje en su cuello, lamiendo y mordiendo, antes de alcanzar un pezón. Sintió que Gabriel se relajaba en el trabajo y comenzaba a succionar, a acariciar el pezón con la lengua, y su cuerpo se electrizó. Aferrándose a su pelo, abrió las piernas del todo y se abandonó a lo que le estaba ocurriendo a su cuerpo.

Físicamente parecían la pareja perfecta. ¿Sería esa la razón de que se sintiera tan cómoda haciendo lo que estaba haciendo con él, aunque la lógica le gritara que estaba dando un paso muy peligroso?

Se revolvió y gimió mientras Gabriel seguía jugando primero con un pezón, después con el otro, tomándose su tiempo. Luego bajó una mano por su costado, cruzó por encima de su vientre en un contacto ligero como una pluma, pero decidido a llegar a la humedad que había en el centro de su cuerpo.

Se incorporó para poder reemplazar la mano con la boca. Jennifer se estremeció. La excitación creció y creció hasta alcanzar casi el punto de no retorno justo cuando él se colocaba entre sus piernas, y cuando abrió el camino, estaba a punto de explotar. No podía respirar. Estaba tensa como la cuerda de un arco, pero dispuesta a recibir su boca. Cuando su lengua encontró su clítoris, abrió los ojos y la imagen con que se encontró, su cabeza entre los muslos, fue tan erótica que se olvidó de respirar y los cerró de nuevo, dejándose llevar por el ritmo de su lengua.

No iba a parar. Iba a llevarla al precipicio, y era lo que deseaba. No podría haberle pedido que parase aunque lo hubiera querido.

Cuando llegó el orgasmo, fue con tanta fuerza que le hizo gritar, arqueando el cuerpo contra su boca mientras los espasmos la sacudían sin control, y siguió y siguió hasta que quedó tan débil como un gatito.

–Debería haber esperado –se disculpó cuando Gabriel se tumbó a su lado–. Pero no lo siento demasiado porque ha sido increíble.

Gabriel tiró de su cadera para que quedaran mirándose.

–Me gusta el cumplido.

–Que no se te suba a la cabeza –respondió sonriendo, y lo besó en la boca.

–A mí también me ha gustado. Ha estado bien verte perder el control así.

–Ahora te toca a ti –dijo.

Sin apartar la mirada de él, bajó la mano y comenzó a acariciar su pene con un ritmo lento pero estable, viendo con satisfacción cómo apretaba los dientes para no perderse en el placer de lo que le estaba haciendo. Intentó que bajase el ritmo, pero ella lo apartó riendo.

Pero el control último lo tenía él, incluso cuando Jen sustituyó la mano por la boca o cuando se colocaron para poder darse placer mutuamente. El contacto de su lengua mientras lo saboreaba fue casi demasiado.

Cambió de postura, pero no dejó que él se incorporara para ir a por protección.

–Tomo la píldora –le dijo–, y no porque vaya de cita en cita buscando al príncipe azul, sino para regular mi periodo.

–Eso es mucha información –respondió, y pensó dos cosas a la vez: la primera fue que confiaba en ella. Si cualquier otra mujer le hubiera dicho lo mismo, aún así habría utilizado preservativo. Era un hombre muy rico. ¿Cómo saber si…? La segunda fue, en un pensamiento que casi no quiso reconocer, que se alegraba de que no anduviera de flor en flor. Nunca había pensado que lo hiciera, pero oírselo decir le produjo un placer inesperado.

La besó con ternura, y aquella vez hicieron el amor con menos desesperación, pero no con menos urgencia.

Intentó ir despacio, y lo consiguió, pero solo por los pelos porque entrar en ella y sentir cómo se cerraba en él sin la barrera de un preservativo fue casi insoportable. Se movió con cuidado al principio, esperando con paciencia a que ella reprodujera su ritmo. Luego fue entrando más hondo y más rápido hasta que no quedó nada dentro

de él aparte del rugido de placer cegador que le corría por las venas y que explotó en algo tan maravilloso, tan intenso que quedó agotado por completo y prácticamente cayó sobre ella antes de colocarse a su lado y cerrar los ojos por un segundo.

Los dos estaban agotados. Jen estaba tan sudorosa como él, tumbada en la oscuridad, con la mirada puesta en el techo, esperando una conversación que debían tener.

–Ha estado muy bien.

Fue ella la que rompió el silencio, girándose hacia él.

Gabriel sonrió sin volverse de inmediato a mirarla, experimentando un alivio tremendo al ver que parecía no haber incomodidad.

–¿Muy bien? –repitió, girándose–. ¿Podemos hacerlo mejor?

–Nueve de diez.

–¿Cómo hemos perdido el punto que falta?

–El diez sería la perfección, y eso no existe. Se lo digo siempre a mis alumnos.

Allí tumbada, notando el desenfado en su voz, supo que aquel era el modo correcto de enfocar lo que había ocurrido. Por dentro había un tumulto de emociones desestabilizadas, confuso, inquietante. Pero ya se ocuparía de ello más adelante, en la intimidad de su propia habitación, donde podría diseccionarlo y recomponerlo después de un modo que tuviera sentido. En aquel momento, lo importante era no olvidar que lo que para ella era desestabilizador y confuso podía no serlo para Gabriel.

Él era un hombre mundano y, por inesperado que fuera lo que acababa de ocurrir, al final del día no experimentaría las emociones en conflicto y no le apetecería pasar por una agónica sesión de preguntas y respuestas sobre lo que acababa de pasarles.

Ella, aunque había salido con unos cuantos hombres, seguía estando verde en cuanto al sexo. Para ella, lo ocurrido era algo grande. Enorme. Pero, por el momento, lo mejor que podía hacer era no darle demasiada importancia. Ser la adulta que él creía que era, aunque supiera que la verdad era otra. Lo importante era

deshacerse de aquella lujuria, que además tenía fecha de caducidad en su propia naturaleza.

Si todo se volvía raro e incómodo, sería el fin de su amistad.

–Bueno… –empezó, trazando círculos sobre su pecho–. Ya sabes lo que voy a decir ahora, ¿no?

–¿Qué? –preguntó, alerta.

¿Acaso esperaba que se volviera de pronto de esa clase de mujeres que intentaría atraparlo porque se habían acostado?

–Que se cometen errores –declaró con serenidad y compostura–. Creo que deberíamos pasar página y definirlo como la clásica aventura de una sola noche en vacaciones.

Aquello, pensó Gabriel, era exactamente lo que quería escuchar. Una aventura de una sola noche. La atmósfera los había empujado. Dos adultos que habían acordado rendirse a la tentación.

–¿Una aventura de una sola noche? –repitió.

–Exacto.

Fue a levantarse de la cama mientras él la miraba descontento.

–Espera. ¿Dónde vas?

–A mi habitación.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? Porque es donde duermo.

–Vuelve a la cama.

–Gabriel, los dos sabemos que esto no debería haber pasado, pero ha pasado, y no tiene sentido darle vueltas. Somos… tú eres… los dos somos amigos, y no…

–¿Amantes? Pues no es eso lo que me está diciendo el cuerpo. ¿El tuyo te dice otra cosa? ¿Te dice que solo somos amigos?

–No me refiero a eso.

–Anda, vuelve a la cama.

–¿Por qué?

–Porque sigo deseándote.

Sus palabras se quedaron en el aire vibrando, peligrosas, mientras la miraba en silencio. Quería tirar de su brazo, subirla a la cama y que se pegara a él, pero no sabía de dónde salía esa necesidad. En cuanto a mujeres, siempre viajaba ligero.

–Esto no tiene que ver con el deseo.

–No me puedo concentrar si te quedas ahí de pie buscando tu ropa. Quiero volver a hacerte el amor.

Jennifer sintió de nuevo la humedad entre los muslos al llenársele la cabeza de imágenes eróticas, de caricias y de la respuesta de su propio cuerpo.

Gabriel la deseaba, y solo por el modo en que lo había dicho, con la voz ronca, exigente, grave y profunda, pero también dubitativa… intentó guardar todos los pensamientos prohibidos en una caja, pero ahora que había abierto la tapa, saltaban por todas partes. Respiró hondo.

–Te estás comportando como un niño mimado.

–Lo sé. Vuelve a la cama y me riñes.

Ella lo miró frustrada e impaciente, pero él daba palmaditas en el colchón a su lado y no había cosa en el mundo que desease más que ocupar ese espacio…

–No voy a… bueno, sí, pero no significa que vayamos a… a…

–¿A? ¿A disfrutar haciendo el amor hasta que no podamos más? ¿A volvernos locos el uno al otro hasta que perdamos la capacidad de pensar? ¿A hacerlo una y otra vez?

–Ya basta, Gabriel –le susurró, pero sus piernas, por voluntad propia, la estaban llevando a la cama. Suspiró de placer cuando él la apretó contra su cuerpo, cuando pudo sentir la firmeza de sus músculos y su abrazo rodeándola.

–Esto no es lo que habíamos planeado –protestó con poca convicción.

–Pero tampoco es un error, Jen, y creo que no es algo a lo que podamos dar la espalda y fingir que no ha ocurrido porque sí que ha ocurrido, y ya tendremos una conversación sobre lo que vayamos a hacer al respecto. Además, tenemos la bendición de nuestro futuro matrimonio, ¿no?

–Déjate de tonterías, que no tiene gracia.

–Sé que no la tiene, pero piensa en la única alternativa.

–¿Te refieres a la más razonable, que es que nos olvidemos de esto?

–La única que hay. Si intentamos fingir que no he hemos hecho el amor, ¿no crees que, cada vez que nos miremos, lo único que seremos capaces de ver será el elefante en la habitación? ¿Tienes idea de hasta qué punto será imposible volver a lo que teníamos antes, a la amistad de toda la vida? Habría demasiadas cosas pendientes entre nosotros. No sobreviviríamos.

–No digas eso.

–Sé que no deberíamos haber hecho lo que hemos hecho, pero es que mi cuerpo no está de acuerdo. Lo que mi cuerpo me está diciendo es que hacerte el amor ha sido una pasada de la que no lamento ni un segundo. ¿Y tú? ¿Lamentas algo? Y me refiero a lamentar algo que no tenga que ver estrictamente con el sentido común. Dime la verdad, Jen. Si eres capaz de decírmelo, intentaré dar media vuelta y hacer lo que me pidas, fingiendo que nunca ha ocurrido. Si de verdad crees que puedes ser capaz de vivir con ello, dímelo.

Sus palabras dejaron un rastro imborrable. Trató de imaginar cómo sería verlo sabiendo que habían hecho el amor, queriendo repetir, pero existiendo en un estado permanente y agónico de negación. ¿De qué podrían hablar cuando estuvieran solos? ¿Acabarían en un silencio extraño mientras buscaban qué decir, sabiendo que había algo que acechaba en el aire? ¿De qué tenía tanto miedo? Sabía que nunca se perdería por completo con aquel hombre. Conocerlo tan bien como lo conocía tenía sus ventajas. Jamás podría comprometer su corazón con un tío que tenía fobia al compromiso.

Cerró la mano en un puño y golpeó su pecho mientras decía:

–No me arrepiento –murmuró, indefensa–. Lo he disfrutado.

–Lo sé.

–Eres un engreído.

–Solo contigo.

–¿En serio?

Gabriel no contestó, sino que la besó lentamente, y sintió cómo se derretía en sus brazos. Tan intensa fue la satisfacción que

experimentó que se quedó desubicado. ¿Cuántas veces se podía hacer el amor en una noche? Incontables, al parecer, porque ya estaba sintiendo una nueva erección.

–Acabaremos por agotarnos el uno al otro, Jen, confía en mí.

–Por supuesto que sí. Lo sé.

Separó las piernas y dejó que la acariciara con su pene endurecido. Cerró los ojos y se aferró a sus hombros, mientras que Gabriel se perdía en la simple sensación de observarla.

–Y cuando eso ocurra –continuó–, todo esto quedará atrás.

–Lo sé. ¿Por qué sigues hablando?

Gabriel se echó a reír casi con timidez porque él tampoco sabría decir qué le empujaba a seguir hablando. Jen tenía las mejillas arreboladas, los labios entreabiertos y los ojos cargados de deseo. En un momento así, no tendría que haber palabras.

–Buena pregunta. Igual me estoy volviendo como esos tíos que escriben poesía y abrazan árboles.

–Menuda sorpresa sería.

–Solo quiero asegurarme de que estamos en la misma página. Sé que…

¿Qué? ¿Qué sabía? Jen parecía perfectamente satisfecha con su decisión. ¿Desde cuándo era él de los que analizan una situación que no lo requiere?

–Sé que –continuó– tú no eres así. Que no sueles acostarte con un hombre si no hay posibilidad de una relación como la que tú quieres. Es que no quiero que puedas… bueno, que te pueda hacer daño. Yo tengo experiencia y sé manejar esta clase de situaciones, pero…

–¡Gabriel, por Dios! ¿Quieres dejarte de advertencias? –se impacientó–. No estaría aquí si no quisiera, o si temiera sufrir después. ¿Quién decidiría empezar algo que sabe que al final le va a hacer daño? Tienes razón en lo de que necesitamos quitarnos esta fiebre para que después sea como una gripe que hayamos superado. Cuando eso ocurra, le diremos a tu madre que se ha terminado, y no estaremos mintiendo. Será de verdad, y volveremos a ser los amigos que siempre hemos sido.

Capítulo 8

Me siento fatal, Gabriel. ¿Tú también?

Jennifer hablaba sin mirarlo. Estaba sentada junto a Gabriel en una heladería en una de las muchas y encantadoras plazas que tenía la ciudad que habían decidido visitar aquel día. Ambos miraban a la gente pasar.

–No puedo decir que me sienta particularmente mal en ese momento.

–Es el tercer día que abandonamos a tu madre para irnos por ahí.

–Prefiero pensar que es el tercer día que nos ha echado de casa porque no quiere estorbar a los tortolitos.

Y como tortolitos se estaban comportando. Iban a seguir con lo que tenían hasta que se les pasara la fiebre y, mientras, disfrutarían el uno del otro sin una sola atadura.

–¿De qué otro modo podríamos lidiar con lo que hay entre nosotros? –había preguntado en voz baja un par de noches atrás, estando el uno en los brazos del otro, agotados y con la luz de la luna proyectando sombras sobre la cama–. Yo soy feliz, tú eres feliz, mi madre es feliz. Una gran familia feliz.

Jennifer no podía estar más de acuerdo con esa conclusión. Lo estaba pasando de maravilla. Siempre se había considerado una persona que sabía disfrutar de la vida, pero nunca hasta aquel extremo. ¿Cuándo se había sentado en la *piazza* de una ciudad encaramada en lo alto de una colina, desde la que se podían contemplar las viñas, los huertos de olivos y los campos que se extendían hasta un horizonte sin límites bañado por el sol?

Extendió un brazo y tomó su mano antes de mirarlo. El sol había pronunciado el moreno de su piel, iba vestido con un polo gris claro

y pantalones de lino y zapatos de verano. Elegante, como siempre, y muy muy caro.

–¿Vas a echar de menos estar aquí? –le preguntó.

–¿En la Toscana?

–Me refiero al hecho de estar sin hacer nada. Apenas has trabajado en los últimos días.

Jen tenía la cara vuelta hacia el sol, los ojos ocultos tras las gafas de sol. Llevaba una falda de vuelo fina, un chaleco ajustado y una gorra de béisbol, y nunca había estado más *sexy*.

Gabriel frunció el ceño. ¿Era cierto lo que decía? Había trabajado un poco aquí y allá, pero lo cierto era que el sexo lo había ocupado todo. No podía recordar la última vez que eso había ocurrido, y no estaba seguro de si le gustaba. O quizás lo que de verdad pasaba era que no lo entendía.

–¿Cómo iba a poder ponerme a trabajar, si se supone que estamos locamente enamorados? Quedaría fatal si me limitara a dar los buenos días y desapareciera para ponerme a trabajar. ¿Qué hombre querría tener a su futura esposa dándole la brasa?

–Me debes estar confundiendo con otra, Gabriel. Yo no soy la clase de mujer que da la brasa.

–¿Cómo lo sabes, si no has estado casada con un tío que se pase media vida en la oficina delante de un ordenador?

Empezaba a caer en la cuenta de que, sin ser consciente de ello, había empezado a caer en la domesticidad. Le gustaba sentir que dormía a su lado y, cuando se levantaba por las mañanas, se quedaba mirándola un momento antes de ir a preparar un café para dos. Aquella idea le estaba resultando inquietante.

Jen se volvió hacia él. Tenía una manchita de chocolate en un lado de la boca, e instintivamente sacó una servilleta del servilletero y se la limpió, y ella acabó el trabajo lamiéndose la zona.

Le agradó ser consciente de que su primera reacción al ver la lengua había sido pensar en sexo. Y eso entraba dentro de su zona de confort.

–Supongo que –contestó ella a su comentario anterior– vivir en la oficina, quizás durmiendo en un sofá cama, mientras que la esposa agobiante y latosa espera tras las bambalinas, es tu idea del matrimonio –sonrió–. Pobre de la que se te acerque si tu actitud es esa. Pero, aparte de eso, no entiendo por qué no quieres correr el riesgo de buscar una persona que encaje contigo.

–Ya hemos hablado de ello.

–Sí, pero considéralo desde mi punto de vista: los dos estamos aquí, y, siendo que nuestra relación no es de verdad, no has mirado el ordenador desde hace no sé cuánto tiempo.

–La variedad es la sal de la vida. Y es culpa tuya por ser tan tentadora.

–Puede que sea solo diferente, si la variedad es la sal de la vida –replicó.

–Yo no me siento acorralado por ti –dijo Gabriel unos segundos después–. Tú me conoces, y sabes cuáles son mis reglas básicas. Por eso he querido que fueras tú quien me ayudara. Por eso te elegí. Y ahora que estamos durmiendo juntos, sigo sin sentirme acorralado contigo.

–Entonces es posible que…

–¿De qué estás hablando?

–Pues que, si te sientes libre conmigo y no en peligro de quedar acorralado por alguien que quiere pegarse a ti como una lapa, también podrías sentirte así con otra persona. Y si añades amor y afecto a la mezcla… bueno, pues ahí lo tendrías.

–¿El qué?

–No te hagas el loco.

–La vida no es tan fácil, Jen. Puede que para ti lo sea, pero para mí no. Tú perdiste a tu padre cuando eras niña, pero recuerdas perfectamente cómo era una relación sana entre tus padres.

–Sí, pero…

–Yo me marché de casa cuando tenía trece años.

–¿Qué?

Jen se volvió a mirarlo con los ojos de par en par. Nunca se lo había contado. ¿Cómo era posible que no lo supiera? Ser consciente de semejante secreto le dolió, aunque sabía perfectamente que Gabriel era un hombre muy reservado para sus cosas y que seguramente habría otro montón más que no sabría de él. Sin embargo, estar allí los dos había propiciado una cercanía entre ellos que le había hecho pensar que… ¿Qué? Se humedeció los labios e intentó frenar la avalancha de pensamientos que se le escapaban como humo en el aire.

–¿Te fuiste de casa?

Se quitó las gafas de sol y se incorporó en la silla. El trajín de la plaza dejó de interesarle, y las risas y las charlas en voz alta. La música del músico callejero que tocaba su instrumento junto a los puestos del mercadillo pasó a segundo plano.

–¿Y para qué te fuiste? ¿Te refieres a un viaje con el colegio? No te sigo.

–Me pareció que era buena idea tratar de encontrar a mi padre y ver qué se traía entre manos.

Aquellas palabras se quedaron suspendidas en el aire entre ellos, agotaron todo el oxígeno y dejaron una escena electrificada y sin aire.

Gabriel evitó aquella mirada penetrante, inteligente y curiosa de sus ojos azules.

No podría decir por qué había dicho lo que había dicho. Era algo de lo que nunca había hablado con nadie, pero tampoco lamentó haberlo hecho.

Dejó vagar la mirada aguardando la inevitable avalancha de preguntas.

–¿Y bien? –azuzó cuando Jen siguió callada.

–¿Bien, qué?

–Me ha parecido que lo que te he dicho te ha sorprendido.

–Pues claro –admitió–. Pero no voy a entrometerme ni a preguntar porque tengo la sensación de que acabarías lamentando habérmelo contado. Eres un hombre muy reservado y orgulloso, y por esas dos

razones creo que acabarías culpándome a mí por haberme confesado algo que preferirías haberte callado.

–¿Desde cuando eres una psiquiatra aficionada? –preguntó, pero con una nota divertida en la voz, y ella sonrió.

–Desde que doy clases a adolescentes con tendencia a tensar la cuerda para ver hasta dónde pueden llegar. A veces hace falta reflexionar un poco para devolverlos al camino correcto.

–¿Y es eso lo que estás haciendo? ¿Llevarme al camino al que quieres que vaya?

Jen se quedó seria.

–No. Estaba siendo sincera. Claro que siento curiosidad, pero eres tú quien tiene que decidir si quieres o no hablar de lo que fuera que pasó entonces, y no soy yo quien debe forzarte a compartirlo.

–No es que sea un secreto de estado –respondió, indolente, y Jen lo miró enarcando las cejas–. Vale, admito que no es algo que publique en el tablón de anuncios, pero, cuando echo la vista atrás, creo que fue una escapada juvenil comprensible.

Hizo una pausa y le pidió a un camarero que pasaba dos vasos de soda fría con limón, que era la especialidad del sitio en el que estaban, además de un plato de fruta fresca y unos *cornettos* de crema.

–Mi madre nunca me habló de mi padre. Su relación terminó, y todo quedó enterrado en silencio. –Le resultaba extraño el hecho de hablar de su pasado–. Yo era demasiado joven para recordar los detalles, pero no hubo discusiones ni gritos.

–Tu madre no es de ese estilo.

–Ya, pero su silencio cuando mi padre se largó dejó un vacío, y cuando me fui haciendo mayor, llené ese vacío con toda clase de especulaciones infantiles. Cuando cumplí los trece, llegué a la conclusión de que mi padre andaba por ahí, en alguna parte, y que quizás no le dejaban verme. O que, al menos, estaría desesperado por recuperar el tiempo perdido con su único hijo. Era fácil darle una pátina romántica a alguien del que nunca te han hablado y que participó en una situación que nadie te ha explicado.

Se recostó en su silla cuando les trajeron lo que habían pedido, y volvieron a quedar frente a frente mientras empezaban con la

comida.

–No me puedo creer que vaya a zamparme todo esto después del helado –protestó Jennifer–. Voy a volver a Inglaterra del tamaño de una ballena varada.

Gabriel se rio. Si no hubiera querido seguir con la conversación, su interrupción le habría ofrecido una ruptura natural, y sabía instintivamente que ella se habría guardado su curiosidad. Pero es que quería continuar.

–Averigüé dónde vivía. Fue fácil para un detective aficionado como yo, porque mi madre no cerraba los cajones con llave, y la información sobre su divorcio estaba allí, todo ordenado en sus correspondientes carpetas. Si me hubiera tomado la molestia de leerlo todo, habría sabido de antemano lo que me encontré después cuando me presenté ante su puerta dos días después.

–¿Qué fue?

–Que tenía otra familia estando casado con mi madre. Lo dijo abiertamente. También dijo que no tenía interés ninguno por conocerme. No le interesaba yo, ni mi vida, ni nada que hubiera podido hacer. Le importaba un comino las cosas que jamás deberían importarle un comino a un padre. Se largó sin mirar atrás. Después, pero mucho después, cuando yo ya era un adulto, descubrí hasta dónde llegaba verdaderamente lo que había hecho, y se extendía mucho más allá de tener una segunda familia. Había sangrado a mi madre cuanto pudo, dejando la economía de la familia en una situación precaria, y lo hizo sin importarle lo más mínimo. Mi madre se casó con él por amor. Él se casó con mi madre por dinero.

–Lo siento, Gabriel. Debió ser un descubrimiento devastador para ti.

Él se encogió de hombros.

–Conseguí que la economía de la familia recuperase el buen rumbo en cuanto fui lo suficientemente mayor para tomar las riendas. Entonces descubrí la verdadera profundidad del destrozo que había causado el acuerdo de divorcio, y el modo en que engañó a mi madre para sacarle cuanto pudo.

Jennifer lo miró en silencio. Su expresión era impasible, aunque estaba hablando de un evento que podía haberle destrozado el corazón.

No tenía ni idea de lo que había tenido que pasar. Era muy niña entonces como para darse cuenta de algo, pero no le había dicho una palabra después. Su madre y la de Gabriel se conocían bien y nada se había filtrado a lo largo de los años. Y menos aún de labios de Gabriel.

Por eso solo lo había mencionado en aquel momento: para hacerle entender hasta qué punto era inmune al concepto del amor y del matrimonio, y a lo que podía aguardar al otro lado de aquel arcoíris.

–¿Alguna vez te ha hablado tu madre de cómo se sintió con todo lo de tu padre? Con el divorcio y lo que hizo…

–Creo que esa es una conversación que es mejor no tener.

–¿De verdad? No sé si estoy de acuerdo contigo.

–Ya, pero es que tu perspectiva es la de alguien que usa tácticas psicológicas para arrancarle la información a sus víctimas –sonrió.

–No seas malo, anda –sonrió también–. Deberías probar a ser profesor solo durante un rato. A veces es el único modo. –Hizo una pausa y lo miró pensativa–. Imagino que al principio tu madre quería protegerte y después, el tiempo había pasado ya, y si tú no habías hecho preguntas, prefirió no compartir contigo una información que podía hacerte daño. Es lo que hacen los padres: proteger a sus hijos. Yo no supe lo enfermo que estaba mi padre hasta que ya no pudo seguir ocultándomelo.

–¿Te has dado cuenta de que, en un día soleado y precioso como este, en una de las ciudades más bonitas de Italia, estamos perdiendo el tiempo con una conversación profunda y seria sobre un pasado que ninguno de los dos podemos cambiar?

–Supongo que es tu modo de decir que te gustaría cambiar de tema.

–Como ya te he dicho otras veces, hay que ver lo bien que me conoces. ¿Qué te parecen los pasteles? Tienen mucha fama en esta parte del mundo.

La conversación que habían empezado quedó así cercenada de raíz. Probablemente, nunca volverían a tenerla. Siguieron hablando

de cosas inconsistentes y poco después volvió a deleitarse observando en silencio a los transeúntes.

Sin embargo, Gabriel había puesto en marcha un tren de pensamientos en su cabeza que estaba cobrando velocidad. Más allá de su expresión remota, ¿qué sentía? ¿Pensaría a menudo en aquel pasado que no podía cambiar y sentiría el dolor del niño rechazado? ¿Creería que su madre seguía sufriendo por lo ocurrido? ¿Desconfiaba tanto del amor por esa razón? Con el ejemplo de lo peor que podía depararle a una persona el amor, ¿se habría retirado a la seguridad de un lugar apartado de toda emoción?

Entendía por qué estaba tan decidido a no entregar su corazón a nadie. No se debía a que no pudiera amar, porque amaba profundamente a su madre, luego su corazón era capaz de albergar amor, pero lo que no podía albergar era confianza. Y sin confianza, ¿cómo podía florecer el amor? En su pecho sintió algo roto al darse cuenta de que nunca sería capaz de comprometerse con nadie. ¿Acaso creía que exageraba cuando se lo decía él? ¿Que era de broma?

Lo miró un instante y lo recordó de adolescente, delgado, sin la masa muscular del adulto, pero ya con aquellas facciones nobles y orgullosas que se llevaban prendidas las miradas de todas las chicas.

Ahora era mucho más, y sintió que podía seguir mirándolo y pensando en él para siempre, lo cual la dejó bastante incómoda.

–Deberíamos ir pensando en volver, ¿no te parece? –sugirió, levantándose.

Gabriel consultó su reloj, un Rolex que para conseguirlo había que inscribirse en una lista de espera exclusiva y que se dignaran a considerarte un posible comprador.

–Debes estar molido de tanto compartir conmigo, Gabriel. Seguro que necesitas tumbarte un rato.

Se puso las gafas de sol y le dedicó una deslumbrante sonrisa.

–Solo si tú te tumbas conmigo, pero no soy capaz de garantizarte que sea solo para descansar.

Y así, con esa facilidad, volvieron a su rutina habitual. Hablaron del día y Gabriel la impresionó dándole más información de la zona que visitaban de la que se imaginaba que conocía.

–Es que me subestimas –contestó él–. Yo lo sé todo –sonrió.

–¿A que no sabes quién va a estar esta noche en la fiesta que Roberto y Luisa nos han organizado?

–Es que no necesito saberlo. –Soltó un segundo la mano del volante y se la puso en el muslo–. Seguramente se tratará de otros viticultores locales que quieran hablar un poco más del negocio conmigo antes de que nos vayamos.

Jennifer se estremeció. Las cosas serían distintas en Inglaterra. Ya no estarían en aquel entorno romántico bañado por el sol en el que Gabriel había podido dejar a un lado el trabajo para que los dos se olvidaran del mundo real por unos días.

Sí, habían decidido seguir con lo que habían empezado. ¿Por qué no? El problema era que, rodeados por la realidad, sería difícil decir cuánto tiempo podría sobrevivir su relación tal y como era.

Cuando pensaba en la vida post Gabriel, algo en su interior se quedaba vacío, y le resultaba muy difícil visionar de nuevo la amistad inocente y sencilla que habían tenido. De hecho, cuando pensaba en esa etapa, no podía visualizar nada en absoluto.

–Volver a Inglaterra va a ser raro –comentó sin pensar.

–¿Por qué?

–Porque esto es como una burbuja, ¿no te parece? Quiero decir lo de que estemos aquí, compartamos cama y nos despertemos los dos juntos en ella. Que tú hayas podido poner en pausa tu trabajo para que podamos pasar juntos todo este tiempo.

Gabriel tomó su mano y entrelazaron los dedos. El corazón se le encogió y los pensamientos cayeron en tropel.

Todo el tiempo que había dedicado a salir con otros hombres buscando la persona perfecta, la pareja perfecta con la que pasar el resto de su vida. Todos esos principios y expectativas con el fin de protegerse de hombres como Gabriel. De Gabriel en sí.

La boca se le quedó seca y el corazón se le aceleró de tal modo que las sienes le palpitaron con fuerza. Gabriel estaba diciendo algo, pero tenía tal zumbido en los oídos que no escuchaba nada. La razón por la que el amor se le había resistido era porque siempre había estado ahí, escondido a plena vista.

Amaba a Gabriel. Estaba enamorada de él. Había sido su amigo y después, poco a poco, había pasado a ser mucho más. Había llegado a ser el amor de su vida, la razón por la que todos los hombres con los que había salido nunca se habían acercado siquiera a ser el adecuado. Gabriel le había robado el corazón y durante aquellos días, envuelta en aquella charada, se había visto obligada a enfrentarse a esa realidad.

¿Y qué iba a pasar a continuación?

–¿Me estás escuchando?

Jennifer parpadeó varias veces y lo miró.

–¿Eh?

Ante sí tenía al hombre al que amaba. Podría cerrar los ojos y replicar cada parte de su adorado rostro tan bien como si fuera el propio. Y ahora podía también hacerlo con su cuerpo, el que había recorrido con la boca y con las manos, saboreándolo, amándolo.

–He dicho –repitió, divertido– que, en cierto sentido, es algo bueno.

–¿De qué estás hablando?

Gabriel se rio.

–Dime que no te estabas quedando dormida escuchándome. No sé si me recuperaría de un golpe así.

Percibió su tono bromista habitual, y se sorprendió de reconocer cuánto más quería de él.

–¿Me estás diciendo que tienes ego? Imposible. –Ella también volvió al tono habitual, pero su corazón continuó latiendo como un martillo sobre un yunque–. Y yo que creía que eras un tío modesto.

–He dicho que la realidad es volver yo a mis horarios de trabajo, y tú a los tuyos. Eso supondrá una carga para lo nuestro, y será natural que las cosas se vayan enfriando y que volvamos a estar donde estábamos.

–Pero nunca será lo mismo, ¿no?

–¿Estás hablando en general, o es una discusión en profundidad sobre algo que no vale la pena discutir?

–¿Qué quieres decir con que es algo sobre lo que no vale la pena discutir?

–¿Qué sentido tiene especular sobre lo que ocurrirá cuando todo esto termine? No voy a mentir si te digo que me gusta donde estamos ahora mismo, y me parece que no vale la pena intentar predecir cómo nos vamos a sentir, o lo que vamos a sentir. Cuando volvamos, voy a intentar pasar más tiempo con mi madre, de modo que te voy a ver con más frecuencia de lo normal. Podemos ir juntos a buscar casa y vivir el momento.

–¿Qué?

La mente se le quedó en blanco durante un segundo, en el que la realidad y la fantasía se fusionaron, y sintió que la arrastraba una marea de puro goce.

–¿De qué estás hablando, Gabriel? ¿Qué casa?

–No te asustes, que no he decidido domesticarme de pronto. No te olvides que voy a pagarte por lo que estás haciendo aquí.

Jennifer parpadeó varias veces y apartó la mirada.

–La verdad es que lo había olvidado.

–Pues ya es hora de que empieces a recordar. Te habría dado mucho más, pero tendrás una cantidad suficiente para la casa de tus sueños, que, por cierto, ¿dónde está exactamente?

–Gabriel, no me parece bien que me pagues ahora que estamos… que nosotros…

–¿Por qué no?

Sabía perfectamente de qué hablaba y no fingió lo contrario.

En aquel momento supo que nada había cambiado para él. El sexo era sexo, y no se relacionaba con otras áreas de su vida. No había empezado a atormentarse con pensamientos sobre el amor, el deseo y los anhelos. Le bastaba con lo que había sobre la mesa.

–Me resulta raro –añadió.

–No te lo parecerá cuando empecemos a mirar casas.

–¿Y no te vas a aburrir? ¿Alguna vez has ido a mirar casas?

–Pues, ahora que lo mencionas, no. Cuando quiero una casa, le pido a mi asistente ejecutiva que haga todo el trabajo previo para mí, y yo después elijo de la lista que ella me presenta. Luego, dejo que el equipo de diseño de interiores haga su trabajo.

Jennifer se echó a reír.

–De verdad, Gabriel, que no vives en el mundo real.

–A mí me parece muy real –protestó sonriendo–. Hubo un montón de trabajo previo que hacer cuando buscaba casa en Londres, aunque la verdad es que, cuando quiero comprar casa fuera, lo suelo dejar todo en manos de alguien local.

–Me temo que no va a ser divertido ir de aquí para allá mirando posibles casas y hablando de cómo quitar el papel pintado y reconfigurar la cocina. ¿Crees que serás capaz?

–Depende de la recompensa posterior.

–¿De qué clase de recompensa hablas?

–Puedo ponerte un ejemplo si encontramos un sitio tranquilo y un poco alejado en el camino de vuelta. ¿Qué te parecería hacer el amor en campo abierto, con el cielo sobre nuestras cabezas y rodeados de olivos?

«Maravilloso».

–Muy mala idea, porque se nos está haciendo tarde. No te olvides que tenemos una fiesta a la que atender.

–Qué faena. En otra ocasión.

–¿No piensas en otra cosa que no sea sexo, Gabriel?

–Sí. El trabajo suele ser lo primero de la lista, excepto aquí.

Jennifer no contestó, pero por debajo del tormento que había supuesto darse cuenta de que se había enamorado del hombre más inaccesible del planeta, alentaba un rayo de esperanza. ¿Era significativo que, estando allí con ella, se hubiera olvidado del trabajo? ¿Lo era que allí hubieran pasado las noches en la misma cama? Y, por encima de todo, ¿era significativo que, antes de que llegasen siquiera a tocarse, eran amigos, unidos por una amistad profunda y significativa?

Seguirían viéndose hasta que, un buen día, dejaran de hacerlo. Él esperaría que, una vez estuvieran de vuelta en la realidad, todas las líneas divisorias volvieran a ocupar su lugar. ¿Que el trabajo volvería a ser el número uno de su lista de prioridades, pero si tenía paciencia, quizás llegase a darse cuenta de que ella no era tan prescindible como él se creía? ¿Que ser amantes había añadido tanto a su relación que le resultaría imposible separarse de ella como creía?

Mejor no dejar volar la imaginación y dejar de ver un futuro que no estaba disponible. Gabriel era un hombre que nunca confiaría lo suficiente para amar. Que estaba demasiado condicionado por su pasado. Pero era difícil escuchar la voz de la razón cuando lo único que deseaba era creer que el amor que había descubierto que sentía por él pudiera ser recíproco.

Prácticamente todas las luces de la casa estaban encendidas, así que los preparativos para la fiesta iban viento en popa.

–Si llegamos tarde, te voy a echar la culpa a ti –le advirtió cuando se bajaba del coche para abrirle la puerta a ella.

Jennifer bajó e iba a echarse a reír a modo de respuesta, pero no pudo hacerlo porque Gabriel se apoderó de su boca. El roce de sus lenguas le provocó una erección inmediata. Allí estaban a cubierto de miradas curiosas, y levantó la falda para hundir la mano en sus bragas. Encontró su clítoris ya endurecido y palpitante, lo acarició hasta que Jen empezó a jadear y un orgasmo la atravesó de parte a parte.

–¡Gabriel!

–Lo sé, cariño. Para mí también ha sido la pera.

«Es la primera vez que me llama cariño», se dijo, pero el momento se perdió porque Gabriel le pidió que no se le acercara más y que se guardara para cuando estuvieran en la cama y pudiera hacerle lo que sabía que tanto le gustaba…

–Te advierto que no vamos a quedarnos mucho –le dijo una hora más tarde, ya arreglados y delante de la puerta principal de la casa, que se abrió antes de que pudiera llamar. Roberto los miró entusiasmado.

–¡Estáis aquí! –los saludó, invitándolos a pasar. Había unos olores deliciosos, y se oían voces y risas, aunque solo habían visto unos pocos coches en el patio–. Pasad, pasad, que hay alguien deseando conoceros.

–Nosotros también estamos deseando conocer a sus hijos –contestó Gabriel educadamente.

El hombre se echó a reír.

–Non stai encontrando I miei figli! Stai encontrando don Alfonso, il prete del paese! E qui per benedirvi entrambi!

Jennifer miró a Gabriel.

–¿Traducción, por favor?

–No vamos a conocer a sus hijos –explicó, pasándose la mano por el pelo–, sino al cura del pueblo, que ha venido para darnos su bendición.

Capítulo 9

Cómo que a bendecirlos? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Había oído bien?

Apabullada, Jennifer se dejó conducir al salón, donde todo el mundo lo estaba pasando genial.

Lo habían decorado para la ocasión con preciosas velas perfumadas repartidas por todas partes. No había más de una docena de personas. Francesca charlaba con un grupo de gente de su edad acomodados en los sofás que enmarcaban la enorme chimenea de piedra. Otras dos parejas, poco más o menos de la misma quinta, cerca de los setenta, reían y charlaban con una copa de tinto en la mano. Los entrantes se habían dispuesto en una preciosa mesa auxiliar: *bruschettas*, olivas, queso y varios tipos de pan.

Luisa estaba en su elemento y, en cuanto los vio entrar, se acercó a ellos con una sonrisa.

–¡Pasad, hijos, pasad! Pero no os llenéis con los entrantes, que enseguida se va a servir la cena.

Francesca se acercó a ellos y todo el mundo los miró. Obviamente eran el centro de atención. El padre Giovanni les fue presentado con orgullo, y le siguieron todos los demás invitados.

–No me siento capaz de recordar todos los nombres –sonrió Jennifer–. Siendo profesora debería tener esa capacidad, pero, en cuanto salgo del aula, mi memoria para los nombres desaparece.

–Es una profesora maravillosa –explicó Francesca–. Mi hijo, que siempre ha trabajado todas las horas del mundo, no podría esperar una pareja mejor. ¡Sabe domesticar a los alumnos más díscolos, así que seguro que domestica también a mi hijo!

«Ay, Dios mío», pensó angustiada. «Ahora estamos prácticamente casados».

–Nadie podría decirle a Gabriel lo que tiene que hacer –respondió, y sintió que él la abrazaba afectuosamente.

–¿Y desde cuándo eso te ha amilanado a ti? –murmuró él entre las sonrisas de los demás invitados–. Esta mujer lleva diciéndome lo que tengo que hacer desde que teníamos diez años.

–¡Eso no es cierto, Gabriel! –protestó riendo y mirándolo a los ojos.

–Has sido la única persona que me dijo que no fuera tan presumido cuando quise comprarme mi primer coche.

–Es que era un coche absurdo –aclaró. «Y peligroso». Recordaba aquella conversación como si hubiera tenido lugar un día antes, y el horror que le había producido la posibilidad de perderlo en un accidente de tráfico. Qué idiota. Pensar en comprarse un coche potente y rápido con dieciocho años solo porque tenía el dinero para hacerlo.

–Acabas de darme la razón.

Sus miradas se enredaron y sintió una punzada en el vientre, pero no pudo apartar la mirada de él. Así de intensa era la conexión.

–¿Está oyendo, padre Giovanni? –comentó Luisa, acercando al sacerdote–. Francesca me ha dicho que su hijo es un hombre nuevo. Desde que Jennifer y él llegaron aquí, no se ha vuelto a sepultar en trabajo.

–Es la primera vez que le veo hacer tal cosa –corroboró Francesca–. Y lo he reprendido un millón de veces sobre la importancia de no trabajar demasiado. Se ve que Jennifer lo influye mucho más que yo.

–Lo cual es un buen síntoma –sonrió el padre Giovanni, y los dirigió a una de las mesas llenas de aperitivos.

Justo cuando Jennifer habría agradecido tener una audiencia numerosa, todos los presentes parecían haberse esfumado por arte de magia, dejándolos a los tres con sus platos en la mano y un coqueto rincón en el que sentarse después, un poco alejados del grupo.

–No suelo hacer estas cosas –comentó el padre entre mordiscos de un delicioso pan de ajo y aceite, limpiándose la barbilla tras cada bocado.

Estaba tan grueso como el anfitrión, y tenía la misma piel morena y curtida por la intemperie. Un sacerdote al que su congregación debía adorar.

–Y no tiene por qué sentirse obligado a… a hacer nada –interrumpió Jennifer, mirando a Gabriel en busca de ayuda. Pero el aludido parecía estar tan pancho, con las piernas extendidas y tomando pequeños sorbos de vino–. Luisa y Roberto son tan atentos, pero ya han hecho más que suficiente por nosotros sin que sea necesario que… que usted…

–Es un placer –le quitó importancia el padre–, y creo que a su encantadora madre –continuó, señalando a Gabriel con el mentón– le ha encantado la idea de que seáis bendecidos. No se trata de algo formal, hijos, pero espero que permanezca a vuestro lado mientras avancéis en vuestra nueva vida como esposos.

–Aún ni siquiera hemos fijado la fecha para la boda –se le ocurrió decir a ella.

–Os conocéis desde hace mucho, ¿no?

Gabriel por fin se decidió a intervenir.

–Como ya he dicho antes, Jennifer es como una piedra en mi zapato desde que éramos unos críos.

–La amistad suele ser el pegamento más fuerte para unir dos almas.

Jennifer sintió que el corazón le brincaba en el pecho porque aquel buen cura acababa de decir lo que ella se había atrevido a pensar.

–¿De verdad lo cree, padre?

–Desde luego –contestó, volviéndose hacia ella. Dejó el plato en cuidadoso equilibrio sobre las piernas y entrelazó las manos sobre la panza–. No solemos darnos cuenta de lo importante que es conocer hasta el último detalle de la persona con la que acabamos compartiendo la vida. Es demasiado frecuente que esos detalles se pierdan en el torbellino de estar enamorado y después, cuando los vamos conociendo, pueden convertirse en obstáculos que entorpecen el camino a la verdadera felicidad.

–El índice de divorcios demuestra que son muchos los que se pierden en ese torbellino –añadió Gabriel.

–Pero algunos consiguen encontrar la salida –intervino Jennifer.

–Bien dicho, hija. No quiero monopolizaros, así que solo voy a nombrar algunos de los obstáculos que pueden aguardaros.

–¿Tiene tiempo para escucharlos todos, padre? –preguntó Gabriel con una sonrisa–. No tardaremos en volver a Inglaterra.

–Son pocos los más importantes, joven –respondió antes de tomar otro sorbo de su copa–. Discusiones sobre el dinero…

–¿Te suena, Jen?

Jennifer lo desafió con la mirada, recordando cómo lo había abroncado por que tuviera la desfachatez de ofrecerle dinero por fingir tener una relación.

–Es que tiene demasiado –le dijo ella al sacerdote–. Nadie necesita tantos coches como tiene él, así que, si discutimos, es solo porque me gusta hacerle ver lo que es obvio.

–Lleva un montón de tiempo discutiendo conmigo por culpa del dinero, así que entonces no hemos empezado demasiado bien.

El padre les sonreía con indulgencia.

–Bien. Así que tenemos discusiones por el dinero –dijo, y alzó un dedo–. Y luego está la trampa de la complacencia, de modo que os aconsejo que nunca olvidéis hacer que el otro se sienta especial.

Gabriel tomó la mano de Jen y la apretó. Sabía lo que quería decir: que se les daba muy bien hacer que el otro se sintiera especial. Llevaban días practicando.

–¡Y no olvidemos la maldición de la familia política! –añadió el padre, guiñando un ojo.

–En ese sentido, no hay de qué preocuparse –respondió Gabriel–. Jen está casi tan unida a mi madre como yo, y su madre piensa que soy lo mejor después de la barra de pan.

–Pues ya sabes algo que yo no sé. ¡Nunca la he oído decir tal cosa! –se rio. Sabía que su madre le tenía mucho cariño a Gabriel–. Se lo inventa todo. Tiene un ego del tamaño de un crucero –añadió sin soltarse de su mano, pero mirando al sacerdote.

La risa de Gabriel la llenó de calor, ternura y amor. Todos los tabús en un mismo momento: amor, ternura, deseo y una necesidad absoluta de que no se separara de su lado.

–Yo os bendigo, hijos míos, y deseo que vuestro amor se haga más fuerte cada día y que recibáis la bendición de tener muchos hijos.

No esperaba que las palabras del sacerdote la conmovieran tanto, hasta el punto de sentir que algo había cambiado en su interior. Salió del paso como pudo el resto de la velada, pero no fue capaz de recordar nada de lo que le dijo a ninguno de los presentes.

–Bueno –empezó cuando Gabriel y ella volvían a su casa de invitados–. ¿En una escala del uno al diez…?

–He vivido experiencias más cómodas.

Se apartó para dejarla entrar y cerró la puerta a su espalda.

¿Una bendición? ¿Qué se esperaba cuando Luisa le anunció que figuraría en el menú junto con la pasta casera y los mejores tintos? ¿De verdad se esperaba una experiencia cómoda?

Lo cierto era que no se había parado a pensarlo con detenimiento. Suponía que sería algo por lo que navegar con educación y casi cero participación, que acabaría en un abrir y cerrar de ojos y que podría olvidar a continuación. Pero algo le había llegado muy dentro. El padre Giovanni le había conmovido, y no estaba seguro de si eso le gustaba. El buen hombre le había pillado desprevenido, y eso no ocurría desde hacía mucho tiempo.

–Nunca me había imaginado a mí mismo como padre de muchos hijos –sonrió–. ¿Y cuántos son muchos? ¿Un equipo de fútbol? ¿Más? Igual debería haber ahondado un poco en ese aspecto de la bendición.

–Yo te lo preguntaba en serio.

–¿Por qué, si era algo inevitable? ¿Por qué profundizar?

Pero él se había sentido muy incómodo, como si alguien lo empujara a enfrentarse a pensamientos que no quería analizar.

–Desde luego, no ha sido lo que me esperaba –concluyó.

–¿Y qué esperabas?

–Algo más indefinido y bienintencionado entre la *bruschetta* y el plato principal, supongo.

Abrió la puerta de la nevera, sacó una botella de agua y se la bebió del tirón. Luego la miró. Jennifer había brillado toda la noche. Estaba preciosa con aquel vestido elegante y ceñido en color verde jade, con la melena suelta a la espalda y sus voluptuosas curvas desprendiendo una sensualidad que ningún dinero podía comprar. Había charlado con todo el mundo sin perder la sonrisa. Tenía la capacidad de lograr que todo el mundo se sintiera a gusto con ella.

No era de extrañar que su madre estuviera encantada con la idea de que llegara a ser la señora de Gabriel García, pero, mirándola en aquel momento, volvió a sentir la misma ansiedad que durante la velada, en particular durante las palabras del sacerdote.

–¿Sexo? –sugirió como quien ofrece una copa.

–Bueno, reconozco que es una forma novedosa de plantearlo –se rio.

–Es que hay veces que el cortejo previo está sobrevalorado.

–¿Y esta es una de esas veces?

–Es por el vestido, que lleva toda la noche poniéndome la libido patas arriba.

–Háblame más de eso.

–Mejor si te lo demuestro con hechos.

Se le acercó decidido a perderse en lo físico, pero sabiendo que en cuanto terminara, cuando los dos estuvieran saciados, tendría que enfrentarse a la inquietante ansiedad que lo acuciaba para deshacerse con ella.

Nunca había deseado a otra mujer como la deseaba a ella. Quería perderse en ella, ahogar en su cuerpo los inquietantes sentimientos que llevaba dentro y con los que no conseguía razonar.

Avanzaron a trompicones hacia del dormitorio, quitándose la ropa. Jennifer le desabrochaba el pantalón como podía y él le había bajado el vestido cuando llegaron junto a la cama, apartándolo de una patada. Lo que quedaba de su ropa desapareció en un instante justo antes de que cayeran sobre el colchón, y entonces…

No podía esperar. Se estaba volviendo loco solo con tocarla y sentir el peso de sus senos, la dureza de sus pezones. Sus gemidos lo animaban a seguir y la penetró con fuerza y hasta donde no pudo más, mientras ella le rodeaba las caderas con las piernas. ¿Estaba

expulsando algo de su interior? Esa era la sensación que tenía, pero no podía decir qué.

Supo que ella llegó al orgasmo con él por la rigidez de su cuerpo y la urgencia de sus gemidos. Abrió levemente los ojos para mirarla. Quería ver cómo el color iluminaba su cara y cómo los ojos se le entornaban mientras el orgasmo se la llevaba al mismo tiempo que a él, que con un largo y violento estremecimiento se derramaba en ella.

Tumbada a su lado, nunca se había sentido más cerca, de él o de ningún otro ser humano. Nunca.

Así se sentía el amor, y le sorprendía que solo en aquel momento hubiera sido capaz de encajar las piezas del rompecabezas y comprender sus sentimientos por lo que de verdad eran. El modo en que habían hecho el amor… había estado cargado de una urgencia abrasadora, algo fuerte y poderoso que hablaba de sentimientos en él que igualaban a los suyos. ¿O sería cosa de su imaginación?

Le pasó la yema del dedo por la espalda y Gabriel se estremeció.

–Entonces…

–¿Entonces, qué?

La habitación estaba a oscuras, pero no tanto como para que no pudiera ver la expresión perdida de sus ojos, la mirada de un hombre que acababa de satisfacer todas sus necesidades.

–Estábamos hablando de lo que el padre Giovanni nos ha dicho.

–¿Ah, sí?

–Sí. Justo antes de que decidieras que necesitábamos sexo sin dilación. Cuéntame cómo te has sentido cuando ha bendecido nuestra unión.

–Yo creía que ya lo habíamos hablado, ¿no? Cuando andaba preguntándome si necesitaría construir un ala nueva en mi casa por el pedazo de familia que voy a tener.

Se tumbó boca arriba y colocó un brazo sobre los ojos durante un par de segundos.

–Has estado impresionante esta noche –dijo mirándola.

La aparente sinceridad de su tono la hizo sonreír, como si no hubiera sido capaz de resistirse al halago espontáneo.

–Sigue hablando…

–Impresionante, preciosa y cautivadora. Te interesas de verdad por los demás y lo que tienen que decir, y no me digas que se debe a que eres profesora y te pagan por escuchar a esos mocosos tuyos y sus tonterías.

–¿Te das cuenta de que tú también fuiste un mocoso de esos?

–Mis profes me adoraban.

–Es tu ego el que habla, pero no intentes cambiar de tema. Estábamos hablando del padre Giovanni y lo que ha dicho. Quiero saber cómo te has sentido.

–Creo que me he sentido raro –dijo, jugando con un mechón de su pelo.

–¿Por qué?

–Porque nosotros no estamos en ese punto.

–Lo sé.

Durante unos segundos tuvo la sensación de estar contemplando un profundo abismo.

Quería a Gabriel. Siempre lo había querido. El amor había crecido desde cero. Había pasado de adorar a su héroe cuando apenas era una cría a la honda amistad, para llegar después a aquella maravillosa… aquella maravillosa sensación que la llenaba en aquel momento.

¿Debería esperar para ver si él llegaba a sentir lo mismo en algún momento? ¿Esperar en silencio la acercaría a su sueño o seguiría él ajeno a cualquier sentimiento que pudiera albergar por ella, y que pudiera ir más allá de la simple amistad?

Lo que el sacerdote les había dicho sobre la amistad volvió a su recuerdo. ¿Acaso no eran sus palabras el reflejo exacto de lo que pensaba ella? ¿Cómo callárselo? No podría volver a tener una cita si no le decía lo que sentía. No podía pasarse la vida esperándolo, pensando en su amor, amándolo… Lo mejor que podía ocurrir era que él viera lo que ella veía, que reconociera los sentimientos que albergaban el uno por el otro como algo más grande de lo que

podían haber esperado. ¿Y si él no sentía lo mismo? ¿Y si le daba la espalda?

Era una perspectiva estremecedora, pero al menos su rechazo aportaría claridad y le permitiría seguir adelante con su vida. Había malgastado tanto tiempo y energía saliendo con tíos a los que diseccionaba sin ser consciente de que ninguno de ellos había tenido ni la más remota posibilidad comparados con el amigo del que se había enamorado.

Pasara lo que pasase, revelarle sus sentimientos abriría puertas distintas, otro modo de seguir adelante. Y había llegado el momento de hacerlo.

–Un penique por ellos –dijo Gabriel.

–¿Qué?

–Un penique por tus pensamientos. Estás a miles de kilómetros de aquí –sonrió–, y eso no me gusta. Prefiero a la Jennifer que está aquí conmigo. ¿Qué le ronda a esa preciosa cabecita tuya?

–¿Mi preciosa cabecita? –repitió, y miró al techo con un suspiro teatral–. Sabes que no puedes decir cosas así, ¿no?

–Pero es que eres preciosa.

–Me estás tomando el pelo.

–Por supuesto. Soy un hombre del siglo veintiuno, luego soy feminista.

Sabía que podían perderse en aquella línea de puyas porque era terreno conocido, pero en aquel momento había cosas más importantes de las que hablar, y si no lo hacía ya, ¿quién podía saber cuándo reuniría el coraje para hacerlo?

–Lo que el padre Giovanni ha dicho me ha hecho pensar, Gabriel. –Notó que se quedaba muy quieto–. Antes simplemente nos estábamos divirtiendo, pero, cuando habló del matrimonio y de lo que conlleva, me hizo darme cuenta de que… que…

–No, Jennifer.

–Si no sabes lo que voy a decir.

–Por la expresión de tu cara sé que seguramente no voy a saber qué hacer con lo que me quieres decir, y no me gustan las situaciones en las que no sé qué hacer.

–Entonces ya somos dos, Gabriel. Pero… –Cerró los ojos con fuerza y los abrió para mirarlo sin pestañear–. Te quiero. Y no me interrumpas. Déjame hablar. Te quiero, y no solo como amigo. Estoy enamorada de ti. Creo que no me había dado cuenta antes, pero cuando el padre Giovanni empezó a hablar con nosotros, cuando nos ha bendecido como si fuéramos una pareja de verdad, algo dentro de mí me ha hecho darme cuenta de que lo éramos. Una pareja. –Puso un dedo sobre sus labios, aunque él no había hecho ademán de hablar–. En mi corazón, siempre hemos sido una pareja. En mi corazón, siempre has sido el hombre de mi vida. No me había dado cuenta antes, pero ahora…

Su rostro seguía inescrutable.

–Podríamos darle a esto una oportunidad –le propuso–. Quiero decir una oportunidad de verdad. Sé que tienes miedo de que te rompan el corazón, pero nos conocemos de toda la vida, Gabriel, y, tanto si te atreves a admitirlo como si no, encajamos a la perfección.

En aquel momento, contemplando sus hermosos e inteligentes ojos azules, Gabriel entendió al fin cuál había sido la fuente de la inquietud que había venido sintiendo recientemente, una inquietud que había estado ahí desde el primer momento que la tocó. O puede que incluso antes. Desde luego había estado cuando el padre Giovanni habló con ellos sobre el matrimonio y la importancia de sobreponerse a las dificultades.

Era la inquietud que manaba del miedo. Gabriel no había reconocido su proveniencia porque el miedo era una emoción que no solía aparecer en su radar. Había sentido, eso sí, el miedo a la tentación. Había pensado en ella, en estar a su lado y no separarse nunca, y eso le había provocado terror porque la idea había despertado algo en lo más hondo de su ser, algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

¿Esperanza de qué? ¿De sentir amor? ¿De que las estúpidas fantasías que acompañaban al amor pudieran ser ciertas para él? ¿Que las historias que contaba la gente acerca del amor y que lo

definían como lo único que el dinero no podía comprar pudieran ser ciertas?

Para él, no. Amar era confiar, y cuando la confianza se rompía, acarreaba la clase de dolor que había sentido en una ocasión y que no quería volver a sentir jamás.

Y luego estaba el corazón de ella, puro y sincero. Cuando se le rompiera, sería imposible recomponerlo y pasaría a ser como él, encerrada en una torre de marfil con muros tan infranqueables que nadie lograría saltarlos. No tenía intención de ser él el hombre que terminase partiéndole el corazón.

Pero, en su interior, algo se estaba resquebrajando porque sabía que tenía que alejarse de ella. Cerró los ojos con fuerza durante un par de segundos e intentó detener la angustia que amenazaba con partirlo por la mitad. Había dicho que lo amaba, pero se recuperaría en un tiempo y encontraría a otro hombre merecedor de una mujer como ella. Se lo agradecería cuando el dolor hubiera pasado y se recuperara su orgullo. Si alentaba la ilusión de que las cosas podían funcionar entre ellos, cuando se hundieran, lo que tenían nunca podrían recuperarlo.

–Ahora es mi turno de preguntarte qué tienes en la cabeza –la oyó decir.

–Tú crees que me quieres, Jen, pero no es así. Estamos aquí y… lo distinto que es esto, el escenario… y esa bendición, te ha hecho creer que hay más de lo que hay en realidad.

Pensó en su propia debilidad, en lo fácil que había crecido en él el hábito de dormir con ella, de anteponerla al trabajo, de flirtear con lo imposible.

–Y en cuanto a mí, ya te he dicho que no estoy hecho para lo que tú buscas, y ha sido muy inocente por tu parte llegar a pensar que algo podía haber cambiado en ese sentido. Jen, me conoces mejor que nadie en el mundo, y deberías comprender que las lecciones que aprendí del divorcio de mis padres, del cinismo de mi padre y su forma de usar a mi madre por dinero, por cómo me rechazó cuando fui tan idiota como para pensar que podía sentir algo por su propio hijo… bueno, todo eso es la base que me ha hecho ser como soy.

Su desnudez le hacía sentirse vulnerable, humillada y tonta. La esperanza, que tan sólida le había parecido hacía un momento, se había evaporado tan rápidamente como el rocío una mañana de verano.

Inició el movimiento para levantarse, pero él la sujetó por los brazos.

–He entendido el mensaje –murmuró.

–Te he hecho daño.

–Has sido sincero, y te estoy agradecida por ello. Yo… no sé qué es lo que me ha pasado.

–Que te ha sobrepasado lo que ha ocurrido aquí. Y la guinda del pastel ha sido el padre Giovanni y su sermón bienintencionado sobre el amor y el matrimonio.

Jennifer sabía que le estaba lanzando un salvavidas con el que poder fingir que todo había sido culpa de la sangre que se le había subido a la cabeza. ¡Por supuesto que no estaba enamorada! ¡Por supuesto que no había comprometido su corazón con él! Simplemente se había dejado llevar por el momento, seguramente por esa bendición con la que ninguno de los dos había contado.

–Podría ser.

–Nada de «podría».

–Tienes razón –dijo, serena–. Nada de «podría» –rectificó–. Te quiero, Gabriel, y no tiene sentido fingir lo contrario, o que es solo un romance de vacaciones que se desvanecerá en cuanto la realidad haga acto de presencia.

–Pero si me dijiste que…

–¡Sé perfectamente lo que he dicho! –se impacientó–. Sé que te he dicho que eres el último hombre con el que consideraría tener una relación duradera. Sé que tu definición de una relación es algo que dura diez segundos antes de que empieces a aburrirte y a mirar el reloj porque es momento de pasar a otra cosa.

–No estás siendo justa.

–¡Estoy siendo más que justa!

Se levantó de la cama y arrastró la sábana con ella para cubrirse. Estaba enfadada con él y consigo misma, y le daba igual que acabaran de hacer el amor. Se quedó junto a la cama recogiendo a

puñados la sábana, inclinándose hacia él, con su melena larga y oscura cayéndole sobre los hombros y los ojos entornados por la ira.

–No hagas eso –le pidió Gabriel.

–¿Hacer qué? ¿Decirte lo que siento? ¿Ser clara? ¡No soy una marioneta que puedas controlar, Gabriel, ni tengo que decir lo que tú quieras oír simplemente porque no te gusta sentirte incómodo!

–¡Ya sé que no eres una marioneta, Jen! –le gritó, igualmente frustrado y feroz. Se levantó de la cama y se plantó ante ella con un lenguaje corporal tan combativo como el suyo, pero sin sábana con la que cubrirse–. ¿Desde cuándo te has andado por las ramas conmigo?

–¡Nunca! ¡Y no pienso empezar a hacerlo ahora, así que ya puedes ir buscándote otra muñequita de las que te gustan que no se atreva a plantarte cara y que siempre esté dispuesta a hacer lo que tú le digas!

–No se trata de eso –respondió Gabriel en un tono más bajo, pero igualmente firme.

–Tienes miedo de tener algo serio con una mujer. Te asusta que acaben haciéndote daño, pero ¿qué es la vida si nunca corres ningún riesgo?

–¡Esta conversación es imposible!

Pero no se dio la vuelta, sino que recorrió con la mirada todos aquellos lugares que la sábana cubría a duras penas.

–¡No te atrevas! –espetó ella.

–¿A qué no tengo que atreverme?

–¡A mirarme!

–¿A mirarte como tú me estás mirando a mí?

Sintió que jadeaba. Estaba tan hermoso, tan masculino y tan vergonzosamente excitado… su erección parecía casi un desafío personal que la estuviera tentando a que lo tocase.

¿De verdad lo había estado mirando? Pues sí. Tenía que admitirlo, aunque le diera vergüenza. ¿Cómo resistirse a hacerlo? De hecho, estaba ordenando a sus ojos que dejaran de mirarlo y no había manera de que obedeciesen.

–Estás ahí, diciéndome todas esas cosas, cuando lo único que yo quiero hacer es…

Jennifer fue a decirle que lo último que ella quería que hiciera era tocarla. Pero lo hizo, y todos los huesos de su cuerpo se reblandecieron.

–No me interesa –protestó, al mismo tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos y soltaba la sábana. El contacto con su pene era irresistible, y bajó la mano para acariciarlo del modo que sabía que le gustaba, con un ritmo firme, lento, en la cadencia de sus palpitaciones.

–Jennifer…

–Una última vez –susurró–. Luego ya…

–¿Ya, qué?

–Ya nos separaremos. La próxima vez que nos veamos, la persona que te amaba habrá desaparecido para siempre.

Capítulo 10

Jennifer buscó con la mirada en las entrañas del *pub* preguntándose si reconocería al tío con el que había quedado, y contuvo una desagradable sensación de *déjà vu*.

Ya había estado en aquella página. La de las citas *online*. La de llevarse un chasco. Mirar a hurtadillas el reloj. Razonar que en la próxima ocasión habría más suerte. Había decidido volver a subirse al caballo después de la caída porque distraerse le había parecido la mejor idea. La alternativa era llorar, arrastrarse y pensar hasta que las neuronas echasen humo.

Habían pasado tres meses desde que se despidió de Gabriel. ¡Tres meses! Muchas cosas habían pasado en ese tiempo, y sin embargo, de un modo extraño, daba la sensación de que el tiempo no había avanzado. Estaba atascada en la misma cueva, con el corazón destrozado, despidiéndose del único hombre al que había querido, perdiéndose y dejándose llevar por mareas que no la llevaban a ninguna parte.

Intentó centrarse.

El *pub* era uno de los muchos locales tradicionales de Londres. Estaba ubicado en un edificio protegido por su valor histórico, y el interior tenía paneles decorativos de madera oscura, mesas largas y bancos de madera. Eran las seis y media de la tarde, y estaba abarrotado hasta el punto de que casi ni podías oír tus propios pensamientos. Había gente en el bar, gente en la zona de restaurante y unas cuantas familias en la pequeña zona destinada a tal efecto.

Y un barbudo solitario sentado a una mesa en un rincón con una cerveza en la mano. Dispuesta a unirse a él, se colocó una sonrisa en los labios y avanzó entre las mesas.

–¿Colin?

–¡Ese soy yo, preciosa! ¿Te pido algo de beber?

Colin se estaba levantando y Jennifer supo que la desilusión estaba a un paso.

Era más bajito de lo que se esperaba. Puede que debiera haber leído su perfil con más cuidado. Ella era bastante alta, y la estatura importaba tanto si lo quería admitir como si no. También estaba algo gordito, lo cual le trajo al pensamiento el cuerpo escultural de Gabriel y el familiar picor de las lágrimas.

–Una copa de vino blanco, por favor. O una Coca Cola cero.

–¡Genial! Voy a pedir también unas patatas. ¿Te gustan con sal y vinagre?

–Yo no quiero, gracias. Estoy a dieta en este momento.

Sus palabras le valieron una mirada evaluadora de él, tras lo cual asintió. De modo que al tapón aquel le parecía buena idea que se hubiera puesto a dieta, ¿eh? Sintió que la mala leche se le subía a la cabeza, pero siguió sonriendo, aunque se preguntó si estaría de humor para mantener una charla insustancial antes de que uno de los dos se inventara alguna excusa para marcharse.

Le preguntaría por su vida y fingiría interés, pero en realidad estaría pensando en lo mucho que había cambiado la suya desde que volvió de Italia. Ya no vivía con su madre. Ni en Suffolk. Ni daba clases en la escuela local.

Al llegar de vuelta a Inglaterra y ver en su cuenta del banco el dinero que Gabriel había insistido en pagarle, la idea de escapar se había hecho fuerte en su cabeza. De hecho, había ingresado mucho más de lo que habían acordado. Obviamente se sentía culpable. Y ella había decidido no quejarse. ¿Por qué iba a hacerlo? Si se sentía culpable por haber salido huyendo cuando ella le había abierto su corazón, allá él. Había decidido irse a Londres y, en una semana, encontró un sitio en el que vivir. Tampoco es que se hubiera puesto exquisita. Una pequeña casa con dos dormitorios, uno de los cuales alquilaría a su amiga Alicia, que era quien la había presentado en el colegio en el que ahora trabajaba. Y así, sin más, le había dicho adiós a todo lo que conocía hasta el momento.

–Bueno, Colin –empezó cuando se sentó de nuevo a la mesa con otra jarra de cerveza y el refresco para ella–, tu perfil dice que trabajas en IT. Suena fascinante…

Gabriel miró la dirección que su madre le había enviado al móvil.

–¿Vas a ponerte en contacto con Jennifer? –le preguntó ella despreocupadamente, pero había detectado esperanza en su voz y estaba decidido a no alentarla. ¿Quién podía saber qué iba a pasar cuando lo hiciera? Si es que finalmente decidía hacerlo. Bueno, sí que lo haría. No le quedaba otro remedio. Se estaba volviendo loco.

Tres meses era mucho tiempo, sobre todo después de cómo habían acabado las cosas entre ellos: una declaración de amor y un rechazo frontal de él. Incluso había intentado convencerla de que era un error de juicio pensar que estaba enamorada de él, como si un cambio de escenario y un poquito de calor del Mediterráneo se le hubieran subido a la cabeza haciéndola alucinar. Lo que fuera con tal de no darle la respuesta que ella esperaba. ¿Amor? El amor era solo una debilidad que conducía al dolor.

Habían hecho el amor por última vez, y había sentido deseos de llorar, pero por supuesto no lo había hecho. Se había impuesto recuperar una comunicación amistosa con ella para que pudieran seguir adelante durante el tiempo que tuvieran que estar aún con su madre hasta que volvieran a Inglaterra. Nada más tocar suelo en el Reino Unido, adujo reuniones importantes en Hong Kong y desapareció.

Intentó ponerse en contacto con Jennifer, pero sus mensajes no recibieron respuesta y sus llamadas fueron respondidas por el buzón de voz. Y se estaba volviendo loco.

Loco por los recuerdos, por la pena, por los remordimientos.

A diario las piezas del rompecabezas iban encajando y la amistad que había parecido tan clara se había metamorfoseado en un amor que había crecido, sin que él se diera cuenta, como una enredadera hasta invadir cada rincón de su vida.

Le había dado la espalda a la única mujer que había amado, y vivir con esa certeza lo estaba poniendo enfermo.

Tardó un instante en salir del despacho, llamar a su chófer y darle la dirección que su madre le había escrito.

Jennifer estaba alucinada.

Las dos cervezas de él ya eran tres, ella estaba en el segundo refresco y el paquete de patatas fritas había pasado a ser un plato de patatas de la cocina del bar ahogadas en kétchup.

–Me muerto de hambre –le había dicho Colin cuando las pidió–. No te importa, ¿verdad? Lo digo por tu dieta y eso. Podemos compartir, si quieres. O puedo pedirte algo… –Frunció el ceño–. ¿Una ensalada, quizás? A mí no me gustan, pero supongo que es la clase de cosa que comes para perder peso, ¿no?

–Estoy bien.

El momento de marcharse se le había pasado, y ahora iba a tener que aguantar toda la cita, esperar a que se le acabase el aliento hablando de sí mismo y escapar después.

Estaba oyendo su última historia sobre varios trabajos que le habían llevado por distintos condados para arreglar diferentes problemas de distintos ordenadores cuando lo vio mirar por encima de su hombro.

–Creo que alguien te busca, preciosa.

–Nadie sabe que estoy aquí.

–Pues viene directo hacia nosotros.

Se sacó algo que se le había quedado entre los dientes y mordió otra patata.

Jennifer se volvió y entonces la sensación de *déjà-vu* fue completa. El corazón incluso dejó de latirle y el cerebro empezó a derretírsele.

Gabriel. La última persona a la que esperaba ver y la única a la que deseaba hacerlo. ¿Sería una alucinación, o una ilusión óptica que la perseguía? Llevaba un pantalón de vestir en gris marengo, camisa blanca y americana, e iba quitándose una trenca color arena. La gente se volvía a mirarlo a hurtadillas.

Jennifer comenzó a levantarse cuando estaba ya cerca.

–Gabriel… ¿qué haces aquí?

Apretó los puños y los escondió a su espalda. Sus sienes parecían querer estallar y había dejado de ver a la gente que los rodeaba. Solo estaban ellos dos, frente a frente.

Hubo un tiempo que fueron amigos, pero ahora lo miraba con abierta hostilidad. El dolor de su rechazo la había sepultado.

–Vengo a verte.

–Pues yo no quiero verte a ti.

–Jen, por favor…

–No quiero que montemos una escena aquí, así que lo mejor es que te vayas y me dejes en paz.

–Estás enfadada conmigo y no te culpo.

Jennifer sintió que las lágrimas acechaban y parpadeó furiosa.

–No estoy enfadada contigo, sino conmigo misma. Mira, no es buen momento.

–Quiero hablar contigo, Jen. Lo que pasó entre nosotros me está… destrozando.

Jenniffer percibió la sinceridad de su voz, pero se negó a dejarse embaucar. Si había ido hasta allí para recuperar la amistad que habían perdido, ¿qué podía decir? Pues que, en aquel momento, no era amistad lo que quería de él. Puede que un día, cuando el escozor del rechazo se hubiera pasado y recuperara algo de perspectiva. Quizás podrían tener entones una conversación sobre cómo reconstruir su amistad.

Sin embargo, observándolo en aquel momento, vio las líneas de cansancio que marcaban sus facciones, y la súplica en su mirada hizo que el corazón se le encogiera. Pero estaba decidida, y se dio la vuelta. Iba a sentarse cuando sintió su mano en un brazo, suave pero firme.

–Dile a este tío que te vas –le oyó decir en voz baja.

–¡No pienso hacer tal cosa! –se revolvió, y deseó no haberlo hecho. Estaba tan cerca que los recuerdos y el dolor se mezclaron en el presente.

–¡Eh, oye!

Los dos miraron a Colin, que se estaba levantando, deseando salir por patas de allí.

–Es un viejo amigo, Colin. Hace tiempo que no nos vemos. –Jennifer se obligó a sonreír, pero su sistema nervioso seguía derritiéndose frenéticamente. Sintió lástima por Colin, aturdido y algo ridículo–. Quizás sería mejor que te fueras.

–¿Estás segura, preciosa?

Jennifer sintió el alivio de Gabriel, pero si creía haber ganado el primer asalto, se iba a llevar una buena sorpresa.

–Sí, claro –dijo, y el bueno de Colin desapareció aliviado–. ¿Satisfecho? –preguntó, volviéndose a Gabriel.

–No.

–¿Se puede saber qué haces aquí, Gabriel? Necesito estar un tiempo sin verte, y me importa bastante poco lo destrozado que estés.

–Lo que necesito es una copa antes de empezar esta conversación. –Hizo una pausa y probó las aguas–. Entiendo por qué no quieres hablar conmigo, pero te ruego que me escuches.

–Diez minutos, Gabriel. Ni uno más.

–¿Qué quieres tomar? ¿Por qué estás con un refresco? ¿Era *skater* tu cita o qué?

Jennifer no estaba dispuesta a responder a su intento de volver a las bromas que siempre habían formado parte de su relación. El daño era aún muy reciente.

–Una copa de vino blanco.

Gabriel asintió y fue a buscarlo, y ella no pudo evitar quedarse mirándolo mientras su corazón se retorcía dentro del pecho. Había una única razón por la que debía haberse presentado allí, y era para recuperar su amistad como fuera. Borrar lo que había pasado entre ellos como si el reloj pudiera dar marcha atrás y fuera posible recuperar la relación inocente que una vez tuvieron.

Había tratado de ponerse en contacto con ella, pero no había respondido ni a sus llamadas ni a sus mensajes. No estaba lista aún. Sin embargo, había demasiados nexos de unión entre ellos para permanecer para siempre en distintos lados de la cerca. Más tarde o más temprano tendría sentido que volvieran a hablar, pero tendría que correr mucha más agua bajo el puente para que ella fuera capaz de mirar atrás, ver lo que se había perdido e intentar rescatar algo.

–¿Cómo me has encontrado? –fue lo primero que le preguntó cuando volvió con las copas.

–Mi madre me envió tu dirección y fui a tu casa. Tu compañera me dijo dónde podía encontrarte. No me habías dicho que te mudabas, ni contestaste a mis llamadas ni a mis mensajes. Desapareciste.

–Lo sé. ¿Qué esperabas?

–Le dijiste a mi madre que no veías un futuro con un hombre que trabajaba todas las horas del mundo, y que habías buscado un trabajo en Londres porque necesitabas un cambio, una ruptura total para encontrarte.

–Le dije lo que tenía que decir, e hice lo que tenía que hacer.

–¿Y yo?

–¿Tú, qué?

–A mí no me dijiste nada, Jen.

–Te lo dije todo, Gabriel. Me jugué el corazón por ti. ¿Y sabes lo que aprendí después de correr el riesgo? –Se inclinó hacia él con los ojos azules más fríos que el océano Ártico–. Pues que lo que me dijiste entonces era lo más acertado: que me merezco a alguien mejor que tú.

–Sé lo que dije. Recuerdo cada palabra. Sé que estoy aquí sentado y que no tengo derecho a esperar nada de ti, pero…

–¿Pero qué?

–Estos últimos tres meses han sido una auténtica agonía para mí, Jen. Te he echado de menos.

–¿Qué es lo que has echado de menos, Gabriel? ¿La amistad o el sexo?

–Ambas, y todo lo demás.

–Pues te fastidias. Yo ahora necesito espacio. Por eso no te conté mis planes. ¿Lo entiendes? Y ahora que estás aquí, sigo pensando que necesito tiempo lejos de ti, así que, en cuanto nos hayamos acabado la copa, te agradecería que te marcharas. Ya me pondré en contacto contigo… cuando sea.

–No puedo hacer eso.

–No tienes elección.

–Dijiste que me querías.

–No quiero hablar de eso ahora, Gabriel.

Apuró su vino, se levantó y recogió abrigo y bolso.

–Necesito hacerlo –dijo él, levantándose también.

–La vida no gira en torno a tus necesidades, lo creas o no.

–Escúchame, Jen, por favor. Por todo lo que hemos compartido.

Sus miradas chocaron. Gabriel se sentía aturdido, confuso, con la cabeza y el corazón sumidos en el caos.

Se pasó la mano por el pelo mientras ella seguía observándolo en silencio.

–¿Y bien? Te escucho, y te estás quedando sin tiempo.

–Es que aquí hay demasiada gente y demasiado ruido para hablar.

Miró a su alrededor. Las mesas estaban ocupadas y la gente iba y venía por todas partes.

–A mí me sirve. No sé qué podemos tener que hablar que necesite paz y tranquilidad.

–Tú no tienes que decir nada, Jen. Solo tienes que escucharme. Yo… me he pasado la vida dando por sentado que estarías siempre ahí. –Se inclinó hacia delante y su voz era tan baja que ella tuvo que esforzarse por entender lo que decía–. Éramos niños cuando nos conocimos. Lo recuerdo como si fuera ayer. Incluso recuerdo lo que llevabas cuando me acerqué a ti: vaqueros y una camiseta roja. Te tiré de la coleta y me arreaste con el cuaderno. A partir de entonces no dejé de chincharte, ni tú de responder. Me sentía cómodo contigo, sabiendo que no dejarías pasar nada, que siempre responderías, que no me dejarías salirme con la mía. No era consciente de lo mucho que iba a necesitar algo así a lo largo de los años, de lo mucho que necesitaba que estuvieras en mi vida.

–No digas cosas que no piensas, Gabriel –respondió en voz baja–. No me halagues porque piensas que es el modo de arreglar nuestra amistad rota.

–No digas que está rota, Jen. No podría soportarlo.

–¿Acaso no lo está? El lazo que nos unía se ha roto. Las cosas que dijimos… esto que tenemos ahora es lo que ha salido de ahí. Una relación diferente. Fue el riesgo que corrimos cuando…

–¡No! ¡Te necesito, Jen! Siempre te he necesitado, sin ser consciente de lo íntimamente relacionados que están la necesidad y el amor. Llevo queriéndote tanto tiempo que simplemente es algo que forma parte de mi vida. Algo que siempre he dado por sentado. Y entonces…

–Entonces, ideaste tu maravilloso plan.

Jennifer lo miró derritiéndose por dentro. El amor que llevaba tres meses intentando ahogar se estaba desperezando despacio y expandiéndose por su cuerpo. No quería tener esperanza. Sabía que no debía. Pero había algo en aquellos ojos tan oscuros, una tristeza y una incertidumbre que…

Quería que siguiera hablando, dejarse acunar por la dolorosa sinceridad de su voz y oírle decir cosas que le aceleraran el pulso y que regaran su devastado corazón. Quería vivir en aquel momento. Y si lo estaba malinterpretando todo, que así fuera.

–Tú viste los obstáculos –continuó Gabriel–. Yo no vi ninguno porque era un estúpido arrogante. En ningún momento pensé en el amor o en enamorarme. Siempre había sabido que no le iba a entregar mi corazón a nadie porque era lo que mi cabeza había decretado. Y cuando se me ocurrió la genial idea de fingir una relación por el bien de mi madre, de verdad pensé que todo lo que sentía por ti podía permanecer contenido, pero había abierto la caja de Pandora, ¿y quieres saber una cosa? Que me alegro de haberlo hecho porque nos acostamos tú y yo. Si fui un idiota creyendo que podía compartimentar limpiamente lo más significativo que he hecho en mi vida, me merezco cada segundo de sufrimiento que he padecido desde que nos separamos.

–¿Hablas en serio, Gabriel?

–Hasta la última coma, tesoro –respondió acariciándole la mejilla, y Jennifer entrelazó su mano con la de él.

–Te quiero con todo mi corazón –dijo ella–. Como ya te dije, ese amor siempre ha estado ahí, esperando a que se le diera voz.

–Yo siento lo mismo. Jamás habría podido imaginar que podría llegar a sentir lo que siento por ti. Creía que amar, y todo lo que

conlleva abrirse a otra persona y ser vulnerable, sería la única cosa que nunca podría hacer. Era tan prepotente y tan ciego como para imaginarme que mi intelecto y mis experiencias anteriores eran barreras impermeables a los sentimientos y que estos nunca podrían salir a la superficie. Cuando me dijiste que me querías, todos los viejos hábitos que llevo grabados se interpusieron de inmediato e hice lo que siempre había hecho: cerrarme de inmediato y sin hacer preguntas.

–Te he echado muchísimo de menos, Gabriel –le dijo en voz baja–. Cuando te dije lo que te dije, sabía que no podría dar marcha atrás, y no quería hacerlo, pero también sabía que era el final de nuestra amistad, y no podía soportarlo. Por eso me vine aquí y puse mi vida patas arriba, pero no podía huir de mis sentimientos, ni de mis pensamientos, ni de mi amor.

–¿Quieres casarte conmigo, Jen? ¡Pero de verdad esta vez!

El mundo explotó en un millón de maravillosos pedazos.

–¿En serio, Gabriel?

–En serio. Eres mi amiga, mi amante y todo lo que puedas imaginar, y no quiero que vuelvas a separarte de mí nunca jamás.

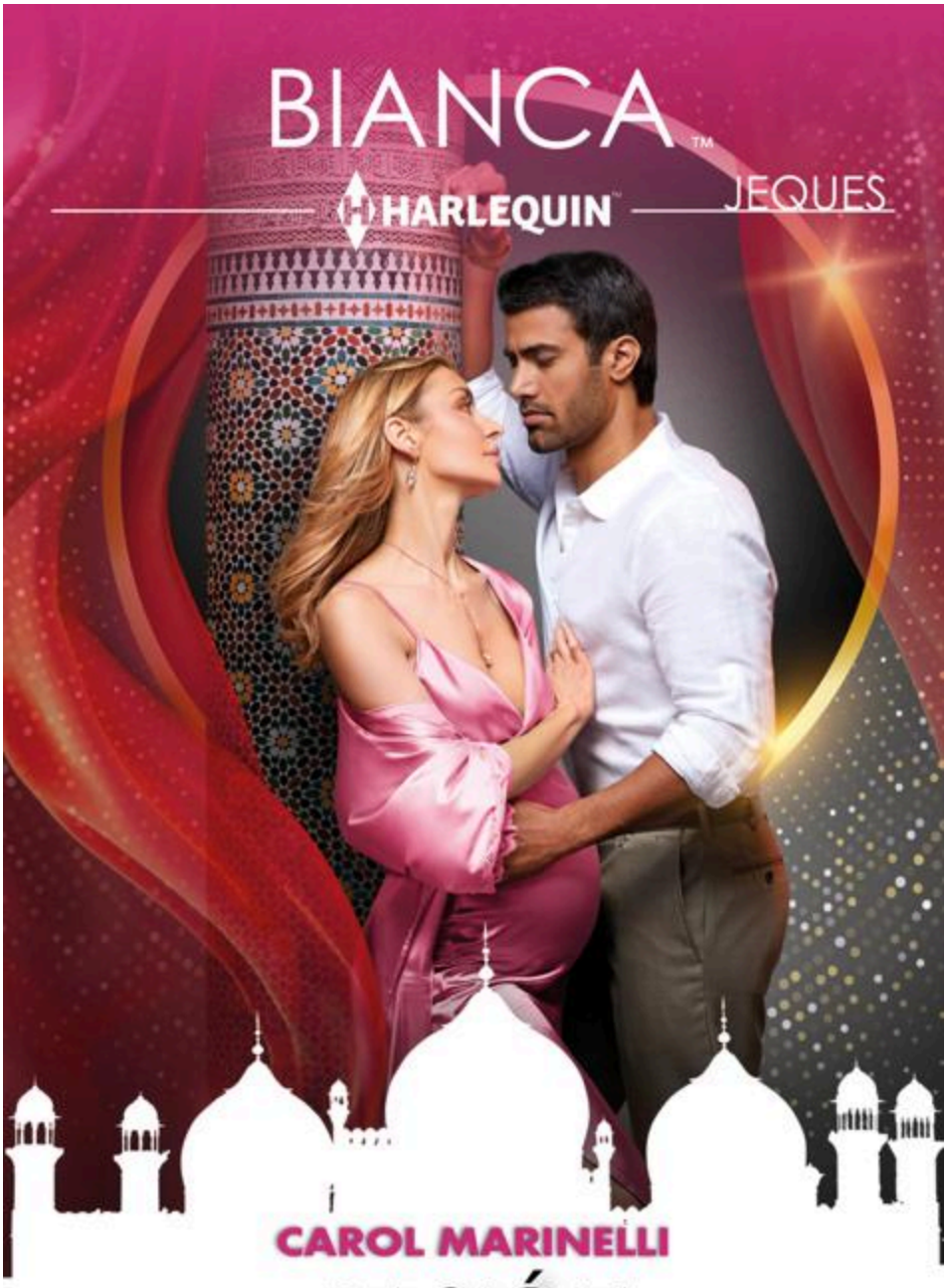
–Te quiero, Gabriel, así que sí. ¡Sí, sí, sí!

Desde el otro lado de la mesa, tomó su cara entre las manos e hizo lo que llevaba tres meses deseando hacer: lo besó con todo el amor que llevaba en el corazón, sabiendo que sí, que lo que había empezado como amistad tanto tiempo atrás era el amor con el que siempre había soñado.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





PASIÓN PROHIBIDA

Portadilla

BIANCA

CAROL MARINELLI

PASIÓN PROHIBIDA

HARLEQUIN

Prólogo

El príncipe Rafiq de Al-Zahir ocupaba el tercer puesto en la línea de sucesión al trono y se sentía cómodo con ello. No le preocupaba que la mayor parte de la atención de sus padres se centrara en su hermano mayor.

—Khalid ha nacido para ser rey —le había explicado su padre.

Durante las largas vacaciones de verano, cuando regresaban de Inglaterra, donde estudiaban, Khalid asistía con entusiasmo a las clases sobre la historia de Al-Zahir y memorizaba las leyes estrictas que algún día tendría que hacer cumplir. Rafiq, aunque también recibía una formación completa, gozaba de mayor libertad. Pasaba muchos veranos en el desierto, aprendiendo de los ancianos o montando a caballo, pero en los últimos años ese tiempo se veía interrumpido por competiciones deportivas.

A Rafiq le encantaba correr, en especial el *sprint*. De extremidades largas y complexión atlética, poseía la potencia explosiva que exige la velocidad. A los once años ya llamaba la atención por sus marcas en la pista.

Khalid, serio como su padre, algo reservado y aplicado, era el hijo ejemplar; estudiaba y seguía las normas con rigor.

Rafiq, en cambio, rompía moldes. Tenía una gran inteligencia, pero lo cuestionaba todo. Aun así, su encanto resultaba innegable. Sabía aprovechar su carisma y lograba arrancar una sonrisa a cualquiera, incluso a su padre, siempre severo y exigente.

Sin embargo, los caballos y las competiciones no eran lo único que ocupaba los pensamientos de Rafiq aquel verano, cuando los hermanos regresaron al palacio.

—Por fin voy a descubrir las leyes sexuales —le dijo a su hermano mayor.

—Te vas a llevar una gran decepción —se rio Khalid.

Y tenía razón.

Las leyes eran muchas y extensas, más bien una lista de normas enrevesadas que le llevó una semana entera leer, cuando él hubiera preferido estar en el desierto.

—Nunca me casaré… —aseguró Rafiq, enfurruñado, al entrar en el estudio de su hermano.

—Te lo dije —contestó Khalid, sonriente, sin levantar la vista de sus estudios.

—Lo digo en serio —dijo Rafiq, y se tumbó en un sofá con las manos detrás de la cabeza, repasando mentalmente lo que le habían enseñado ese día—. ¿Qué sentido tiene casarse si también puedes tener un harén?

—Así son las cosas —respondió su hermano, encogiéndose de hombros.

—¿Crees que nuestro padre tiene uno?

—No tengo ni idea.

—¿Crees que tiene una amante?

Khalid levantó la vista del ordenador.

—Hoy has tenido la lección sobre la discreción, ¿verdad?

Rafiq asintió.

—Entonces te habrán enseñado que, si tiene una amante, no nos incumbe saberlo.

—Ni siquiera a nuestra madre… —contestó Rafiq, con el ceño fruncido, sin gustarle lo que le habían enseñado.

—Las reglas de discreción son para protegerla.

—Bueno, no voy a permitir que elijan a mi novia por mí, ni voy a casarme antes de los veintiún años. Quiero batir récords y ganar medallas.

—Puedes seguir corriendo, pero tendrás que casarte joven. Ahora eres el segundo en la línea de sucesión.

Rafiq tragó saliva; su abuelo había fallecido hacía poco tiempo y su padre era ya el rey.

Ocupar el segundo puesto en la línea de sucesión ya no le parecía tan llevadero al sentirse tan próximo al trono.

—Si muero, te tocará a ti —le recordó Khalid.

—No hables así —protestó Rafiq, frunciendo el ceño.

—Pero es cierto, y con todos los problemas con Al-Nawar hay que asegurar el linaje. Por supuesto que te casarás.

Al-Nawar era el país vecino. Durante años había sido una tierra tranquila, pero su rey déspota llevaba tiempo provocando tensiones y las reuniones urgentes se encadenaban sin descanso. El padre de ambos se mostraba cada vez más serio y preocupado.

La vida había perdido parte de su ligereza.

Rafiq, aún con las manos entrelazadas tras la cabeza, sintió de pronto una presión en el pecho y dirigió la mirada hacia su hermano, que continuaba concentrado ante el ordenador.

No le pasaría nada, se dijo. Al fin y al cabo, Khalid había nacido para ser rey.

Y, por encima de cualquier corona, él amaba a su hermano con todo su ser.

Capítulo 1

El príncipe heredero Rafiq dio las gracias al chófer y subió los escalones de su residencia de Belgravia, ansiando la soledad.

Alcanzó a ver a uno de sus agentes de seguridad aparcado en la calle y, aun sabiendo que era su propia gente quien lo vigilaba, se mantuvo solemne y digno.

Él nunca bajaba la guardia, ni siquiera entre los suyos.

El viaje a Londres estuvo marcado por un sinfín de reuniones de alto nivel, en medio de la agitación política y los compromisos oficiales. El resultado no fue el de siempre, pese a que supo disimularlo. Su expresión no cambió hasta que la pesada puerta negra de su residencia en Londres se cerró tras él.

—*La'nat* —suspiró, apoyándose en ella.

Maldición.

Al día siguiente, Rafiq volvería a Al-Zahir con las manos vacías. Había estado a punto de cerrar un histórico acuerdo de intercambio cultural para exhibir las perlas de la isla y pensaba dejarlo sellado. Pero, como siempre, Al-Nawar, el país vecino, volvía a convertirse en la espina que entorpecía unas negociaciones ya de por sí delicadas.

Al-Nawar había sido una espina clavada toda su vida.

Pero Rafiq sabía que su mal humor tenía poco que ver con los escasos avances en el intercambio cultural.

Sentía como si su vida fuera una sucesión de aniversarios.

Algunos eran públicos y conocidos, como el Día Nacional de Luto por Khalid, que tendría lugar dentro de poco más de tres meses. Otros eran más privados y pasaban desapercibidos.

Hacía unos días había sido el aniversario del secuestro de su hermano.

Y ese día era el aniversario del suyo.

Pero los aniversarios no terminaban ahí.

En nueve meses, el pueblo de Al-Zahir celebraría el de su milagrosa fuga…

Rafiq, rodeado de seguridad y próximo sucesor al trono, se sentía lejos de ser libre.

Algo lo alertó y se le abrieron de golpe los ojos grises. El aire no estaba en calma, como diría el anciano guerrero tribal… No había ruido, ni olor, nada que indicara la presencia de un intruso, pero los sentidos se le agudizaron y escrutó el elegante pasillo.

Había alguien allí.

Echó un vistazo a la sala de recepción, pero la escalera lo atraía más. Confiando en su instinto, subió hacia las zonas privadas de la lujosa casa.

Esperando encontrar a alguna criada despistada, pero preparado para cualquier cosa, empujó la pesada puerta del estudio y vio a una mujer de pie junto a la ventana, contemplando la calle arbolada y los coches de la embajada.

La princesa Yara de Al-Nawar.

—¿Cómo has entrado? —preguntó en voz baja, entornando los ojos, la irritación bullendo bajo su calma de guerrero entrenado.

—Mi seguridad se puso en contacto con la tuya —dijo ella, volviéndose hacia él.

Rafiq siseó irritado porque su jefe de seguridad no le había consultado.

—Voy a hablar con Salar…

—¿Y que se pregunte por qué no quieres verme? —le advirtió Yara —. Creen que nos están haciendo un favor al colarme aquí.

—Si se corre la voz de que me estás visitando, nuestras familias nos casarán en cuestión de días…

Y eso era algo que ninguno de los dos quería.

—Es cierto —suspiró Yara—. Aun así, no tenía más remedio. ¿Sabes que los reyes se reúnen hoy?

—Por supuesto —asintió Rafiq, quitándose el abrigo y lanzándolo sobre un sofá de color limón—. Espero que tu padre esté dispuesto a escuchar. Para que este intercambio se lleve a cabo, Al-Nawar necesita…

—No he venido hasta aquí para hablar del intercambio cultural —lo interrumpió Yara con brusquedad—. Me he arriesgado a venir porque hay algo que debes saber: creo que mi padre va a plantear la cuestión de nuestro matrimonio.

—No le corresponde hacerlo —dijo Rafiq, tomando la jarra de cristal y sirviéndose una copa. Ofreció otra a Yara, que negó con la cabeza, pero el gesto dejó al descubierto su muñeca llena de cicatrices. Vio la mirada de Yara y cómo la apartaba enseguida, sintiéndose culpable por todo lo que él había soportado—. Soy yo quien decide el matrimonio, no tu padre.

—La cuestión es que mi padre… —Tragó saliva—. No debería contarte esto… —Negó con la cabeza—. Tienes razón, no debería haber venido. Me voy…

—Yara —la llamó Rafiq—. ¿Acaso no puedes confiar en mí?

Ella cerró los ojos un instante y asintió.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿qué has venido a decirme?

—Que mi padre se está muriendo. —Se le quebró la voz antes de continuar—: Le queda un año, quizá dos.

Por fin Rafiq entendía por qué estaba allí.

—¿Quiere que nos casemos?

—Sí.

«*La'nat, la'nat…*». Doble maldición. ¡No estaba teniendo un buen día!

No lo dijo en voz alta, claro; nadie había vislumbrado nunca sus verdaderos pensamientos.

—Está bien —asintió él—. Le diré a mi padre que voy a pedirte que seas…

—Rafiq, no. —Los ojos oscuros de ella se llenaron de lágrimas—. Sé que dije que era lo que quería, pero eso fue hace mucho tiempo. No puedo seguir adelante. La idea de…

—Oye… —Al ver su angustia, dejó el tono severo, volviendo por un momento al joven que había sido el día en que Yara le confesó la verdad: que su corazón no se encogía por los hombres—. Nunca nos acostaremos juntos, Yara. Ya hemos hablado de esto mil veces…

Es cierto que, cuando sellaron el pacto, ocupaban un rango menor dentro de la realeza. Entonces no había tanto en juego. Pero las cosas habían cambiado y dos países aguardaban esa unión con expectación.

Y la impaciencia iba en aumento.

Rafiq estaba en su último año de universidad —la carrera se había alargado por las frecuentes competiciones— cuando Yara, con dieciocho años y en su primer año de estudios, le pidió hablar.

Parecía alterada y nerviosa, y él supuso que quería hablar de su tío, el rey déspota.

En cambio, le contó la verdad y lo asustada que estaba.

Rafiq encontró una solución y juntos hicieron un pacto: cuando su padre presionara para que se casara, él pediría que Yara fuera su novia. A los veintiún años había aceptado que, tarde o temprano, debía casarse. El matrimonio no era cuestión de amor, no cuando se era de la realeza, y las leyes eran claras. Y, como le había dicho a Yara, ambos podrían tener amantes discretos.

—¿Y los herederos?

—Diremos que tenemos problemas de fertilidad —había sugerido Rafiq, sonriente.

En aquel entonces sonreía con mucha más facilidad.

—Pero lo haremos más adelante —había añadido él—. Quiero centrarme en correr. Tú tienes tu… ¿Qué estás estudiando?

—Botánica.

—Concéntrate en tus estudios y en tu carrera. Lo pospondremos todo lo que podamos.

Ninguno de los dos imaginaba los problemas ni los tiempos oscuros que se avecinaban.

El padre de Yara derrocó a su hermano y ascendió al trono. Al-Zahir había respaldado el levantamiento, pero el precio fue alto. Khalid fue secuestrado y asesinado, y durante un tiempo todo indicó que Rafiq correría la misma suerte.

Tras nueve meses de cautiverio, logró escapar.

Con el padre de Yara ya coronado en Al-Nawar, los vínculos entre ambas islas mejoraron. Los dos monarcas acordaron que el

matrimonio entre Rafiq y Yara consolidaría la alianza y permitiría dejar atrás una historia llena de turbulencias.

Sin embargo, a sus treinta y cinco años, Rafiq aún no había pedido la mano de Yara y, con el paso del tiempo, la tensión entre los dos países volvía a aumentar.

—No creo que pueda hacerlo, Rafiq. No puedo hacerle eso a Jasmine.

Él sabía que Yara tenía una relación seria con su doncella.

—Sé que ya vivo una mentira —continuó ella—, pero casarme contigo, ir de gira real, tener hijos…

—Lo entiendo —la frenó él—. No te pediré matrimonio.

Rafiq no tenía ninguna prisa en casarse.

—Como si fueran a aceptarlo.

—No pueden obligarnos.

—Claro que pueden. Ya los hemos hecho esperar demasiado, y ahora que mi padre se está muriendo…

—¿Qué quieres que haga, Yara? —No acababa de entenderla—. Si no quieres casarte conmigo, bien. Si quieres casarte conmigo, también bien.

—Hay otra manera… —Tragó saliva—. Le he dado muchas vueltas. —Los ojos negros de Yara se encontraron con los de él—. ¿Y si hubiera un escándalo?

Rafiq frunció el ceño mientras ella continuaba.

—Un escándalo tan grande que retrasara todo lo relacionado con el matrimonio…

Parecía que ella había reflexionado sobre el asunto durante mucho tiempo; lo que no había considerado era a Rafiq ni, sobre todo, al pueblo de Al-Zahir.

Él negó con la cabeza.

—Esa etapa quedó atrás hace años. —No fueron solo sus marcas en la pista las que dieron que hablar. Rafiq se forjó una reputación sólida, pero aquello pertenecía al pasado—. Mi pueblo merece algo mejor.

—Rafiq, por favor —le suplicó, y luego se enfadó—. Cómo has cambiado. Ahora eres tan frío.

Estaba tentado de responderle que los nueve meses de infierno que le había proporcionado su tío habían acabado con su lado alegre.

—No puedo creer que confiara en ti.

—Está bien que lo hicieras. Es mejor que yo sepa que tu padre está enfermo.

—Estabas dispuesto a casarte solo para ayudarme, pero ahora…

—Ahora soy el príncipe heredero —espetó él—. Mi responsabilidad es ante todo hacia mi pueblo, y ellos no necesitan verme envuelto en escándalos. —Sacudió la cabeza—. No va a suceder.

En realidad, no podía volver a aquellos tiempos. Entonces había cierta ligereza, incluso un toque de romanticismo que acompañaba al sexo. Pero las cosas habían cambiado, todo resultaba más frío y tenía lugar solo a puerta cerrada o tras velos de discreción. Ya no era más que… sexo; no permitía que nadie se acercara a su corazón ni a su mente.

Negó con la cabeza.

—Rafiq, por favor…

—No. —Comprendía la dificultad de la situación de Yara, pero no se dejaría convencer. Cuando Rafiq decía que no, era definitivo—. No te pediré la mano, tienes mi palabra. Y no cederé a la presión. Lo sabes.

—Lo sé. —A Yara se le cortó la respiración. Ella, mejor que nadie, lo sabía; él había guardado su secreto incluso en los peores momentos—. Hoy hace un año que te secuestraron, ¿verdad?

Él no respondió. No le gustaba hablar de ello con nadie.

—Odio lo que mi tío te hizo.

—Hace tiempo que él ya no está. Tu país tiene ahora a tu padre. —Cerró los ojos un segundo, al recordar la noticia que ella había ido a transmitirle—. Lamento saber que está enfermo.

—Gracias… —contestó ella, respirando de forma temblorosa.

—Solo tenemos que aguantar.

Ella asintió, pero aún tenía un rastro de duda en la mirada.

—Yara, al menos por ahora, nada ha cambiado. No voy a pedirte la mano, diga lo que diga mi padre.

—De acuerdo.

—Así que vete a casa y deja de organizar estas reuniones, o nos descubrirán y tu pesadilla se hará realidad.

Ella soltó una carcajada y, algo más calmada, bajó las escaleras y se marchó por el callejón. Rafiq se dirigió a la parte trasera de la casa y observó cómo se alejaba escoltada.

Vio a Salar comprobar que las puertas estuvieran bien cerradas y hablar con un oficial en el perímetro. Quizá consciente de que lo observaban, levantó de pronto la vista hacia la residencia y cruzó la mirada con Rafiq.

Se planteó pedirle que no permitiera el acceso a la princesa sin consultarlo primero, pero no quería que Salar intuyera que no le hacía ninguna gracia reunirse en secreto con Yara.

Rafiq no confiaba en nadie.

Y con razón.

Así que, en lugar de llamarlo, se limitó a asentir para indicar que todo estaba en orden.

Por dentro, sin embargo, nada lo estaba. Los recuerdos, pese a sus esfuerzos por contenerlos, regresaban sin aviso. Escenas que habría preferido enterrar cruzaban su mente como ráfagas de luz. Vio de nuevo a Salar, con el rostro marcado por la preocupación, en aquel mismo salón, comunicándole que Khalid había desaparecido en el desierto y que su caballo había vuelto a la tienda sin jinete. Al principio se pensó en una caída y se organizaron partidas de búsqueda para dar con él.

La angustia lo había devorado entonces, igual que lo atenazaba en ese instante. Rafiq sintió el impulso de abrir la ventana y llenar los pulmones con aire helado. En lugar de hacerlo, tomó el abrigo del sofá y se lo puso. Decidió salir a caminar, con la esperanza de aclarar el torbellino de pensamientos que le ocupaba la cabeza.

Pero el guardia del coche avisaría a Salar y, aunque fueran discretos, no estaría solo.

Seguía ansiando la soledad. Desaparecer un rato. Y sabía cómo.

Salió del salón, bajó las escaleras y luego otra hasta el sótano. Hacía mucho que no bajaba hasta allí.

Catorce años, para ser exactos.

Su hermano había sido quien le mostró el túnel por primera vez; en aquel entonces estaba detrás de una puerta oculta en la bodega. No figuraba en los planos de la casa; ni siquiera el equipo de seguridad sabía de su existencia.

Su padre se lo había contado a Khalid.

Y el suyo antes que él.

El túnel conducía a un callejón en Knightsbridge, cerca del metro, le había explicado Khalid. Nada de ir con amigos, nada de compartir esa ruta con nadie. Era la única oportunidad que tenía un joven príncipe de saborear la libertad.

La protección era estricta: las entradas y salidas parecían cámaras acorazadas y se abrían con código. Rafiq, aunque nunca lo había utilizado, conocía la secuencia correcta, pero dudó antes de entrar.

Había pasado años tratando de olvidar.

Introdujo el código, oyó el chirrido del metal al deslizarse la puerta y contempló el túnel por primera vez desde su captura. Revivió la conmoción de encontrar intrusos en su casa y ser arrastrado al sótano y luego a lo largo de aquel pasadizo lúgubre.

Entró y, cuando la puerta se cerró con un golpe metálico a su espalda, la escasa iluminación parpadeó. El aire olía a humedad y moho. Las luces titilaban y notaba las vibraciones de los trenes, el metro y la vida de la ciudad en la superficie. El aire era frío y pegajoso, muy distinto de los pasadizos subterráneos de Al-Nawar, donde resultaba sofocante y cada bocanada le quemaba la garganta.

Pasó el dorso de la mano por la pared de piedra húmeda y se estremeció, visualizando las cadenas que le habían marcado tobillos y muñecas. Recordó la agonía de las paredes de arenisca contra la carne golpeada y lacerada.

Llegó a la salida, introdujo el código y salió al callejón donde lo habían metido en un coche rumbo a un avión.

Llovía. Alzó la vista hacia el cielo que en otro tiempo creyó que no volvería a contemplar y, durante un instante, permitió que las gotas frías le golpearan el rostro.

Caminó hasta el metro y subió a un vagón casi vacío. Se sentó, ya que solía atraer miradas. Y no tardó en sentir una sobre él. Al

girarse, descubrió a un hombre con gorra gris que lo observaba con fijeza. Rafiq, pese al traje oscuro y a sus intentos por pasar inadvertido, destacaba como si vistiera túnicas del desierto o ropajes de ceremonia.

En la parada siguiente el vagón se llenó; en la que vino después, ya no quedaban asientos libres.

Algo en aquel hombre le tensó la mandíbula. No se movió para permitir el paso a una mujer que trataba de subir.

Ella tenía el cabello rubio cobrizo húmedo por la lluvia, y vestía una gabardina oscura y tacones de aguja. Al comprobar que el hombre de la gorra obstaculizaba la entrada, frunció los labios con visible disgusto.

—Disculpe, por favor —le dijo con voz firme, y, cuando el hombre por fin se movió, se abrió paso y se detuvo cerca de Rafiq. Luego alzó la mano para agarrarse a la barra superior.

No fue su belleza lo que impulsó a Rafiq a levantarse.

Fue el hecho de que era una dama…

Capítulo 2

Liliana Hamilton no estaba teniendo uno de sus mejores días.

Su horrible jefe se había asomado por encima de la pantalla del ordenador y le había dedicado una sonrisa lasciva.

—He oído que vas a vestir de rosa para el baile.

Liliana se tensó de inmediato, pero sonrió de forma educada como solía hacer siempre.

—Así es —respondió ella.

—Has elegido un vestido precioso, aunque no sé si acabo de verte de rosa.

Liliana miró a su amiga y compañera Margo, que abrió mucho los ojos en señal de que entendía su incomodidad.

Simon se estaba convirtiendo en un problema de verdad. Ya había tenido que faltar a un par de fiestas navideñas fingiendo tener otros planes.

Debería estar feliz. Trabajaba como diseñadora *junior* en una casa de moda de alta gama con unas oficinas modernas en Londres, con pantallas por todas partes mostrando desfiles interminables, noticias y cotilleos del mundo entero. Pero, en lugar de poner su talento al servicio de los diseñadores, se pasaba la mayor parte del tiempo al teléfono respondiendo consultas. De vez en cuando salía durante alguna sesión de fotos, pero era más la chica de los recados que otra cosa. Sabía que todo el mundo tenía que empezar por algún sitio, pero… ¡ya llevaba cuatro años en esa situación!

Lo mejor era que contaba con descuentos generosos, ya que se daba por hecho que debía lucir sus mejores galas cada jornada. La calefacción permanecía alta y, pese al cielo encapotado, Liliana llevaba un vestido de flores y tacones altos, con la larga melena rubia rojiza suelta sobre los hombros. También organizaban actos de

cierta relevancia, como el baile de primavera, donde el personal podía adquirir prendas de la marca a un precio reducido.

Sin embargo, aquella ventaja tenía un lado incómodo ese día: su jefe la imaginaba con el vestido.

—Asqueroso —articuló Margo en silencio cuando Simon se alejó a atender una llamada—. ¿Vas a ir con… —hizo un gesto con la mano, esperando que Liliana revelara el nombre de su misterioso acompañante, pero no lo hizo— tu novio?

—Por supuesto —asintió Liliana—. Si para entonces no me ha dejado.

—Bueno, si rompéis, más te vale que encuentres a otro, o tendrás que estar espantando a Simon toda la noche.

—Tomo nota.

Y vaya si lo había hecho. Era por eso por lo que había mentido diciendo que estaba saliendo con alguien; eso la había librado de muchas invitaciones incómodas para tomar un café después del trabajo.

Sus amigos, e incluso Simon, le habían pedido más detalles sobre él, pero ella siempre respondía lo mismo: «No me gusta hablar de mi vida personal».

Lo cual era cierto.

Nunca le había gustado hablar de su vida real. Incluso de pequeña se inventaba historias para explicar las largas ausencias de su padre. Sus amigas del colegio no tardaron en descubrirlo y se burlaron de ella sin piedad. Y cuando la verdad salió a la luz, su madre y ella fueron apartadas.

Sí, mentir estaba mal, pero es que ella había nacido de una mentira. Su padre había tenido otra vida: una esposa y dos hijos. Liliana era el fruto de una aventura prolongada y no se sentía nada orgullosa de ello.

La mayor parte del tiempo era una persona alegre y feliz, pero aún le costaba abrirse, hacer amigos íntimos y, mucho más, salir con alguien. Así que, a sus veintiséis años, nunca había tenido una relación seria. Margo se caería de la silla si supiera que la mujer un poco excéntrica y amante de la alta costura que tenía enfrente era virgen, estaba segura.

Así que había decidido hacer algo al respecto, no solo por Simon. Quería crecer como persona y había empezado a buscar pareja por Internet, aunque lo estaba pasando un poco mal.

Echó un vistazo al móvil y vio que el chico del gimnasio le proponía quedar.

—Muy bien, atended todos. Un cliente VIP está a punto de llegar y quiere el sitio despejado.

Todos empezaron a levantarse y a recoger sus cosas. Excepto Simon, que caminaba hacia ella sin dejar de mirarla.

Ella sabía que iba a proponerle ir a tomar un café. Fue entonces cuando tomó la decisión y aceptó quedar con el chico del gimnasio.

Necesitaba un acompañante para el baile, tan solo alguien dispuesto a seguirle la corriente. No podía ser peor que Simon, ¿verdad?

En realidad, sí. ¡Podía ser mucho peor!

Antes incluso de que el café llegara a sus labios, el chico del gimnasio le hizo una pregunta tan inapropiada que al principio Liliana pensó que había oído mal.

No. Había oído perfectamente.

Tomó su enorme bolso, dejó dinero para pagar y salió del café poniéndose la gabardina. Bajó las escaleras mecánicas del metro hecha una furia. Con el trabajo, con el mundo, con las calles resbaladizas y los aguaceros repentinos, con el metro abarrotado y los empujones en el andén. Estaba enfadada con muchas cosas, sobre todo con…

—Por favor… —Un hombre trajeado, muy alto, se levantó y señaló el asiento que acababa de dejar libre—. Siéntese usted.

—¡Estoy muy bien de pie! —espetó Liliana, y cuando el caballero, bastante apuesto y educado, la miró con curiosidad y volvió a sentarse, se arrepintió de la respuesta.

Solo estaba siendo considerado y, además, los tacones la estaban matando.

Pero Liliana estaba furiosa con los hombres, y en ese momento los incluía a todos. Su jefe, que la mantenía encadenada al teléfono y

no dejaba de perseguirla; la nefasta cita de la que acababa de escapar; su padre…

Aunque lo hubiera puesto en último lugar, en su corazón sabía que, en la lista de hombres que le habían hecho daño, su padre debía ocupar el primero.

Su madre y ella siempre habían ocupado un pobre segundo puesto. La atención de él estaba en otra parte. Liliana se había esforzado tanto en ser buena, amable, divertida, invisible… Cualquier cosa que pudiera hacer que él quisiera quedarse a cenar un domingo o aparecer en la obra de teatro del colegio.

Su rechazo constante era la razón por la que en ocasiones estallaba de frustración, como acababa de hacer con el apuesto hombre que le había ofrecido su asiento.

Con disimulo, le echó un vistazo.

Y se le cortó la respiración.

Era impresionante. El espeso cabello negro azabache le brillaba por la lluvia, peinado hacia atrás sobre un rostro altivo y serio de estructura ósea perfecta. Los pómulos marcados y la nariz romana contrastaban con la piel color caramelo y unos preciosos ojos grises.

Suspiró mentalmente.

El traje que llevaba estaba hecho a medida, no tenía duda. Las costuras de las solapas eran una maravilla.

Podría haberse esforzado un poco más, pensó Liliana. Ofrecerle el asiento más veces. Insistir.

Cuando el metro se detuvo en la siguiente estación, el asiento junto a él quedó libre. Por un orgullo sin sentido, se negó a sentarse, pero cuando empezó a notar el escozor de una ampolla, cedió y tomó asiento a su lado.

El aroma de él le cosquilleó las fosas nasales: amaderado, con un toque cítrico y una fragancia demasiado exótica para una tarde de viernes. Incluso sentada le dolían los pies, y le habría encantado sacar las bailarinas del bolso, pero los modales se lo impedían.

Sonrojándose, giró la cabeza para disculparse.

—Siento lo de antes.

—¿Antes? —preguntó, frunciendo el ceño. Estaba claro que el pequeño incidente no había sido una experiencia memorable para él.

—Me ofreciste tu asiento.

—Y usted lo rechazó —respondió él, asintiendo con la cabeza y mostrando una leve sonrisa. Su tono de voz era grave, y su inglés tenía cierto acento que ella no supo identificar—. Si no recuerdo mal, dijo que estaba muy bien de pie.

Ella se rio.

—He tenido un mal día. Aunque sé que eso no es excusa…

—Cierto —asintió él—. Bueno, disculpa aceptada.

Y ahí terminó la cosa.

Aunque no del todo…

La imagen de él quedó grabada en su mente y, en aquel breve cruce de miradas, distinguió una boca perfecta y llena, así como la sombra oscura que marcaba su mandíbula firme. Deseaba volver la cabeza para mirarlo otra vez y sentía cómo el rubor le ascendía por las mejillas sin razón aparente. O tal vez sí la había: era demasiado consciente del muslo de él junto al suyo y, cuando el metro se sacudió, se preparó para el leve roce de su brazo.

Que no llegó.

A pesar de la proximidad y la considerable altura, ni una sola vez se rozaron. Y, sin embargo, con solo sentarse a su lado, él logró invadir hasta el último centímetro de su espacio personal.

De una forma muy agradable.

Cuando aún tendría que sentirse herida por la desastrosa cita, se descubría cautivada, pendiente del hombre que permanecía en silencio a su lado.

Él no se movía con inquietud ni tamborileaba con los dedos, tampoco tarareaba. No leía y, si no recordaba mal, no llevaba auriculares. Liliana lanzó una mirada furtiva a su reflejo en la ventana oscura, quizá con la intención de encontrarse con sus ojos. Nunca había sabido coquetear, y fuera lo que fuese lo que intentaba, no daba resultado. Él mostraba tal serenidad que ni siquiera parecía reparar en la mujer ruborizada sentada junto a él.

Los pasajeros comenzaron a bajar en grupo. Aparte de un caballero con gorra junto a las puertas, solo quedaban ellos dos.

Sentados uno al lado del otro. En un vagón casi vacío. Como si viajaran juntos.

—Bueno, esto es incómodo —dijo ella, y él se volvió frunciendo el ceño.

—¿Perdón?

—Nosotros… —Señaló los asientos vacíos y vio que el ceño se fruncía aún más. Oh, ¿por qué siempre decía tonterías?

—Si lo prefieres, puedo cambiarme de sitio —se ofreció él cuando el tren empezó a arrancar—. No quiero que te sientas incómoda.

—Qué va. —Negó con la cabeza—. Solo estaba bromeando. Mal, está claro, ya que no lo has entendido.

Él esbozó un brevísimo gesto con los labios —que apenas podía considerarse sonrisa— y apartó la mirada. El metro salió chirriando de la estación y se detuvo en un túnel.

—Señoras y señores, les habla el conductor…

Les informaron de que estaban parados por congestión más adelante y que reanudarían la marcha enseguida.

Liliana, más que acostumbrada, no le dio importancia.

Rafiq no podía escapar de sus pensamientos.

Ojalá nunca hubiera introducido ese código, porque la mente seguía en el túnel que lo había llevado hasta allí, o quizá en Al-Nawar y en el infierno abrasador de la prisión, con los guardias burlándose de él, tratando de hacer que se viniera abajo.

—Tu rey, tu padre, sigue negándose a negociar… No debe de tener muy buena opinión de sus hijos.

Rafiq ya conocía la postura de su padre; antes del secuestro habían discutido por teléfono. Si no negociaba por Khalid, el heredero, había pocas esperanzas para él.

En lugar de responder, repitió la pregunta que llevaba haciendo desde el primer día de cautiverio.

—¿Dónde está Khalid?

Por primera vez, alguien respondió.

—Hablando —dijo el guardia con una sonrisa burlona—. Khalid canta como un pájaro.

Rafiq inhaló de forma brusca, odiando los recuerdos que lo asaltaban ese día. En lugar de quedarse sentado reviviendo el infierno, eligió una opción más dulce y se volvió hacia la mujer que tenía a su lado.

Era muy guapa. El cabello ondulado comenzaba a rizarse al secarse y, libre ya del rubor provocado por la disculpa, su piel lucía tan blanca como la porcelana. Rafiq sintió curiosidad por el color de sus ojos.

—Entonces… —comenzó él—, ¿has tenido un mal día en el trabajo?

Ella se rio y se volvió hacia él.

«Azules».

Tenía los ojos de un azul muy oscuro, enmarcados por largas pestañas.

—Desde hace tiempo, todos los días en el trabajo son malos —admitió Liliana—. Aunque al salir de la oficina incluso empeoró.

—¿Cómo es eso?

Ella vaciló, porque no se abría con facilidad a nadie. Sin embargo, sintió una chispa de alegría cuando él prolongó la conversación; había algo en el efecto que le producía que la hizo girarse y sonreír.

—Quedé con un chico con el que había estado hablando por Internet. —Arrugó la nariz—. En realidad, no quería ir, pero él me propuso tomar un café y… —Sacudió la cabeza—. No te aburriré con los detalles.

Rafiq dudaba de que pudiera aburrirlo. Hacía unos instantes, su mente estaba atrapada en recuerdos oscuros. En ese momento la escuchaba hablar de su mundo.

Y le gustaba escucharla.

—Soy Rafiq —se presentó—. ¿Puedo preguntarte tu nombre?

—Lili —respondió ella—. O Ana. Mi nombre real es Liliana, pero debe de ser un trabalenguas porque la gente me llama Lili o Ana. Respondo a los tres.

—¿Y por qué quedaste con ese hombre si ni siquiera querías ir?

—Porque… —Era una buena pregunta. Apoyó la cabeza en la ventana y cerró los ojos—. Mentí.

—¿Ah, sí?

—Una mentira estúpida y sin sentido. —Se quedó sentada en silencio durante un momento, reflexionando sobre el lío en el que se había metido, y entonces recordó un poema de Walter Scott que resumía su situación a la perfección—: «Oh, qué enmarañada red tejemos cuando empezamos a engañar…».

—Lo recuerdo del colegio.

—¡Yo lo recuerdo porque mi madre me regañaba por mentir! —rio Liliana.

—¿Mientes mucho?

—No —respondió ella, aunque luego lo pensó un momento—. Quizá. Cuando era pequeña, me inventaba historias.

—¿En serio?

—Todo el tiempo. Muy detalladas y elaboradas.

El metro reanudó la marcha y, a medida que el vagón avanzaba, también lo hacía la conversación. Ella no podía evitar preguntarse cómo podía resultarle tan fácil hablar con ese hombre, al que sin duda debería encontrar intimidante. Quizá era la forma en que inclinaba un poco la cabeza, como si de verdad quisiera escuchar.

—Les contaba a las otras niñas que mi padre era capitán de la Marina y que por eso estaba tanto tiempo fuera de casa.

—¿No lo era?

—No, era veterinario y estaba casado, pero no con mi madre. Aparecía de vez en cuando en alguna obra del colegio.

—¿Les dijiste a las niñas que estaba de permiso en tierra?

—No tuve oportunidad. Para entonces ya me habían descubierto, o más bien a mi padre. —Hizo una mueca al recordar la llegada de la esposa de su padre a su puerta y los chismes extendiéndose por todo el pueblo—. Se burlaban de mí sin piedad.

—Los niños pueden ser crueles.

—Sí —dijo ella, y sonrió como si nada. La gente solía devolverle la sonrisa cuando lo hacía, pero Rafiq no lo hizo. Era como si supiera que era falsa—. Así que, como ves, no se me da muy bien mentir.

El metro traqueteaba y se sacudía a veces, pero a medida que las distancias entre estaciones se alargaban se oía un zumbido tranquilo, se atisbaba de vez en cuando el cielo del atardecer, y luego el mundo volvía a desaparecer al oscurecerse las ventanas. Era bastante relajante.

O quizá era el hombre agradable y educado que tenía a su lado.

Rafiq no era de los que charlaban por charlar. Ya no.

Antes sí. Pensó en los días enteros pasados en la pista, observando a los demás, charlando mientras esperaba ser llamado. Nadie lo trataba con reverencia y el guardaespaldas se mantenía bien alejado; en las competiciones era un atleta más.

Liliana no sabía quién era, y eso resultaba refrescante.

—Entonces, ¿cuál es esa enredada tela que has tejido?

Ella se volvió hacia él con naturalidad, cuando tendría que sentirse ruborizada y tensa. Conversaban con tal facilidad que parecía que se conocían desde hacía años, no que se hubieran encontrado hacía un rato. En sus ojos y en su sonrisa había un destello de paciencia.

—A mi jefe le gusto —respondió, arrugando la nariz.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que no es recíproco?

—Exacto. Pero hay un gran baile de moda a comienzos de primavera…

Le contó el aprieto en el que se encontraba, aunque él frunció el ceño al oír la palabra «aprieto», pero luego asintió con la cabeza para hacerle saber que lo entendía.

Y cuando terminó de relatarle todo el enredo, Rafiq le mostró una sonrisa.

—Pero el vestido es divino.

Rafiq se dio cuenta de que estaba sonriendo, y eso era algo digno de mención. No es que no sonriera nunca, pero tendían a ser sonrisas corteses u oficiales, no esa lenta y suave sonrisa mirando a los ojos a la otra persona.

Para él fue una rara sensación de libertad al bajar la guardia.

—Pues bien —continuó ella—, estaba hablando con ese chico por Internet y parecía agradable.

—¿Parecía? —Él entornó los ojos—. ¿Ha pasado algo?

—No, nada de eso. Fue algo que dijo. No te voy a contar qué. Es demasiado vergonzoso. Basta decir que me levanté y me fui. Bueno, pagué mi parte y me fui.

—Me intriga. ¡Quiero saber qué dijo para asegurarme de no decir lo mismo!

—Si te soy sincera —dijo ella, negando con la cabeza—, no creo que lo hicieras nunca.

Para Liliana se estaba produciendo una pequeña revelación. Eso era, comprendió; por eso podía permanecer sentada allí y hablar con tanta facilidad. En un nivel que ignoraba que existía, reconocía que esa persona era segura.

—Total, después de lo que dijo corrí al metro y resbalé en un charco. Estaba furiosa con el mundo, y con los hombres en particular, y entonces tú me ofreciste un asiento…

—Como haría cualquier caballero.

—No en mi mundo.

—Entonces, estás en el mundo equivocado.

Sus miradas se cruzaron y por un segundo todo se volvió vertiginoso, como si alguien escrutara su alma. Y aún más inquietante: ella también parecía adentrarse en la de él. Después apartó la mirada y el mareo cesó.

—Quizá estoy en el mundo equivocado. —Soltó una suave risa—. De todos modos, necesito una cita para el baile. —Se sonrojó de repente—. No quería decir…

—Sé que no era tu intención, y por mucho que me gustaría ayudarte, no tengo citas y, además, mañana regreso a mi tierra.

—¿Tu tierra? —Liliana frunció el ceño ante la expresión.

—Al-Zahir —aclaró Rafiq.

Ella asintió como si entendiera, decidiendo que eso era más educado que admitir la realidad.

—Nunca has oído hablar de él.

Ella soltó una pequeña risa al ver que le había leído el pensamiento.

—Está cerca de Al-Nawar. ¿Has oído hablar de ese lugar?

—No. Aunque quizá… Tienen muchas flores raras, ¿verdad? Solo lo sé porque trajimos unas orquídeas para una sesión de fotos.

—Eso es. Aunque Al-Zahir es más famoso por sus perlas y el buceo en busca de ellas, y también por su desierto.

—Suena precioso —comentó ella.

Y habría pedido más detalles, pero justo en ese momento les informaron de que habían llegado al final de la línea.

—¡Me he pasado de parada! —exclamó Liliana—. ¡Por mucho!

—Nos hemos pasado todas las paradas.

Habían estado tan absortos en la conversación que el tiempo había volado.

—Estamos en medio de la nada —se quejó ella. Luego miró el horario en un cartel. Al estar tan lejos de Londres, los metros no eran tan frecuentes.

—Sé dónde estamos —dijo Rafiq—. Cerca de Haven Manor; fui a una exposición de arte allí hace un par de años.

Haven Manor era una preciosa mansión jacobina que en su día había sido la residencia de un lord. Ahora era un lujoso hotel que también se usaba para eventos exclusivos.

—Yo también he estado —asintió Liliana—. Fui para una sesión de fotos, aunque estuvimos casi todo el tiempo en los jardines.

—¿Te gustaría ir ahora? —sugirió Rafiq—. Podríamos tomar algo, comer algo.

—¡Oh!

Debió de parecer tan sorprendida que él se apresuró a tranquilizarla.

—Liliana, no te estoy pidiendo una cita. Ya te he dicho que no hago esas cosas. Solo… —La miró entonces, y quizá también él se sorprendió un poco—. He disfrutado hablando contigo.

—Y yo —reconoció Liliana, dedicándole una sonrisa—. Me encantaría ir a tomar algo.

Solo una copa, eso sí; ¡no podía permitirse el lujo de comer allí!

—Está un poco lejos, llamaré a un coche.

No se trataba solo de la distancia; Rafiq tendría que informar a Salar de su paradero. Imaginó al equipo de seguridad irrumpiendo

en el lugar y descartó la idea, de modo que se sintió aliviado cuando ella la rechazó.

—No hace falta. Solo tengo que cambiarme los zapatos. —Se sumergió en el enorme bolso y se agarró a un banco mientras se cambiaba los tacones por unas bailarinas—. Recuérdame que me los vuelva a poner antes de entrar.

Al poco rato, ambos caminaban por un largo sendero mientras hablaban. Primero de nada en particular y luego de muchas cosas.

—¿Tu padre tiene otros hijos? —preguntó él.

Ella asintió.

—Aunque nunca los he conocido.

—¿Te gustaría conocerlos?

—No, y estoy bastante segura de que ellos no quieren saber nada de mí. Todo se complicó bastante. ¿Tienes hermanos?

—Un hermano —respondió Rafiq, y entonces cayó en la cuenta de que ella no sabía quién era. La gente que lo conocía siempre sabía cuál era su situación, pero con Liliana partía de cero. No tenía por qué revelar nada y, sin embargo, la compañía era tan agradable que lo hizo—. Khalid. Murió hace bastante tiempo.

—Oh. ¿Cuántos años tenía?

—Veinticinco.

—Lo siento mucho. ¿Estabais muy unidos?

La gente no solía indagar en su vida privada, ni siquiera sus amantes. Su estatus o una mirada bastaban para disuadirlos, pero Rafiq no utilizó ninguno de esos recursos.

—No lo sé —admitió él—. Creía que sí, pero…

Cuando no terminó la frase, Liliana lo miró, observando sus rasgos pensativos, preguntándose qué había pasado, pero sin querer entrometerse.

—¿Lo echas de menos?

En cualquier otra persona y cualquier otro día, esa pregunta podría haberle irritado. Pero se detuvo un momento, y ella también.

El hecho de que no conociera a Khalid, y de que no hiciera suposiciones, ayudó.

¿Lo echaba de menos?

Por primera vez, casi podía separar el recuerdo de su hermano de su traición.

—Sí.

Lo echaba de menos con una intensidad que le oprimía el pecho. Echaba de menos su forma directa de afrontar las cosas. Echaba de menos enviarle mensajes con sus marcas al terminar una carrera. Echaba de menos burlarse de él, porque aquel hombre tan firme ante las leyes y el matrimonio había terminado por enamorarse sin reservas.

Dios, cómo lo echaba de menos…

Por eso había salido. Por eso había bajado al metro. Por eso caminaba bajo la llovizna… Para olvidar.

Pero, para conseguirlo, antes tenía que recordar.

Capítulo 3

Resultaba agradable caminar bajo la lluvia.

Era una noche de invierno y las farolas estaban encendidas; como no había nadie más alrededor, bien podría haber sido medianoche en lugar de poco antes de las seis.

Él le preguntó si seguía viendo a su padre.

—No —contestó ella, negando con la cabeza mientras caminaban uno al lado del otro—. Creo que yo lo alejé.

—Estoy seguro de que no es así.

—Oh, estaba tan desesperada por pasar tiempo con él, tan ansiosa y… —pensó en cómo describir a su yo más joven— molesta.

—No —rebatió él.

—Oh, sí.

—No te creo.

Liliana no sabía cómo explicarlo, así que optó por demostrárselo. ¿O tal vez era porque él parecía más triste después de mencionar a su hermano y ella solo quería devolverle la sonrisa?

Le tomó la mano y, con la otra, se aferró a su brazo, pegándose a él con un pequeño salto juguetón.

Rafiq estuvo a punto de dar un respingo, pero se dominó; bajó la vista con el ceño fruncido y encontró a Liliana mirándolo con los ojos muy abiertos y una sonrisa radiante.

—Liliana…

—¡Has dicho mi nombre completo! —Lo miró con asombro, luego sonrió tanto que le debió de doler la cara, sin soltarlo, y Rafiq comprendió de pronto que estaba viendo a la pequeña Liliana tal como había sido de niña.

—Para. —Sintió pena por su yo más joven y, sin embargo, sonrió —. Liliana, para —dijo mientras ella seguía saltando—. Bien, eras

molesta.

—¡Te lo dije! —exclamó ella, y lo soltó.

Y entonces llegó una recompensa mayor que su sonrisa. Él se rio, una risa grave, tan hermosa como un trueno lejano, una risa de verdad, porque por un segundo dejó de caminar.

—Y también muy guapa —dijo Rafiq, y si no fuera quien era, si hubiera habido un solo resquicio en su vida para la informalidad, la habría abrazado y le habría besado la cabeza. En cambio, miró al frente y reanudaron la marcha—. Ya casi hemos llegado.

Haven Manor era tan bonito como ella recordaba.

—Era verano cuando estuve aquí —explicó mientras avanzaban por un sendero flanqueado de árboles y sorteaban los charcos. La lluvia había cesado y los caminos, bañados por una luz tenue, relucían. El majestuoso edificio se alzaba a lo lejos, aunque los jardines por los que caminaban no tenían nada que envidiar—. Nunca tuve ocasión de recorrerlos. Dicen que hay un jardín de rosas rodeado por un muro.

—No creo que haya mucho que ver en esta época del año —comentó Rafiq.

Era muy agradable estar a solas juntos, ninguno de los dos parecía listo para romper la burbuja de su aislamiento.

—¿Echamos un vistazo antes de entrar? —propuso ella.

Rodearon el lateral del edificio siguiendo unas discretas señales, pero en pleno invierno la puerta del jardín amurallado estaba cerrada con candado.

—Oh, me he quedado sin rosas —se lamentó Liliana, sacudiendo el candado y haciendo un pequeño puchero.

Ninguno de los dos estaba listo para entrar todavía.

—Pero sí podemos dar un paseo por el lago —trató de animarla él.

Había una ligera niebla sobre el lago. Cruzaron un césped bien cuidado y se detuvieron a contemplarlo en silencio.

—¿Estuviste aquí de día o de noche para tu sesión de fotos?

—De día —respondió ella, mirando hacia un cielo oscuro y nublado que podría calificarse de lúgubre, aunque ¿cómo llamarlo así cuando se estaba de pie mirando al cielo con un hombre como Rafiq?—. ¿Y tú viniste para una exposición de arte?

—Sí. —Para Rafiq había sido una visita breve y formal, parte de una agenda apretada. Miró hacia atrás, a las pequeñas chimeneas de la mansión, luego al frente, a las sombras oscuras del bosque. Después la miró a ella—. Aunque no recuerdo que esto fuera tan bonito.

—Es bonito —admitió ella—. Quiero decir… —No supo muy bien qué quería decir—. Esto.

—Sí…

—¿Por qué no pueden ser todas las primeras citas tan fáciles como esta? —suspiró Liliana, y de repente se sonrojó—. ¡No es que esto sea una cita!

—No lo es —confirmó él—. No me gustan los enredos.

Ella asintió.

—Y creo que los dos sabemos que estás muy por encima de mi nivel.

Él no lo refutó.

—No lo digo por modestia. —Levantó la vista, consciente de que ese hombre podía tener a cualquiera. Dada su profesión, había visto a mucha gente guapa, pero había algo intangible en Rafiq que lo diferenciaba del resto. Y entonces recordó lo que había dicho sobre no tener citas—. No estás casado, ¿verdad? —preguntó mientras comenzaban a rodear el lago.

—Dios, no.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Tengo amantes. —No añadió que, desde el secuestro, todas habían pasado por controles de seguridad—. Pero ninguna me ha entregado el corazón.

Ella se atragantó al oír «amantes» en plural, luego frunció el ceño ante la expresión.

—¿El tuyo está entregado a alguna de ellas?

—No. —La respuesta fue inmediata—. Desde el principio queda claro que es algo puramente físico.

—¿Puramente?

Él soltó una risa silenciosa ante la curiosidad de ella.

—Mi corazón es incapaz de enamorarse. —Era frío como el granito, latía a sesenta pulsaciones por minuto, y así había sido

desde el infierno de su captura. El ejercicio le aceleraba el pulso, y el sexo también, pero poco más. Nueve meses de aislamiento en los que su único contacto habían sido los guardias que lo golpeaban—. No me interesan las relaciones ni el amor.

—Qué pena.

—En absoluto. —Sacudió la cabeza—. El amor expone la debilidad, invita al dolor y permite la manipulación.

Lo había demostrado.

Se detuvieron junto al tranquilo lago y, de algún modo, la presencia de ella le permitió recordar.

—Qué bien huele… —había dicho Rafiq.

Balach, el guardia, lo ignoró; sin duda pensó que el prisionero andaba detrás de comida.

Pero Rafiq quería mucho más que sobras. ¡Quería escapar!

—Tu esposa debe de quererte mucho —insistió—. Se asegura de que comas bien.

Algunos guardias también pasaban hambre; algunos llevaban pan o arroz. Balach, en cambio, llegaba siempre con una deliciosa comida casera y café. Hablaba de su esposa con cariño. Rafiq sabía que estaba embarazada.

Se fijaba en esas cosas, almacenaba cada detalle y construía en la mente una imagen de todos los guardias. Cambiaban a menudo, pero una vez a la semana más o menos aparecía Balach.

No era mezquino ni cruel. Una noche en que Rafiq, agonizando por una paliza, fue devuelto a su celda, Balach no le apretó las cadenas hasta que le marcaran la carne, como hacían los demás.

—Gracias —le había dicho.

Balach inclinó la cabeza en un gesto leve. Fue suficiente para que él comprendiera que su amabilidad no había sido fruto del azar.

—Oh, cisnes… —susurró Liliana, al ver que algo se movía en el lago—. Debían de estar escondidos.

Había dos, blancos como fantasmas, deslizándose sobre el agua en calma.

—Me alegra mucho haberme pasado de parada —admitió ella—. Si no, ahora estaría en casa enfadada y disgustada.

—Ese hombre te afectó de verdad.

—Sí. —El aire que exhaló se convirtió en vapor blanco. La rabia seguía ahí, justo bajo la superficie. Levantó la vista hacia el hombre que estaba en silencio a su lado; había algo tan tranquilizador en él, esa dignidad que ofrecía un consuelo callado y hacía que el daño reciente resultara posible de compartir—. Apenas habíamos recibido los cafés cuando me preguntó por mi número de víctimas.

Rafiq frunció el ceño.

—¿Estuviste en el ejército?

—¿En el ejército? —repitió ella, desconcertada, y luego lo entendió —. ¡No! —Echó la cabeza hacia atrás y se rio. ¿Cómo podía estar tan equivocado?—. No me estaba preguntando cuántas personas había matado en combate. Se refería a… —La risa se apagó y la vergüenza le subió del corazón magullado hasta las mejillas—. Se refería a con cuántos hombres me he acostado.

Enfadada otra vez, aunque no con él, se alejó. Fue la vergüenza lo que la hizo acelerar el paso, pero Rafiq la tomó de la mano y la giró para que lo mirara.

—Entonces es un tipo repugnante. Y deberías haberle dado una bofetada en lugar de dejarle dinero en la mesa.

—Detesto la violencia —dijo ella con tono piadoso y dulce, y luego añadió con una sonrisa irónica—: Y podría haberme devuelto la bofetada.

—No quedes con hombres que no conoces —le advirtió él, y luego suspiró ante la contradicción de sus propias palabras—. Lo dice el hombre que no conoces y que te ha traído a un lugar remoto. Sin embargo…

—No es lo mismo —contestó Liliana—. Nos conocimos…

No encontraba la palabra, pero Rafiq se la dio.

—De forma natural.

—Sí.

—Te mereces algo mejor, Liliana. —El corazón le dio un vuelco, como siempre que él la llamaba por su nombre completo—. Y no deberías tener que buscar citas por Internet para evitar a tu jefe.

—Lo sé —admitió ella.

—Tienes que dejarle claro que no te gusta.

—Lo he intentado. Por eso le dije que estoy saliendo con alguien.

—Pero no necesitas una excusa. —La vio suspirar y supo que era demasiado tarde para eso—. ¿Tienes que ir a ese baile?

—Sí. Ya he puesto algunas excusas para evitar las fiestas navideñas.

—¿Tan malo es?

—Sí. Por desgracia, el jefe de Recursos Humanos es primo suyo.

—De acuerdo. Te diré lo que tienes que hacer.

Quería protegerla, y ese era un sentimiento que no conocía.

—Les lanzas una mirada.

—¿Una mirada? —repitió ella.

—Para advertirles que se retiren. Así. —Le lanzó una mirada de advertencia, pero no tuvo el efecto habitual, porque ella se rio en lugar de sentirse intimidada—. Inténtalo tú ahora.

Ella lo hizo, pero no dio resultado.

De hecho, tuvo el efecto contrario al deseado. Si acaso, acentuó aún más el deseo.

—De acuerdo —dijo él con brusquedad—. Supongamos que te pido que bailes y tú no quieres.

—No seas ridículo. —Ella sonrió—. Me encantaría bailar contigo.

Le tocó la solapa del abrigo con un golpecito juguetón.

Rafiq no estaba acostumbrado a jugar, pero la mano de ella en su pecho, y la forma en que permaneció allí, le resultó dulce en lugar de empalagosa. Quería capturarle la mano y acercarla más a él. Le habría gustado tocar la piel de su mejilla o besar esa boca carnosa.

En cambio, se quedó allí parado, sintiendo el roce de su mano en el pecho.

—Bien. ¿Y si te hiciera la misma pregunta que ese cabrón?

—Ya hemos hablado de eso, estoy segura de que no lo harías.

—No me lo estás poniendo fácil —dijo él—. Estoy intentando darte algunas pistas.

—Lo sé. —Puso cara seria—. De acuerdo. Pregúntame otra vez si quiero bailar.

—Liliana, ¿me harías el favor de bailar conmigo?

Se puso roja hasta las orejas y la voz le salió como un chillido.

—No, gracias. —Oh, pero sí quería; quería apoyarse en su pecho y sentir los brazos de él rodeándola.

—¿Y si me acercara para besarte?

Liliana no se lo esperaba, ni tampoco que los ojos oscuros de él se posaran en su boca.

—¿Y entonces qué…? —preguntó Rafiq con voz suave y baja, apartándole un mechón rebelde de la frente y colocándoselo detrás de la oreja.

—¿Estás fingiendo ser mi jefe o ese tipo horrible?

A ella le faltaba el aire. Estar tan cerca, sentir su aliento y aspirar su aroma sin reaccionar resultaba una prueba imposible.

Él percibía el calor que ascendía por las mejillas de Liliana; su mano se aferraba a la solapa de su abrigo y sabía muy bien el efecto que provocaba en ella.

También notaba el efecto que ella ejercía sobre él.

Rafiq había nacido con un talento natural para el juego y la seducción, pero esa faceta quedó atrás hacía años. Aquella noche, sin embargo, reapareció. Bajó la mirada hacia su boca llena y la rozó con la suya en un contacto leve.

Ella dejó escapar un gemido cuando él se apartó.

—Empújame —dijo él, con los labios suspendidos sobre los de ella.

—No quiero.

—Dame una bofetada —insistió mientras sus mandíbulas se rozaban—. Dame un rodillazo en la ingle.

Ella gimió, sorprendida por sus propios pensamientos, y necesitó ambas manos para aferrarse a las solapas del abrigo y mantenerse en pie.

—No puedo jugar a este juego contigo —admitió—. Porque quiero bailar y quiero que me beses. Por favor.

Los besos tendrían que llegar más tarde; aun así, surgieron al comienzo de la noche. Cuando él cedió a su ruego, Liliana cerró los ojos y se abandonó al placer de aquel beso suave, casi reverente, como si él la degustara.

Y la estaba degustando.

Rafiq no era hombre de besos delicados junto a un lago. Pese a ello, aquella noche se dejó atrapar por el laberinto y por la emoción del descubrimiento. El beso, lento y pausado, le arrancó un suspiro. Le sostuvo el rostro entre las manos, separó los labios y deslizó la lengua.

Liliana había sido besada antes.

Al menos eso creía, pero nada se comparaba con aquello. Lo atraía hacia sí, profundizando el beso, cuando lo habitual era que fuera ella quien se apartara. Lo habitual era darle las gracias a su cita por la noche y huir. Pero no pensaba en huir; él la derretía con cada caricia de su lengua.

Lo único que parecía existir era la sensación de su boca y el cuerpo fuerte y cálido de él contra el suyo.

Con voluntad propia, las manos de Liliana se movieron hacia el espeso cabello negro, y aquello era todo lo que un beso debía ser, todo lo que ella nunca había conocido.

Le hizo desear más. Mucho más.

Y eso la sorprendió de tal manera que él debió de notarlo, porque apartó la cabeza unos centímetros.

—¿Estás bien? —preguntó Rafiq.

—Sí… —Asintió, primero con cautela y luego con más fervor. Porque no estaba molesta por el beso, estaba sorprendida por la reacción de su propio cuerpo—. Sí, es solo que…

Sabía que tenía que decírselo, porque había sido un beso de amantes. La pasión había salido de ella sin freno y podía sentirlo excitado contra el vientre, sentir su propio cuerpo vivo con un ardor desconocido. Apoyó la cabeza en el pecho de él. Se había sentido segura con Rafiq todo el tiempo, pero nunca tanto como en ese momento, entre sus brazos.

Contempló a los cisnes e intentó comprender lo que estaba pasando.

Por fin había alguien con quien podía ser sincera.

—Ninguna —dijo ella—. La respuesta a la pregunta que me hizo ese tipo es ninguna.

Capítulo 4

Liliana esperaba que Rafiq se apartara, o al menos que se sobresaltara al enterarse de que era virgen. Pero él no se movió.

Rafiq guardó silencio. Era consciente de su propio disgusto hacia aquel hombre que le había formulado una pregunta tan grosera, y sabía que su reacción importaba. Además, el hecho de que Liliana fuera virgen debería ser irrelevante: no la había llevado allí con ninguna intención. Tenía amantes, sí, pero no era de rollos de una noche, ni se acostaba con alguien que acababa de conocer.

Podía notar la tensión de ella entre sus brazos, aunque apoyara la cabeza en su pecho como queriendo ocultarse.

—Vamos —dijo él—. Entremos.

Ella frunció el ceño. Que Rafiq no hiciera preguntas ni comentarios la desconcertó. ¿La había escuchado? Levantó la vista y abrió los labios para preguntárselo, pero él la miró y asintió con suavidad. Sin palabras, esa mirada directa le indicó que la había entendido.

—Vamos —repitió, y echó a andar hacia la mansión.

—Rafiq —lo llamó ella, alcanzándolo—. Lo que te he contado… Pensé que debías saberlo, por si acaso nosotros…

Él la miró.

—¿Creías que te había traído aquí para tener sexo?

—No. —Negó con la cabeza. Dicho así, sonaba mal, como si fuera ridículo imaginar que, un par de horas después de conocerse, pudieran haber acabado en la cama. Sin embargo, entre sus brazos, perdida en su beso, le había parecido natural querer prolongar esa felicidad—. Pero, por primera vez en mi vida, cuando me besaste…, deseé más, y pensé que debías saber que nunca me he acostado con nadie.

—Ahora lo sé —respondió él, y le dedicó una sonrisa discreta que, sin decir nada, la tranquilizó.

Nada de lo que había revelado cambiaba las cosas. Liliana miró a su alrededor mientras avanzaban: el cielo seguía en su sitio, el aire permanecía quieto y frío y, al volver la cabeza, vio a los cisnes descansando en calma. El mundo era igual que antes. Incluso mejor.

—¿Te cambias los zapatos?

—¿Perdón? —Ella parpadeó y miró hacia abajo. Sus bailarinas estaban bastante desgastadas. Le agradó que al menos uno de los dos pensara con claridad—. Ah, sí.

Esa vez se apoyó en el brazo de Rafiq para cambiarse. Luego caminaron uno al lado del otro hacia la mansión, aunque él no le tomó la mano. Al subir los escalones de piedra, ella advirtió la ligera sorpresa del portero al abrir la puerta, y el conserje también pareció desconcertado, como si no esperara visitas esa noche.

Se oía el murmullo de conversaciones y risas en el suntuoso salón de cócteles. ¿Quizá había un evento privado?

—Su… —comenzó a decir el conserje, pero frenó en seco con una mirada de Rafiq.

El hombre estaba desconcertado. No era habitual que la realeza se presentara sin previo aviso; por lo general, la seguridad o el secretario avisaban con algo de antelación. Ni siquiera había ningún vehículo que anunciara la llegada. Sin embargo, era un excelente conserje y lo había reconocido de una visita de hacía un par de años. Estuvo a punto de decir «Su Alteza», pero la mirada de Rafiq podía detener un asteroide en plena trayectoria. El conserje captó el mensaje al instante, no quería que se mencionara su título.

—Bienvenido de nuevo, señor.

—Gracias —respondió Rafiq—. Mi invitada tiene algo de frío. Me gustaría un asiento junto al fuego.

—No creo que quede ninguno —intervino Liliana, asomándose, pero el conserje no le dio mayor importancia.

—Por supuesto, solo será un momento.

Enviaron a alguien a despejar un lugar junto a la chimenea y el hombre pareció consternado por la brevísima espera.

—¿Puedo tomarle el abrigo, señora?

—Sí, por favor —dijo Liliana—, y luego quizás vaya a refrescarme.

Mientras ella se quitaba la gabardina, Rafiq descubrió que había contenido la respiración. Porque el verano había llegado en una noche de invierno.

El verdadero verano.

El vestido era de algodón grueso, blanco y salpicado de flores de todos los colores. La falda era acampanada y la parte superior más ajustada, con tirantes que dejaban al descubierto unos brazos delgados y las escápulas. Un vestido de verano que, incluso en pleno invierno, no habría podido considerarse fuera de lugar.

Hasta el conserje sonrió.

—Ha traído usted el sol.

—Gracias —rio Liliana.

Rafiq sabía que era hermosa, pero no hasta ese punto. O, más bien, no estaba acostumbrado a su propia reacción. En el lago, lo que había dicho era cierto: la había llevado allí sin ninguna intención. Pero en ese momento quería tomarla en brazos, decirle al conserje que olvidara los asientos junto a la chimenea y que les diera una habitación de inmediato.

Se obligó a comportarse.

—¿Qué te apetece beber?

—Té —respondió Liliana, pero luego cambió de opinión—: En realidad, un *brandy* estaría bien. Un *brandy* sería estupendo.

Pidió indicaciones para el baño y se alejó por el pasillo alfombrado. Incluso allí todo resultaba acogedor. En una antesala tapizada de carmesí se detuvo ante un espejo enorme… y pegó un pequeño grito. El pelo seguía húmedo, ondulado y algo revuelto. Se lo alisó con los dedos y sacó el neceser, dispuesta a retocar el rubor de sus mejillas, pero se quedó quieta.

Rafiq ya la había visto. La había visto tal cual era.

No solo sin el efecto del vestido o del maquillaje; había sido algo más profundo. Conocía lo de su padre, los tropiezos en el trabajo. Le había confiado tanto… Incluso que era virgen.

¿Y cuál había sido su reacción? La había estrechado entre sus brazos y la había llevado hasta allí. Sin reproches. Sin sorpresa.

Como si la conociera, quizá mejor que nadie.

Se conformó con un toque de brillo en los labios y un último gesto para domar el cabello. Luego salió.

Con nervios. Con ilusión. Con el corazón agitado.

Sonrió mientras avanzaba hacia aquel hombre que era un desconocido y que, de algún modo, la conocía.

A Rafiq le habían señalado un asiento junto al fuego, pero negó con la cabeza cuando le ofrecieron el menú.

Entonces miró hacia un lado y vio a una familia. En el regazo del padre, un bebé regordete sonreía mientras jugaba con un posavasos.

Sintió una punzada de miedo… ¿o era terror? La culpa le recorrió la piel como un escalofrío.

El bebé lo miró. Sonrió.

Dios, ¿por qué había abierto la caja de Pandora?

—Enhorabuena —había dicho Rafiq, ya que había escuchado a los guardias comentar que Balach se había convertido en padre—. ¿Es niño o niña?

No respondió al principio, pero luego cedió.

—Una niña.

—Qué suerte la tuya. Lur da kur jannat da*… —Una hija es el paraíso del hogar.*

El guardia sonrió y, en lugar de rebañar el plato con pan como era su costumbre, se lo acercó a Rafiq.

—Toma. No es gran cosa.

Entonces Rafiq supo que lo había conseguido.

El corazón le latió con fuerza al pensar en Balach y su bebé, pero entonces una pradera inglesa llena de flores llamó su atención.

Lo habitual era que las miradas se volvieran hacia él al entrar en un lugar. Esa noche, sin embargo, se volvieron por la brisa veraniega que ella trajo a la sala. A su vida demasiado seria.

La mayoría no la consideraría así; en realidad era una vida espectacular, pero él lo contemplaba todo desde cierta distancia.

Aunque esa noche no. Estaba inmerso en el momento.

Liliana lo vio levantarse cuando se acercaba, y el destello de aprobación en sus ojos le provocó un nudo en el estómago. Se sentó en el sillón de cuero frente a la chimenea y Rafiq hizo lo mismo.

—Estás preciosa.

—Tú también.

Él se había quitado el abrigo. Podría haberse detenido a admirar el impecable corte de su traje, pero la ponía nerviosa observarlo… y más aún sostenerle la mirada.

Un camarero se acercó con las bebidas y dejó sobre la mesa un pequeño soporte con una llama preparada, por si ella decidía calentar el *brandy*.

—No, gracias —lo rechazó con educación. Luego, algo preocupada por el dinero, cuando el camarero preguntó si querían algo más, añadió—: No vamos a comer.

Rafiq calentó su bebida en la palma de la mano mientras Liliana intentaba fijarse en el entorno, con intención de recordar cada detalle. Aunque solo podía pensar en el hombre que tenía delante.

Había algo deferente en la forma en que el personal lo trataba. Sin reserva, se habían sentado junto a la chimenea, y un camarero merodeaba con discreción pendiente de él.

Ella había estado en aquel hotel por trabajo y recordaba un almuerzo fastuoso. Pensó en Matthew, el director, chasqueando los dedos ante el menor retraso. Recordó a Kasia, la modelo, quejándose de los asientos e incluso de una simple aceituna, mientras el personal se desvivía por complacerla.

Con Rafiq existía una diferencia sutil. Él no reclamaba lo mejor, como hacían los ejecutivos o las modelos. A Rafiq le ofrecían lo mejor sin que tuviera que pedirlo.

Frunció el ceño intentando ordenar sus pensamientos y, de pronto, con cierta timidez, levantó la vista hacia él.

—Toma. —Él le tendió la copa, calentada por su palma.

—Gracias. —Dio un sorbo—. Está demasiado bueno. —Decidió abordar el asunto del dinero—. Pero solo tomaré uno. No puedo

permitirme pagar a medias demasiadas veces en una misma noche.

—¿A medias? —Él frunció el ceño, aunque enseguida recordó sus días de estudiante, cuando las cuentas se compartían—. Liliana, esta noche pago yo y no voy a aceptar otra cosa.

Ella abrió la boca para protestar.

—Y si en algún momento te sientes incómoda… —Se detuvo e hizo un gesto al conserje—. ¿Puedo saber tu apellido?

—Hamilton.

En ese momento apareció el conserje.

—La señorita Hamilton podría tener que marcharse con poca antelación. ¿Podría asegurarse de que haya un coche disponible para ella?

—Por supuesto.

Cuando se quedaron solos de nuevo, Rafiq le dedicó una sonrisa seria.

—En cualquier momento, solo tienes que pedir que te traigan al chófer.

—Gracias —dijo ella, pensando en lo amable que era por haber pensado en eso—. Lo digo en serio. Eres muy considerado.

—Bien. Cuéntame algo de ese vestido que no voy a ver.

—Porque no quieres llevarme al baile —contestó ella, sonriendo con dulzura.

—De verdad que no puedo.

—Lo sé. Solo bromeaba. —Le dio un golpecito en el pie con el suyo—. El vestido es precioso. Aunque, si te soy sincera…

—Pero no eres sincera —bromeó él también, devolviéndole el golpecito.

—Puedo serlo.

Estaban sentados a una distancia respetable, pero devorándose con la mirada, y bajo la mesa se libraba una tanda de penaltis, solo algún golpecito esporádico. Era mucho más que una simple conversación. Era sublime.

—Si te cuento algo, debes prometerme no decírselo a nadie.

—Por supuesto —accedió él con un leve asentimiento.

—La empresa para la que trabajo… —dijo ella con una mueca—. No me gustan muchos de sus diseños. Tienden a exagerar y a añadir

demasiados detalles al final. Pero este vestido lo diseñé yo. —Rebuscó en el bolso y sacó un bloc de dibujo enorme—. Es de alta costura, pero la clienta cambió de opinión durante las pruebas y nunca se terminó. Hice un boceto rápido.

Él se quedó sentado mientras ella deslizaba el bloc por la mesa.

Le costó un esfuerzo considerable tomarlo en lugar de acercar las sillas. Quería sentir la cabeza de ella junto a la suya mientras examinaba el trabajo. Le tendió la mano con sumo cuidado.

Sus dedos se rozaron, las miradas se cruzaron, y él vio en ella una ligera expresión de desconcierto ante el hecho de que un simple roce pudiera provocar tanto. Pero Rafiq se mantuvo estoico, apartó la vista y bajó los ojos hacia la página.

¿Un boceto rápido? Aquello era una obra de arte en sí mismo.

—¿Me permites? —preguntó Rafiq, alzando una página del cuaderno.

Cuando ella asintió, él sonrió al reconocer uno de los bocetos. Levantó la vista hacia ella. Se había sonrojado mientras examinaba los diseños. Le devolvió el bloc con cuidado.

—¿Has hecho tú el vestido que llevas puesto?

—Sí.

—Entonces, tienes mucho talento.

—Ojalá alguien se lo dijera a mi jefe.

—¿Has pensado en trabajar por tu cuenta?

—Por supuesto, es mi sueño. De vez en cuando hago algunas cosas y las vendo, pero no quiero acabar haciendo arreglos. El plan es crear una colección de *prêt-à-porter* de alta gama y alquilar la tienda más pequeña que exista. —Suspiró—. Las telas que me gustan son muy caras.

—Lo intuyo por el vestido que llevas puesto.

—En realidad, para este encontré la tela en una tienda de segunda mano en Marylebone. Creo que en origen era un mantel.

Los ojos de él se posaron en la tela y luego se deslizaron hacia los hombros de ella, bajaron por los brazos sonrosados y volvieron a subir despacio hasta el rostro encendido.

Era como si la hubiera acariciado a lo largo del brazo.

—¿De qué color es tu vestido nuevo? —preguntó, devolviéndole el bloc.

—Rosa. —Luego añadió a toda prisa—: El rosa puede ser problemático…

—Estoy de acuerdo.

Ella levantó la vista, algo sorprendida.

—No con tu tez. —La piel color caramelo lo luciría muy bien.

–Es que tengo un caballo rosa y, efectivamente, es problemático.

—¿Perdón?

—Bueno, es de color oro rosa. Es un Akhal-Teke. —Era evidente que ella no había oído hablar de la raza—. Su pelaje tiene un brillo metálico bajo cierta luz. Los tengo en varios tonos: dorado, plateado, un precioso cobre… Mi semental es de color oro rosa.

—No te creo. —Sonrió y dio un sorbo a su bebida, convencida de que bromeaba, pero él no señaló ninguna pista con el pie ni esbozó ninguna sonrisa.

—Es verdad. —Sacó el teléfono, deslizó la pantalla y se lo tendió.

El mismo roce de dedos y, cuando ella vio el impresionante animal y se quedó boquiabierta, él no pudo resistirse. Para probable horror del camarero y del conserje, su inesperado huésped se levantó y movió su silla él mismo.

Liliana casi cerró los ojos de alivio cuando Rafiq la colocó junto a la de ella. Notó el muslo de él sobre el suyo y los brazos rozándose mientras pasaba las imágenes.

—Es precioso.

—Lo es —dijo Rafiq, mostrándole más fotos.

Liliana apenas podía fijarse en el caballo; más bien se fijaba en los muslos largos y sólidos del jinete enfundado en pantalones de montar, en los antebrazos y las manos que sujetaban las riendas sin apretar. Entonces vio una sombra oscura en las muñecas y frunció el ceño, pero no tuvo tiempo de examinar la imagen de cerca, él ya había pasado a la siguiente.

Contuvo la respiración cuando vio una en la que él galopaba sobre la arena con túnicas negras.

—¿Dónde es eso?

—El desierto de Al-Zahir.

—¡Vaya! —El contraste entre el cielo azul y la arena dorada era muy vívido, aunque ella seguía mirando principalmente al jinete.

Rafiq se emocionó hablándole de su caballo.

—Eso es alrededor del mediodía. El brillo no se aprecia bien ahí, buscaré una foto al amanecer. Lo llamamos la hora dorada para estos caballos, porque la inclinación de la luz saca los colores y el brillo metálico.

Volvieron a perder la noción del tiempo, como en el metro, aunque entre ellos había surgido algo más intenso, más palpable. Aquel hombre la transformaba y la desconcertaba a cada paso, y el vaivén de su respiración la dejó aturdida.

Cuando él deslizó el dedo por la pantalla, ella no atendió a las imágenes, sino a la muñeca que asomaba bajo el puño de la camisa. No logró decidir si aquella marca oscura era un tatuaje o una cicatriz.

Él debió de sentir la mirada.

—No preguntes —le dijo en voz baja, y ella asintió.

—De acuerdo. —Dejó de lado los caballos y giró la cabeza hasta que lo único que quedó en el mundo fueron los ojos de él—. Sé por qué te dije que nunca me había acostado con nadie. —Lo había decidido en el primer beso, incluso antes—. ¿Te quedarás conmigo esta noche?

Él no pestañeó; su petición no lo había pillado por sorpresa. El aire entre ellos estaba cargado de electricidad, las moléculas saltaban y chocaban mientras el cuerpo de ella le suplicaba en silencio que no la rechazara. Rafiq intentó resistirse.

—Te mereces mucho más que un rollo de una noche para tu primera vez.

—No estoy de acuerdo. —Negó despacio con la cabeza—. Esperaba que fuera mucho menos.

—Liliana, me voy mañana —le recordó él.

—Lo sé.

—No estoy seguro de que lo sepas. Me encantaría decirte que cuando vuelva te llevaré a cenar y que te llevaré al baile, pero sería mentira.

—Eso también lo sé.

—¿De verdad? La cuestión es que yo…

Liliana supo que estaba a punto de revelarle algo, la razón por la que nunca podrían estar juntos. Y no quería oírla. No quería pensar en futuros imposibles; solo sabía que no quería que aquella noche de fantasía terminara.

—No lo digas.

Le puso los dedos en los labios. Fuera lo que fuera, no quería ni necesitaba saberlo, y él le tomó la mano por un momento. Ella deseó que se la besara.

No lo hizo.

Un hombre en su posición no podía permitirse muestras públicas de afecto. Sin embargo, se alegró de que ella lo hubiera detenido, porque no quería revelar su título ni su pasado. Tampoco quería mostrar su yo hastiado y amargo.

Aunque sí podía ser la persona que ella necesitaba esa noche.

Solo por una noche.

Con suavidad, le apartó la mano.

—Aquí no —le dijo él—. Aquí no podemos tocarnos.

La Liliana de antes podría haberlo tomado como un rechazo, pero Rafiq sacó a relucir a la nueva. Una más valiente, más atrevida.

—Entonces llévame a algún sitio donde podamos.

Capítulo 5

Liliana dejó todos los detalles en manos de Rafiq.

No tenía espacio en la mente para comprender el porqué ni el cómo, pero incluso el poco tiempo que tardó él en organizarlo todo se le hizo eterno.

Un empleado los guio por las escaleras alfombradas hacia la *suite*. Caminaron juntos, sin tomarse de la mano, subieron otro tramo de escaleras y giraron hacia un ala apartada de la mansión.

Rafiq no despidió al empleado de forma explícita, pero con un educado «gracias» que no admitía réplica tomó la llave y el hombre desapareció.

Ella entró en una habitación que brillaba en tonos ámbar por la luz de una colosal chimenea de piedra que dominaba una de las paredes. Los ojos se le fueron enseguida a la enorme cama con dosel cubierta de sábanas escarlata y doradas. Levantó la vista al techo de vigas de madera y recorrió la *suite* con la mirada: la *chaise longue* bajo la ventana y, de nuevo, el fuego crepitante que parecía saltar con la misma energía primitiva que danzaba entre ellos.

Rafiq también inspeccionó la habitación. La dejó un momento y fue a servir vino especiado de una jarra, pero ella negó con la cabeza, así que lo dejó. Luego se dirigió a la mesita de roble junto a la cama, abrió el cajón y los preservativos envueltos en papel plateado le parecieron demasiado modernos para aquel lugar antiguo.

El palacio solía ocuparse de esos detalles. Esa noche, los paquetes de marca resultaban algo toscos comparados con los envoltorios de papel dorado personalizados a los que estaba más acostumbrado.

Aquella noche iba en contra de toda lógica, de toda ley.

Entonces la miró. Ella temblaba en la habitación cálida, como si la ausencia de su contacto la dejara expuesta, y aquella noche se alzaba ante ellos con una intensidad que exigía ser vivida.

—Ven aquí —le dijo, y ella se tambaleó hacia él.

—Estoy nerviosa —admitió—, pero te deseo tanto…

—Lo sé. Puedes decirme que estás nerviosa.

—Sí.

Sentía que podía contarle cualquier cosa. Pedirle cualquier cosa.

—Bésame —pidió Liliana.

Él obedeció, entreteniéndose con su boca hasta que la piel de gallina se desvaneció de sus brazos, que se enroscaron alrededor de él.

Liliana adoraba sus besos y el tacto sigiloso de sus dedos cálidos, y agradeció haber diseñado un vestido tan sencillo cuando este se deslizó con facilidad hasta el suelo. Él se apartó un instante para contemplar la lencería de encaje color jade.

—Eres perfecta… —le dijo, acariciándole los pechos hasta que los pezones se endurecieron y le dolieron bajo el encaje. Luego le quitó el sujetador, la acarició con suavidad y, con el dorso de la mano, le recorrió el vientre.

No había timidez entre ellos, solo ternura y deseo. Los dos descubriéndose juntos. Le gustaba cómo ella gemía cuando él deslizaba la mano dentro de las bragas y la acariciaba, cómo se retorcía mientras él añadía placer con besos profundos en el cuello. Y a Liliana le gustaba cómo él le bajaba las bragas despacio, cómo se arrodillaba y la admiraba, acariciándole el vello púbico, contemplando los rizos dorados y besándola entre las piernas.

—Oh, Dios —gimió ella, deseando no sentirse tan inestable en los tacones. El placer era tan intenso cuando él separó sus labios íntimos y la besó que le sujetaba la cabeza solo para mantenerse erguida.

—Quédate ahí —ordenó con voz entrecortada y, mientras la lengua la lamía con ternura, deslizó la mano entre los muslos tensos y exploró con la boca y los dedos a la vez.

—Rafiq… —Ya estaba en éxtasis, o al borde de ese torrente de deseo, desnuda salvo por los zapatos mientras él la devoraba con

suavidad y la acariciaba con ternura—. Quiero… —No sabía muy bien qué quería ni cómo se sentía, pero se tensaba ante su tacto, aferrándose a los anchos hombros mientras los muslos comenzaban a temblar.

Cuando se conocieron, ella le había dicho que estaba muy bien de pie.

Pero en ese momento se sentía incapaz de sostenerse.

Cuando él se incorporó, ella tiró impaciente de la chaqueta, deseando que se desnudara y que sus pieles se conocieran.

Rafiq leyó sus deseos y pronto aquel traje divino cayó al suelo. Si antes la mera idea del sexo la ponía algo nerviosa, estar con él se sentía tan natural como respirar. Tenía el pecho ancho, cubierto de vello negro, y ella intentaba con torpeza besarle los pezones de color caoba oscuro mientras él se ocupaba del resto de la ropa.

Y entonces estaban desnudos, abrazados, besándose sin parar, con su virilidad entre ellos, y ella no pudo aguantar ni un momento más de pie.

Rafiq se giró para apartar las sábanas y ella contuvo el aliento al ver las cicatrices de la espalda, irregulares y brutales.

La marca en la muñeca no era un tatuaje: eran cicatrices, porque las tenía en ambas muñecas y también en los tobillos.

Que Rafiq le diera la espalda fue un acto deliberado. No quería presenciar su sorpresa; ninguna masajista ni amante se habría atrevido a formular una pregunta. En su tierra todos sabían que convenía guardar silencio.

Estaba a punto de volverse y besarla para borrar de su mente lo que ella acababa de ver, pero los dedos de Liliana alcanzaron su espalda y recorrieron las cicatrices, oscuras y gruesas, con una caricia leve.

Era la primera vez que permitía un gesto de ternura auténtica.

Aquel contacto trajo un consuelo inesperado, y lo dejó prolongarse un segundo antes de girarse hacia ella. Se miraron sin palabras.

Nunca se había sentido tan agradecido de que no exigiera explicaciones, aunque en los ojos de Liliana brillaban lágrimas.

—Lo siento mucho —dijo ella, por lo que fuera que hubiera pasado.

—No pasa nada. —La tranquilizó, y luego añadió algo que le pareció importante—. Estoy bien.

—Me alegro.

Nada más importaba. En la amplia cama se tendieron de lado y se besaron, se saborearon, se descubrieron con manos impacientes. La boca de él descendió por los pechos de ella. Su erección rozaba su muslo. La mano inexperta de Liliana avanzó con cautela hacia abajo.

—Debería estar asustada. —Dejó escapar una risa y ambos supieron a qué aludía—. ¿Por qué no lo estoy, Rafiq?

—Porque esto es… —No encontró la palabra.

Se habían despojado de algo más que de la ropa. Se desnudaban el uno al otro, y en aquella cama no había títulos ni reglas, ningún contacto estaba vedado.

Él la sostuvo entre sus piernas. Ella le besó el pecho, lo mordió con suavidad y ascendió hasta su cuello para aspirar su olor. La presión firme de sus muslos la hizo girar y quedó boca arriba, sin aliento. Rafiq separó sus piernas con las rodillas, se acomodó entre ellas y la miró sin apartar los ojos.

Como si estuviera pensando.

—Por favor —pidió ella. Alzó la cabeza en busca de su boca, pero él se incorporó y tomó un preservativo.

Rafiq deseaba sentirla sin barreras y, al ver sus ojos abiertos, su ruego sin reservas, tuvo que aferrarse a la poca cordura que le quedaba para usarlo.

Regresó junto a ella, la besó otra vez y notó su cuerpo cálido, entregado.

Jamás había hecho el amor de ese modo.

Jamás.

No así, con las miradas unidas, con besos que pedían y daban, con caricias lentas y palabras que aquietaban mientras se abría paso en el espacio íntimo y estrecho que lo recibía.

—Oh, Dios… —Liliana sentía dolor y placer a la vez mientras él se introducía, mordiéndole la piel salada del hombro.

A él le gustaba el mordisco de sus dientes y la crudeza que había entre ellos. Lo mucho que se deseaban.

—Ay… —se quejó ella y se arrepintió al instante, porque notó que él se contenía, que intentaba avanzar con cuidado mientras la llenaba. Aun así, hubo un instante de dolor cuando atravesó la carne intacta. Después ya no hubo vuelta atrás. Él se movía en su interior y la frontera entre ambos se desdibujó.

Liliana sintió que se fundían en un solo pulso. Se acompasaban, compartían el ritmo, daban y recibían sin reserva. Lo besaba. Elevaba las caderas para buscarlo. Él respondía con una embestida más profunda y luego se sostenía sobre los codos, atento al momento en que su peso podía abrumarla.

El placer crecía y ella no sabía cómo nombrarlo. No podía ser amor. Se parecía más a una forma de pertenencia, como si aquella noche le perteneciera por entero. Tal vez él sintió algo parecido, porque el movimiento se hizo más lento y profundo. Cada impulso resultaba íntimo. No apartaba los ojos de los suyos.

—Si él te pide… —murmuró Rafiq contra su boca entreabierta, tomando aliento entre palabra y palabra—. Le dices que… —Un gesto de desagrado cruzó su rostro. No quería pensar en el jefe de Liliana, ni imaginarla aceptando la invitación de otro para bailar. Aun así, forzó las palabras que ella debería usar cuando él no pudiera interponerse—. A Rafiq no le gustaría.

La habitación pareció sumirse en la oscuridad. El tono ámbar se desvaneció, como si el fuego hubiera saltado de la chimenea al centro de sus cuerpos. Él se hundió en ella con un último impulso. Rafiq dejó escapar un grito y Liliana se estremeció bajo su peso, apretándolo mientras él se vaciaba en su interior. El lugar donde se unían lo envolvió con una presión casi dolorosa.

Cuando la luz volvió a teñirlo todo de dorado, Liliana tuvo la impresión de ser un cuerpo tibio y deshecho bajo el suyo. Él la miraba con una devoción que la dejó sin aliento.

Y ya temía la llegada del día.

Porque algo había cambiado en su corazón.

Capítulo 6

Liliana estaba decidida a no dormirse, pero entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho, el sueño la vencía. Sus cuerpos estaban calientes y la sensación de él acariciándole el pelo mientras hablaban en la penumbra era embriagadora.

Hablaron de su colegio solo de chicas y del internado privado de él. De lo torpe que ella se sentía con la gente. Habladora en apariencia, tímida en el fondo.

—¿Por qué esperaste? —le preguntó él de repente.

—Porque… —La respuesta acudió a sus labios, pero la contuvo. «Creo que te estaba esperando a ti».

—¿Porque…? —insistió él.

—No lo sé. Supongo que no trato mucho con hombres. El colegio era solo de chicas y en casa solo estaba mi madre.

—¿Tiene pareja?

—No. Creo que lo dejaría todo por él, incluso ahora. —Hizo una pausa—. Su mujer se enteró.

Le gustó que él no rompiera el silencio. Que se limitara a trazar círculos en su brazo y a enredar un mechón de su pelo entre los dedos.

—Tenía unos siete u ocho años cuando llamaron a la puerta. Pensé que era una amiga, pero era una señora con cara de pocos amigos. Fue horrible. —Se rio con tristeza—. Corrí a mi habitación y me escondí. Odio los enfrentamientos.

—Seguro que no estaba enfadada contigo. —Le levantó la barbilla —. ¿Sabía que eras su hija?

—No hasta entonces. Tengo el color de mi padre. —Liliana recordó aquel día y las cosas terribles que se dijeron—. Siempre me había sentido diferente, pero ese día fue mucho peor. Oí a mi madre decir

que yo era un accidente, y a la esposa decir que sus hijos siempre serían lo primero.

Se sentía a salvo entre sus brazos. Podía evocar aquel momento terrible y el contacto de él le restaba dolor al recuerdo.

—Después de eso, él solía venir de vez en cuando, pero en realidad… no venía a verme a mí. Cuando tenía unos once años me di cuenta de que nunca había estado presente de verdad.

—¿Cómo?

—Nos dejaron salir temprano del colegio. Llegué a casa y ellos estaban tomando un café. Me emocioné al verlo, como siempre. Supuse que había venido a cenar, pero entonces miró el reloj y dijo que tenía que irse. —Liliana sorbió por la nariz—. Me di cuenta de que había ido a ver a mi madre, que no esperaba que yo estuviera en casa.

—¿Estás segura?

—Sí. Había platos en la cocina; debían de haber almorzado. No me consideraba parte de su familia. Me dolió mucho.

—Me lo imagino.

—Me había metido en la cabeza que no podía salir mucho, por el trabajo… Por tener que ayudar en el parto de potros y cosas así.

—Emergencias con gatitos… —dijo Rafiq, y ella sonrió porque le había contado las mentiras que se había inventado para mantener intacta la fantasía de tener una familia.

—Después de eso, no volví a tener nada que ver con él.

Rafiq le apretó el brazo desnudo y ella se sintió mejor por haberlo compartido.

—¿Cuál ha sido tu peor día? —preguntó somnolienta, y luego hizo una mueca—. Oh, Dios. —Se incorporó—. Rafiq, lo siento, se me habían olvidado tus cicatrices.

—Tranquila. —Sonrió—. Es muy agradable que las hayas olvidado. —La volvió a abrazar—. De todos modos, eso no fue lo peor.

Había habido muchas palizas, muchos días de tortura, pero ninguno que pudiera separar del resto.

—Tu padre sigue negándose a ayudarte…

Los guardias se burlaban de él, pero Rafiq los ignoraba y mantenía la vista al frente.

—Lo único que tiene que hacer es retirar su apoyo al rey de Al-Nawar.

Sabía que su padre nunca cedería y, aunque le dolía, se negaba a darles esa satisfacción.

—Tu familia te tiene en poca estima…

Prefería los latigazos a aquellas burlas, pero no lo demostró.

—Tu padre perdería a sus propios hijos por un país que ni siquiera es el suyo.

Eso sí le dolió. Sabía que su padre apoyaría el levantamiento antes que negociar la liberación de sus hijos, pero tampoco reaccionó.

—Y tu hermano te abandonó.

Aquello lo golpeó fuerte.

—Hichvaght! *—gritó con cara de desprecio—. ¡Nunca!*

—Claro que sí. ¿Cómo crees que entramos en tu casa y supimos lo del túnel?

—Hichvaght! *—repitió, aunque con menos firmeza. Por un instante sintió que una parte de su alma se desprendía—. Khalid nunca haría eso*.

El fuego se estaba apagando y debería levantarse a echar un leño, pero se quedó mirando al techo, acariciándole el pelo. Nunca volvería a verla. En aquella noche podía admitir cosas que no podría en su vida real.

—Mi hermano me traicionó.

Liliana se incorporó. No esperaba que le contara nada, pero él la atrajo hacia su pecho.

—¿Qué pasó…? —no pudo evitar preguntarle.

—No hablo de ello, ni siquiera con mi familia. Mi padre no puede mirarme a los ojos. Tampoco podemos hablar de él.

Ya había admitido más de lo que jamás había hecho, y resultaba extraño haber expresado la verdad que llevaba catorce años guardando.

Khalid lo había traicionado. Había revelado a los guardias un secreto que solo ellos y su padre conocían. Él nunca habría hablado

a sus captores del túnel, nunca les habría dado acceso a su hermano.

Hichvaght.

Nunca.

La deslizó por su cuerpo, inclinó la cabeza y acalló cualquier recuerdo con un beso que los llevó de vuelta al cielo, lejos de sombras y preguntas.

Después, el tiempo se detuvo. Se amaron hasta que la noche perdió su silencio y, entre caricias y pausas, fueron entregándose fragmentos elegidos de su pasado, aquello que deseaban ofrecer y nada más.

—¿De verdad fuiste velocista? —preguntó ella, fascinada.

—Hace mucho tiempo. En la universidad.

—¿También corrías vallas? Yo las odiaba en el colegio.

—No, vallas no. Prefería los cuatrocientos metros. —Respiró hondo, recordando la velocidad y la euforia—. Aunque solo lo hice hasta los veintiún años.

—¿Por qué lo dejaste?

—La vida se interpuso, supongo.

—¿Cuando murió tu hermano?

—Eres muy observadora —dijo él, mientras le acariciaba el brazo.

—Sí. —Sonrió y sintió el vello del pecho de él haciéndole cosquillas en la mejilla—. ¿A qué hora sale tu vuelo?

—Tengo que irme de aquí sobre las siete.

No había ningún reloj a la vista y Liliana no quería buscar el teléfono. Daba igual; estaba demasiado cerca del final.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Rafiq.

—Dormir —contestó ella, aunque no era una respuesta sincera del todo. Así que se incorporó y añadió—: No puedo esconderme de ti, Rafiq.

—No quiero que te escondas.

—Probablemente iré a casa y lloraré hasta quedarme sin lágrimas. Y luego dormiré. —Él le acariciaba el pecho—. No sé… Nunca he hecho nada de esto antes. Tengo que confesarte algo.

—¿Tienes hambre?

—Sí, pero no es eso. En el metro… creo que me di cuenta de que me había pasado de parada.

Él sonrió.

—¿Tú crees?

—Vale, lo sabía —admitió ella.

—Yo no tenía ninguna parada en mente, pero decidí no mirar tampoco. Creo que estábamos disfrutando demasiado el uno del otro como para que terminara.

Sin embargo, tenía que terminar.

Para Rafiq, aquella cercanía rozaba el límite de lo soportable. Liliana se había deslizado demasiado hondo en su corazón. Aunque había evitado los detalles, le inquietaba haber mencionado siquiera la traición de Khalid.

De hecho, empezaba a lamentarlo.

Liliana, en cambio, no se arrepentía de nada.

Él volvió a buscarla y la amó con una intensidad casi desesperada. Después, cuando el alba tiñó la habitación de luz tenue, compartieron el desayuno en la cama, dándose de comer el uno al otro entre risas suaves y besos. Para ella, aquella noche había sido perfecta.

Salvo por una certeza que ya asomaba.

No habría mañana.

Capítulo 7

Tanto Liliana como Rafiq detestaban aquella mañana.

—Nos despediremos aquí —dijo él.

Tenía el pelo aún húmedo por la ducha y el traje tan impecable como la primera vez que ella lo vio. Solo la sombra de la barba delataba la noche sin descanso.

—Tú tienes más experiencia en esto que yo —murmuró Liliana.

Sentada en la cama, dejó que un par de lágrimas escaparan pese a haberse prometido que no lloraría. Había sido ella quien eligió no querer compromisos. Lo sabía cuando le pidió que se acostara con ella. Lo que no sabía era cuánto dolería verlo ponerse el abrigo.

—Llama a recepción cuando estés lista. El conductor te llevará a casa.

—Iré en metro, gracias.

—Por favor, ve en coche. Si no tuviera que tomar un avión, me aseguraría yo mismo de que llegaras a casa.

—De acuerdo…, lo haré.

—Y no llores. Mejor duerme un poco.

—Quizás lo haga. —Intentó sonreír—. ¿Con quién vuelas? Puedo ver cuándo despegas… —Puso cara de asco—. Ups. Eso ha sonado un poco acosador.

—¿Seguir mi vuelo? —Sonrió mientras se acercaba para el último beso—. Un poco sí.

El beso fue ligero, no como los íntimos y profundos de la noche anterior.

Rafiq luchaba por no sacar el teléfono. Con una sola llamada podría retrasar el vuelo, quitarse el abrigo y volver a la cama.

En cambio, le rozó los labios con los suyos e intentó no fijarse en lo desnuda y dispuesta que estaba ella.

Liliana quería más, así que se puso de rodillas y levantó los brazos para alcanzarlo, pero él levantó la cabeza de forma brusca.

Se lo tomó como una advertencia de que se mantuviera alejada.

Pero entonces él no pudo resistirse y le atrapó la boca de nuevo. El beso fue suave y profundo, luego húmedo y cálido, y ella le sujetó la cabeza y se quedó sin aliento cuando él la soltó.

—Me voy.

—Sí…

Liliana contuvo las lágrimas e incluso logró despedirse con la mano cuando se marchó.

Una vez fuera de la habitación, Rafiq se apoyó contra la pared.

—*La'nat, la'nat…* —maldijo su propia debilidad. Incluso al otro lado de la puerta, seguía luchando por no volver.

Se limpió el sabor del beso con el dorso de la mano y bajó las escaleras. Se negó a mirar atrás mientras caminaba hacia el vehículo que lo esperaba.

Salar tenía el rostro sombrío. El hombre al que debía proteger había pasado la noche fuera, y eso no le gustaba.

Ya en el interior, cuando el vehículo arrancó, le dijo en voz baja:

—Señor, si puede, por favor, avíseme…

Pero la petición quedó en el aire. Rafiq cerró la mampara de privacidad sin responder.

Y, en ese silencio, volvió a recordar.

—Siento lo de su hermano —le había dicho Balach—. Que descanse en paz.

De haber sido otro guardia, Rafiq habría respondido con desprecio. Pero en la voz de Balach no había burla, solo compasión. Era un hombre recto.

Con Khalid muerto, su escapatoria resultaba más urgente que nunca. El encierro le consumía el cuerpo y le desgarraba el espíritu, pero tuvo que olvidarse del dolor y obligarse a pensar con frialdad.

En las últimas semanas, Balach se había vuelto más taciturno. Apenas llevaba pan y ya no había aromas que abrieran el apetito ni siquiera a un preso. Algo no marchaba bien en su hogar.

Aquella noche, mientras las horas caían lentas, Rafiq lo vio acuclillarse y dejar que la arena se escurriera entre sus dedos.

—¿Cómo está tu bebé?

No obtuvo respuesta.

—Tu hija ya debe de tener casi dos meses.

Silencio otra vez.

—Tu esposa debe de extrañarte en estas noches tan largas.

—Está preocupada —había admitido al fin, volviendo apenas el rostro—. La niña no está bien.

—Lo siento.

—Es el corazón. Necesita una operación.

—Hoy la medicina puede hacer mucho —le dijo, tratando de animarlo.

Balach soltó un resoplido áspero.

—Tal vez para los tuyos.

Liliana se había entregado a aquella noche por decisión propia. Entonces, ¿por qué le dolió el corazón al darle el último beso? ¿Por qué la invadió la rabia cuando, unos días después, una mujer apareció en su puerta con una maleta?

Tenía los ojos hinchados de llorar y estuvo a punto de cerrarle sin escucharla, pero la desconocida alcanzó a decir que venía de parte de Rafiq.

Abrió la maleta. Dentro, varias cajas de terciopelo aguardaban su elección.

Podía escoger lo que quisiera.

Liliana contempló las joyas en silencio. El brillo no logró deslumbrarla. Al contrario, sintió que algo se quebraba por dentro y la comisura de sus labios se torció.

—Dile a Rafiq que me siento insultada.

Fue agradable estar furiosa durante un par de semanas, pero entonces llegó un envío enorme. Dos hombres entraron cargando metros y metros de tela cubiertos con muselina protectora.

Ese regalo no era un insulto.

Terciopelos, sedas, damascos y cachemira en colores suaves con brillos dorados. Se quedó sin aliento cuando los dedos rozaron vicuña, la tela más codiciada, la lana más suave.

Las lágrimas cayeron entonces, porque supo lo que significaba: podía empezar a montar su propio negocio. Pero se arrodilló en el suelo y lloró sobre la seda, odiando que el futuro que él la ayudaba a construir no lo incluyera.

Tres meses después

Tal y como Liliana había dicho, el vestido era rosa.

Un rosa pálido en la organza más delicada. Los pliegues cosidos a mano realzaban el busto más de lo que había previsto. En otra ocasión habría girado ante el espejo con una sonrisa imposible de contener, pero nada lograba devolverle la ilusión de antes de Rafiq. Habían pasado tres meses y el corazón le dolía como el primer día.

—Gordon y James estarán atentos —le dijo Margo mientras se retocaban el maquillaje—. Si Simon se acerca, uno de ellos te arrastrará a bailar o yo te traeré aquí.

—Estaré bien. Pero gracias.

—Es una pena que no haya podido venir —añadió Margo.

—¿Quién?

—Oh, me encantaría saber quién. Algún día me lo contarás.

Liliana lo dudaba. Ni siquiera sabía cómo explicarse a sí misma aquella noche. Cómo se había entregado por completo a Rafiq, cómo le había contado cosas que nunca había compartido con nadie, cómo apenas unas horas después de conocerse le había pedido que se acostara con ella.

¿Cómo transmitir que las horas con él habían sido las más felices de su vida, como si sus almas se hubieran reconocido?

Debió de levantarse con demasiada brusquedad, porque sintió un ligero mareo y tuvo que agarrarse al tocador.

«Estás bien», se reprendió, diciéndose que no había motivo para preocuparse. Al fin y al cabo, él había usado protección. Solo estaba teniendo un retraso, no era la primera vez que le pasaba.

Las bebidas circulaban y, por enésima vez, rechazó la que le ofrecían.

Hacia el final de la noche, mientras esquivaba a Simon, estaba demasiado absorta pensando en Rafiq como para notar que había llegado el temido momento.

—¡Cuidado! —la advirtió Margo, pero ya era demasiado tarde.

—¿Lili? ¡Por fin! ¿Podrías…?

Tenía preparada su frase de emergencia: «A Rafiq no le gustaría». Pero cuando pensó en aquel momento tan íntimo, supo que no sería capaz de decirlo sin llorar. No iba a compartir nada de aquella preciosa noche con nadie.

—Yo… —fue lo único que logró decir.

Y si antes se había sentido algo mareada, en ese instante todo dio vueltas, como si la hubieran subido a un tiovivo, cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre.

—Liliana. —La voz de Rafiq era inconfundible—. Llego muy tarde, lo siento.

No la besó, pero al unirse a ella deslizó la mano alrededor de su cintura y miró a Simon, que se encogió y dio un paso atrás.

—Rafiq… —Casi se derrumbó de alivio y, tras un pequeño tropiezo, se lanzó a sus brazos y él la llevó a la pista de baile—. Nunca imaginé que…

—Lo sé.

Había hecho todo lo posible por mantenerse alejado. El rechazo al primer regalo, la aceptación del segundo, las horas de pensamientos que regresaban a ella una y otra vez…

Aquella mañana se había despertado con un dolor en el pecho. Su vida estaba marcada por fechas señaladas. Era el Día Nacional de Luto por Khalid, y saber dónde estaría Liliana esa noche fue más de lo que pudo soportar. Tras cumplir con los actos oficiales, ordenó preparar el *jet* real.

Para Rafiq, aquel impulso rozaba la imprudencia. Pensaba llegar, hacerle una señal para que se acercara y marcharse con ella sin dar explicaciones. Pero entonces la vio. El vestido del boceto había cobrado forma sobre su cuerpo. Y vio también al hombre que se

aproximaba. Supo al instante que era aquel del que ella le había hablado.

La rodeó por la cintura con un gesto posesivo. Y una vez que la tuvo así, ¿cómo no iba a reclamarle un último baile?

La música era lenta y evocadora, y ella quería hundirse en sus brazos, pero él la sostenía con mucha formalidad.

—Más tarde —dijo, separándola un poco—. Cuando estemos solos.

—Salgamos de aquí.

Antes de que terminara el baile, Rafiq ya la llevaba fuera, pero no por la entrada principal.

—No pueden vernos.

—No entiendo.

—Hay mucha prensa fuera.

Parecía diferente, más serio. Había un coche con conductor esperando, un par de hombres delante y detrás, y entonces vio las placas diplomáticas.

—Rafiq, ¿quién eres?

—Hablaremos cuando estemos solos. Pensé que podríamos ir a mi residencia o volver a Haven Manor.

—No. Dímelo ahora —exigió ella.

—Podemos hablar en el coche, no en la calle.

—Dime quién eres antes de que me suba.

—Soy de la realeza. Sé que puede sonar intimidante…

—¿De qué familia real? —lo interrumpió, recordando la deferencia con que lo habían tratado en Haven Manor. El equipo de seguridad, el coche… Todo—. ¿De qué familia real estamos hablando, Rafiq?

—Soy el príncipe heredero de Al-Zahir.

—¿Príncipe heredero? —repitió ella con el ceño fruncido—. ¿Eso significa que… eres el heredero al trono?

—Correcto.

Aquello era demasiado.

Liliana negó con la cabeza.

—Tengo que irme.

—Liliana… —La tomó del brazo cuando se dio la vuelta.

—No quiero oírlo —protestó, respirando con dificultad—. Tengo que irme. Dijiste que en cuanto me sintiera incómoda podría marcharme.

—Así es —admitió él, soltándola.

—Entonces me voy.

—Al menos deja que mi chófer te lleve.

—No necesito a tu chófer, Rafiq.

Se dio la vuelta y, sollozando, corrió entre la multitud y la fila de limusinas hacia los taxis.

Estaba asustada. Asustada ante la posibilidad de estar embarazada. Asustada por el deseo que seguía latiendo tras meses de distancia. Y aún más por lo que eso podía significar… Terminar atrapada en una dinámica sin nombre, acudiendo a su cama cada vez que el príncipe heredero pisara Londres.

Daba por hecho que él exigiría fidelidad. La había convertido en su amante. La había hecho suya.

—¿A dónde? —preguntó el taxista.

Como sabía que Rafiq conocía su dirección, dio la de su madre.

Se tocó el brazo donde momentos antes habían descansado los dedos de él. El calor seguía allí, persistente.

No, no le daba miedo Rafiq. Lo que le daba miedo era decirle que sí.

Por la mañana, la batería del teléfono de Liliana estaba casi agotada tras horas de búsquedas en Internet.

Al-Zahir era célebre por sus perlas. Eso era cierto. Casi todo lo que él le había contado lo era, aunque había dejado grandes espacios en blanco.

Rafiq había nacido tercero en la línea de sucesión al trono. Su padre, el rey de Al-Zahir, respaldó el golpe de Estado y se negó a retirar su apoyo cuando Khalid fue capturado. Días después, Rafiq fue emboscado en Londres y trasladado a Al-Nawar, donde permaneció cautivo cerca de un año.

Los detalles de su secuestro eran imprecisos. Aun así, Liliana cerró los ojos, sobrecogida, al descubrir que fue allí donde Khalid perdió la

vida.

¿Se habían tenido el uno al otro en aquel encierro? ¿Qué quiso decir cuando le habló de traición?

Recordó las cicatrices que marcaban su piel. «No preguntes», le había dicho.

Él había logrado escapar y su huida acabó avivando el levantamiento que terminó por derrocar al rey déspota.

Siguió leyendo artículos sobre él, y hubo momentos en los que se preguntó si hablaban del mismo que había sostenido su rostro entre las manos. Describían a un hombre severo, inflexible. Frío…

No encontró referencias a amantes ni a relaciones conocidas. Cuando dejó escapar el aire, aliviada, abrió otro enlace y se topó con algo que la hizo tensarse: se rumoreaba que tenía un harén.

—Dios mío…

Casi fue un alivio cuando se agotó la batería.

—Lili… —Su madre entró con una taza de té—. ¿Va todo bien?

—Estoy evitando a alguien —admitió ella.

—¿A ese horrible jefe?

Liliana esbozó una sonrisa evasiva. Era más fácil dejar que su madre pensara que evitaba a Simon.

—Puedes hablar conmigo.

—Sé que puedo. Es solo que todavía no estoy preparada.

Una vez aclarado eso, estar en casa de su madre era agradable, y cuando le sugirió que se quedara otra noche, Liliana aceptó. No tenía un cargador compatible con su teléfono, así que eso ayudó bastante. Le daba miedo descubrir más cosas.

Por primera vez en años, le preguntó por su padre.

—¿Lo ves alguna vez?

—No… Hablamos hace unos meses, pero últimamente no ha venido.

—¿Por qué sigues dejándole que te visite?

—Lili, por favor… —Su madre cerró los ojos, con cara de estar cansada—. No espero que lo entiendas.

Rafiq sabía que ella solo estaba abrumada. A última hora del domingo había decidido enviarle flores al trabajo, porque si ella sentía tan solo una décima parte de lo que él sentía, Liliana debía de estar sufriendo.

—Señor —dijo Salar tras llamar a la puerta—. Tiene una llamada.

Rafiq asintió, con la absurda esperanza de que fuera Liliana, aunque sabía que no podía ser.

Por supuesto, no era ella. Al reconocer la voz al otro lado, puso los ojos en blanco.

—Al menos podrías haberme avisado —se quejó Yara.

—¿De qué?

—Estaba dando un discurso cuando se conoció la noticia.

Rafiq no tardó mucho en descubrirlo. Había fotos de Liliana y él circulando por Internet. No solo de la noche anterior, sino también besándose junto al lago y mirándose a los ojos en el metro.

—Yara, no tenía ni idea.

—Sé que no. Debería darte las gracias, ahora tengo un montón de razones para no casarme contigo. La cuestión es que sé que no lo has hecho por mí.

—No lo hice.

—Y eso me asusta, Rafiq. Estas fotos se han tomado con meses de diferencia. La forma en que la abrazas me dice que es algo serio.

Él guardó silencio.

—¿Qué le has contado?

—Yara, para. —En ese momento no podía pensar en ella y su maldito secreto. Solo pensaba en Liliana descubriendo aquel desastre.

—Hace tiempo que temía que te enamoraras. —Empezó a llorar—. El amor te hace desnudar el alma.

—Yara, ¿cuántas veces tengo que decirte que no voy a…? —Se detuvo al darse cuenta de que ni siquiera podía contarle la verdad a Liliana.

—Quizá deberíamos casarnos, Rafiq. Mi madre piensa que todo esto ha ocurrido porque esperamos demasiado.

—Veamos qué pasa —dijo él con mucha más calma de la que sentía.

—Tengo miedo. Por favor, dime que no se lo has contado.

—Yara —respondió él con voz firme—, te di mi palabra.

Y su palabra significaba mucho.

—Balach, puedo ayudarte con la operación de tu hija.

—Ah, ¿así que eres médico? —se había burlado él.

—Soy el príncipe heredero.

Era la primera vez que lo decía en voz alta y, al hacerlo, reconocía la muerte de Khalid. Sin embargo, aquellas palabras tenían autoridad, y, aunque eran enemigos acérrimos, Rafiq vio cómo Balach enderezaba la espalda.

—Me aseguraré de que reciba la cirugía que necesita. El mejor hospital, los mejores médicos.

—No te pido que confíes en mí. Te pido que vengas a Al-Zahir conmigo. Tú, tu esposa y el bebé. Estoy demasiado débil para hacerlo solo.

—Es demasiado peligroso —había dicho Balach.

Pero Rafiq supo que dudaba.

El lunes, Liliana salió del metro camino al trabajo con una falda lápiz demasiado ceñida rescatada del armario de su madre, un top de seda azul claro y unas cuñas que había encontrado olvidadas bajo la escalera.

No era el atuendo ideal para una casa de alta moda, pero tendría que servir.

Y, en realidad, no era la ropa lo que la inquietaba. Tampoco las miradas de sus compañeros ni las preguntas que sabía que llegarían. No era solo Rafiq lo que ocupaba su mente, también la sospecha que llevaba semanas negando. Habían usado protección, pero…

Al detenerse frente a una farmacia, comprendió que necesitaba una respuesta. Entró, compró la prueba y la guardó en el bolso.

La usaría esa noche.

Había fotógrafos apostados ante las oficinas. Estaba intentando asimilarlo cuando una mano se cerró sobre su brazo y un cuerpo se

interpuso en su camino.

Debería haberse asustado. Sin embargo, antes de volverse, lo supo.

Era Rafiq.

—¿Qué demonios…? —Sintió miedo al ver que la empujaba hacia un coche—. Suéltame…

—Cállate. No montes una escena, aún no te han visto.

—¿Quiénes?

—La prensa.

Entonces lo entendió. La metía en el vehículo para protegerla. En la parte trasera, tras los cristales tintados, descubrió por qué.

—Nuestra aventura ha salido a la luz.

—¿Aventura? —Soltó una risa incrédula—. ¡Ni mucho menos!

—Liliana, hay fotos nuestras por todas partes. Mi gente está intentando que las retiren. Te aseguro que esto se solucionará.

—¿Qué fotos…? Bailamos una vez… Ni siquiera nos besamos…

La frase se quedó a medias al ver lo que había en la pantalla del teléfono de Rafiq. Era una imagen de meses atrás: los dos en el metro, sonriéndose, mirándose como si el mundo no existiera.

—No estamos haciendo nada…

Rafiq deslizó el dedo y apareció una fotografía de ambos abrazados junto a un lago oscuro. Su primer beso. Aquel instante que había creído solo de ellos, expuesto ante todos.

—¿Y qué? No hacemos daño a nadie. Estamos solteros.

—Correcto —respondió él—. Pero ante mi pueblo y ante el de Al-Nawar…

—Déjame ver los titulares —le pidió, tratando de quitarle el móvil.

—Primero deja que te explique.

—No —protestó ella y se lo arrancó de las manos—. Aquí dice que tu prometida estaba en Londres ese día.

—Yara no es, ni ha sido nunca, mi prometida.

—Pues aquí dice que sí.

—Nunca fue oficial. Es una promesa que hicieron nuestros padres.

Liliana se quedó sin aliento cuando el rostro de otra mujer ocupó la pantalla. Una larga melena negra enmarcaba unos ojos

almendrados de belleza impecable. Irradiaba una elegancia serena, tan perfecta y distante como el hombre que tenía a su lado.

Se sintió enferma al leer el titular: *El corazón destrozado de la princesa Yara.*

—¿Cómo has podido? —Le devolvió el teléfono—. Ni siquiera quiero oír tus excusas. Llévame a casa.

—No puedes ir a casa todavía. La prensa estará allí.

—Si no me vas a llevar a casa, me bajo ahora mismo.

—Hablaremos cuando estemos solos.

—No quiero volver a estar a solas contigo. Lo digo en serio, Rafiq, llévame a casa.

De mala gana, dio órdenes al conductor y avanzaron con lentitud entre el tráfico de la hora punta.

—Nos vieron juntos dos noches distintas y eso es lo que ha causado el problema.

Ella miraba al frente.

—¿Estás prometido con Yara? ¿Comprometido, en una relación? —Lo miró fijamente—. Creí que había dejado claro que no saldría contigo si estabas con alguien.

El coche giraba hacia su calle cuando el pánico la atenazó al ver a los fotógrafos apostados frente a su casa.

—Dé la vuelta —ordenó, con un hilo de voz que no logró ocultar la urgencia.

En ese instante, su teléfono empezó a sonar.

—Mamá…

Hizo todo lo posible por mantener la voz tranquila mientras su madre le informaba de que también había fotógrafos frente a su casa.

—Corre las cortinas y no hagas caso. Y no abras la puerta.

—¿Por eso te escondiste aquí este fin de semana?

—No me estaba escondiendo —dijo Liliana, pero la voz se le quebró y, cuando empezaron a caer las lágrimas, Rafiq tomó el teléfono.

El príncipe perfecto estaba en su mejor momento. Se disculpó, le explicó que su gente ya se ocupaba del asunto y que muy pronto los

fotógrafos se irían. Su voz era tan mesurada que resultaba casi tranquilizadora.

—Señora Hamilton, vamos a llevarla a un hotel hasta que todo se calme. Hay un coche en camino para usted.

Eso le pareció bien, hasta que él continuó:

—Liliana ha aceptado venir a Al-Zahir conmigo hasta que todo esto con la prensa se solucione.

—¡No! —protestó Liliana cuando él colgó—: De ninguna manera. Me iré al hotel con mi madre.

—Os descubrirán. Tu foto está por todas partes. Creo que había un espía en el tren. Me fijé, pero entonces subiste tú y me olvidé de él.

—Yo también lo vi —afirmó Liliana, al recordar al hombre de la gorra gris que miraba a Rafiq.

Pensó en los periodistas esperando frente al trabajo y luego en casa de su madre. Odiaba que su primer beso fuera de dominio público.

Era como si todo Londres la persiguiera. Como cuando la esposa de su padre se presentó en su puerta.

El pánico se apoderó de ella, el pulso le rugía en los oídos y, aunque estaba sentada, se inclinó hacia delante.

—No puedo con esto, Rafiq.

—Entonces déjame a mí.

Su voz sonaba serena, y aún más tranquilizador resultó el leve roce de su mano en la espalda.

—No tengo el pasaporte.

—Dime dónde está y dame las llaves de tu casa. Salar se encargará. Mi avión está esperando. Estarás lejos de todo esto antes de que te des cuenta.

—¿No vienes conmigo?

—Primero tengo que ocuparme de las cosas aquí. No podemos dejar que nos vean juntos, ni siquiera en el aeropuerto.

—¿Por Yara?

Rafiq cerró los ojos con frustración. No se sentía en condiciones de hablar con libertad.

—Ya hablaremos cuando me reúna contigo. No te preocupes, estarás bien atendida en mi morada del desierto…

—Escondida. —La espalda se le tensó y él retiró la mano—. Atendida como tu amante. ¿Era eso lo que ibas a decirme el sábado por la noche?

—Hablaremos en el desierto. Sé que todo esto ha sido un *shock* para ti. Aclararemos allí las cosas.

Ella guardó silencio.

Sí, tenían que hablar. Pero, pasara lo que pasara, no iba a revelarle sus temores de estar embarazada.

—Y si quiero irme…

—Mi promesa sigue en pie. Puedes irte cuando quieras.

Ese lado de Rafiq sí le inspiraba confianza.

Fue la única razón por la que aceptó volar a Al-Zahir.

Capítulo 8

La llevaron a una terminal privada en el aeropuerto, donde esperó mientras los empleados de Rafiq se ocupaban de su documentación.

Poco después, la guiaron por accesos reservados, lejos de miradas y preguntas, tanto en Londres como al llegar a Al-Zahir.

Todo ocurrió con rapidez y sin explicaciones.

En pleno vuelo, mientras el avión cruzaba extensiones interminables de desierto, comprendió la magnitud de su decisión. Nunca se había sentido tan asustada ni tan sola. También estaba furiosa consigo misma por haberse enamorado de un hombre que no era libre de hacer lo que quisiera con su vida.

El último trayecto lo hizo en helicóptero. Viajaba sola. El cielo enrojecido teñía la arena de tonos rosados. En medio de la inmensidad apareció un campamento: varias tiendas abovedadas rodeaban otra de mayor tamaño, con un par anexadas a la principal. En el amplio patio, algunos caballos se movían inquietos.

Clavó la mirada en la tienda central.

Aquel sería su destino inmediato. No pensaba llamarlo hogar.

Al bajar, el calor la envolvió como una ráfaga ardiente. La arena levantada por las aspas le golpeó las piernas, y se cubrió el rostro con el pañuelo que le habían dado antes de aterrizar.

—¡Espere! —gritó Liliana al asistente que la había acompañado cuando la dejó en la entrada y regresó corriendo de vuelta al helicóptero.

Justo en ese momento, una cara sonriente apareció ante ella.

—Bienvenida, Liliana.

La mujer se presentó como Fátima y la hizo pasar. Tomó su pañuelo para colgarlo y le ofreció unas zapatillas adornadas con abalorios para que estuviera más cómoda.

—Has tenido un viaje muy largo. Déjame enseñarte la casa. —De repente, la mujer frunció el ceño—. ¿No has traído equipaje?

—Ninguno. Ha sido todo muy precipitado.

—No pasa nada. Aquí tenemos todo lo que necesitas.

La sala principal estaba situada en la tienda más grande, con una chimenea central y cojines y mesas bajas alrededor.

—En breve empezará a refrescar —dijo Fátima—. La encenderé antes de irme.

—¿Te vas?

—Tengo un alojamiento cerca. Si me necesitas, tira de una de las cuerdas en tu zona de descanso. Nosotros solo venimos cuando nos llaman.

—¿Nosotros?

—Hay varios empleados al servicio del príncipe heredero, pero yo estoy asignada a los asuntos privados.

La morada era impresionante: alfombras persas, cojines de telas preciosas, tapices que suavizaban la oscuridad de los muebles… Pero nada podía suavizar sus pensamientos.

¿Fátima la consideraba uno de los «asuntos privados» del príncipe heredero? Por supuesto que sí.

Liliana se preguntaba qué le habría propuesto Rafiq si ella no hubiera salido huyendo tras el baile. Quizá le habría pedido que fuera su amante en Londres. ¿Pretendía que se quedara y se integrara en su harén?

Solo imaginarlo le revolvió el estómago.

En el comedor, Fátima la invitó a tomar algo. Rechazó la fruta y las delicias turcas, pero aceptó un té frío de menta que le alivió la garganta y le dio fuerzas para seguir.

La zona de descanso estaba en penumbra. Varias estancias separadas por cortinas de muselina parecían destinadas al cuidado personal, ya que pudo ver una camilla de masaje y una especie de sala para tratamientos. Reconoció enseguida cuál era el espacio destinado para él: el más amplio y con una cama cubierta de pieles.

—El serrallo está por allí —indicó Fátima, señalando unos velos que cubrían una de las paredes.

—¿El serrallo?

—Una cámara privada para mujeres.

—¿Hay otra entrada?

—Por supuesto. No se le molesta a menos que se le convoque.

Más le valdría no hacerlo.

Liliana entró con los labios apretados. En el centro se alzaba una cama cubierta de sedas violetas. Su mirada regresaba una y otra vez a los velos que la separaban de la estancia contigua, la de él.

Fátima abrió un armario amplio, repleto de túnicas de terciopelo en todos los tonos imaginables.

Liliana llevaba puesta la ropa con la que había salido de Londres, y aun así se hizo una promesa: no se pondría nada que hubiera pertenecido a otra mujer de Rafiq.

—Esto es el Diwan Al-Zayn. «La Cámara del Adorno».

Liliana contuvo un gemido de admiración. El lugar era deslumbrante: espejos altos, una camilla de masaje, toallas de *hammam* dobladas con esmero. Había una bañera profunda que le llenarían cada noche, le explicó Fátima.

Sin duda, pensada para que se preparara para él…

Cuando Fátima le habló de cenar, Liliana negó con la cabeza. Aquel despliegue de perfumes y lujo le había revuelto el estómago.

—Entonces, prepararé el Diwan Al-Zayn…

Estuvo a punto de rechazar también eso, pero se contuvo. No iba a arreglarse para él, pero necesitaba agua y silencio. El cuerpo le dolía por la tensión acumulada, por el viaje y por el impacto de volver a verlo. Y, aunque le costara admitirlo, también sentía curiosidad por cómo sería.

Aceptó la bata de seda que le tendió. Y, mientras la mujer le llenaba la bañera, enjuagó su ropa interior en el lavabo y la dejó secando.

El baño se cubrió de vapor, el aire olía a rosas y montones de pétalos flotaban sobre la superficie del agua.

—Por favor —dijo Fátima, señalando la bañera—. Empezaré por el cabello.

Liliana no quería entregarse a ningún ritual, pero necesitaba entender qué lugar ocupaba allí, qué se esperaba de ella. La idea de

formar parte de una rutina destinada a otras mujeres la irritaba. Aun así, asintió.

Primero le empapó el cabello con una mezcla cremosa y se lo recogió bajo una tela para que actuara. Después la ayudó a recostarse en la camilla y le frotó la piel con sal de manera minuciosa hasta que sus piernas quedaron suaves. Le perfiló las cejas y también la línea del biquini.

Más tarde, con la piel sonrosada y luminosa, Liliana se sentó en un taburete. Fátima alzó una jarra grande de cobre y vertió agua tibia sobre su cabeza para aclarar la mascarilla.

Cuanto más impecable quedaba, más rabia le daba. Cada gesto de perfección la alejaba más de aquella noche espontánea que habían compartido en Londres.

Al terminar, Fátima le puso un camisón y le sugirió que descansara.

Y la dejó sola.

Liliana metió la mano en el bolso en busca de su teléfono, pero lo primero que encontró fue la prueba de embarazo.

Lo más sensato sería hacérsela en ese momento, antes de que llegara Rafiq. Pero recordó aquella mañana entre sus brazos.

«No puedo esconderme de ti».

No podía. Sus emociones afloraban cuando él estaba cerca y no sabía cómo mirar esos ojos plateados y mentir. Era mejor no saberlo.

Enterró la prueba en el fondo del bolso y sacó el teléfono. Sin señal, por supuesto.

El camisón era largo pero transparente y se ceñía al cuerpo aceitado. Aun así, era un alivio quitarse la falda ajustada y llevar los pies descalzos tras un día agotador.

La cama era como una nube. Se tumbó a escuchar el viento.

Convencida de que no se dormiría…

Rafiq llegó en plena noche. Por fin había resuelto el asunto de la prensa cuando Yara llamó de nuevo insistiendo en que anunciaran la boda. Le dijo que esperara, y justo cuando pensaba que podría

volver con Liliana, aterrizó en Al-Zahir y le dijeron que el rey lo reclamaba.

—Le pondré al corriente pronto —respondió, dirigiéndose a zancadas hacia el helicóptero para ir a verla.

—Alteza, es una citación oficial.

Se detuvo en seco. Su padre nunca recurría a ese procedimiento. No era una invitación. Era una orden. Y no podía ignorarla.

Minutos después, llegó a palacio.

—Te he dado demasiada libertad —le dijo el rey, nada más recibirlo—. Se te ha visto mostrando afecto a la misma mujer con tres meses de diferencia. Las leyes lo prohíben.

—No es así, porque Yara y yo no estamos prometidos.

—Hay un acuerdo tácito. ¡Ambos países lo saben! Has avergonzado a los dos pueblos.

—¿En qué? Nuestro pueblo parece estar bien. En todo caso, parecen sorprendidos de descubrir que soy capaz de sentir afecto.

—Has avergonzado a la princesa Yara. El rey de Al-Nawar y yo estamos de acuerdo en que debes disculparte en público.

—Jamás.

—Te disculparás, hablarás de tu deseo de unidad entre los países, visitarás al rey de Al-Nawar y pedirás a Yara que sea tu esposa.

—No puedes obligarme.

—Te equivocas.

—Ni lo intentes. Llevar al novio encadenado causaría una ofensa aún mayor. —Levantó las muñecas, mostrando las cicatrices—. Estar encadenado no es nada nuevo para mí.

—Aceptaste el acuerdo.

Y solo Rafiq y Yara sabían por qué.

—Durante nueve meses me dejaste allí pudriéndome. Incluso después de que mataran a Khalid, no hiciste nada. —La voz se le quebró; vio el dolor en los ojos de su padre y se recompuso—. Yo elegiré cuándo me caso. Si me caso.

—Necesitas un heredero adecuado, y para eso necesitas una esposa adecuada —insistió el rey.

—Me voy al desierto.

Rafiq se dio la vuelta y se alejó a zancadas, pero su padre lo llamó.

—Hice todo lo que pude para liberarte.

—Pues no fue suficiente.

—Solo deseo que tú… —Negó con la cabeza sin terminar.

—¿Desearías que hubiera muerto yo? ¿Que Khalid hubiera sido el que viviera?

—Eso no es lo que iba a decir.

—¿Entonces qué? —preguntó Rafiq.

Pero su padre no respondió.

Antes de salir, su padre habló una última vez:

—Quizá deberías repasar con tu amante las leyes sobre la discreción.

—No la llames así —advirtió Rafiq, volviéndose hacia él.

—Hijo mío… Eso es lo único que ella puede ser.

Mientras volaba hacia su morada en el desierto, pensó en lo que su padre había dicho, o más bien en lo que había omitido. En el fondo sabía que habría preferido a Khalid. Su hermano ya llevaría años casado y tendría hijos adolescentes.

Cerró los ojos, preguntándose cómo era posible echar de menos a unos sobrinos que nunca existirían. Y, aun así, también sentía rabia hacia su hermano.

Al divisar la residencia desde el aire, la tensión de sus hombros cedió un poco. Se dio cuenta de que sonreía solo por saber que ella estaba allí.

Sin embargo, no había ninguna Liliana furiosa esperándolo. La encontró dormida en el serrallo.

—¿Liliana?

Ella no se movió. Encendió la lámpara y estaba a punto de tocarle el hombro cuando vio que dormía profundamente.

—Descansa —le dijo, y estaba a punto de apagar la lámpara cuando ella abrió los ojos—. Hola.

—¡Rafiq! —se sobresaltó ella al verlo.

—Tenemos que hablar.

—Quizás —respondió ella—, pero será cuando yo decida.

Se giró de costado, dándole la espalda, porque era eso o lanzarse a sus brazos.

—Liliana —exigió él.

—No obedezco tus órdenes —contestó volviéndose hacia él—. Y no te atrevas a llamarme. —Señaló los velos—. ¿Es eso lo que haces? ¿Solo tienes que tirar de una cuerda cuando quieres sexo?

—A veces. —Asintió con una leve sonrisa, sin rastro de arrepentimiento—. Pero no te preocupes —esa sonrisa era un poco cruel—, no te llamaré. Me gustan las amantes un poco menos ariscas.

—¡Cabrón!

—Te equivocas. Estoy haciendo todo lo posible por hacer lo correcto por ti —dijo él, antes de darse la vuelta y salir.

Ella exhaló e inhaló los restos de su aroma. La tienda no tenía privacidad. Las sombras de los fuegos bailaban en las paredes y cuando él se ponía de pie podía verlo proyectado en el techo.

Se giró en la cama, dándole la espalda a su habitación, y trató de ignorarlo.

Capítulo 9

Liliana se despertó tarde. Muy tarde.

Se lavó, se cepilló los dientes y se puso la ropa interior lavada la noche anterior. La falda lápiz le quedaba más ajustada que el día anterior, pero esperaba que fuera solo la hinchazón antes del periodo. Por si acaso, dejó la blusa por fuera.

Se miró en el espejo y se sintió bastante aliviada al verse horrible. No estaba allí para impresionar a Rafiq ni para sucumbir a sus encantos. Estaba allí para averiguar qué había ocurrido y cómo pensaba arreglarlo.

Y luego marcharse.

No pudo evitar mirarse la barriga. De ninguna manera le contaría sus sospechas estando allí. Se llevó la mano al vientre como si quisiera proteger la pequeña vida que pudiera haber dentro.

«Aquí no», se prometió. «No se lo diré aquí».

Al salir del serrallo, agradeció que él le hubiera enseñado las fotos del caballo, porque de lo contrario la visión de Rafiq vestido con túnicas negras podría haberla asustado. Estaba sentado en un cojín leyendo unos papeles y, al oírla, levantó la vista y entrecerró los ojos.

—Dios mío. ¿Qué llevas puesto?

—La misma ropa que ayer.

—Pero hay túnicas. Le dije a Fátima que te preparara una selección.

—No voy a vestirme con la ropa de tu harén.

—¿Harén? No tengo.

—Pues yo no me voy a vestir con la ropa de tus amantes.

—Como quieras. —Rafiq se levantó y le indicó que lo siguiera al comedor—. ¿Desayunamos? Aunque a estas horas ya es un *brunch*.

—¿Esperabas que estuviera despierta y lista para atender tus necesidades? —preguntó ella mientras lo seguía y se sentaban a una mesa baja.

—Nunca sé muy bien qué esperar de ti. Pensaba que anoche estarías esperándome con muchas preguntas. Debo decir que estoy impresionado.

—Pues yo no lo estoy. —Tomó un poco de pan blando y se sirvió algunas delicias—. En realidad, prefería no saber quién eras.

—¿Prefieres esconder la cabeza bajo la arena?

—Deberíamos haber dejado las cosas como estaban. Te pregunté si estabas casado y me dijiste que no salías con nadie.

—Y te respondí con sinceridad. No estoy casado, no salgo con nadie y Yara y yo no estamos comprometidos, al menos no de manera oficial. Nuestros padres llegaron a un acuerdo hace tiempo, pero nunca se anunció, y ninguno de los dos quiere ese matrimonio.

—Mi padre también solía poner excusas y dar muchas explicaciones.

—Yo no soy tu padre. Soy un hombre de palabra y estoy explicando las cosas lo mejor que puedo. Yara y yo tenemos poco que ver el uno con el otro, excepto…

—Excepto que estabais juntos en Londres el día que nos conocimos. Sé que ella estaba en tu casa ese día.

Él abrió la boca para decir algo, no estaba acostumbrado a que le hablaran con ese tono.

—No, déjame hablar a mí —exigió ella—. ¿Dónde está mi madre? ¿Está a salvo?

—Sí, está en un hotel.

—No quiero que su nombre sea arrastrado por el barro. Ya ha pasado por bastante.

—Los periodistas se han ido de vuestras casas y los artículos se están eliminando. He tenido que aceptar una entrevista en directo. —Exhaló—. Además, ambos reyes quieren que me disculpe en público.

—Quizá deberías disculparte ante todas las partes implicadas…

Él apretó la mandíbula, tratando de calmarse.

—Tu madre está bien. Podría irse a casa hoy, pero ha dicho que prefiere quedarse unos días más en el Ritz Carlton —dijo él, con cierto sarcasmo—. Por si acaso.

Vio cómo los labios de ella luchaban por no sonreír.

—Eso te hace sonreír.

—Sí. Trabaja muy duro. Estoy segura de que está disfrutando de que la mimen.

La observó mordisquear un pastelito y luego dejarlo en la bandeja, como si hasta el esfuerzo de comer fuera demasiado.

—Pareces cansada. Disgustada.

—Por supuesto. Me has convertido en mi madre y nunca te lo perdonaré. Todo el mundo me juzga y piensa lo peor. —Se aferró a los bordes de la mesa y añadió—: No puedo creer que sea la otra mujer…

Rafiq cerró los ojos. Liliana era la única que se había acercado siquiera a su corazón ennegrecido, pero no se atrevía a decírselo. La mantendría a una distancia segura.

—Si culpan a alguien, estoy bastante seguro de que será a mí.

—Estoy enfadada conmigo misma por no haberte hecho más preguntas. Nunca me habría acostado contigo si hubiera sabido lo de Yara.

—¿Preferirías seguir siendo virgen?

Ella le lanzó una mirada. Sentía que le ardían las mejillas, incapaz aún de arrepentirse.

—El hecho es que nos acostamos y aquella noche lo cambió todo para mí. No he logrado que mi corazón vuelva a estar frío y vacío… —Se acercó a ella un poco más—. No me arrepiento de aquella noche, Liliana. Y quiero saber si para ti también significó un cambio.

—Por supuesto que cambió las cosas. Mi vida privada ha salido en todos los periódicos.

—Estoy hablando de sentimientos.

Ella apartó la mirada y agarró un dulce del plato, no quería abrirle su débil corazón.

—Intentaste sobornarme —lo acusó, intentando dar un giro a la conversación.

—No te estaba sobornando. Cuando rechazaste las joyas, te envié las telas porque quería ayudarte a poner en marcha tu negocio.

Ella cerró los ojos y asintió, aceptando que el regalo había sido un intento de liberarla.

—Lo sé —contestó ella y luego dio un bocado al pastelito que tenía en la mano.

—Eso era lo que esperaba. Que cuando aceptaras mi regalo ambos pudiéramos seguir adelante, pero… —Rafiq hizo una pausa—. Estás distraída.

—Es solo que no sabía que me gustaran tantos estos dulces.

—Por favor, escúchame.

Liliana intentaba no hacerlo. Sus palabras amables y la confesión de sentimientos hacían cosas peligrosas a su corazón. Quería que le hablara de un harén, que dijera algo que pudiera ofenderla. En cambio, Rafiq estaba abriéndose a ella.

—Hablamos de cosas que nunca he hablado con nadie.

—Pues no deberías haber hablado de esas cosas conmigo.

—El día del baile era el aniversario de la muerte de Khalid, y la única persona a la que quería ver eras tú. Me desperté esa mañana deseándote. Había una ceremonia y un almuerzo, pero por primera vez ese día se hizo soportable sabiendo que por la noche te vería —confesó él—. Y anoche, cuando vine en helicóptero, me sentí mejor sabiendo que estabas aquí.

Eso la dejó sin aliento.

—Creo que tú también me echaste de menos —añadió él.

Liliana tenía lágrimas en los ojos y era imposible negar lo evidente.

—¡Sabes que lo hice! —gritó. Luego añadió, sin convicción—: Pero ya no.

—Mientes muy mal. Podríamos seguir viéndonos, estar juntos, pero las reglas aquí son complicadas.

—Estoy bastante segura de que todas se reducen a lo mismo: hacer lo correcto. Si ninguno de los dos quiere ese matrimonio, ¿por qué no lo rechazáis sin más?

Él no respondió. ¿Cómo iba a decirle que, si el acuerdo se rompía de manera oficial, Yara tendría que casarse con otra persona y en

contra de su voluntad?

—No son solo tus padres los que quieren esto, ¿verdad?

—La noche del baile iba a contarte lo de Yara, y que, si me casaba, sería con ella —habló él al fin—. También quería preguntarte algo.

Pretendía que fuera su amante, estaba segura. No quería oírlo, porque entonces tendría que decir que no.

—No quiero hablar de eso ahora mismo.

—Muy bien —aceptó él—. ¿Qué te parece si te enseño mi caballo rosa?

Y, de repente, ella sonrió, y fue como si volvieran por un segundo a aquella primera noche.

—Me encantaría.

—Cámbiate. Seguro que hay túnicas más informales, o pantalones de montar.

—Rafiq. No voy a ponerme la ropa de otra mujer.

—Estás exagerando.

—La ropa es lo mío. Me hace ser yo misma.

—De acuerdo. ¿Quieres probarte algo mío entonces?

Ella se quedó mirándolo, Rafiq medía más de metro ochenta, y negó con la cabeza.

Las zapatillas con abalorios no eran adecuadas para el exterior, e intentó ponerse unas sandalias planas de cuero, pero las correas no dejaban de desatarse.

—Así no… —dijo Rafiq, y fue a tirar de una cuerda para llamar a Fátima.

—Por favor, no lo hagas. Soy capaz de atarme los zapatos yo sola.

—Ah, igual que fuiste capaz de mantenerte en pie en el metro… —De algún modo, eso les transportó al día en que se conocieron.

—Permíteme —insistió él y, en lugar de llamar a la criada, se arrodilló—. Mete los pies. —Le colocó la planta del pie, entrecruzó las correas y las apretó alrededor de los tobillos—. Tienen que subir por la pantorrilla, hasta la rodilla.

Liliana permaneció de pie, conteniendo la respiración. El leve roce de sus dedos le provocó un cosquilleo que le recorrió la piel. Sin poder evitarlo, recordó la vez que Rafiq le había bajado las bragas y cómo se había aferrado a él de los hombros mientras la devoraba.

Se estremeció cuando le ajustó la correa detrás de la rodilla.

—Voy a tener un bronceado entrecruzado.

—No. —Agarró una túnica clara de Fátima—. No durarías ni cinco minutos ahí fuera.

Le envolvió la cabeza con un pañuelo y se lo colocó alrededor del cuello. Ella miraba al frente, esforzándose por no desearlo.

Los caballos eran tan hermosos que se apoyó en la valla para ver cómo entrenaban a dos de color plateado. Liliana dejó que le acercaran el hocico y los acarició con suavidad.

—¿Montas? —preguntó él.

—Solía hacerlo cuando era pequeña. Hace mucho tiempo.

—Podríamos dar un pequeño paseo si te apetece.

Aunque se sentía tentada, negó con la cabeza. Los caballos eran grandes y rápidos, y no estaba segura de si debía montar estando… Se negó a pensar en un bebé mientras él estuviera cerca.

—¿Dónde está el rosa que me prometiste?

—Mi mozo lo está trayendo. Se llama Nushiravan, aunque yo lo llamo Nushi. Significa «alma eterna», pero también hace referencia a su majestuosidad y su vena rebelde.

Cuando el animal apareció, lo hizo con paso firme, y durante un instante todo lo demás dejó de importar. Era imponente y, sí, tenía un matiz rosado en el pelaje.

—Es muy rebelde —dijo Liliana al verlo piafar antes de acercarse con descaro en cuanto reconoció a Rafiq.

—Como tú.

Ella soltó una risa. No se veía comparable con aquella criatura magnífica.

Para Rafiq, en cambio, la comparación tenía sentido. La veía hermosa, frágil y fuerte a la vez, talentosa e inteligente. Y aun así se impuso una verdad: no podía amarla. No podía ofrecerle lo que ella merecía.

Pero eso no le impedía desearla.

Liliana sería su amante.

Pasaron un rato con los caballos y luego cruzaron las arenas hasta un saliente rocoso donde se sentaron a la sombra.

—Voy a descalzarme —dijo Liliana, desatándose las sandalias—. Creo que me está saliendo una ampolla.

Bebió un trago de la botella que compartían y luego se recostó.

—¿Solías correr aquí?

—Me encantaba entrenar aquí —respondió él, mirando al horizonte con una sonrisa—. La arena hacía que los músculos trabajaran más y el calor me daba ventaja. Cuando llegaba a la pista, sentía que podía volar.

—¿Y ahora?

—No me interesa.

Ella no le creyó del todo.

—De todos modos, soy demasiado mayor.

Ella se rio y movió el pie para darle un pequeño golpecito, pero se detuvo. Él lo vio y le rozó la pantorrilla con una caricia suave.

—Aun podrías correr —dijo ella—. Aunque solo fuera por placer.

—Sí.

Él se inclinó, le agarró los pies y los acomodó sobre su regazo.

—Odio que me toquen los pies —le advirtió—. En las pedicuras tengo que apretar los dientes.

—Shh —murmuró él, y empezó a examinarlos con cuidado.

Liliana alzó la vista hacia el cielo despejado y hundió los dedos en la arena para contenerse.

—¿Por qué luchas contra mí? Incluso ahora te apartas cuando te toco.

Ella guardó silencio.

—Nunca te apartaste cuando estuvimos juntos aquella vez.

—Entonces las cosas eran menos complicadas. Pensaba que éramos dos adultos solteros.

—Lo somos.

—Pero no por mucho tiempo. Sé que te vas a casar con Yara. Y sé que eso no impide que me desees.

A Rafiq le gustaba su franqueza.

—Nuestras costumbres son complejas —dijo él, presionando con los pulgares las plantas de sus pies—. Khalid se rio cuando le pregunté por las leyes sexuales y me advirtió que me decepcionarían. —Era extraño, pero sentía que con Liliana podía hablar con libertad de su hermano—. Le pregunté si creía que nuestro padre tenía una amante.

—¿La tiene?

—No lo sé. Hay muchas reglas sobre la discreción.

Ella intentó retirar los pies. Los muslos le temblaban. Pero él la atrajo de nuevo.

—Si tiene una amante —dijo Rafiq—, estoy seguro de que la trata bien.

Liliana apartó los pies de golpe.

—Y yo estoy segura de que tu madre lo odia —contestó Liliana, calzándose de nuevo y ajustándose ella sola las correas de las sandalias.

Caminaron de regreso hacia la tienda sin prisa. Cuando el campamento apareció ante ellos, Liliana tuvo clara una cosa: lo deseaba.

Pero eso no bastaba.

Él podía desarmarla con una mirada, hacerla temblar con un roce, pero su corazón pedía algo que él no estaba dispuesto a dar.

Lo sabía.

Y, aun así, antes de despedirse, se permitiría tener un último acercamiento.

—¿Qué querías decir aquella noche cuando dijiste que Khalid te había traicionado?

Rafiq se detuvo de repente.

—Eso no se pregunta.

—Solo quiero saber qué pasó, cómo escapaste.

Él reanudó la marcha sin responder.

—Rafiq… —insistió Liliana, odiando que él eligiera solo algunas partes de su vida para compartir—. ¿Rafiq?

—Hay cosas de las que nunca hablaré, y lo que ocurrió durante mi cautiverio es una de ellas.

—¿Qué clase de relación es esa?

—Te dije la noche que nos conocimos que no tengo relaciones.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué no me metiste en un hotel hasta que se solucionara todo?

—Estás aquí porque nos gusta estar juntos y creo que, a pesar de los obstáculos, podríamos vernos de vez en cuando.

—¿Solo se trata de sexo?

—No he dicho eso.

—Acabas de decir que nunca hablarás de ciertos temas, que nunca me dejarás acercarme a ti.

—¡Ya basta! —gritó él.

—Pero Rafiq, seguro que… —Le agarró la mano, desesperada por que no cerrara la conversación, pero él se apartó.

—Tenías razón. Eres molesta —soltó él, recordando lo que ella le había contado de cuando era pequeña.

Sí, el comentario era cruel. Pero era mejor que dejarla acercarse demasiado.

El amor era peligroso.

Era demasiado peligroso.

Había pasado meses preparándolo y, al fin, había llegado el momento. Exhaustos, casi sin fuerzas para caminar, alcanzaron el coche.

—¿Dónde está la manta para cubrir al príncipe heredero? —dijo Balach a su esposa, con la voz rota por el miedo—. Dame tu chal.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en él, Balach?

—Nos ha dado su palabra.

Fue entonces cuando Rafiq vio a la bebé por primera vez. Era diminuta, muy delgada, con las mejillas hundidas. Descansaba sin fuerza en brazos de su madre.

Tenía el estómago vacío y aun así sintió náuseas.

Iba oculto en el maletero, bajo una manta que no serviría de nada si registraban el coche en la frontera. Todos eran conscientes de ello. El vehículo avanzaba a sacudidas hacia el puente. Rafiq había dado

una orden clara: si les exigían abrirlo, no debían detenerse. Que siguieran adelante, aunque hubiera disparos.

Era la única opción.

Ambos permanecieron enfadados en silencio mientras el sol se ocultaba y se encendían las lámparas de aceite.

Cuando Liliana entró en el serrallo encontró un vestido de terciopelo rojo oscuro dispuesto sobre la cama y flores esparcidas en la almohada. La música llenaba la tienda, suave y envolvente, y la devolvió al baile que habían compartido. Apenas se habían rozado, pero se habían movido acompasados como si respiraran al mismo ritmo. Aquel recuerdo aún le robaba el aliento.

No iba a acostarse con él allí. Lo tenía claro. Mientras la sombra de Yara se interpusiera entre los dos, no daría ese paso. Además, temía que su cuerpo empezara a delatarla, que la mirada aguda de Rafiq percibiera cualquier cambio.

Salió del serrallo en el mismo momento en que él se dirigía al dormitorio.

—Solo tienes que tirar de la cuerda del baño —le dijo él.

Liliana frunció el ceño, sabiendo muy bien lo que quería decir. Se iba a cambiar para cenar y esperaba que ella hiciera lo mismo.

—Voy a darme un baño. ¿Y tú?

—¿Perdón? —Se sobresaltó ella. Un segundo después entendió que no le estaba pidiendo que lo acompañara.

—Cenaremos en breve y necesitas cambiarte.

—¿Qué ha sido del hombre de modales impecables? ¿No estoy lo bastante presentable?

—Llevas la misma ropa de ayer. Hemos pasado el día entre establos y arena y, para ser sincero, pareces incómoda. Quiero que disfrutes de la cena. ¿Llamo a Fátima?

—¿Esperas que vaya a la Cámara del Adorno y me prepare para ti?

—No. —Rafiq se acercó—. Has dejado muy claro que no quieres sexo. Más bien pareces decidida a buscar pelea. ¿Es para poder irte a la cama enfadada?

—No —mintió ella, aunque ese había sido su plan.

—Lávate o no te laves. Vístete como quieras. Eres hermosa hagas lo que hagas.

Liliana se mordió el labio; podía ser tan grosero y tan amable a la vez con las mismas palabras.

Cuando él se retiró a bañarse, sintió alivio al encaminarse al Diwan Al-Zayn. Quitarse la ropa resultó un descanso. Se miró el vientre. Una marca roja le cruzaba la cintura, donde la falda se había clavado durante horas, y supo que no volvería a usarla en mucho tiempo.

Al sumergirse en la bañera, sintió un nudo de ansiedad en la garganta. En realidad, no necesitaba hacerse la prueba para saber que estaba embarazada.

Tenía miedo de estar allí. La inquietaba que Rafiq lo descubriera y no sabía qué reacción tendría.

Cerró los ojos y aspiró el aroma del agua.

No había duda: iba a tener un bebé. La cuestión era si debía contárselo. No quería una lucha por la custodia y, además, ¿qué opciones tendría frente a un príncipe heredero? Peor aún, ¿y si él no quería formar parte de la vida de su hijo?

Ella había crecido con esa herida.

Se incorporó en la bañera, alterada. Pensar así hacía que todo cobrara forma, que el bebé dejara de ser una sospecha y se volviera tangible. Y no podía permitirse esa claridad en aquel lugar.

Se secó con rapidez, se reprochó haber lavado la ropa interior y se puso el camisón de muselina. Tomó un chal de la cama y salió.

Rafiq, vestido con una túnica plateada y la barba bien recortada, tenía todo el aspecto del príncipe heredero que era.

—Tenía razón —dijo cuando ella se sentó frente a él—. Estás preciosa con cualquier cosa que te pongas.

—Gracias.

—Solo diré esto y lo dejaré ahí. Tu camisón es transparente cuando estás de pie —añadió él.

—Gracias por decírmelo.

—De nada.

El *mezze* se sirvió en una fuente de cobre y cerámica, y Rafiq le fue explicando cada manjar. Ella se sirvió *baba ganoush* con semillas

de granada y un *dolma*. Luego detuvo la mano sobre un pequeño pastelito.

—*Fateyah* —explicó Rafiq—. Relleno de *labneh*.

—¿Qué es eso?

—Un queso muy cremoso.

Liliana se alarmó. ¿Las embarazadas podían comer queso? Entonces, retiró la mano y tomó otro dolma.

Al principio ella evitó mirarlo a los ojos.

Sin embargo, incluso en aquella conversación contenida, Rafiq percibía más verdad que en cualquier banquete oficial. Hubo sonrisas breves, miradas que se sostenían un segundo más de lo debido. Cuando le sirvió el plato principal, codorniz a la parrilla con azafrán, Liliana le dedicó un gesto de gratitud.

—Creo que te he ofendido —le dijo él mientras le llenaba la copa.

—Sí. Actúas como si pudiéramos retomar lo nuestro, pero me ofreces menos de lo que me diste aquella noche. Y te pesa haberme contado lo que me contaste.

—Aquella noche fue una excepción. No era el príncipe heredero. Cruzamos una línea. Éramos desconocidos.

—No lo éramos. Te dije que no sabía esconderme cuando estaba contigo. ¿Cómo puede eso ser anonimato?

—Fue un lío de una noche. —La miró sin apartar la vista—. Llevaba una máscara.

Liliana sabía que no había sido solo eso.

—¿También les hablas a tus líos de la traición de Khalid?

—¡Basta!

—No. —Se inclinó hacia él y el chal se deslizó de sus hombros—. ¿A cada una le cuentas una parte distinta? Si nos reuniéramos todas, ¿podríamos reconstruir tu historia?

Él sostuvo su mirada cargada de rabia, la boca tensa, sin admitir nada.

—Liliana, quizá con el tiempo yo podría…

—No tenemos tiempo, Rafiq —lo interrumpió ella—. Tengo que volver al trabajo.

Liliana agarró su copa y dio un sorbo.

—Vale, quizá fui insensible con lo de Khalid —reconoció—, pero ¿por qué le debes tanto a Yara? Su tío te mantuvo prisionero, su país es responsable de la muerte de tu hermano. Tienes motivos de sobra para rechazar este matrimonio. —Lágrimas de ira le corrían por las mejillas—. Solo puedo suponer que la amas de verdad y que me estás mintiendo.

—No. Yara tiene su vida y una carrera. No quiero estar atado a nadie, y políticamente tiene sentido.

—Políticamente… —repitió ella y soltó un bufido de desprecio.

—Es importante. Tú tienes una visión romántica del matrimonio, cuando en realidad es más bien una transacción. Por eso las leyes permiten tener amantes. Protegen a la esposa. Y nos metimos en problemas porque nos vieron juntos en público dos veces.

—Entonces, no podrían vernos juntos nunca. —Esbozó una sonrisa carente de alegría—. ¿O me harías pasar por una de tus empleadas?

—Nunca nos verían juntos.

Vaya…

—Te ofrezco todo excepto ser reina algún día.

—No. Me ofreces una vida en la que siempre seré la segunda, en la que tendré que verte con tu elegida. No quieres amor. Ni de Yara, ni de mí, ni de nadie.

—Correcto. No lo quiero.

—Entonces, no quiero tener esta conversación. Mañana debería volar a casa.

—¡Liliana! Podemos hablarlo.

—No. —Se dirigió a su habitación, pero él la siguió—. No quiero las migajas que me ofreces, y no te quiero a ti.

—Mentirosa. —La sujetó por el hombro—. Sí me quieres.

Intentó girarla hacia él, pero Liliana se resistió; sabía que, si lo hacía, acabaría besándola.

—Cuidaré de ti. Haré más que eso.

Sus manos descendieron por sus costillas hasta las caderas. Ella siguió oponiendo resistencia, aunque no a su contacto. Sentía la pasión sin filtros entre los dos. Sabía que bastaría un instante para que el camisón cayera al suelo y aquellas manos expertas

recorrieran su cuerpo. Lo sabía porque lo deseaba con una intensidad que la desbordaba.

Rafiq había despertado en ella ese fuego y no encontraba la forma de sofocarlo. En vez de apartarse y huir, se apretó contra la dureza de su cuerpo.

—Eres atrevida —dijo él, besándole el cuello.

—Tú me has hecho atrevida.

Él volvió a intentar girarla, pero Liliana seguía resistiéndose. No quería arriesgarse a que notara en su cuerpo lo que ni siquiera ella estaba lista para asumir.

Se arrodilló ante él, dándole la espalda. Sintió cómo le alzaba el camisón y oyó su respiración cambiar al descubrirla desnuda. La ropa interior seguía tendida en la zona de lavado, pero ya no importaba. Solo existía el impulso que la empujaba hacia él, la exploración lenta de sus manos, el sonido del cinturón, el roce de la tela al apartarse. Sus dedos comprobaron que estaba húmeda; la palma cálida se posó sobre su vientre bajo.

A ambos se les cruzó la idea de prescindir de cualquier protección.

Liliana pensó que ya nada podía alterar lo que estaba en marcha. Rafiq sintió lo mismo: allí, en mitad del desierto, sin testigos, las consecuencias parecían lejanas. La penetró sin barreras y se dejó llevar por la sensación nueva, por el movimiento repetido que los unía. En ese instante creyó que la poseía por completo.

Ella notó la firmeza de sus manos guiándola. Él se inclinó sobre su espalda, le subió el camisón hasta el cuello y dejó la mano en la base de su columna. Supo que la observaba, que registraba cada reacción.

Se inclinó más hacia delante, apoyando la frente en los brazos. La tensión se mezcló con un abandono que no supo explicar mientras él marcaba el ritmo. El impulso creció, se precipitó, y el grito de Rafiq la atravesó. Cerró los ojos cuando el placer la alcanzó y la dejó sin fuerzas.

—Liliana… —murmuró mientras se apartaba—. Déjame ocuparme de ti.

Ella permaneció inmóvil unos segundos, avergonzada. Cuando él intentó quitarle el camisón para llevarla a la cama, se lo bajó con

rapidez y se apartó para recomponerse.

Al mirarse en el espejo, notó que su mirada era distinta. Tenía las mejillas encendidas, los labios hinchados. Estaba a punto de cruzar una línea que siempre se había prometido no traspasar.

Él la había alterado por completo.

¿Cómo podía plantearse quedarse después de oírlo decir que no quería amor? Que el hombre de aquella noche había sido una máscara, que quizá la persona de la que creyó enamorarse ni siquiera existía.

Aun así, se refrescó el rostro, se cubrió con un chal y, en vez de rodear la estancia, apartó los velos de su habitación.

Rafiq descansaba sobre las pieles, apoyado en un brazo. La observó con una expresión satisfecha.

—Ven.

Ella se acercó y se tumbó junto a él sin quitarse el chal.

—Hace calor para taparse —comentó Rafiq, señalando el fuego.

Liliana negó con la cabeza y se cubrió más. Él creyó entender el motivo.

—Sé que no usamos nada. Si hay consecuencias, me ocuparé de ambos.

Liliana cerró los ojos. Aquella conversación llegaba tarde, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Qué ocurriría? ¿Tu pueblo me odiaría? ¿Yara…?

—Shh. Yo te protegería. A las dos. Muchos ya suponen que tengo hijos.

—Entonces no contaría.

—Claro que contaría —afirmó él—. Aunque no de forma oficial.

—Claro —asintió ella.

—Liliana —añadió Rafiq cuando los ojos de ella se llenaron de lágrimas—. Seguro que lo entiendes, ¿verdad?

Odiaba verla llorar.

Capítulo 10

A Rafiq le gustaba tener a Liliana en su cama, sentirla entre sus brazos, la suavidad de su piel. Lo que no soportaba eran las lágrimas que caían sobre su pecho, aunque ella intentara esconderlas.

Se sentía invadido por esa lucidez que siempre lo asaltaba después del sexo, una energía parecida a la que lo recorría tras una carrera.

—Eso no debería haber pasado —susurró ella.

Él dejó escapar una risa baja.

—Pues pasó. —Se inclinó y apartó la mano que ella tenía sobre el vientre—. Y si no quieres que vuelva a pasar, tendrás que detenerme.

—Quería que resolviéramos las cosas antes de acostarnos.

—Se pueden resolver —afirmó él, con una convicción que no estaba seguro de sentir.

¿Cómo hablarle de Yara sin traicionarla? Pero la amenaza de que Liliana se marchara aún le pesaba.

¿Y si prometía mostrarse más abierto, ser el hombre que ella había conocido aquella noche?

Quería tenerla en su vida y en su cama.

Y, antes de que pudiera echarse atrás, decidió hablar:

—Khalid les dijo cómo capturarme.

La mano de Liliana, que en ese momento trazaba círculos sobre el vello del abdomen de Rafiq, se detuvo. Contuvo el aliento, como si el menor ruido pudiera romper lo que él estaba dispuesto a contar.

—Hay un túnel bajo mi casa de Belgravia. Solo tres personas conocían su existencia: mi padre, Khalid y yo.

—¿Nadie más?

—Mi padre insistía en que quizá los rebeldes me habían seguido, pero ambos sabemos que no es así.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijeron mis captores. Al principio pensé que mentían, pero los detalles que dieron… —Sacudió la cabeza—. Mi padre sabe que es verdad, porque no podemos hablar de ello. Le mata que Khalid hiciera eso. —Cerró los ojos—. Solo llevaba unos días capturado cuando se derrumbó.

—Pobre hombre.

Rafiq abrió mucho los ojos ante esa respuesta.

—¿No crees que tú habrías hecho lo mismo? Puede que lo chantajearan, que amenazaran a su esposa.

—Es posible. Solo Dios sabe por lo que pasó.

—Ni aunque me hubieran arrastrado con caballos salvajes me lo habrían sacado. No era solo un hermano: era el príncipe heredero. Su muerte podría haber acabado con el linaje.

—¿Y cómo conseguiste escapar?

Él negó con la cabeza. ¿No era suficiente revelación ya?

Pero la noche estaba en calma, el ambiente era propicio para las confidencias, y él quería que ella se quedara.

—Balach —continuó Rafiq—. Era un guardia nocturno que solo venía cada dos semanas.

Le explicó cómo había estudiado a todos los guardias para descubrir cuál podía ceder primero. Le habló de la comida de Balach, de su esposa embarazada. No sonaba como una confesión desgarrada; era una revelación pausada. Con cada detalle oscuro que salía a la luz, sentía que el peso disminuía.

El bebé necesitaba una operación, y Rafiq se ofreció a pagarla.

—¿Aceptó? —preguntó Liliana, pendiente de la suerte de ese niño.

—No. Dijo que era un riesgo demasiado grande. Había muchos guardias y un control en el puente donde revisaban documentos y abrían los maleteros.

—¿Qué hiciste?

—Esperé, pero cada día estaba más débil. Llegaría el momento en que no podría caminar, y se lo dije. Aquella noche me dio su comida y hablamos. Logré convencerlo.

—¿Cómo?

—Le dije que era la mejor oportunidad para su bebé. Le prometí una nueva vida. —La voz se le quebró y ella no se atrevió a levantar la vista.

Quería saber qué había pasado para poder respirar aliviada. Pero también le daba miedo preguntar.

—Siguió diciendo que no, pero luego empezó a trazar un plan. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Había dos guardias en el perímetro y uno en la entrada principal del túnel. Los guardias cambiaban de turno justo después del amanecer. El bebé de Balach también se estaba debilitando, así que acordamos que la siguiente vez que él me vigilara nos iríamos.

Rafiq recordó las dos semanas hasta que Balach volvió: su cuerpo debilitándose, la preocupación de que hubiera revelado sus planes.

—Entonces llegó y era el momento. El guardia dormía. Cruzamos el perímetro y su esposa estaba allí con el coche. Y su bebé.

—Debía de estar aterrorizada.

—No, se mantuvo estoica. Me dijo que me metiera en el maletero; todos sabíamos que, si lo inspeccionaban, estaríamos muertos.

—¿Os detuvieron?

—Había una frontera. —Se quedó en silencio unos segundos—. Oí a los guardias pedir los papeles. El plan era que, si le pedían abrir el maletero, siguiera conduciendo sin parar.

—¿Estabas aterrorizado?

—Estaba demasiado débil para eso. Solo… —cerró los ojos— me sentía culpable. Confiaban en mí y tenían un bebé. Le había dicho que funcionaría y, como soy el príncipe heredero, él creyó en mí. La cuestión es que lo estaba utilizando.

Ella permaneció muy quieta, escuchando los rápidos latidos de su corazón.

—¿Qué pasó? —se atrevió a preguntar.

—Los guardias apenas miraron los documentos. Nos dejaron pasar. Esperé los disparos, pero el coche siguió avanzando. Alcanzamos un refugio seguro.

Debería haber sonado a final feliz, pero su voz carecía de emoción.

—¿Y el bebé?

—Operaron a la niña una semana después, en Londres.

—¿La ves alguna vez?

—No. Tienen otra vida. Los expuse a un peligro enorme.

—Salvaste a su hija.

—Tal vez, pero fue cuestión de azar. Lo llevé hasta el límite. Sabía cuál era su punto vulnerable: el amor por su esposa y por su hija.

Liliana se incorporó.

—El amor no era una debilidad. Era lo que le daba fuerza. Lo que los hizo arriesgarse.

Era una forma distinta de mirarlo. Nunca lo había considerado así. Le dolía admitirlo, y aun así esa idea lo había visitado más de una vez.

Entonces ella le rodeó el cuello con una mano y él sintió la suavidad de sus labios.

Y ya no hubo más pensamientos.

Capítulo 11

Liliana no se arrepentía de haberse acostado con Rafiq, ni de la intimidad compartida esa noche.

Lo complació con la boca, guiada por él sin prisas, y después se quedó a su lado, envuelta en sus brazos. Cuando notó que el sueño empezaba a vencerlo, susurró:

—¿Y si estoy embarazada?

—No te ocurrirá nada —respondió él, dándole una palmada en el brazo.

—¿Y si lo estoy?

—Estarás bien. Cuidaré de ti.

—Pero… si un beso junto al lago causó tanto revuelo…

—Fue un gesto a la vista de todos. Muchos ya deben de pensar que tengo hijos. No te inquietes.

Ella sabía que jamás ocuparía el primer lugar. Ni ella ni su hijo.

Las decisiones que había tomado seguían firmes. Al día siguiente regresaría a casa. No podía quedarse allí, atrapada en un mundo donde pasarían los días entre caricias y dulces, con el vientre creciendo y la realidad al acecho.

—¿Qué? —preguntó él al verla pensativa.

—Nada…

No podía vivir escondida, ni su hijo tampoco.

Ya lo había decidido: le hablaría del bebé cuando estuviera en Inglaterra.

Rafiq fue el primero en despertarse, aunque permaneció tumbado unos instantes. Por una vez, su mente estaba en calma, y sabía que era porque ella descansaba a su lado.

Pero aquella serenidad no duraría. No podía explicarle el pacto que tenía con Yara. Liliana era demasiado perspicaz y no paraba de preguntarle por qué él se sentía en deuda. El secreto de Yara lo mantenía atado.

Pensó en los interminables días de cautiverio, cuando revelar los secretos de su país podría haberle dado la libertad. Nunca, ni siquiera entonces, había vacilado.

Se volvió para mirar a Liliana dormida. Contempló el suave ascenso y descenso de su pecho.

Ella empezó a despertarse y dejó escapar un leve gemido al estirarse.

La sábana se deslizó, y él notó los cambios en su cuerpo: una plenitud nueva en sus pechos, las areolas de un rosa más intenso, los pezones hinchados, y no por sus caricias. Bajó la mirada hasta el vientre descubierto y exhaló con alivio al no ver ninguna curva evidente.

¿O acaso sí?

Observó los delicados rizos y la piel clara de su abdomen, y estuvo a punto de despertarla.

«¿Está embarazada?».

La pregunta era inevitable. Recordó aquella noche y los preservativos de marca desconocida. Y no había sido solo una vez; habían hecho el amor repetidas veces, y tal vez él no había sido tan cuidadoso como de costumbre.

Con Liliana había bajado la guardia.

Un escalofrío de inquietud le recorrió el cuerpo ante la idea de tener un hijo, uno real, una vida que dependería de él y a la que tendría que amar y proteger.

—Hola —le dijo cuando ella abrió por fin los ojos, aún adormilada, y observó cómo, con excesiva rapidez, se cubría con la sábana, como una novia tímida en su primera noche.

Entonces recordó las preguntas que ella le había hecho en la oscuridad.

Liliana lo sabía.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Rafiq.

—Muy bien. —Liliana sonrió, pero la sonrisa se desvaneció al recordar la decisión que había tomado.

—Rafiq… Quiero irme a casa.

Era lo último que él esperaba oír. Se había preparado para que le hablara de un bebé.

—No creo que sea una buena idea. Tenemos muchas cosas que resolver.

—No —contestó ella, incorporándose—. Tú tienes mucho que resolver. Tú… y Yara. Y hasta que eso se resuelva…

—Puedes contármelo. —Le acarició la espalda con suavidad—. Por favor.

—Tengo que irme, porque cada día, cada noche que me quedo, me convierto más en tu amante.

—No pueden obligarme a casarme.

—Pero eso no es una solución. Sería una gran ofensa que te casaras conmigo. ¿No es así?

—Correcto.

—Y entonces me recluirían.

—El padre de Yara está muy enfermo —dijo, bajando la voz—. No puedes contárselo a nadie. Esa es la razón por la que ella estaba en Londres. Quizás dentro de un par de años sea más fácil para nosotros.

—¿Cuando su padre haya muerto? ¿Tengo que esperar a que un hombre muera para que podamos estar juntos? —Negó con la cabeza—. Casados o no, Yara y tú compartís algo. Nunca seré tu amante. Me niego.

—No me acuesto con Yara.

—Creo que mi padre solía decirle lo mismo a mi madre —contestó Liliana—. Rafiq, me prometiste que podría marcharme en cualquier momento.

—Es cierto —admitió él a regañadientes—. Está bien. Organizaré los preparativos.

Él era un hombre de palabra de verdad, porque poco después entró en el salón donde ella esperaba vestida con la ropa con la que

había llegado.

—El avión está listo y el helicóptero te llevará al aeropuerto en una hora.

—¿No vas a venir a despedirme?

—Sabes que no puedo —respondió él, sentándose a su lado—. Liliana, creo que marcharte es una muy mala idea. Aquí podemos hablar tranquilos y sin interrupciones.

—Y acostarnos juntos… —añadió ella—. Pero yo no tengo un corazón de hierro como tú. Cada vez que nos acostamos…

Liliana se quedó en silencio. Tenía miedo de revelarle su secreto y la profundidad de sus sentimientos hacia él.

—Si me quedo aquí, voy a romper una promesa que me hice a mí misma. No me lo pongas difícil. Por favor.

Aquella despedida fue la más difícil.

Sentía como si se ahogara intentando no llorar, y aunque él no quería que se fuera, no parecía enfadado. Cuando llegó el helicóptero, la abrazó durante un buen rato.

—No eres molesta —le dijo—. Eres adorable.

—Gracias —contestó ella entre sollozos y risas, aferrándose a él en un último abrazo—. Pero necesito más.

—Llámame cuando quieras. Para lo que sea. No hay nada que no puedas contarme.

—Ojalá tú sintieras lo mismo.

Tuvo que separarse de sus brazos y luchar contra el impulso de quedarse. Muy pronto se encontró en el helicóptero, dividida por la indecisión.

Había estado tan cerca de contarle lo del bebé…

Tan cerca.

Rafiq no salió a ver el helicóptero, y no solo por discreción. Era incapaz de verla partir.

La presión en su pecho era insoportable. Se dejó caer sobre el cojín, a la entrada del serrallo, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre las manos.

¿Cómo podía permitir que se marchara? Pero, al mismo tiempo, ¿con qué derecho podía pedirle que se quedara?

Se sentía tan desolado como el día en que le comunicaron la muerte de Khalid, como si una parte de su alma se hubiera desprendido para siempre.

Y todo era por Liliana.

Ni siquiera se atrevía a asimilar la posibilidad de un bebé. De haber sido así, ella se lo habría dicho… ¿no? Seguro que lo sabría. Seguro que sí.

—¿Señor? —lo llamó Salar desde la puerta del salón.

Rafiq alzó la cabeza, aturdido.

—¿Qué ocurre?

—La princesa Yara ha reservado una sala VIP en el aeropuerto.

—¿Para quién?

Oh, Dios, no era de extrañar que Salar pareciera incómodo. ¿Quién querría que las mujeres de su vida se reunieran para hablar?

Pero peor era la idea de que Liliana se encontrara frente a Yara.

No porque él tuviera algo que ocultar. Al contrario, casi deseaba que su amiga lo revelara todo. Lo que temía era la reacción de Liliana cuando abriera la puerta y se encontrara a Yara esperándola.

—Prepara un helicóptero —ordenó Rafiq con brusquedad—. Ahora mismo.

Capítulo 12

El helicóptero aterrizó y Liliana fue llevada a un edificio en la pista.

En el mundo de Rafiq no había colas en la aduana. Todo se hacía de forma rápida y discreta.

No llevaba equipaje y, con la falda demasiado ajustada, la blusa de su madre y aquellos espantosos zapatos de cuña, debía de tener un aspecto lamentable. Aun así, la azafata se mostró impecable en el trato.

—El avión está repostando. Tardará alrededor de una hora.

—Gracias.

—Volveré cuando el capitán esté listo —añadió la azafata.

Abrió una puerta sin cruzar el umbral y, con un gesto, le indicó que entrara.

Entonces Liliana entendió por qué la azafata no podía pasar.

Una mujer estaba de pie frente a la ventana. Al oírla, se volvió y dibujó una sonrisa tensa.

—Por favor, cierre la puerta —pidió.

—Princesa Yara —respondió la azafata con una leve inclinación de cabeza antes de obedecer.

Yara era deslumbrante. Vestía terciopelo verde sauce y su larga cabellera negra caía en rizos perfectos sobre los hombros. Resultaba imponente, incluso más que cuando Liliana había abierto la puerta a la esposa de su padre. Solo entonces advirtió que no estaban solas: a un lado, otra mujer permanecía arrodillada sobre un cojín, con la cabeza inclinada.

—Princesa Yara, quiero disculparme… Si hubiera sabido que Rafiq y usted… Quiero decir, el príncipe Rafiq… —balbuceó.

Parecía imposible terminar la frase, pero Yara asintió con suavidad, como si comprendiera lo difícil que resultaba aquella

conversación.

—¿Nos sentamos?

Liliana tomó asiento agradecida por el momento para recomponerse.

—Es una situación delicada —comenzó Yara, aunque hizo una pausa tan larga que Liliana no sabía si era una invitación a hablar.

Y no pudo soportar el silencio.

—Lo siento mucho, me quedé horrorizada cuando descubrí…

—Por favor. —Yara levantó la mano—. No estoy aquí para que me pidas perdón. ¿Qué te ha contado Rafiq?

—No me ha hablado de ti; esa es la cuestión.

—Me refiero a lo que te ha contado desde entonces.

Liliana miró a la doncella, sin saber cuánto podía decir.

—Puedes hablar libremente delante de Jasmine.

—Que hay presión por parte de vuestras familias.

—Sí, eso es cierto. —Hizo otra larga pausa—. ¿Te dijo Rafiq que soy botánica?

—No.

—Por supuesto que no… Paso horas dibujando. Tengo que viajar mucho para poder observar mi querida orquídea velada. ¿Te imaginas hablando de flores con Rafiq?

—En realidad, sí —contestó Liliana—. Si las flores fueran mi pasión, podría imaginármelo.

Yara cerró los ojos. Era evidente que aquello no iba bien.

Se hizo otro silencio demasiado largo que Liliana decidió romper.

—No seré su amante. Ya se lo he dicho a Rafiq.

—Al príncipe Rafiq —corrigió Yara.

Liliana miró al suelo, angustiada por la situación.

—Ni el príncipe Rafiq ni yo queremos este matrimonio —añadió Yara—. La razón por la que estuve en Londres fue para decirle que mi familia me estaba presionando más. Le pedí que creara un escándalo.

Liliana levantó la vista. También lo hizo la doncella, como sorprendida.

—Yo lo planeé. Quería una excusa para retrasar el matrimonio. Así que, como ves, Rafiq no hizo nada malo.

—¿En serio? —respondió Liliana con sarcasmo, porque descubrir que había sido utilizada fue la gota que colmó el vaso.

—Solo quería aclarar las cosas. Rafiq es un hombre honorable. No me estaba engañando. No hay razón para que ninguna de las dos estemos enfadadas.

Liliana no tenía nada más que decir y, desde luego, no iba a llorar allí.

—Me alegro de haber aclarado las cosas —dijo Yara con voz algo temblorosa. Se levantó, dando por terminada la extraña reunión, y por un momento pareció que fuera a desmayarse, pero la doncella la ayudó a salir.

Liliana estaba demasiado atónita para levantarse, pero giró la cabeza cuando se marcharon y vio que la doncella tocaba la espalda de Yara de manera afectuosa. En ese instante, supo que las dos mujeres eran amantes.

Era el mismo contacto que ella había tenido con Rafiq aquella primera noche, cuando descubrió sus cicatrices. Ese roce leve, ese instante de apoyo, de reconocer el dolor de la persona a la que amas.

Sí, amor.

Y entonces aceptó lo que llevaba horas negando: amaba a Rafiq. Por eso podía pasar un día entero hablando con él de caballos rosas sin cansarse. Lo amaba tanto como lo había amado aquella noche. Como Yara amaba a su doncella.

Y, sin embargo, la habían usado desde el principio.

El descubrimiento le revolvió el estómago. Todo había parecido tan auténtico aquella noche. Pero no lo había sido. Rafiq había creado un personaje. Le había sonreído mirándola a los ojos mientras se besaban ante la cámara.

Se sentía enfadada y utilizada.

Y cuando esos sentimientos persistieron, cuando se sentó en la zona de embarque sin saber si irse o quedarse, la puerta se abrió y el bastardo más grande y guapo del mundo, y padre de su bebé, apareció.

—Liliana, vine tan pronto como me enteré. No tenía ni idea de que ella iba a hacer esto.

Se había encontrado con Yara al salir, la había visto llorar, y por un momento había estado seguro de que le había contado la verdad.

—Yara…

—Tenía que saber por mí misma que tú no se lo habías contado —le había dicho ella.

—No se lo he dicho.

—Vine aquí para hacerlo, quería hacerlo por ti, pero no pude, Rafiq. Lo siento. Le dije que eres un hombre honorable. —Yara no paraba de sollozar—. Pero no pude decirle…

—No pasa nada.

Estaban de pie en la pista y uno de los empleados señaló la puerta detrás de la cual estaba Liliana.

Entonces entró y ella levantó la vista, con el rostro pálido como la porcelana y los ojos ardientes de ira.

—¡Me has utilizado! —lo acusó levantándose y caminando hacia él —. Me has utilizado —repitió, señalándolo con el dedo.

—¿De qué estás hablando?

—Yara quería un escándalo y tú lo fabricaste.

—¡No! No te utilicé ni por un segundo. Le dije que no a Yara cuando me pidió el escándalo.

—Mentiroso. Ella haría cualquier cosa para evitar que se supiera lo suyo con…

—Shh —advirtió él, tapándole la boca y empujándola contra la pared.

Liliana asintió con los ojos muy abiertos, dándose cuenta de que había alzado demasiado la voz.

—Habla en voz baja. —Le quitó la mano, pero el rostro permaneció tan cerca que ella podía sentir su respiración—. ¿Yara te lo ha contado? Me acaba de decir que no se atrevía a hacerlo.

—No hizo falta. Lo descubrí por mí misma…

—De acuerdo.

—Yara estaba molesta. Jasmine se acercó a ella y… lo supe sin más. Las mujeres sabemos esas cosas. Tú no lo reconocerías ni aunque lo tuvieras delante de las narices.

—Entonces, ¿por qué estás tan enfadada?

—¡Porque los dos me utilizasteis como un peón!

—No es cierto —contestó él—. ¿Y no ves que sería terrible para Yara que esto se supiera?

—Ah, pero ¿está bien que se divulgue lo mío? —Comenzó a llorar, a pesar de sus esfuerzos por contenerse—. Me utilizaste, y no puedo soportar haberte dejado hacerlo.

—No te he utilizado. Liliana, tú sabes lo que pasó esa noche.

—Ya no sé nada. Deberías habérmelo dicho.

—Madura. Sabes muy bien que no podía revelar ese secreto. Le di mi palabra.

Liliana contuvo el aliento. Cuando lo pensó, supo que era cierto. De hecho, estaba orgullosa de que fuera un hombre de palabra.

—Nunca te mentí. Así que retira lo que has dicho.

Ella era demasiado orgullosa para hacerlo.

—Fue una mentira por omisión.

—¿En serio? —preguntó Rafiq, con una sonrisa de incredulidad—. Hablemos de mentiras por omisión. ¿Hay algo que no me hayas contado, Liliana?

Ella parpadeó, confundida. Podía sentir el rugido del pulso en los oídos y deseó poder salir corriendo.

—Estás embarazada —afirmó Rafiq.

—Yo… no estoy segura… Hay una posibilidad —admitió ella.

—Mentirosa. Lo sabes muy bien. Esa es la verdadera razón por la que te escapaste del baile. No te asustaba que yo fuera de la realeza… No querías decírmelo. —Su sonrisa era pura maldad—. Y yo preguntándome por qué de repente te pusiste tan tímida anoche, por qué te cubrías cuando acabábamos de…

Se detuvo y ella pudo sentir su respiración entrecortada en la mejilla. La ira se había convertido en pasión, porque la energía entre ellos había cambiado, y la sonrisa de él era diferente, suave y sensual. Y lo estaba haciendo bastante bien, porque ella quería besar aquella boca, aferrarse a él, pero el bebé era demasiado importante para perder la cabeza.

Necesitaba mantenerla fría, y eso era imposible cuando él estaba cerca. Se imaginaba a sí misma en aquella tierra, rodeada de niños,

con Rafiq y Yara embarcados en visitas reales.

—Quédate —pidió él—. Volveremos al desierto, haremos una prueba.

Lo más difícil que había hecho nunca fue girar la cabeza y rechazarlo.

—Ya tengo una prueba en mi bolso.

—¿Y no te la has hecho? —preguntó él, separándose de golpe.

—Quería esperar a…

—¿No es mejor que lo averigüemos juntos? —Frunció el ceño—. Liliana, no me niegues esto.

Ella asintió y se dirigió a los baños privados.

Hizo la prueba y se sentó frente al espejo. Su reflejo tenía el color de la cera y recordó las palabras que él acababa de pronunciar: «No me niegues esto».

Él estaría a su lado. Compartiría cada paso. La atraería hacia su pecho hasta que el vínculo fuera imposible de romper… y, llegado el momento, se apartaría. Cuando el deber lo exigiera. Cuando apareciera una esposa adecuada. Cuando los hijos legítimos reclamaran su lugar.

Bajó la vista hacia el indicador.

La respuesta era la que temía. La verdad que había intentado no mirar de frente.

Cuando Liliana salió, Rafiq estaba allí esperándola.

—Sí —dijo al fin—. Estoy embarazada.

—Vaya…

Le tomó el test de la mano y observó la pequeña cruz rosa. Una mezcla de miedo le atravesó el pecho. Miedo… y la certeza de que el juego había terminado.

Ya pensaría después en lo que aquello significaba. En ese instante solo importaba Liliana, que estaba blanca como el papel.

—Todo va a salir bien —le dijo rodeándola con los brazos.

Durante un segundo, ella se dejó sostener. Aspiró su olor, apoyó la frente en su pecho y sintió que podría quedarse así para siempre.

Con Rafiq a su lado, diciéndole cómo debían hacerse las cosas.

«No».

Alzó la cabeza y dio un paso atrás.

—Quiero irme a casa.

—Liliana… —Casi soltó una risa incrédula—. Acabo de saber que estás esperando un hijo mío.

—Hablo en serio. Siempre dijiste que podía marcharme cuando quisiera.

—Está bien —aceptó él, soltándola con un gesto tenso—. Iré a verte en unos días.

Era tan arrogante, pensó Liliana. Seguro que pensaba que en unos días ella regresaría corriendo a sus brazos.

Lo más aterrador de todo era que tal vez tuviera razón. Pero entonces pensó en su madre, esperando una llamada, obedeciendo las órdenes de su amante.

—No me conoces en absoluto, ¿verdad? No quiero verte la próxima vez que vengas a Londres.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Solo eso. —Temblaba por dentro, pero se obligó a mantener la voz firme—. Será más fácil para mí si no nos vemos hasta que nazca el bebé.

—Estás siendo absurda. Hay muchas cosas que resolver.

—Podemos resolverlo por teléfono. Nunca te impediré que veas a tu hijo. —Entonces, él entrecerró los ojos y ella vio un destello del guerrero al que se enfrentaba, pero se negó a ceder—. Nunca seré tu amante, Rafiq.

—Pero ahora sabes lo de Yara. Sabes por qué no podemos estar juntos todavía…

—«Todavía». Creo que tu idea de «todavía» puede durar bastante tiempo. Los próximos cuarenta años… Creo que en realidad te gustan esas malditas leyes, Rafiq. Te gusta obedecerlas… o moldearlas a tu antojo. Sobre todo cuando respaldan tu corazón de hielo.

—No es de hielo cuando estoy contigo.

—¿Y eso cada cuánto sería? —lo retó. Al ver que no contestaba, comprendió que nada había cambiado—. ¿Dos veces por semana? ¿Cuando logres dejar tus obligaciones a un lado sin que nadie lo note? —Se obligó a no derrumbarse—. ¿Puedes acompañarme al avión?

Él guardó silencio.

—Eso pensaba. —Su voz sonó serena, casi distante. Tomó el bolso y añadió—: A menos que seas libre de verdad, no quiero verte.

—Cuidado con lo que pides, Liliana. Como has dicho, yo cumplo las reglas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que si dices que no quieres verme, no me verás.

—Perfecto.

—Llamaré para saber cómo está el bebé.

No hubo abrazo. Tampoco un beso de despedida.

Y, aunque Liliana no derramó ni una lágrima, fue la despedida más dura de su vida.

Capítulo 13

Rafiq nunca podría ser libre del todo.

Aunque no estaba prometido de manera oficial, se había llegado a un acuerdo entre un príncipe, una princesa y dos reyes.

A los veintiún años le resultó sencillo renunciar a cualquier aspiración personal. Vio la situación de Yara, comprendió lo que estaba en juego y apartó el corazón sin pensar en el futuro. A los treinta y cinco, en cambio, necesitaba encontrar una salida que no pusiera en peligro a Yara ni desatara un escándalo entre coronas.

Y no la encontraba.

Se había encerrado casi por completo. Pasaba horas revisando leyes antiguas, cláusulas olvidadas, precedentes que pudieran ofrecer una grieta legal. Otras veces se quedaba con la mirada perdida, recordando el test de embarazo que confirmaba que iba a ser padre.

El pánico inicial había quedado atrás.

En ese momento lo atormentaba otra clase de miedo: todo lo que se estaba perdiendo. Cada momento que Liliana afrontaba sola. Sabía con exactitud cuánto tiempo había pasado. Dieciséis semanas y cuatro días. Llevaba la cuenta como si fuera un registro oficial. Y cada jornada sin una solución era un día que no recuperaría.

Ya era tarde cuando el rey entró en la estancia en la que Rafiq se encontraba. No debió de advertir su presencia, porque se detuvo en seco y dio media vuelta con brusquedad al descubrirlo allí.

—Me voy. No quiero molestarte.

—No pasa nada.

—No, no, sigue buscando tu salida…

Rafiq soltó una risa sin alegría y volvió a buscar en un pergamino.

—No te obligaré —dijo de repente el rey—. Y no solo porque sé que no puedo, sino porque, además, no te lo mereces.

—Gracias —respondió Rafiq con una leve inclinación de cabeza. Sabía cuánto le había costado a su padre pronunciar esas palabras.

El silencio se alargó. Ninguno era capaz de sostener la mirada del otro. Rafiq comprendió que no podían seguir así.

—Ahora entiendo a Khalid —dijo cuando su padre se volvió hacia la puerta—. Creí que me había traicionado. No lograba aceptar que hubiera revelado lo del túnel sabiendo que eso acabaría con mi captura.

—No sabemos si lo hizo —intentó replicar el rey, pero la voz se le quebró.

Guardó silencio un instante antes de continuar.

—Me avergoncé de él —confesó—. De que te fallara a ti…, de que fallara a su país.

—No. No pienses eso —lo interrumpió Rafiq—. El arrogante era yo. Creía que nada habría podido obligarme a hablar. —Cerró los ojos. Imaginó a su hermano frente a amenazas dirigidas a la mujer que amaba. Nadie sabía qué le dijeron ni qué le hicieron—. Ya no estoy tan seguro de que yo hubiera resistido. Si Liliana o mi hijo estuvieran en peligro… —Negó con la cabeza—. Me duele pensar por lo que pasó. No vuelvas a avergonzarte de él.

—No lo estoy. Al principio sí, al verte tan herido y débil. Pero no sabía cómo hablar de ello contigo —contestó su padre, y luego añadió—: Rafiq, sé que crees que no hice nada para salvarte…

—Déjalo.

—No. Hice todo lo que pude.

—Por supuesto… —dijo Rafiq, incrédulo, aunque tratando de no demostrarlo.

—¿Crees que ese holgazán se quedó dormido por casualidad, o que en el puesto de control los guardias se olvidaron de revisar el maletero? Tenía gente vigilándote, más de la que jamás llegarás a saber. Hice todo lo que pude.

Rafiq tragó saliva.

—El rey de Al-Nawar, el rey actual, también hizo todo lo que pudo. Tenía hombres sobre el terreno esperando a que hicieras tu huida

hacia la libertad, listos para ayudarte.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Se perdieron muchas cosas durante aquellos tiempos; el diálogo abierto suele ser lo primero en desaparecer.

Rafiq se puso de pie, aceptándolo en silencio.

—Estaba a punto de rendir a las tropas —admitió el rey—. Estaba en ese límite, pero entonces escapaste.

—No habrías rendido a las tropas. No lo creo.

—Porque no das cabida al amor. Sin duda no tienes en cuenta el amor que un padre siente por su hijo.

Estaba empezando a hacerlo. La idea de un bebé, el suyo y el de Liliana, a un mundo de distancia, le hacía buscar soluciones de forma frenética.

—Un padre amoroso hará cualquier cosa para proteger a su hijo.

—El padre de Liliana no —contestó Rafiq.

—Entonces, no merece que se le tenga en cuenta en este asunto. Sin embargo, el rey de Al-Nawar es un padre cariñoso.

Rafiq no estaba seguro de adónde quería llegar su padre con eso.

—¿Quieres decir que entendió por qué estabas a punto de rendir a las tropas?

—¡Rafiq! —El rey soltó una carcajada—. En realidad, nunca se lo dije. Si lo hubiera hecho, nuestros países no serían amigos ahora.

—Sé que hubiera sido mejor que hubiera muerto yo. —Rafiq no era sentimental ni buscaba que su padre lo refutara. Era tan solo un hecho—. Pero estoy haciendo todo lo posible. Y, si me retiro de este acuerdo, haré todo lo que pueda para no avergonzar a la princesa Yara ni al rey de Al-Nawar.

—Rafiq. ¿Por qué crees que hubiera preferido que fueras tú quien muriera?

—Porque Khalid nació para ser rey.

—Sí —asintió su padre—. Pero, Rafiq, tú eres un rey nato. Un líder natural. Serás como un soplo de aire fresco. —Lo miró—. A ser posible, con una esposa e hijos.

Tras decir eso, el rey se encaminó hacia la salida, dejando a su hijo con el ceño fruncido.

¿No acababa de decir que no le obligaría a casarse con Yara?

—Te dejo con tu búsqueda.

—Es inútil. Son reglas antiguas. No encajan con estos tiempos. Créeme…

—Creo en ti —lo interrumpió el rey—. Y te equivocas…, las leyes no son tan antiguas —añadió antes de irse.

Rafiq esbozó una sonrisa ante la leve corrección, pero al cruzar la mirada con su padre comprendió que había algo más en esas palabras.

Algunas cosas eran demasiado delicadas como para decirlas de forma directa.

Rafiq agarró el pergamino y retomó la búsqueda con energía renovada.

¿A qué se refería su padre?

«No son tan antiguas».

No era un reproche. Era una pista.

Llamó al escriba.

—¿Tenemos las enmiendas a las leyes de Al-Nawar? De la época en que capturaron a Khalid. O quizá de un año antes.

El escriba supuso que investigaba el secuestro, y Rafiq no lo corrigió.

Tras la caída del antiguo rey se introdujeron muchas enmiendas. Cambios pequeños, escritos con tinta más reciente. Nada parecía útil.

—Retrocedamos un par de años más —pidió Rafiq.

La luna llena iluminaba el pergamino.

Y entonces lo vio.

Una tinta más oscura. Más fresca. No tan antigua.

—Son modificaciones menores —explicó el escriba—. Casi todas sobre la comitiva real y las apariciones públicas. Aquí… —alzó la voz —. Se puede reconocer a un único amante dentro del personal.

—¿Eso procede de Al-Nawar?

—Estoy seguro de que puede aplicarse aquí también sin dificultad.

Rafiq frunció el ceño. Aquel hombre creía que buscaba la forma de encajar a Liliana en su vida oficial.

Pero Rafiq quería mucho más. Y Liliana exigiría mucho más.

—Sí —respondió al fin.

No añadió nada más. Protegió el secreto de Yara y dejó que el escriba interpretara el hallazgo como creyera conveniente.

Mientras el hombre seguía revisando el pergamino, Rafiq se quedó inmóvil.

Otra pieza acababa de encajar.

El rey de Al-Nawar no había actuado por capricho ni por simple estrategia política. Amaba a su hija. Cuando Yara tenía quince años, ya había previsto lo que podía ocurrir y había sembrado una salida entre líneas, una cláusula que algún día podría protegerla.

Rafiq lo entendió con claridad.

Y no le cabía ninguna duda.

Capítulo 14

A Liliana le costaba un mundo salir de la cama y caminar hasta el baño.

Tras unos días libres por «motivos personales», regresó al trabajo. Volver a tomar el metro fue un suplicio.

No había fotógrafos aguardando en la entrada y, tal como él había prometido, los artículos sensacionalistas habían desaparecido. En la oficina solo la recibió la sonrisa cordial de Margo, de quien había esperado un interrogatorio lleno de curiosidad.

Simon se acercó.

—Me alegra verte de vuelta, Liliana. —Le hizo un gesto de saludo con la cabeza y siguió su camino.

Era como si Rafiq nunca hubiera aparecido en aquel baile. Como si el tiempo compartido se hubiera borrado.

La rutina fue ocupando su sitio, aunque nada podía ser igual. Estaba embarazada de su hijo y enamorada de alguien que no podía tener.

De vez en cuando, él la llamaba.

—¿Liliana?

El corazón le daba un vuelco al oír su voz.

—Rafiq.

Las conversaciones eran breves y correctas, todas sobre el embarazo y su estado de salud.

—¿Qué tal la visita al médico?

—Bien. Todo está en orden. Me hicieron análisis de sangre y una ecografía. Habrá otra en la semana veintiuno. Faltan cinco semanas.

—Sé en qué semana estás —había replicado él—. No lo he olvidado.

—Claro.

Su tono fue correcto, casi distante. Ella aguardaba que mencionara la posibilidad de asistir a la siguiente ecografía, pero no lo hizo.

—¿Se mueve?

—No. Bueno, en la pantalla se veía cómo se movía, daba pequeñas patadas, pero aún no puedo sentirlo.

Al otro lado hubo silencio.

Rafiq se llevó la mano al puente de la nariz y trató de contener la emoción.

—¿Cómo está tu jefe? —preguntó al cabo de un rato, con la voz tensa.

—Está siendo muy educado. ¿Qué le dijiste? Nadie ha mencionado siquiera el baile.

Él no respondió.

—Las cosas parecen más tranquilas también entre los países. He leído que se están haciendo progresos. Te vas a reunir con el rey de Al-Nawar.

—No hablo de esos asuntos en una línea abierta.

—Por supuesto que no…

—Y, dado que prefieres no verme hasta que nazca el bebé, no puedo entrar en detalles.

—Rafiq, cuando dije eso… —Tragó saliva, diciéndose a sí misma que lo decía en serio, esforzándose por no ceder. Estaba orgullosa de él por guardar el secreto de Yara. Estaba tan tentada de dar marcha atrás…

Pero entonces pensó en su madre, sentada junto al teléfono, esperando la llamada de su amante.

—Lo decías en serio —terminó Rafiq por ella.

—Sí, pero yo miento mucho, recuérdalo.

Él no respondió al comentario.

—Tengo que irme. Llámame si necesitas algo.

—¿Quieres…? Tengo algunas fotos de la ecografía de hoy. ¿Te las envío?

—Claro —contestó justo antes de colgar.

Debería haber estado allí, sentado a su lado en la consulta. Ese momento le pertenecía también, y cada día sin él se le hacía

interminable.

Quizá había sido demasiado orgullosa, pensó Liliana mientras las lágrimas asomaban. Quizá, cuando un futuro rey te lo ofrece casi todo, conviene medir cada palabra antes de rechazar lo que pone ante ti.

Rafiq respetaría sus deseos por completo.

Sabía que ella se estaba debilitando; él también lo hacía, pero se impuso no verla hasta haber resuelto la situación.

El teléfono emitió un aviso y en la pantalla aparecieron dos imágenes en blanco y negro. La primera era fija: el perfil diminuto, la curva de la columna, las manos y los pies formados. En la segunda tocó la pantalla y el bebé cobró vida; las manitas parecían saludar, la boca se abría y se cerraba, y luego el pequeño cuerpo se impulsaba como un nadador al apartarse del borde.

Sintió que todo su futuro pendía de ese instante.

—Alteza, su vuelo está listo —anunció Salar.

—Gracias.

Cerró la imagen.

Y puso rumbo a Al-Nawar.

Oh, lo echaba tanto de menos. Pensó en lo que él le había dicho una vez: «Yo no soy tu padre». Y no lo era. Rafiq era un hombre profundo y complejo y ella estaba segura de que se habían enamorado.

Las lágrimas cayeron con más fuerza entonces, y las dejó caer acompañadas de grandes sollozos, porque debería haber tenido cuidado con lo que deseaba, ya que se había enamorado de un hombre que respetaba sus deseos. Que cumplía su palabra.

Luchó con todas sus fuerzas por no llamarlo.

Más tarde encendió las noticias y contempló toda la ceremonia que rodeaba la llegada del príncipe heredero Rafiq a Al-Nawar. La multitud lo aclamaba. El rey lo recibió con el rostro serio.

Liliana se preparó para escuchar el anuncio oficial de un compromiso entre Rafiq y Yara.

Pero eso no ocurrió.

Las cámaras los mostraron juntos en una caravana rumbo al palacio. Permanecieron dentro un par de horas. Después aparecieron en la escalinata, se dieron la mano y esa vez el rey sí sonreía.

Con un nudo en la garganta, Liliana trató de seguir con atención la traducción de lo que decían. Entendió que se habían alcanzado acuerdos, aunque no quedaba claro en qué consistían.

De repente, se quedó quieta.

No quería que la historia se repitiera. Si Rafiq afirmaba que no era como su padre, ella tampoco tenía por qué parecerse a su madre. Se sonó la nariz y se sentó en el borde de la cama.

No iba a dejar su felicidad en manos de Rafiq.

Sí, estaba llorando. Sí, se sentía frágil. Pero también se consideraba una mujer firme. Le había dicho que no. Se había negado a aceptar migajas. Y no pensaba conformarse.

Se puso en pie y se observó en el espejo. El vestido azul claro que había comprado para disimular el embarazo ya no ocultaba nada. Al girarse de perfil, el bulto de su vientre se marcaba sin disimulo.

Todo había cambiado con Rafiq. Existía una frontera invisible entre la mujer que fue y la que contemplaba en el espejo. Antes sonreía sin esfuerzo; tras él se sentía torpe, abrumada, vulnerable. Y no era así como se veía a sí misma. Le gustaban los vestidos bonitos, los zapatos llamativos, y la antigua Liliana no habría dejado telas preciosas acumuladas en la habitación libre sin hacer nada con ellas.

Tomó la cinta métrica y soltó un pequeño grito al comprobar cuánto había cambiado su cuerpo. No solo el pecho o las caderas; era ella entera. Aun así, podía salir adelante sola. El tiempo junto a él la había fortalecido.

Si había sido capaz de plantar cara a un príncipe heredero orgulloso, podría enfrentarse a lo que viniera. Y pensaba hacerlo con estilo.

Revisó las telas. Estuvo a punto de elegir una rosa, pero temió que ese color despertara lágrimas. Entonces una seda de un naranja

intenso captó su atención. La acompañó con gasa en un tono melocotón muy claro y colocó ambas capas una sobre otra.

Encajaban a la perfección.

Confeccionó un vestido sencillo con la seda y dedicó horas a trabajar la gasa hasta dejarla a su gusto. Cuando despertó al día siguiente, la prenda colgaba del armario.

Le recordó a un amanecer en el desierto, suave y dorado, aunque jamás hubiera contemplado uno. Tal vez se parecía más a una puesta de sol sobre las dunas.

Aunque, cuando tuvo ocasión de verla, estaba demasiado entregada a Rafiq para prestar atención al cielo.

En vez de llorar, dejó que el recuerdo le despertara una sonrisa.

—¡Vaya! —dijo Margo al verla llegar al trabajo con el vestido—. Estás… impresionante.

—¡Gracias!

Su amiga había estado a su lado en las últimas semanas dándole apoyo.

—¿También lo has hecho tú?

—Sí.

—¿Me puedes hacer uno?

Nunca antes ninguna compañera se lo había pedido.

—En serio —insistió Margo, agarrando la gasa y admirándola—. Aunque espero que me hagas un descuento, ya que somos amigas.

No solo le pedía que le hiciera uno, sino que pretendía pagarle por ello. Y teniendo en cuenta dónde trabajaban, era algo importante.

—Te haré un descuento —contestó Liliana, sonriendo.

—¡Un vestido de Liliana! —exclamó Margo, guiñándole un ojo.

Con algo de ayuda de Rafiq, pensó ella. Él le había hecho el regalo más extraordinario, y le dolía que pudiera mostrarse tan atento en ciertos momentos y tan lejano en otros.

La jornada resultó intensa, y empezaba a notar el cansancio tras tantas sonrisas y tanto entusiasmo. Se repetía que debía recuperar a la Liliana de antes. Con algunos cambios, claro. Había un bebé en camino y su corazón debía reconstruirse paso a paso.

Faltaba poco para las cuatro y el ánimo comenzaba a flaquear cuando Margo asomó la cabeza por encima de la pantalla.

—Tu príncipe *sexy* está a punto de dar una entrevista en directo.

—No es mi príncipe *sexy* —la corrigió Liliana, pero, por supuesto, lo buscó en todas las pantallas que había en la oficina hasta que lo encontró.

Estaba guapísimo, con un traje gris carbón oscuro y una corbata gris plomo. Margo tomó el mando a distancia principal y en cuestión de segundos Rafiq llenó todas las pantallas.

Ella no atendía a las palabras, sino al timbre de su voz y a la sombra que habitaba en sus ojos. De vez en cuando, esa mirada se volvía dura y lanzaba una advertencia silenciosa al entrevistador cuando intentaba desviar la conversación hacia asuntos personales.

—*Hace poco lo fotografiaron en Londres* —señaló el periodista.

Rafiq mantuvo esa mirada capaz de frenar un meteorito. Luego tragó saliva y asintió.

—*¿Sus actos no causaron una gran vergüenza a todas las partes?*

—*No era mi intención* —respondió él—. *Esa situación ya quedó resuelta.*

—*¿Pidió disculpas a la princesa Yara?*

—*La princesa Yara dijo que no le debo ninguna disculpa.*

—*¿Y al rey de Al-Nawar?*

Rafiq le lanzó tal mirada, que incluso Simon dio un paso atrás.

—*No lo hice* —respondió al entrevistador.

—*Entonces, ¿cómo pueden mejorar las cosas si no se ha disculpado?*

—*Me niego a disculparme por enamorarme.*

Liliana se quedó paralizada, sin saber muy bien qué significaban esas palabras.

Entonces, se fijó en sus ojos. Él estaba mirando directamente a la cámara, desafiante. Decidido.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

—Liliana —dijo Margo dándole un codazo—. Tienes una visita.

Ella giró la cabeza hacia las puertas de cristal y, al verlo, frunció el ceño y volvió a mirar la pantalla, donde el entrevistador estaba terminando. Así que la entrevista no debía de ser en directo, porque

allí estaba Rafiq. Llevaba el mismo traje gris oscuro que en la televisión y la misma corbata impecable.

Su primer pensamiento fue una oleada confusa de alegría, alivio y esperanza. Él estaba allí. El hombre que le hacía vibrar el corazón.

Quiso echar a correr hacia él. Abrazarlo sin pensar en nada más.

Pero Rafiq no era dado a escenas en público, y en su posición aún menos. Y ella tampoco pensaba ofrecer un espectáculo.

—Dame dos minutos —le pidió levantando dos dedos.

Rafiq asintió.

—Simon. ¿Sería posible terminar un poco antes hoy? Tengo unas horas acumuladas.

—No hay problema —respondió su jefe, con la cara roja como un tomate.

Entonces, Liliana apagó el ordenador con calma, agarró el bolso con aparente tranquilidad y caminó de forma lenta hacia Rafiq, cuando en realidad lo que deseaba era salir corriendo hacia él.

—Hola —le dijo, sonriente, cuando llegó a su lado—. No esperaba verte hoy.

Estaba deslumbrante, casi mejor sin él que a su lado. Pero entonces reparó en los párpados algo hinchados y en el leve temblor de sus labios, y lo entendió.

Lo supo sin más. Era amor.

Una oleada de alivio lo recorrió al verla. También sintió orgullo al contemplarla tan hermosa, tan serena. Al comprobar que se encontraba bien y que brillaba con luz propia, por fin se permitió sentir ilusión por el hijo que esperaban.

—Confiaba en que pudieras salir un poco antes —le dijo él.

—Ya está todo arreglado.

—Perfecto. —Asintió y señaló el camino con el brazo en lugar de ofrecerle el suyo—. Mi chófer nos aguarda en la salida de atrás.

No iba a presentarse en la entrada principal como si buscara espectáculo.

Bajaron en el ascensor lleno de gente. Permanecieron uno junto al otro, con los hombros casi alineados, atentos al panel luminoso que

marcaba los pisos. Entre ellos flotaba una tensión contenida, densa, como si el aire pesara más de lo habitual. No se rozaron, no cruzaron miradas largas, no hubo gestos que delataran nada. Y, aun así, la cercanía resultaba innegable.

Al salir al vestíbulo caminaron acompasados, conscientes de cada paso, de cada respiración compartida.

Liliana ansiaba quedarse a solas con él. Sus labios reclamaban un beso, y habría mentido si negara que deseaba volver a su cama. El porte de Rafiq imponía, su aroma la envolvía, y su sola presencia parecía ordenar el mundo.

Al salir del edificio, el chófer ya sostenía la puerta abierta. Rafiq esperó a que ella se acomodara primero y luego ocupó el asiento a su lado. La puerta se cerró con un sonido sordo que los aisló del bullicio de la calle.

El coche se incorporó al tráfico de Londres con suavidad. Las luces y los peatones quedaron atrás mientras avanzaban entre avenidas atestadas. Dentro reinaba un silencio cargado de todo lo que no podían expresar.

No hubo besos arrebatados ni roce de manos. Solo esa corriente invisible que los mantenía unidos, contenida bajo la superficie, aguardando un momento sin testigos.

—Tu entrevista ha ido bien —dijo ella.

—Gracias. Lo hablaremos más tarde —contestó y se volvió para mirar por la ventana.

Ella empezaba a darse cuenta de lo excepcional que había sido su primera cita. Solo veía al verdadero Rafiq cuando estaban a solas.

¿Llegarían pronto? Las carreteras se volvieron sinuosas, el paisaje cada vez más verde, y cuando el coche giró hacia la mansión donde la había hecho suya, ya no podía seguir mintiéndose.

Liliana sabía que ya era su amante, porque, aunque él tuviera que casarse con Yara…

Se le cortó la respiración.

Rafiq había tenido razón al decirle que madurara. Podría haberlo dicho de forma más amable, pensó mirándolo de reojo, pero estaba orgullosa de que hubiera guardado ese difícil secreto.

Había dos hombres vestidos con trajes oscuros cuando entraron en el camino hacia el aparcamiento.

—Hay mucha seguridad —murmuró Liliana, sorprendida.

Miró el lago donde se habían besado por primera vez. Los cisnes se enzarzaban en una pelea, batían las alas y giraban airados; luego se separaban y volvían a deslizarse sobre el agua con una elegancia intacta.

Oh, Rafiq. Había llegado a creer que la había borrado de su vida. Sin embargo, era como esos cisnes: todo el esfuerzo oculto bajo la superficie, el exterior sereno, casi imperturbable.

El conserje los saludó con una leve inclinación de cabeza y los acompañó por la escalera. Frente a la puerta de la habitación, Rafiq le dio las gracias y tomó la llave de su mano.

—Gracias a Dios —dijo él cuando se quedaron solos.

—Oh, Rafiq…

Liliana quería explicaciones, quería entenderlo todo. Pero podía esperar. Estaba entre sus brazos otra vez y sus bocas se encontraron, urgentes, mientras la ropa caía al suelo.

Él la desnudó con atención, deteniéndose en los cambios. Besó sus hombros, recorrió sus pechos y dejó la mano sobre su vientre.

—Sentí miedo cuando lo supe.

—¿Miedo?

—Pánico. —La besó—. Sabía que iba a enamorarme, quisiera o no —añadió, acariciándole el vientre—. Y me gusta.

—A mí también.

Se quitó la chaqueta mientras ella le soltaba la corbata. Volvieron a besarse, con las manos de Liliana sobre sus hombros.

Su boca seguía estremeciéndola. Le abrió la camisa y apoyó las palmas en su pecho firme, conteniendo el aliento.

El cuerpo de él también había cambiado. Si antes resultaba magnífico, en ese instante imponía: más fuerte, más marcado. Ella deslizó la mano por su vientre firme y bajó hasta los muslos tensos.

—Has estado corriendo.

—Sí. Mucho. Cuando no soporto tu ausencia, voy al desierto y corro.

Era pura fuerza masculina. A ella le dio un leve mareo, aunque él la recorría con las manos como si la venerara.

—Te he echado de menos… —repitió ella entre besos, y lo siguió diciendo mientras la hacía suya.

Se amaron de lado, con las piernas enlazadas, libres para tocarse y mirarse.

—No vuelvas a irte —pidió él, adentrándose en ella—. Lo digo en serio, Liliana.

Ella respondió con un movimiento de caderas, acercándolo más. Sus frentes se tocaron. El aire entre ambos se volvió denso, cargado de deseo contenido durante semanas. Cada embestida era más profunda, más urgente, pero seguían mirándose, como si necesitaran confirmar que aquello era real.

Liliana respiraba con dificultad, el cuerpo tenso y receptivo; él mantenía el control, firme, guiándola con paciencia hasta que el placer se volvió demasiado intenso para mantenerlo.

—Te quiero, Rafiq… —susurró ella cuando el clímax la atravesó.

Él la siguió, enterrando el rostro en su cuello, sosteniéndola con fuerza mientras el temblor los recorría a ambos. Luego se quedaron tendidos, recuperando el aliento.

¿Había dicho demasiado? Él no había respondido con las mismas palabras.

—Te he echado mucho de menos… —murmuró ella.

—Lo sé. Pero ahora estoy aquí.

Ella le dio un codazo en las costillas y él se rio.

—¿Yara está bien?

—¿En serio? —protestó Rafiq—. Aparezco en tu trabajo, te traigo aquí, hacemos el amor y ¿me preguntas eso?

—Estoy preocupada por ella y por Jasmine. —Respiró hondo—. Entiendo que quizá tengas que casarte. No me gusta, pero…

—Para —la interrumpió Rafiq—. Me dijiste que lo solucionara, y lo he hecho. He mantenido largas conversaciones con el rey de Al-Nawar. Él conoce mi postura sobre pedir perdón, y ahora también la

conoce el mundo: le dije que no pediría perdón por enamorarme. ¿Sabes lo que me respondió?

—No.

—Que nadie debería tener que hacerlo.

—¿Crees que lo sabe? ¿Lo de Yara y Jasmine?

—Estoy casi seguro. —Sonrió él—. Tú me pusiste en la dirección correcta. Tener a tu amante como parte de tu séquito está prohibido en Al-Zahir, pero en Al-Nawar las leyes se modificaron hace unos años. Allí no hay restricciones para que te vean con tu amante.

—¿Las cambió el padre de Yara?

—Creo que sí. No sé muy bien cómo, pero sé que mi padre estaba tratando de guiarme hacia ello.

—¿Y por qué te presionaba para que te casaras con ella?

—Creo que adivinó que yo lo sabía. Confiaba en que yo la cuidaría. —Se tumbó acomodándose—. No puedo contarte todo lo que hablamos, aunque él sabe que siempre apoyaré a Yara. Pero tú y el bebé sois lo primero.

Liliana se quedó tumbada, disfrutando de la sensación de su mano sobre el vientre mientras reconocía la pequeña vida que había dentro.

—El bebé ha crecido.

—Yo también —dijo Liliana—. Sé que no podemos casarnos…

—¿Por qué no?

—Sería una ofensa.

—Ahora no.

—Tu país nunca me aceptaría.

—Mi país está encantado de verme feliz —aseguro, atrayéndola hacia él—. Liliana, casi me mata que no me dijeras lo del bebé. No quiero que vuelvas a ocultarme nada nunca más.

—No es que me diera miedo tu reacción. Me preocupaba… —señaló la cama con la cabeza— esto. Sabía que, si me quedaba, quizá nunca me iría.

—Vístete —le pidió él.

Tenía algo importante que decirle.

En cuanto se vistieron, salieron a los jardines. Rodearon la mansión y descendieron por un sendero empedrado hasta una verja

de hierro. El jardín de rosas, protegido por muros de piedra, estaba abierto.

El aire olía a verano y a pétalos recién abiertos. Los parterres estallaban en colores: rosas color marfil y champán, otras en tono limón suave, albaricoque cremoso y rojo carmesí. Algunas flores mostraban el corazón dorado; otras seguían cerradas, tensas, a punto de rendirse a la luz. Los pétalos, aterciopelados o casi traslúcidos, capturaban el sol y lo devolvían en destellos cálidos.

Un petirrojo cantaba desde lo alto del muro de piedra mientras Rafiq la guiaba despacio entre las hileras, rozando con los dedos alguna flor al pasar.

Entonces se detuvo.

Hizo lo que dictaba la tradición. Se arrodilló y abrió una caja de madera pulida.

—Liliana, ¿quieres casarte conmigo?

Ella lo miró, sin aliento.

—¿Casarnos?

Él asintió.

—Solo nosotros. Para siempre.

Dentro había una perla perfecta, elevada entre dos diamantes que parecían custodiarla.

—La cultivaron el día en que nací —le explicó Rafiq—. Te pertenece si la aceptas. Y, según las costumbres de mi país, deberás llevarla hasta el final de tu vida. —Torció el gesto—. Lo siento, tenía que decirlo.

Ella soltó una risa entre lágrimas y volvió a sus brazos, a su boca.

La respuesta era sí. Lo sabía desde que lo vio arrodillado.

—¿Sí? —quiso saber él.

—Por supuesto.

—¿Te casarás conmigo?

—¡Sí!

—Entonces estamos prometidos. —La estrechó con fuerza—. Ya puedo decirlo. Te amo, Liliana. Mi corazón te eligió la noche en que nos conocimos.

Esas palabras no le sonaron extrañas. Eran el reflejo fiel de lo que ella sentía.

—Y mi corazón te eligió a ti, amor mío.

Epílogo

Su vida era una sucesión continua de aniversarios.

Nueve meses atrás había huido. Esa fecha seguía marcada en su memoria, pero el calendario había adquirido nuevos significados.

En unos minutos, su hija cumpliría un día de vida.

La princesa Sahar de Al-Zahir dormía en su cuna de metacrilato, ajena a todo. Sin preocupaciones. Como debía ser. Y mientras dependiera de él, así sería.

El rey y la reina habían acudido el día anterior para conocer a su nieta y ya preparaban leyes que algún día podrían convertirla en reina.

Pero Rafiq prefería no pensar en eso.

La madre de Liliana disfrutaba del palacio con entusiasmo. El rey de Al-Nawar, demasiado débil para viajar, había enviado sus bendiciones. Y la princesa Yara tenía previsto visitarlos para demostrar que no quedaban resentimientos entre los dos países.

Sahar tenía el cabello negro y suave, los ojos azules y diez dedos perfectos en manos y pies.

—¿Qué haces? —murmuró Liliana desde la cama, aún medio dormida, al verlo recorrer la estancia, leer tarjetas y recoger ositos rosas sin quedarse quieto.

—Esperar a que despierte. Vuelve a dormir.

Ella miró la cuna. Su hija se movió bajo la manta y asomó una mano diminuta.

Sabía qué día era. Habían bromeado con que la niña podría nacer en el aniversario de su fuga, pero agradecía que no hubiera coincidido. Para Rafiq, esa fecha seguía siendo dura.

—No puedo creer que esté aquí —dijo Liliana al contemplar la pequeña nariz respingona de su bebé.

Rafiq no respondió. Se había quedado inmóvil, con una muñeca en la mano y una tarjeta abierta.

—¿Qué ocurre?

Él alzó la vista.

—*Lur da kur jannat da*… «Una hija es el paraíso del hogar. Bendiciones de mi feliz familia para la tuya». No lleva firma. —Bajó la mirada—. Pero sé que es de Balach.

Liliana comprendió lo que significaba.

Se incorporó cuando él dejó la muñeca y tomó a Sahar en brazos. Se quedó mirando a su hija durante un largo rato.

—Yo tampoco puedo creer que esté aquí —dijo al fin, y luego miró a Liliana—. Ni que tú también estés.

—Pues aquí estoy —respondió ella con una sonrisa.

Rafiq se acomodó en la cama con la niña entre ambos. Permanecieron en silencio, viendo cómo el sol ascendía sobre el desierto y teñía el cielo de rosa.

—El rosa puede ser problemático… —comenzó a decir Liliana.

—No —la interrumpió él—. El rosa es perfecto.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Table of Contents

- Créditos
- Seductor seducido
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Epílogo
  - Si te ha gustado este libro…
- Pasión y mentiras en la Toscana
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Si te ha gustado este libro…
- Pasión prohibida
  - Prólogo
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4

Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Si te ha gustado este libro…